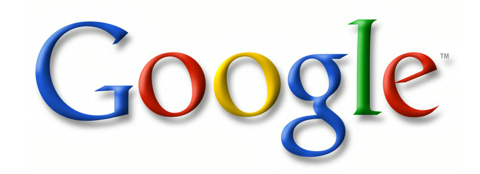
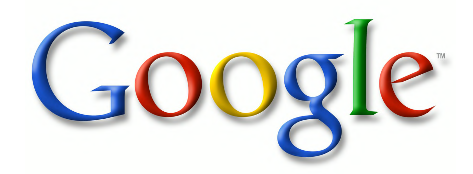
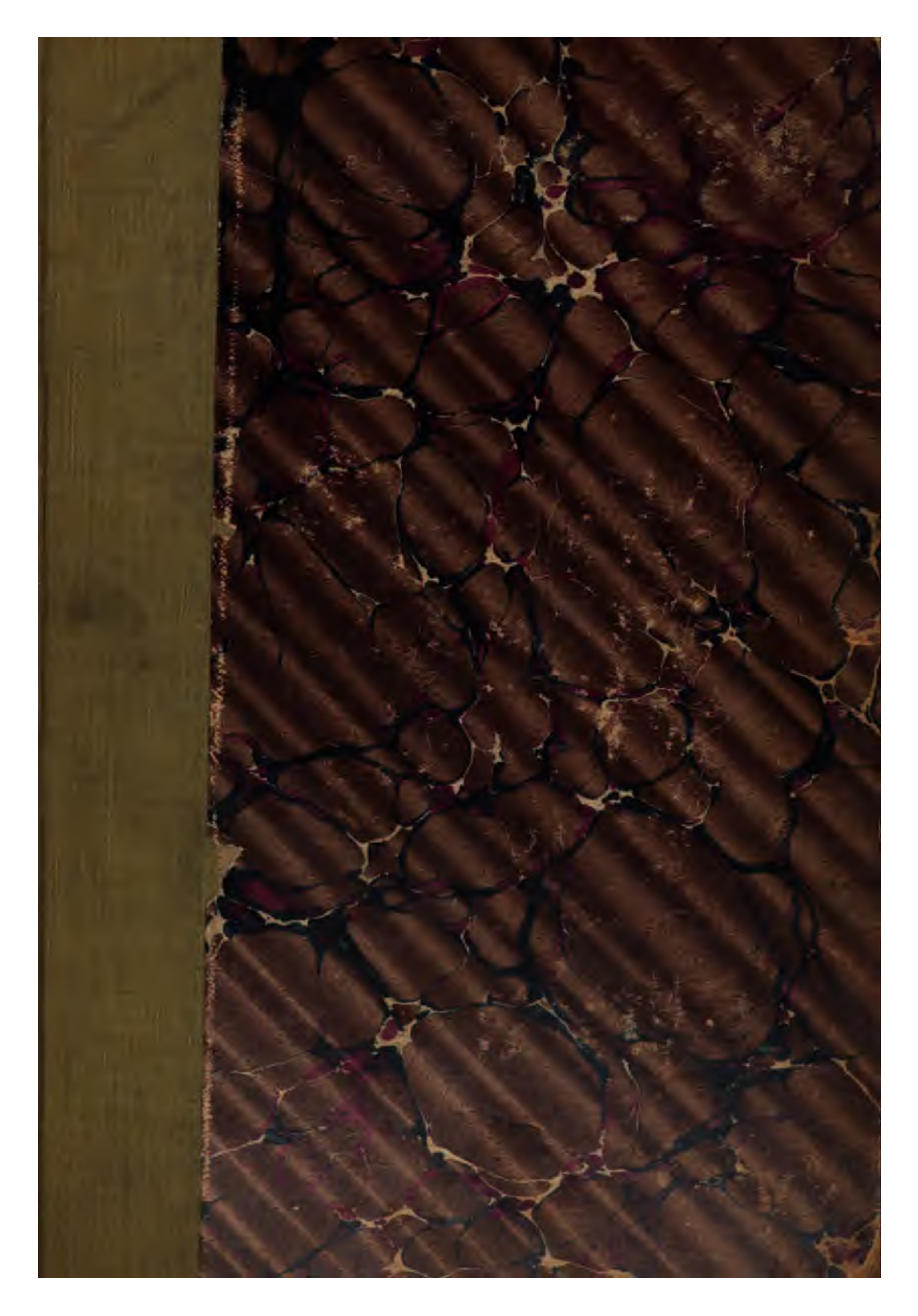






VIDA

DE

FRAY MARTIN DE PORRES.

ACT IV

[illegible]

Moreno 1684

VIDA ADMIRABLE

DEL

BIENAVENTURADO FRAY MARTIN DE PORRES

Natural de Lima y donado profeso en el convento del Rosario del Orden de Predicadores de esta ciudad

ESCRITA

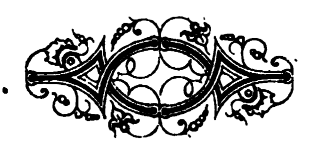
POR EL D. D. JOSE MANUEL VALDEZ

Catedrático de Prima de Medicina en la Universidad de San Marcos, Protomédico general de la República Peruana y socio de la Real Academia de Medicina de Madrid.

REIMPRESA POR SU DEVOTO

JOSE ANDRES DE NEIRA VALBUENA

Natural de la parroquia de San Jacinto de Chala, Coronel del regimiento de caballería de la Guardia Nacional de Acarí y otros valles, Teniente Administrador del puerto de Chala y Diputado á Congreso por la provincia de Parinacochas.



LIMA

HUERTA Y C.ª IMPRESORES-EDITORES

CALLE DE ANCACHS, ANTES MILAGRO, 71.

1863.

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Dios y hombre verdadero, que, no satisfecho con morir en patíbulo afrentoso, por rescatarnos del tiránico imperio del demonio, reconciliarnos con su Eterno Padre, merecernos el derecho de ser hijos adoptivos de Dios y hermanos suyos, y de que, por su cruento Sacrificio, oiga el Padre nuestras humildes preces, y nos perdone los pecados con que diariamente le ofendemos, se quedó Sacramentado para alimentarnos con su Cuerpo y Sangre, unirse sustancialmente á nosotros, y dársenos como prenda de la futura gloria: por tan grandes beneficios, y en accion de gracias de haber predestinado á su siervo Martin de Porres para que reine con él en el cielo—

OFRECE, CONSAGRA Y DEDICA ESTA HISTORIA

José Manuel Valdez.

2

APROBACION

Del señor doctor don Manuel Antonio Urismendi, Prebendado de esta Santa Iglesia Metropolitana, Examinador Sinodal del Arzobispado y Capellan mayor del Monasterio de la Encarnacion.

Señor Vicario Capitular:

He leido detenidamente la obra titulada *Vida del Bienaventurado Fray Martin de Porres,* escrita por el señor doctor don José Manuel Valdez, proto-médico general de la República, que US. se ha servido remitir á mi censura; y, lejos de encontrar en ella alguna cosa que se oponga á la fé y buenas costumbres, antes bien, la encuentro muy acomodada para estimular la piedad y devocion de los fieles, y digna del reconocimiento público. Se trata en ella de presentar al vivo las heróicas virtudes y extraordinarios dones con que la mano omnipotente del Altísimo enriqueció la dichosa alma de un paisano nuestro, de un varon esclarecido, de un héroe del Cristianismo, que nació y floreció en medio de nosotros, edificándonos con su ejemplo, y á quien debemos alabar, honrar y bendecir, segun el exhorto del Eclesiástico, para perpetuidad de su memoria: *Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros quorum pietates non defuerunt.* ¡Ah! se disputaron siete ciudades el nacimiento de Homero, el mas célebre poeta de la Grecia, ¿y no nos gloriaremos nosotros en el nacimiento de fray Martin, el segundo Santo de Lima? ¡Loor eterno al inmortal Valdez que, robando algunos espacios de tiempo á las necesarias tareas de su ministerio, nos ha hecho este presente! La vida del bienaventurado fray Martin está escrita con elegancia y claridad: su sábio y virtuoso autor ha desempeñado altamente el asunto que se propuso, manifestando los grandes conocimientos que posee en la Teología mística y moral, su tierna adhesion y devocion al santo, el amor á sus conciudadanos; y, si acaso se ha apartado algun tanto de las severas reglas de la crítica, por lo que respecta á una historia, desentrañando con alguna prolijidad la sustancia y carácter propio de las virtudes, ha sido por plegarse y ser mas fiel observador de la suprema ley del Evangelio. Su intento fue, no

entretener tan solo honestamente la imaginacion de sus lectores con el relato de una vida asombrosa, sino excitar mas bien su corazon á que la imiten, y presentarles las maneras. En una palabra, él quiso regalarnos con un libro de instruccion y de gusto.

Así es que, cuando se trata de los estupendos milagros que la mano del Señor obró por medio de este héroe portentoso, principalmente con relacion á los animales, no solo se sujeta á referir aquellos que constan del proceso de su beatificacion; sino que previene prudentemente con razones sacadas de la Escritura y de los Santos Padres, la injusta crítica de algunos que pudieran negar su realidad.

Y en efecto, ¿qué embarazo hay para que Dios les conceda graciosamente á los justos aquel primitivo gage de la inocencia, la dominacion sobre los brutos? *Dominamini piscibus maris etc.* ¿Qué, para que la caridad de sus siervos se extienda prodigiosamente á favor aun de los seres irracionales, cuando Jesucristo mismo nos ha asegurado en su Evangelio, que nuestro Padre Celestial no se dedigna alimentarlos? *Pater vester Cœlestis pascit illa.* ¿Quién es el hombre que quiere poner límites á la omnipotencia de un Dios, y ser escudriñador de sus arcanos? *No son los pensamientos mios,* dice el Señor por Isaias, *los pensamientos vuestros: ni los caminos mios caminos vuestros.* Dios es admirable en sus santos; y muchas acciones de estos que nos parecen algunas veces muy agenas de un designio sensato, segun la prudencia de la carne, son, y las veremos en el dia de su pública retribucion, como unos influjos é inspiraciones celestiales de su providencia bienhechora.

A cualquiera que lea en la Sagrada Escritura con ojos puramente humanos que: *toda victima se sazone con sal; que no se vistan los Israelitas con tela de dos tramas;* ó como se lee en Tobias, que: *un perrillo anunció la vuelta de su hijo á la casa paterna, blandiéndoles la cola,* ó como en san Pablo á Timoteo, que: *le traiga á su venida el capote que dejó en Troas donde Carpo,* le parecerán estas unas inepcias ó minucias impropias dé la dignidad de este libro; pero ellas son unas verdades y doctrinas sublimes para los ojos del que cree, segun la exposicion de la Iglesia.

A esta manera los estupendos prodigios obrados por el bienaventurado fray Martin con varias especies de animales; ya resucitando á uño, ya curando á otros, ya sustentando á muchos reunidos contra su antipatia natural; eran unos efluvios de su caridad con la que glorificaba al Señor; y, por lo tanto, se deben descubrir y propalar entre los hombres, como lo aconsejaba un arcángel: *opera autem Dei revelare et cónfiteri honorificum*

est. Concluyamos, pues, que esta obra segun mi parecer, es muy acreedora á la luz pública, y que su autor, cuya vida ha sido una feliz alternativa entre el estudio de su Religion y profesion, ilustrándolas con varios escritos, ha puesto con este un nuevo esmalte á la corona espléndida de sus virtudes; dejando al mismo tiempo en él, ya en sus últimos años, un monumento eterno de piedad, de literatura y patriotismo.

Lima, Octubre 16 de 1839.

Dr. Manuel Antonio Urismendi.

APROBACION

Del muy Reverendo Padre Maestro fray Lázaro Balaguer y Cubillas, Doctor Teólogo en la Universidad de San Marcos, Catedrático de Prima de Teología moral de Santo Tomas, Ex-Prior del convento grande del Rosario y Ex-Provincial de la provincia de San Juan Bautista del Perú, Orden de Predicadores.

Señor Vicario Capitular:

Desde que en el año pasado de 1835, recibí la primera nota, comunicada por el reverendísimo maestro general de mi Órden en Roma, de hallarse próximo á declararse por nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI, en el número de los bienaventurados, al siervo de Dios fray Martin de Porres, hermano terciario que fue del convento de nuestro padre Santo Domingo de esta capital, fijé toda mi atencion (como prelado que por entonces era de él) en la necesidad de que se escribiese una historia fiel de la vida admirable de este héroe limeño. El honor de nuestra patria, y con especialidad el de mi venerable comunidad, lo demandaban imperiosamente. Este era el segundo fruto que producia en este suelo fértil la semilla del Evangelio: este, el segundo presente que los religiosos del convento del Rosario ofrecian como resultado de su incansable trabajo y celo por la gloria del Señor: este, el segundo testimonio de la gratitud de Lima á la Divina Providencia, por los bienes que le habia dispensado. Y ¿no debia eternizarse la memoria de las virtudes

del bienaventurado, que por estas se habia hecho digno émulo de los merecimientos de la primera Rosa limeña, y de las gracias con que la mano liberal del Todopoderoso la habia enriquecido? Y ¿á quién encomendar con esperanzas de mejor éxito el desempeño de tan delicado encargo, sino al sábio y piadoso autor del *Salterio Peruano?* En efecto, nadie podia ofrecer garantias mas seguras, que el señor doctor don José Manuel Valdez, á quien su vasta literatura y recomendables virtudes, habian colocado, á pesar de las preocupaciones de nuestra educacion, entre los sábios de la Universidad de San Marcos, encomendándole la direccion de varias cátedras, y últimamente la de Prima de Medicina y, con ella, el proto-medicato general; le habian hechò acreedor á la estimacion y aprecio no solo del Perú, sí tambien de toda la América; y le habian merecido elogios de muchos sábios de la Europa. Roguéle, pues, tomase á su cargo esta obra, y, no obstante su avanzada edad, y multiplicadas atenciones de su ministerio, ofrecióme dedicarse á su composicion; y ha escrito la que presenta á US. pidiéndole el correspondiente permiso para la impresion.

Pero señor ¿US. remite á mi censura la obra de un sàbio? ¿Han de sujetarse á mi pobre juicio las producciones literarias del doctor Valdez? Y ¿he de dar mi dictámen, despues de haber emitido el suyo, con el tino propio de sus talentos distinguidos, el señor doctor don Manuel Antonio Urismendi? Mas US. lo manda, y es necesario obedecer.

En cumplimiento del decreto, fecha 4 de Octubre, he leido con la mayor escrupulosidad la obra titulada *Vida del Bienaventurado Martin de Porres,* procurando separar de mi alma todas las ideas de respeto y adhesion que profeso á la persona del autor, y cuanto ha sido mayor mi empeño en leerla con meditacion, tanto mas grandes han sido los motivos que he encontrado, no digo para aprobarla, sino para llenarla de encomios. Ella no está escrita para entretener la curiosidad de los que desean saber la historia del bienaventurado Martin, ni para admirar estérilmente los prodigios de la gracia obrados en su escogida àlma; sí para excitar á los fieles á la imitacion, dándoles un sumario de doctrina de Teología mística y moral, en el que se han reunido lo mas sólido y hermoso de cuanto en estos dos ramos de la sabiduría cristiana han enseñado los Santos Padres y Teólogos de la mejor nota. Sobre todo, en la parte que trata de las virtudes y gracias *gratis datas*, manifiesta su sábio autor el buen gusto con que ha adornado su espíritu al estudiar esta ciencia elevada, sin olvidar la de su profesion. Exenta la obra de los extravíos consiguientes á una devocion supersticiosa,

propia de los siglos de ignorancia; así como de los errores de la impía incredulidad, hija de la falsa filosofía, de que hoy se hace tanto alarde, enseña el medio en que debe contenerse el que aspira á obtener una sólida piedad, y una ilustrada creencia. Por último, si se considera su estilo, es elegante y puro; si su lógica, ceñida extrictamente á las severas reglas del método, y crítica; si su doctrina, acompañada de solidez y buen gusto.

Por estas razones y, no encontrando cosa alguna que se oponga á nuestra santa fé y buenas costumbres, en una obra que servirá de ornamento al pais en que nacimos, ya por el sugeto de ella, y ya por el autor que la compuso, soy de parecer debe concederse la licencia para que vea la luz pública.

Convento del Santísimo Rosario en Lima, Noviembre 4 de 1839.

Señor—*Fray Lázaro Balaguer y Cubillas.*

Lima, Noviembre 9 de 1839.

Vistas las censuras que anteceden, y resultando de ellas, que la obra que trata de dar á luz el señor proto-médico general doctor don José Manuel Valdez, con el título de *Vida del Bienaventurado Fray Martin de Porres,* no contiene doctrina alguna opuesta al dogma y sana moral; se concede licencia por esta jurisdiccion eclesiástica para su impresion.

José Manuel Pasquel.

Por mandato de su señoría.

Dr. Manuel José del Solar, Secretario.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Doy á luz pública la vida del bienaventurado fray Martin de Porres, que me encomendó el muy reverendo padre maestro fray Lázaro Balaguer y Cubillas, siendo prior del convento del Rosario. Pude excusarme de admitir este difícil y gravoso cargo, por hallarme agobiado con el peso de mis años, y el de algunos males crónicos, á mas de las indispensables ocupaciones á que me obliga mi ministerio. Mas lo acepté, no solo por parecerme que yo debia corresponder con mis escasas luces á tan honorífica confianza, sino tambien por dos poderosos motivos que me impelian á emprender este trabajo: mi deseo de glorificar á Dios por lo que él se glorifica en su fidelísimo siervo Martin de Porres, y el derecho que éste tiene á que yo exalte y eternice su memoria, por ser mi paisano, y haber sido de mi ínfima clase y humilde nacimiento.

Resuelto pues á sacrificar, por las razones dichas, los cortos ratos que tengo de reposo, adopté el plan que juzgué mas conveniente, para que esta historia no solo sirviese, como las de otros muchos santos, de ejercicio piadoso que excitase la admiracion de los lectores, sino igualmente de modelo que, ilustrándolos sobre la práctica de las virtudes evangélicas, los animase á practicarlas.

Y no siendo aplicables todos los preceptos que prescriben los sábios á la historia de un héroe cristiano, que se santificó en la abyeccion y el retiro, como lo son á la de un héroe profano, cuya vana y efímera gloria consiste, por lo comun, en haber devastado los pueblos y aherrojado á sus semejantes; á lo menos guardo los principales, á saber: la narracion verdadera de las maravillosas acciones que se notaron en este bienaventurado, y el espíritu que las animaba. Y como el fin principal que debe proponerse todo historiador, segun enseñan los mejores críticos, es ser útil reglando el espíritu y el corazon, y sin la verdad no se pueda ni instruir ni agradar; por eso dice Ciceron, que las mas indispensables reglas de la historia «son no

»falsificar los hechos, no callar los verdaderos, y evitar toda »sospecha de favor ó de ódio al escribirlos (1).»

Mas esta regla se vé quebrantada casi siempre en las historias profanas, y aun en muchas de personas virtuosas, ó por el ascendiente que tienen las pasiones sobre la verdad, ó por lo difícil que es el descubrirla, segun lo dice Salustio, poniéndolo en boca de César (2). De este comun y reprensible vicio carece la historia que publico. Pues, á mas de haber leido algunas sobre la vida del beato fray Martin impresas en Lima y Europa muchos años hace, me ha servido principalmente, para acreditar los hechos que esta contiene, la coleccion de todas las informaciones tomadas jurídicamente en distintas épocas hasta el año de 1686, las cuales componen un grueso volumen de á folio impreso en Roma el año 1721. Y como casi todos los hechos se comprobaron por varios testigos, y en diferentes tiempos, sin que ninguno se retractase de lo que habia informado, y sin que nadie contradijese ninguna de las declaraciones hechas anteriormente; es claro que cuanto se lea en esta historia, merece la fé pública, y que ni aun la mas severa crítica podrá impugnar con fundamento y solidez los hechos que contiene.

Mas, poco provecho produciria la narracion sencilla y verdadera de las acciones que se notaron en fray Martin, si no se examinase al mismo tiempo el espíritu con que las obraba. Por eso decia Ciceron: «La razon exige que, asi como en los gran»des sucesos que deben trasmitirse á la posteridad, el pensa»miento que los ha preparado precede á la ejecucion, y ésta á »su resultado; asi el historiador debe exponer su juicio sobre lo »que refiere, y no solo relatar los hechos, sino tambien el mo»do y la razon por qué se practicaron, y el resultado que tuvie»ron (3).»

Cumplir con este segundo precepto, que puede llamarse el alma de la historia, me ha parecido lo mas difícil al escribir esta, por no haberse dedicado ninguno de los confesores de fray Martin á publicar su vida despues de haber examinado su espíritu; puesto que ningun otro, fuera de aquellos á quienes habia encargado la direccion de su alma, habria podido entrar en su corazon, cuyo santuario conservó siempre impenetrable en vida su profundísima humildad. Por lo tanto, me pareció necesario al exponer sus principales virtudes, caracterizar cada una de ellas, y declarar el modo con que las ejercitan los perfectos en la vida espiritual, para que, comparando las acciones de es-

(1) *Cicero de Orator. Lib. II.*—(2) *Sallustio in Catilin.*—(3) *Cic. ibid*

tos con las de fray Martin, se dedujese el sublime espíritu con que las practicaba. Y como á mas de su ejemplarísima vida, se dignó Dios obrar públicamente muchos portentos, para manifestar la santidad de este su amado siervo, habiéndole antes dejado vivir muchos años en la oscuridad y abatimiento, nadie debe poner en duda la excelencia de sus virtudes, asi como ninguno dudó de ella despues de su muerte, mucho antes que la Iglesia declarase su heroicidad.

Tratando de ellas, he solido interrumpir la narracion con algunas digresiones; pero no son largas; tienen alguna conexion con el asunto principal; y contienen sucesos cuya memoria debe renovarse con frecuencia; porque honran la religion, excitan á la piedad, y comprueban los mas de ellos cuanto en esa época feliz se complacia el Señor en la religiosa Lima.

Por lo demas, no espere nadie ver en esta obra elevacion de estilo, pensamientos sublimes, transiciones felices, brillantes descripciones, ni las demas bellezas que pasman y entretienen á los literatos; pues, aun cuando yo tuviese talento para expresarme de ese modo, este seria impropio, como he dicho, escribiendo la vida del humildísimo Porres. Así es que, para retratarlo al vivo, hago ver que su grandeza fué el anonadamiento; su triunfo, la victoria de sí mismo; su gloria, el amor á los desprecios; y por último, que por su constante fidelidad á la gracia, ha merecido justamente que la Iglesia le decrete el culto debido á los que, por haber imitado á Jesucristo en la tierra, reinan con él en el cielo.

INTRODUCCION.

Lima, Metrópoli del Perú, ha sido justamente mas célebre por su piedad que por su opulencia, desde que rayó en ella la luz del Evangelio. Aun no habian pasado muchos años despues de su conquista, y ya florecian en su privilegiado suelo innumerables personas de uno y otro sexo, que, en los claustros y fuera de ellos, se admiraron como dechados de la mas sublime perfeccion. Mucho se complace Dios en Lima, decia un francés historiador de América, pues á un mismo tiempo se hallaban en ellá tres grandes santos y muchísimos siervos de Dios, que probablemente serán canonizados con el tiempo.

A la verdad, en aquella época en que la religion cristiana, despues de haberse conservado por muchos siglos sin mancilla en casi todo el continente de la Europa; viéndose desechada y perseguida en varias naciones setentrionales, voló al nuevo mundo para reinar en él sin inquietudes, é indemnizarse con ventajas de sus lamentables pérdidas; varones sábios y santos, y celosos sacerdotes, tuvieron el consuelo de ver enarbolado en estas vastísimas regiones el estandarte de la cruz, y que á su vista se precipitase en el abismo la infame idolatría. Pero es indudable que en ninguna parte del Perú, como en Lima, dió la semilla evangélica, derramada por esos obreros apostólicos, tan sazonados frutos de perfeccion y santidad. Y, al modo que multitud de hombres sedientos del oro y la plata, oculta en los minerales, surcaban el océano; con mas ardor abandonaban su país natal los que, acosados de la sed de justicia, volaban á esta parte de América, en cuya feraz tierra crecieron en virtudes, como árboles frondosos, cuyas empinadas copas se elevan hasta el cielo. Su ejemplar vida y ardiente caridad pobló los conventos de uno y otro sexo de muchos centenares, que vivieron y murieron en olor de santidad, cuya historia se perpetúa en las crónicas de sus respectivas religiones. A mas de esos admirables varones, se santificaron otros muchos, escondiéndose en el retiro de sus casas, ó sepultándose en los desiertos, ó trepando

montañas nevadas y escabrosas por convertir á los infieles; cuyos nombres, desconocidos ú olvidados, se verán algun dia escritos por el dedo del Eterno con caracteres de luz, en el libro de la vida.

Entre los que en ese venturoso tiempo contribuyeron mas á la gloria de Dios y provecho de las almas, merecen especial memoria y veneracion, aquellos que, contemplando dia y noche en su retiro los divinos misterios, y ofreciéndose á Dios con Jesucristo en el incruento sacrificio de su cuerpo y sangre, para impetrar el perdon de sus pecados personales y los de sus prójimos, se dejaban ver algunas veces del mundo bullicioso, conforme á los deberes de su estado y claros designios de la divina Providencia. De estos, unos, animados del espíritu que inflamó al profeta Jonas, y con las terribles palabras que convirtieron á Nínive, quebrantaban los corazones empedernidos, como los Solanos: otros, con la ternura del pastor que apacienta sus ovejas, y carga sobre sus hombros á las descarriadas para volverlas al redil, grababan en el corazon de los párvulos los rudimentos de la fé y la piedad, y daban á los ministros, coadjutores de su apostólico celo, útiles reglamentos para el gobierno de su Iglesia, como los Toribios: y otros, con su virginal modestia, con el olor de sus virtudes, y con los celestiales carismas, humillaban y convertian á los pecadores, y fervorizaban á los justos, como las fragantes Rosas.

Pero Dios quiso que, á mas de esos sublimes modelos de perfeccion, naciese y floreciese en Lima, no solo un dechado de todas las virtudes heróicas, sino, lo que es mas raro, un modelo de la vida oculta con Jesucristo en Dios: un varon humillado por las preocupaciones del mundo, y humilde por la gracia de Jesucristo: oculto en una celdilla y visible en la ciudad, en los campos y hasta en los paises mas lejanos: que hizo cuanto pudo para que todos le conociesen tan despreciable como él se conocia; y en quien Dios hizo que, al través de su aparente bajeza, se vislumbrasen algunos destellos de su verdadera grandeza. Este fué el bienaventurado fray Martin de Porres, cuya admirable vida es el asunto de esta historia.

VIDA
DE FRAY MARTIN DE PORRES.

CAPITULO PRIMERO.

NACIMIENTO, PADRES, EDUCACION Y EJERCICIOS ESPIRITUALES DEL BEATO FRAY MARTIN, HASTA LOS QUINCE AÑOS, DE CUYA EDAD ENTRÓ EN LA RELIGION DOMINICANA.

Vió Martin por primera vez la luz del dia el 9 de Diciembre del año 1579, en una casa pequeña, inmediata á la grande que está frente á la Iglesia del Espíritu Santo, cuyos antiguos é ilustres dueños se apellidaban Mosqueras, y que, despues de estos, fué propiedad del finado don Antonio Alvarez Moran. Desde que murió el beato Martin, se respetó tanto la pieza donde habia nacido que, habiéndose agregado la casita á la casa grande, se conservó cerrada con candado la pieza, cuya puerta estaba dentro de la casa. Así la vió el señor doctor don José Manuel Villaverde que aun vive; hijo legítimo de doña Rosa Mosquera y Pimentel, sin que jamas permitiese esta señora que se abriese el candado, ni se entrase á dicho venerable lugar. Mas, habiéndose vendido la casa, reparado sus ruinas y dádole otra forma sus nuevos poseedores, se hizo comun la pieza. Esperamos que la señora doña Josefa Lozano, actual dueño de la finca, honre á Dios, destinando para oratorio, en el que se celebre el santo sacrificio de la Misa, la habitacion donde nació el bienaventurado fray Martin, para que, excitando su piedad á todos

los fieles peruanos, se edifique en el espacioso sitio de la antigua casita, un Santuario, si no tan suntuoso, á lo menos tan decente y respetable como el de nuestra patrona Santa Rosa.

Fué Martin hijo natural de un caballero cruzado del órden de Alcántara, llamado don Juan de Porres, español, natural de Burgos; y de Ana Velazquez, morena liberta, nacida en Panamá: y, como los nacidos en esa calle sean feligreses de la parroquia de San Sebastian, fué bautizado en ella, como lo fué siete años despues la Virgen Santa Rosa, patrona universal de la América. Avergonzóse don Juan de que la Iglesia reconociese por su hijo al recien nacido Martin, y no firmó la partida parroquial. Esta reprensible costumbre de no reconocer á los hijos habidos criminalmente en personas de inferior clase, continúa hasta ahora en Lima, y, probablemente, en los demas Estados de América, por las diversas clases que los pueblan, y porque ni en el tiempo de su coloniage, ni el de su independencia, se han decretado, como era debido, útiles reglamentos, para promover los matrimonios en todas las personas de uno y otro sexo, luego que tuviesen edad competente para desposarse.

En dicha parroquia se conserva la partida bautismal de Martin, cuyo tenor es el siguiente: «Miércoles 9 de Diciembre de 1579, bauticé á Martin, de padre no conocido, y de Ana Velazquez, libre. Fueron padrinos Juan de Huesca, y Ana de Escurcena; firmólo Antonio Polanco.» Si don Juan de Porres viviera, ¿cuál deberia ser su confusion, por no haber reconocido legalmente al hijo que veia en los altares? Pero sin embargo que faltó entonces al deber que exigen de todos los padres la naturaleza y la Religion, enmendó despues su yerro, como se verá mas adelante.

Tuvo tambien don Juan una hija en la misma Ana Velazquez, á la que pusieron por nombre Juana de Porres, y llevó consigo don Juan estos dos hijos á la ciudad de Guayaquil, á donde le llamaban sus intereses. Habiéndole visto con ellos, en ese lugar, el capitan don Diego de Miranda, tio suyo, le preguntó ¿quiénes eran los párvulos mulatos que le acompañaban? Entonces don Juan, excitado tal vez del amor paterno, del honor y la conciencia, contestó á su tio en estos términos: «Son hijos mios, y de Ana Velazquez, y, por lo tanto, debo sustentarlos y darles la educacion correspondiente.» Desde esa época, no se desdeñó don Juan de llamar hijos á los dos pardos, ni de que estos le dijesen padre, cuya verdad confirmó, declarándolos hijos suyos, en el testamento que hizo á la hora de su muerte.

Bajo su proteccion el pequeñuelo Martin aprendió en breve tiempo á leer y escribir con el maestro elegido por su padre.

Volvió este despues á Lima con su querido hijo, dejando al cuidado de su tio don Diego Miranda, á su hija Juana de Porres, á la que sustentó y casó, luego que tuvo competente edad. Debiendo don Juan embarcarse para Panamá, cuyo gobierno se le habia encomendado, dispuso que su hijo Martin recibiese el sacramento de la Confirmacion, y lo dejó en poder de su madre Ana Velazquez, encargándole que continuase educándolo, y que, concluida su enseñanza, le dedicase al oficio de barbero.

Ana desempeñó fielmente las obligaciones de una madre cristiana, y, notando en Martin mucha inclinacion á los ejercicios piadosos, le proporcionó los medios de adelantarse en la virtud, tanto con el ejemplo, como con saludables doctrinas inspiradas por la fé radicada en su espíritu. Vivia con doña Francisca Velez Miquel, hija de doña Isabel Garcia Miquel, en una casa de la calle llamada Malambo, donde Ana y su protectora doña Francisca, facilitaron al niño Martin que aprendiese el oficio de barbero. El maestro á quien se confió su aprovechamiento en este arte, era tambien sangrador, como lo son hasta ahora muchos barberos en esta ciudad, y se ejercitaba en la curacion de algunas enfermedades externas. Y como apreciase á su discípulo Martin, no solo le instruyó en el oficio de barbero, sino igualmente le hizo conocer los remedios, que se creian entonces convenientes, para el alivio y sanidad de las heridas, úlceras, apostemas, &, todo lo cual condujo mucho para los ejercicios de caridad que practicó despues que se hizo religioso.

Como sus padres hubiesen fallecido mucho antes que él, se ignora el pormenor de sus prácticas piadosas, en los años que precedieron á su ingreso en la religion; pero, de lo poco que se lee en las informaciones jurídicas, se infiere que, desde su regeneracion en las sagradas aguas del bautismo, fueron su alma y cuerpo sagrado templo donde habitó el Espíritu Santo, sin que jamás lo abandonase; y que este Divino Espíritu, iluminando y fortaleciendo á Martin desde la niñez, rectificaba su intencion, y dirigia sus pasos por la senda de la verdad y la justicia. Así lo comprueban los hechos siguientes:

1.° Jamás disipó su corazon con los frívolos entretenimientos de los niños, pues concentrada su alma y siempre atenta al divino objeto que la atraia dulcemente, y arrastraba sus afectos, se desdeñaba de ver y de ocuparse en las inocentes bagatelas que divierten á los pequeñuelos. De ese interior recogimiento nacia la modestia y circunspeccion, que se notaba en su semblante, y en todas sus acciones y palabras, y que hacia presagiar á cuantos le conocian y trataban, la santidad á que se elevaria con el tiempo.

2.° Leyendo con los niños en la escuela, y sirviendo sumisamente á sus padres, no permitia que penetrasen en su alma las especies de los objetos sensibles, excitado por la fé y la caridad á contemplar las verdades eternas. Estando en Lima, luego que volvió de Guayaquil, fomentaba su devocion ayudando cuantas misas podia en la parroquia de San Lázaro; y, deseando mayor recogimiento, pidió á la señora de la casa en que moraba, un cuarto retirado de toda la familia, donde pasaba las noches en oracion, y cuando el sueño le rendia, se acostaba en la desnuda tierra.

3.° Comprando diariamente cuando era niño, por mandato de su madre, las cosas necesarias para el sustento, distribuia en los párvulos indigentes parte de los víveres. Instruida de esto la madre, y no penetrando el espíritu que animaba en estas acciones al niño Martin, lo reprendia y maltrataba, como si su caridad fuese un crímen. Mas, ni el enojo ni los injustos castigos que sufria, cerraban sus manos para que no socorriese á los mendigos con lo que no hacia falta en su casa, y que debia ser dado de limosna por la misma madre, en caso de que su hijo no lo hiciese.

4.° Creció con la edad el amor á los pobres, y el deseo de socorrerlos. Así es que, cuando recibido de barbero ejercitaba su oficio, de nadie exigía el honorario acostumbrado, y destinaba para los pobres el que recibia de aquellos que espontáneamente le pagaban su servicio.

5.° Reducido á extremada pobreza por sus limosnas, y no teniendo las mas veces con que alumbrarse de noche, solia pedir á la señora de la casa que le socorriese con un pedazo de vela. En una de esas noches, despues de haber cerrado Martin la puerta de su cuarto, se puso la señora en acecho para obsevar lo que hacia, y por las rendijas de la puerta lo vió arrodillado delante de un Crucifijo, derramando muchas lágrimas; por lo que, confusa y avergonzada, le dijo al dia siguiente, que le daria una vela entera todas las noches que la necesitase. La simple curiosidad, ó una maligna sospecha, contribuyeron á la manifestacion de esta santa práctica, en que Martin se ocupaba todas las noches; pues sabiéndolo otras personas de la casa, tenian el consuelo de acecharle y de edificarse con su vista. Una de estas fué doña Ventura de Luna, hija de la señora dueño de la casa, y viuda del capitan don Pedro Alvarez Espinosa, quien refirió haberlo visto muchas veces de noche, por las hendiduras de la puerta, hincado de rodillas, haciendo fervorosa oracion; y que creia haber influido mucho para su pronto ingreso en la religion, la publicidad de los santos ejercicios que practicaba en su retiro.

6.ª Se dignó Dios quedase en esa casa antes de que Martin fuera religioso, un monumento que honrase la memoria de su fiel siervo, y que hiciese conocer el grado heróico de virtudes á que lo habia sublimado, cuando apenas tenia de doce á trece años. Habiendo, pues, plantado en el jardin de dicha casa un limon, desde que este empezó á fructificar, continuó dando fruto todo el año, lo que no se vé, ni en el presente tiempo en que se ha mejorado la agricultura y el cultivo de los árboles. De este prodigio hubo precisamente muchos testigos, pues consta de las informaciones que se tomaron, cincuenta años despues de muerto el siervo de Dios, asegurándose en ellas, que aun existia en ese tiempo el árbol dando continuamente frutos, y al cual llamaban *el Limon de Fray Martin.*

En vista de todo lo dicho, es claro que este niño no aprendió de memoria la doctrina evangélica, para recitarla solamente de coro, sin penetrar su espíritu, ni reducirla á práctica, como el comun de los demas. Quien desde su tierna edad no se entretenia con los juguetes comunes en los de su edad, y estaba siempre recogido y modesto, tenia precisamente fijos los ojos de su alma en el Señor, y oraba sin intermision. Sus nocturnos ejercicios, y las copiosas lágrimas que vertia ante la imágen del Crucificado, no solo comprueban el fervor de su oracion, sino tambien el espíritu con que la hacia. Sin duda, examinando en ella sus mas pequeñas faltas cometidas entre dia, y contemplando al mismo tiempo la justicia y santidad de Dios, se reputaria indigno de estar en su presencia; y, pidiéndole humildemente que no le juzgase segun su demérito, se acogeria al seno de la infinita misericordia, confiado en los méritos de Jesucristo y en la proteccion de su Santísima Madre.

Del mismo modo, la fé le haria ver á Jesus en la persona de cada pobre, á quien socorria. Y, al modo que San Pedro, humillado y confuso, dijo á su Maestro: *Señor ¿tú me lavas los pies?* Martin le diria en su interior: Tú, criador y absoluto dueño del cielo y la tierra, pides limosna á este miserable pecador? Y ¡cuántas veces en esas ocasiones le contestaria el Señor, haciendo que su alma percibiese dulcemente las tiernas y paternales palabras que dijo al príncipe de los apóstoles: *Tú no sabes ahora lo que yo hago: despues entenderás este misterio!*

Y ¿qué tiernos y afectuosos no serian sus sentimientos en el sacrificio de la Misa, contemplando á Jesus crucificado en el Calvario, y adorado por los ángeles? Sentiria unas veces sumo horror al pecado, compasion de Jesus y deseos de imitarle en sus tormentos, oprobios y humillaciones; otras, íntimo júbilo, considerando que, así como el Padre Eterno es el principio de

la gloria interna y esencial de su Hijo, así este, muerto en la cruz, es el principio de la gloría externa y accidental que tributan á su Padre los justos en la tierra, y los bienaventurados en el cielo; y otras, grande amor y reconocimiento á Cristo, por haber libertado á todos los hombres del tiránico imperio, que tenia sobre ellos el demonio, clavando en la cruz la cédula de su esclavitud, y dándoles desde entonces derecho á sus infinitos méritos, á la participacion de su divinidad y á reinar con él en la eterna bienaventuranza.

Es verdad que, cuando la fé está muerta por el pecado, ó adormecida por la negligencia y tibieza, se asiste á la Misa y se ve la imágen de Jesus agonizante y muerto, sin que el alma se ejercite en esos sentimientos. Pero en los que meditan atenta y constantemente este gran misterio, y, sobre todo, en aquellos á quienes Jesus previene y atrae á su amor con especiales gracias, el sacrificio de la cruz, representado y renovado en la Misa, es un manantial inagotable de sentimientos y afectos que los desprenden ó preservan de la inclinacion natural á los objetos terrenos, y que los purifican y estrechan íntimamente con Dios.

Se puede creer con fundamento que Martin debe numerarse entre esas privilegiadas y dichosas criaturas. El Espíritu divino lo excitaba sin duda á meditar con frecuencia en la pasion y muerte de Jesus, especialmente cuando asistia al santo sacrificio de la Misa. Pues solo la contínua atencion á Cristo crucificado pudo animarlo y fortalecerlo desde niño, no solo para el fiel cumplimiento de los preceptos evangélicos, sino tambien de los consejos, y por cuya observancia parecia, siendo párvulo, un varon perfecto.

Aunque se ignora la frecuencia con que recibia los santos sacramentos de la penitencia y comunion, no se debe dudar ni de que en estos, como en los demas ejercicios, obedecia á su confesor, ni de que deseaba de contínuo justificarse mas y mas en el tribunal de la misericordia, y unirse real y verdaderamente á Jesus en el sacramento de su infinito amor. El miserable pecador y el justo imperfecto y disipado, no puede comprender, ni menos expresar, lo que pasaria en el alma de este bienaventurado, al recibir esos santos sacramentos; porque, ademas de que el enorme peso del cuerpo corrompido agrava el alma, rarísima vez se esfuerza ella á contemplar las cosas espirituales y celestes, porque se ocupa, aun sin grave necesidad, de las materiales y terrenas. Déjese por lo tanto á las almas puras y amantes, embriagadas en el amor de su divino Esposo, que conciban por lo que pasa en ellas, cuando están á los pies del

confesor y en la mesa del altar, lo que pasaria entonces en el alma inocente y fervorosa de Martin. Ellas al menos vislumbrarán su profunda humillacion, acusándose hasta de las menores faltas, en presencia del supremo Juez, que sondea y penetra los mas ocultos pliegues del corazon humano; su viva contricion y firme propósito al tiempo de absolverle uno de los delegados de Jesus, á quienes confió el poder de justificar á los pecadores con la aplicacion de sus infinitos méritos, y de lavar mas y mas con su purísima sangre á los que conservan la estola de la justicia; y su humilde reconocimiento, cuando se unia sustancialmente con Cristo en el sagrado banquete. ¡Oh! ¡qué extraordinario gozo no inundaria su corazon, contemplando que su cuerpo, inmundo lodo, se convertia en abreviado cielo, donde moraba la Divinidad, y era adorada por los espíritus angélicos!

Con esta afectuosa devocion practicó en el siglo este siervo de Dios sus ejercicios espirituales hasta los quince años, de cuya edad entro en la religion. Los motivos que aceleraron su ingreso, y lo que pasó en su noviciado hasta que profesó, serán la materia del siguiente capítulo.

CAPITULO II.

CAUSAS QUE MOTIVARON QUE MARTIN SE HICIESE PRONTAMENTE RELIGIOSO, Y SU SOLEMNE PROFESION.

Se ha dicho anteriormente que, segun el concepto de la señora doña Ventura, huyó Martin del siglo en tan tierna edad, y entró en la religion, por haberse hecho públicas sus prácticas piadosas. Mas parece que, á mas de esto, concurrieron otras causas, de las que Dios habia determinado servirse, para que realizase en la mas oportuna edad, la vocacion á que lo habia destinado. Es probable que, despues de haber gustado desde la niñez hasta la pubertad las dulzuras de la gracia, se hallase privado de repente de sus sensibles y amorosas impresiones. Y como conste de las informaciones, que los demonios le perseguian y que siempre triunfaba de sus asaltos y asechanzas, puede creerse que, hallándose el siervo de Dios en este tiempo, árido y desolado interiormente, sufriria la mas terrible y peligrosa prueba en que suelen verse las personas virtuosas, despues de haber sido iluminadas y fortalecidas por la gracia. Sabe el demonio por su larga experiencia que el tiempo de aridez espiritual, es el mas adecuado para recobrar el dominio sobre las almas de que la gracia lo habia despojado; y, por lo tanto, se vale entonces de todos los medios que le sugiere su malicia, para conseguir su depravado designio. Parece que, cuando el alma se halla desolada y con sensible desamparo, pide el demonio permiso á Dios para tentarla y perseguirla, y que el Señor se lo concede, segun la medida de gracia con que la habia socorrido, y segun conviene mas á su gloria. Hay varios ejemplos de esta verdad en el antiguo y nuevo Testamento. Satanás pidió licencia á Dios para probar la paciencia de Job, privándole primero de todos sus bienes y de sus hijos, y despues atormentándole con una horrible y dolorosa enfermedad. Jesucristo dijo á San Pedro poco antes de su pasion: «*Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo.*» Quie-

re decir, que el demonio pidió á Dios, que le dejase combatir la fé de los apóstoles con las mas fuertes tentaciones. Y San Pablo, en su segunda carta á los Corintios, dice: que despues de haber sido arrebatado hasta el cielo, permitió Dios que padeciese los estímulos de la carne, y que Satanás le tentara de ese modo, para que no se ensoberbeciese por las grandes verdades que se le habian revelado.

Siendo pues esta la conducta que Dios tiene por lo comun, aun con sus siervos los mas privilegiados y favorecidos, es regular que la tuviese con Martin. Y pues le persiguieron mucho los demonios, aunque ignoramos cuales fueron sus persecuciones mientras el siervo de Dios estuvo en el siglo, es regular que fuesen las mas comunes, cuales son la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida; y que los demonios se valdrian de estos tres poderosos ministros de iniquidad, para combatir la inocencia, pobreza y humildad de Martin. No participando ya su cuerpo en ninguna manera de las dulces consolaciones de su espíritu, y hallándose jóven, triste y desolado, se amotinarian sus pasiones, agitándolo fuertemente, para que las satisfaciese complaciendo sus sentidos; su oficio de sangrador le presentaria muchos objetos halagüeños y seductores; por su modestia y notoria honradez, seria solicitado para el matrimonio, tal vez con algunas ventajas de calidad y bienes de fortuna; y por último, aumentándose mas y mas el crédito de virtuoso, por su constancia en repeler todas las solicitaciones criminales, y los empeños del mundo, se dilataria su fama por toda la ciudad, viendo confirmados en su edad juvenil los presagios de santidad que se notaron en su niñez.

Desamparado en ese tiempo de todo auxilio sensible, se creeria objeto de la indignacion divina, y entregado por sus culpas al furor de sus enemigos. Tal vez le haria sentir interiormente el supremo Juez su justísimo enojo por algunas faltas inadvertidas de omision ó comision, que, aunque se reputen ligeras por los hombres, solo pueden llamarse tales, en comparacion de las graves y mayores; pues en realidad, ninguna falta es pequeña á los ojos santísimos de Dios. Moysés, íntimo amigo y muy favorecido del Señor, fué castigado severamente y privado de entrar en la tierra prometida, por una falta de confianza; y la vírgen Santa Clara de Montefalco, padeció once años los mayores desamparos y las mas horribles tentaciones, solo por haber reprendido con alguna aspereza la falta de una religiosa. ¡Tal es el celo de Dios! ¡Tan recta su justicia!

¿Qué haria Martin en situacion tan peligrosa y amarga? Pues

venció tan formidables enemigos, hizo precisamente lo que Jesucristo mandó á los apóstoles, y con ellos á todos los cristianos, por estas palabras: *Velad y orad, para que no entreis en tentacion*. Velaria, estando siempre alerta, para prever los fraudes de sus enemigos, y evitar los lazos que le tenderian su astucia y su malicia; velaria con la modestia y circunspeccion que guardan los que desconfian de sí mismos; y velaria, cerrando las puertas de su corazon, para que no le hiriesen los dardos que podrian penetrar por sus sentidos. Al mismo tiempo, el conocimiento de su propia flaqueza y la gravedad del peligro, le obligarian á orar sin intermision, animando sus preces con lágrimas y gemidos, é interponiendo la poderosa mediacion de la Santísima Vírgen, de su ángel custodio y santos tutelares. Y, cuando experimentaba la rebelion de sus miembros contra la ley divina grabada en su corazon, clamaria con las mismas palabras que clamaron Job, David y todos los santos, siempre que se vieron combatidos de sus enemigos y en riesgo de perderse; ó con otras semejantes deprecaciones, nacidas de un corazon abatido y angustiado que, amando á Dios, teme ofenderle á cada instante. En tan triste estado, participando á su confesor la tribulacion que padecia, le suplicó que pidiese á Dios en el santo sacrificio le manifestase su voluntad para cumplirla prontamente.

Sus deseos eran renunciar efectivamente al mundo, como lo habia renunciado con el afecto, y abrazar una vida oscura y despreciable, donde, ni lo engriesen la estimacion y el aplauso, ni le pervirtiesen la seduccion y el mal ejemplo. Despues de un maduro exámen y de contínuos ruegos al Señor, dió permiso á Martin su confesor para que tomase el hábito en alguna religion. Mas, le ocurrió la duda de cuál elegiria; pues, aunque toda órden religiosa es santa, no solo por los solemnes votos que hacen los que profesan en cualquiera de ellas, sino igualmente por la perfeccion de sus estatutos, sin embargo, parece que, así como Dios elige algunas personas para la vida monástica, así tambien les inspira la preferencia de una religion sobre las demas. Por lo tanto, no se satisfacian los deseos de Martin con la licencia para pedir el hábito religioso, necesitando tambien saber en qué religion se incorporaria, pidió á la Santísima Vírgen que le alcanzase de su divino Hijo luz para el acierto. Y, como en ningun templo ha tenido ni tiene tanto culto la Madre de Dios, como en el de Santo Domingo, bajo la advocacion del Rosario, es probable que, postrado ante la sagrada imágen, oraria para impetrar la gracia que necesitaba. Y es tambien creible, que la resolucion de preferir la religion dominicana, y

el convento del Rosario, le seria inspirada por la mediacion de la divina Señora.

No puede dudarse de que la religion dominicana es, á lo menos en Lima, la predilecta de María; bien sea porque ninguna otra la rinde tanto culto, pues desde muy de mañana hasta las nueve de la noche concurre el pueblo á rezar el rosario; ó bien porque habiendo sido la primera que derramó la semilla del evangelio en el Perú, era justo que ella recogiese sus primeros frutos, como opina el padre Melendez en su obra titulada *Tesoros verdaderos de las Indias*. Lo cierto es que, el mismo dia en que Santa Rosa iba á ser religiosa agustina en el convento de la Encarnacion, orando ante el altar del Rosario, entendió por una luz infusa, que no le convenia ser monja, sino permanecer hermana tercera de la Orden dominicana, que Dios inclinó á su siervo Porres á esa religion, y que condujo á ella misma al beato Masias desde el reino de Castilla en España.

No dudando Martin de que era voluntad de Dios vistiese el hábito del patriarca Santo Domingo, fué al convento grande del Rosario, y postrándose á los pies del padre Provincial, que lo era fray Juan de Lorenzana, le pidió el hábito de donado, derramando muchas lágrimas. No trepidó el Provincial en acceder á la súplica de Martin, asi por el concepto que tenia de su virtud, como por la modestia y humildad con que hacia la peticion; y, de acuerdo con el padre fray Francisco Vega, Prior del convento, y con el de toda la comunidad, se le dió el hábito de donado. Admiró á cuantos le conocian el que siendo hijo de un caballero tan distinguido por su clase y empleos, como recomendable por sus prendas, no tuviese capilla; y á don Juan principalmente le ocasionó mucha molestia, no tanto el estado de religioso que habia abrazado su hijo, sino el que fuese donado. Manifestó su disgusto á los Prelados diciéndoles que si no hacian sacerdote clérigo á Martin, porque carecia de la instruccion necesaria, no podia permitir que siendo religioso, no fuese siquiera lego. Convinieron los Prelados en que se le diese la capilla, puesto que el color pardo era impedimento solamente político, sin ninguna ley que lo autorizase, y podia por lo tanto alterarse la costumbre. Pero ni el padre, ni los Prelados, pudieron persuadir al siervo de Dios el que aceptase la capilla que se le ofrecia, creyéndose indigno aun del hábito que vestia; y como su resistencia fuese acompañada de los mas humildes ruegos, aplacó la indignacion de su padre, y logró que los Prelados, admirando su humildad, condescendiesen con sus súplicas.

Hizo ver el hermano Martin, con esta santa repulsa, que ha-

bia entrado á la religion enteramente desprendido del vano honor y aprecio de los hombres; y que, reputándose el mas vil de los mortales, se honraba con servir á sus hermanos. Parece que, no solo hizo renuncia Martin en esta ocasion de la honra aparente y vana, sino que tambien sacrificó el deseo de ser religioso profeso, y de consagrarse á Dios con la solemnidad de los votos; pues no se concedia profesion á los donados en los conventos dominicanos del Perú. Tal vez no sufrió en toda su vida prueba mayor su humildad; y puede decirse con la debida restriccion que, así como María Santísima preferia conservarse vírgen á la maternidad divina, siempre que para serlo padeciese detrimento su virginidad, así Martin renunció la profesion religiosa con mengua de su humildad. Por nueve años continuó este sacrificio, siendo simple donado sin votos que le ligasen; y pasados estos, se le dió la profesion el año 1603 á los 24 de su edad.

Se extraña que el padre Melendez no expresase esta circunstancia, y dijese solamente, que cumplido el año de noviciado se le dió la profesion, cuando lo que refiero consta del proceso y del informe que hizo al Papa el procurador de la causa. No es tan sensible esta omision, cuanto lo es, el silencio de dicho padre Melendez, y de todos los historiadores de este siervo de Dios, sobre las operaciones comunes y extraordinarias de la gracia en este espíritu gigante. Debe concebirse que, ocupado fray Martin en la asistencia de los enfermos, en barrer los claustros, y en los mas bajos servicios del convento, no dejó traslucir nada de lo que pasaba en su espíritu; y que, ó sus confesores le oian como á cualquier penitente, sin sondear el fondo de su corazon, ó no escribieron como debian las cosas notables, para que se trasmitiesen á la posteridad. Asi es que nada sabemos de su camino interior, ni del tiempo en que fué árida y oscura su oracion, ni de cuando empezó á ser infusa y luminosa. Solo consta por multitud de testigos que, deslumbrando á todos los religiosos el esplendor de sus virtudes, y su constancia en practicarlas, resolvieron darle la profesion. Con esta gracia premió la comunidad el mérito de fray Martin, conocido y probado por tan largo tiempo; y tambien se puso á cubierto de la extrañeza que habria de causar en lo sucesivo el que solo por una costumbre ilegal fuese privado un varon santo de la merced que concedian á sus donados las demas religiones.

Hizo, pues, sus votos solemnes este bienaventurado con aplauso general de todos los religiosos, quienes daban gracias á Dios de tener por compañero al que tanto los edificaba con la prác-

tica de todas las virtudes, y con la modestia, dulzura y afabilidad de su trato. El júbilo interior del siervo de Dios rebosaba en su semblante, viéndose consagrado al Señor en alma y cuerpo, y renunciando solemnemente ante los cielos y la tierra su propia voluntad, los bienes terrenos, y cuanto halaga y satisface los sentidos. Podemos inferir de ese extraordinario gozo que, iluminando su alma, al tiempo de profesar, un rayo de la increada luz, sucedió claro y permanente dia á la tenebrosa noche de los sentidos y del espíritu; que, unido este al Señor con fé viva y ardiente caridad, participaba de su vida divina, contemplándole á todo instante, sin que le distrajèsen las ocupaciones de su cargo, al modo que los ángeles no pierden de vista á Dios cumpliendo con su ministerio: y que, desde entonces, inflamada su alma en mas puro y encendido amor, practicó todas las virtudes con facilidad, prontitud y deleite, elevándolas hasta el sublime grado que constituye su heroismo. Se tratará de estas en los siguientes capítulos.

CAPITULO III.

VIRTUDES HEROICAS DEL BEATO FRAY MARTIN.

Así como el paganismo honró con el sobrenombre de héroes á los que sobresalian entre los demas ciudadanos por grandes y señalados servicios á su patria, ó por sus virtudes sociales y buenas costumbres; con mas razon la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, llama héroes de la antigua ley á los santos que florecieron antes de la promulgacion del Evangelio; y de la ley de gracia á los mártires que murieron por la fé de Jesucristo, y á los confesores, vírgenes, y viudas que, elevándose á la mas eminente perfeccion, domaron sus pasiones, y practicaron las mas sublimes virtudes hasta el último instante de su vida.

Mas, aunque por lo comun se verifique el heroismo de las virtudes en las personas unidas á Dios con el vínculo de viva fé y ardiente caridad; sin embargo suelen practicar actos heróicos de virtud aun las que no están del todo purificadas, cuando es muy árdua la materia sobre que se versa el ejercicio, ó cuando concurren otras circunstancias. Pero, sea cual fuere el grado de perfeccion en que se halle el hombre, para que se califiquen de heróicas sus virtudes, es condicion indispensable que las practique de un modo superior al de los demas justos, esto es, con prontitud, facilidad y deleite; con entera abnegacion de sí mismo, y sin otro motivo que el de agradar mas á Dios y de unirse íntimamente á él. Pues, cuando se ama á Dios con fervor, se le obedece prontamente; el hábito adquirido por la reiteracion de los actos conformes á la divina ley, facilita el cumplimiento de lo que esta prescribe; y en cada uno de ellos gusta el alma la dulzura que Dios le hace percibir por su sumision y vencimientos. Y como ninguna obra, por grande que aparezca, puede ser perfecta, sin la mas pura intencion, aun el mas leve interes sugerido por el propio amor, impide su heroicidad.

Esta se prueba principalmente por el ejercicio de las tres

virtudes, llamadas teologales porque Dios es su propio objeto; porque él las infunde, y porque ellas transforman al hombre en Dios, y en cierta manera lo divinizan. Asi es que por ellas el hombre se justifica, se adelanta y perfecciona; y por eso se enseña en el Eclesiástico lo siguiente: *Los que temen á Dios, deben creerle, esperar en él, y amarle.*

Mas no se limita el heroismo á estas tres virtudes; comprende tambien á las restantes. De estas se numeran cuatro que se dicen cardinales ó morales, porque de ellas dependen las demas, y porque arreglan las costumbres. Pero ninguna será virtud cristiana, ni merecedora de premio eterno, si no tuviese por base las virtudes teologales, ni se dirigiese á Dios como á su último fin. Debe tambien saberse que, aunque los santos posean en grado heróico las virtudes cardinales, y las que dependen de estas, su eminencia y heroicidad no se prueba ni manifiesta precisamente por continuados y sublimes actos de cada virtud; porque, ni en todas ocasiones se presenta materia para la heroicidad, ni compete á todos los santos el ejercicio práctico de todas las virtudes. Es cierto que hacen muchas veces actos heróicos de las virtudes teologales, y principalmente de la caridad; pero no siempre de todas las virtudes, sino solo de las que pertenecen al estado, sexo, condicion y circunstancias de cada uno. Sin embargo, como todas se radican en la caridad, cuando ésta es perfecta, brotan de ella las otras virtudes, como los ramos salen de su raiz, segun la comparacion de San Gregorio. Por todo lo cual, aunque cada santo sobresalga mas en una virtud que en otras, y se alabe en unos su humildad, en otros su paciencia, pobreza, etc., siempre que ejercitan perfectamente cualquiera de estas virtudes, se les asocian las demas, y se conserva en ellos la disposicion de practicarlas tan heróicamente, como aquella cuyos ejercicios han sido mas frecuentes.

Conforme á esta doctrina de los teólogos y Santos Padres referiré el heroismo de fray Martin en la práctica de las virtudes teologales, y de aquellas en que mas se distinguió, segun los hechos comprobados por informaciones auténticas.

ARTÍCULO PRIMERO.

Heroicidad de su fé.—«*La fé,* segun San Pablo, *es la sustancia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no aparecen.*» La fé se llama formada, cuando es viva, esto es, animada por la caridad; é informe ó muerta, cuando el pecado domina en el alma que conserva la fé: en cuyo caso los actos de fé

no son meritorios, ni verdaderas virtudes. Por eso dice San Pablo en su Epístola á los Galatas: «*En Jesucristo, nada vale estar,* »*ó no estar circuncidados; solo vale la fé que obra por la caridad.*» Y Santiago dice. «*Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así la fé* »*sin obras es muerta. ¿Qué aprovechará hermanos mios, á uno que di-* »*ce que tiene fé, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fé salvarlo?*» Supuesta esta doctrina, las obras dan testimonio de la fé, y la heroicidad de aquellas debe suponer la de esta. Mas no solo se prueba la heroicidad de la fé por la heroicidad de las demas virtudes, sino tambien por los actos heróicos que especialmente le competen. Tales son los que se practican para defenderla y confesarla, el ardiente deseo de dilatarla, y el celo de la salvacion de las almas con peligro de la vida.

Si se examina atentamente la vida del bienaventurado Porres, no se dudará de que en toda ella practicó heróicamente las virtudes. Aun las de su niñez y juventud hasta su ingreso en la religion dominicana, deben calificarse de heróicas, con respecto á las circunstancias de la edad en sus primeros años, y á los peligros que le cercaban en el siglo, desde que por su oficio trataba con toda especie de personas. Un niño que se priva aun de los juegos y recreos inocentes, que parte el pan con los pobres, y que edifica á cuantos le ven con su singular modestia y circunspeccion, es un héroe entre los de su edad; y un jóven que, en medio del mundo, versándose por su ministerio con toda clase de gentes, no deja de asistir al templo todas las mañanas, pasa las noches orando, duerme un corto rato en el suelo, y conserva su inocencia, es un héroe en la florida juventud, cuya época es la mas desgraciada para el comun de los mortales. En el curso de esta historia se leerá mas claramente el heroismo de sus virtudes desde que fué religioso. Se admirará principalmente su profundísima humildad, su paciencia, mortificacion y caridad. Y como el principio de todas las virtudes es la fé, fué esta heróica sin duda, pues lo fueron las demas.

Ejercitó tambien los actos que le son propios, á saber: el deseo del martirio y de la propagacion de la fé, y el celo por el bien de los redimidos. Así lo comprueban muchos testigos, y entre ellos algunos de sus confesores. No pudiendo sofocar el celo que le devoraba de morir por la confesion de la fé católica, ó por su amor á la ley y á la justicia, se desahogaba de algun modo con aspiraciones y suspiros que expresaban sus deseos. Y mientras Dios le concedia esa gracia, de la que se reputaba indigno, enseñaba los rudimentos de la fé á los indios y negros en el convento, luego que salia la comunidad del refectorio, al medio dia y en la noche, y despues que daba de comer á los enfermos;

y, con el mismo objeto, pedía permiso á sus prelados para ir á la hacienda de Limatambo, propia del convento, y distante media legua de esta ciudad. Allí doctrinaba á los ignorantes indios y negros; reprendia con dulzura sus defectos; les inspiraba paciencia en sus trabajos, y amor á la cruz en satisfaccion de sus pecados y los de sus prójimos. Y para que fuese mas eficaz y fructuosa su enseñanza, oraba con ellos, y los excitaba con su ejemplo á la fiel observancia de la fé y de los preceptos en que los instruia.

Abrasaba su corazon el mismo celo por la conversion de los pecadores, y por la perseverancia de los justos, á cuyo fin no solo dirigia sus votos en su continua y fervorosa oracion, sino tambien sus sacrificios y cruentas mortificaciones. Escribió y distribuyó á varios religiosos y seglares, que solian escucharle con admiracion, sólidos documentos y piadosos ejercicios, para impetrar del Señor la perseverancia en la fé y la piedad, y el perdon de los pecados, á fin de que leyéndolos y meditándolos, conservasen en su mente y corazon las verdades que le habian oido cuando los exhortaba de palabra: por lo cual se decia comunmente, que Dios lo habia revestido del espíritu que animaba á San Pablo. No debe extrañarse este concepto, pues sabemos que algunos santos iliteratos de uno y otro sexo, como los Pascuales Bailones y las Teresas, humillaron á muchos sábios con su divina elocuencia, y que dejaron en sus escritos honrosos monumentos que acreditan la infusion de los dones con que los ilustraba el Espíritu Divino. Mas, eran Lima y sus suburbios muy reducido campo para la inmensidad de su celo, que solo quedaria satisfecho con la conversion del universo. Siéndole esto imposible, quiso verificarlo de algun modo, embarcándose con el señor doctor don Feliciano de la Vega, Arzobispo de Méjico, residente entonces en Lima, á quien habia curado milagrosamente, como despues se dirá, y pasar á la China para predicar el Evangelio en esas vastísimas regiones. Pero Dios satisfizo los deseos que él mismo le inspiraba, de un modo sobrenatural y milagroso. Tal vez previendo el Señor que padeceria algun detrimento su humildad, realizando el proyecto de exponer su vida por la conversion de los infieles, concilió la grandeza del sacrificio con la oscuridad del mérito; y mandando á sus ángeles que arrebatasen á fray Martin cuantas veces era de su divino agrado, era conducido por ellos velozmente á los lugares que Dios le destinaba, para bien espiritual de sus escogidos. Se ignoran las conquistas que hizo fray Martin para la religion, por este medio extraordinario; pero Dios se sirvió de él sin duda para grandes designios de su gloria. ¡Quién sabe

cuantos infieles se convertirian á la fé, por la predicacion de fray Martin! ¡cuántos cristianos pecadores harian penitencia! ¡cuántos indigentes serian socorridos! Toda la gloria fué retribuida á Dios; el mérito de fray Martin se abismó en la eternidad, y en ella recibe para siempre su justa recompensa. Por tan diversos y sublimes ejercicios se prueba la heroicidad de su fé; y por los mismos, y por otros no menos eminentes, la de su esperanza.

ARTICULO II.

La heroicidad de su esperanza.—Esta virtud es la espectacion de la divina bienaventuranza, que solo podemos conseguir por los auxilios eficaces del Señor; y que se ejercita así por actos formales, como por virtuales, segun enseña San Buenaventura. Actos formales son los deseos y aspiraciones de la voluntad hácia el Sumo Bien, que espera poseer eternamente, los cuales se llaman internos, cuando salen del corazon secretamente, y externos, cuando se expresan con las acciones ó palabras. Los actos virtuales se contienen en el ejercicio de cualquiera otra virtud, pues todas deben practicarse por amor á Dios con el deseo y esperanza de poseerle. La esperanza se funda en la palabra infalible de Dios, y en sus divinas promesas, contenidas tanto en el antiguo, como en el nuevo Testamento.

Mas, para que sean provechosos y meritorios los actos de la esperanza, deben ser acompañados del temor de Dios; pues quien desea y espera gozar del Sumo Bien, debe aborrecer el pecado que nos aleja de él. Por eso dice el real profeta: *Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor.* Y el apóstol San Juan en el cap. III de su 1.ª Epístola, nos lo enseña por estas palabras: *Carísimos, si nuestro corazon no nos reprende, confianza tenemos delante de Diòs: y cuanto le pidiéremos, recibirémos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables en su presencia.»*

El temor de Dios puede ser servil, ó filial: aquel preserva de la culpa por el temor de la pena; y este, por no desagradar al Señor, que debe ser amado sobre todas las cosas. Ambos son buenos, pues aunque el primero es imperfecto, dispone para el segundo, si por el auxilio divino el servil se convierte en casto ó filial. Pero aquellos que vanamente satisfechos con el servil temor, temen mas bien la pena que la privacion del Bien Infinito, digno de todo nuestro amor, deben recelar justamente no sea tal su desgracia, que jamás le amen, ni sean amados del Señor.

Siendo pues notable la diferencia entre estos dos temores, debe serlo igualmente la esperanza. En los que temen servilmente, es inquieta y dudosa, pues en ellos tiene mas poder el temor para afligirlos, que la esperanza para consolarlos. Por el contrario son tan del agrado de Dios sus fieles hijos que le temen y esperan en él, que siempre tienen propicia su misericordia. *Este temor*, dice San Bernardo, *es la mas firme y eficaz materia de la esperanza, y la hace meritoria y fructuosa: es un gran don de Dios, y quien lo tiene en esta vida, espera firmemente la posesion del Sumo Bien en la otra, puesto que el Señor se complace en los que le temen, y que ha dicho: Yo le libertaré, porque esperó en mi. ¡Oh dulcísima liberalidad que no abandona á los que esperan en ella! Todo el mérito del hombre consiste en que ponga toda su esperanza en aquel Señor que quiere salvar á todos los hombres.* In Psalm, Qui habitat. Serm. 15.

De lo dicho se infiere, que solamente en los que poseen este divino don del santo y filial temor, puede ser heróica la virtud de la esperanza. Solo ellos esperan con grande confianza conseguir su último fin, y todos los medios conducentes á él. Y no solo reposan dulcemente en esta firmísima esperanza; les asegura ella misma el remedio de sus verdaderas necesidades, y el logro de cuanto emprenden á honra y gloria de Dios, aunque se opongan todas las potestades de la tierra. A mas de esto, sufren ó están prontos á sufrir por amor á la justicia, y por la eterna posesion del Sumo Bien, toda clase de persecuciones y padecimientos, con alegría, prontitud y perseverancia. Y por último, la esperanza los hace como omnipotentes, segun el mismo San Bernardo por estas palabras. *Nada manifiesta mas la Omnipotencia del Divino Verbo, como el que haga Omnipotentes á todos los que esperan en él. Y pues todas las cosas son posibles al que cree, puede decirse Omnipotente aquel, á quien todo le es posible. Así el alma que no presume de si, luego que es confortada por el Verbo, y revestida de su supremo poder, podrá dominarse á sí misma de modo que no la domine ninguna injusticia; y ni la fuerza, ni el engaño, ni el halago la harán decaer del feliz estado en que se halla.* In Cantic. Cant. Serm. 35.

Que tuvo todos estos caracteres la esperanza de fray Martin, lo acreditan los maravillosos hechos de su vida, así como ellos han comprobado la heroicidad de su fe. Se le oia muchas veces repetir con toda la efusion de su humilde y amante corazon, fervorosos actos de las virtudes teologales; y al hacer los de la esperanza, prorumpia en afectuosas expresiones á Jesus crucificado, por cuya pasion y muerte no dudaba obtener su salvacion. Se dirigia tambien á la Madre del Verbo humanado, y á

los santos para el mismo fin; y cuando se dignaba el Espíritu divino inundar su alma de celestiales consolaciones, no solo esperaba sin la menor duda poseer eternamente al Sumo Bien, sino aun le parecia que ya estaba poseyéndole.

Por esta inalterable y firmísima esperanza reputaba como inmundo estiercol todos los falsos y perecederos bienes de la tierra. Por ella, asistia con esmero nunca visto en el convento, á todos los dolientes, excitándolos á que sufriesen con paciencia sus pasageros males, esperando los bienes eternos; y por ella, toleraba con alegría los oprobios y las injurias, vertia su sangre con santa crueldad por la conversion de los pecadores, y despues de convertidos, procuraba con la eficacia de sus instrucciones que esperasen firmemente su salvacion, por los méritos de Jesucristo y los de su santísima Madre. La esperanza lo sostuvo en las pruebas interiores, en los terribles combates del demonio, en la hostil persecucion de los prójimos, en sus gravísimas enfermedades, y en su venturosa muerte; y ella lo hizo tambien partícipe de la divina omnipotencia. Los árboles brotan luego que los planta; las aguas desbordadas del Rimac oyen su voz, y vuelven á su lecho; se multiplican en sus manos las viandas con que alimenta multitud de miserables; los brutos feroces le acatan; sabe, y remedia las necesidades de sus enfermos, aun cuando estos no pueden comunicárselas; su simple tacto ahuyenta las enfermedades; cual puro espíritu, no solo vuela rápidamente de un lugar á otro muy distante, y penetra las puertas cerradas, sino tambien comunica estos dotes de los cuerpos glorificados, á seres racionales y á seres insensibles: y finalmente manda á la muerte, que le entregue algunas víctimas; la muerte le obedece, y él las vivifica. Todos estos portentos se detallarán en sus respectivos capítulos; mas, como ellos han sido obrados por fray Martin para honra y gloria de Dios, y beneficio de los prójimos, no solo testifican la firme y heróica esperanza de este siervo, sino tambien su ardiente caridad.

ARTÍCULO III.

Su heróica caridad.—Caridad es una de las virtudes que infunde Dios en los que justifica, mediante la cual aman á Dios sobre todas las cosas, solo por ser quien es bondad infinita, y se aman á sí mismos y á sus prójimos por el mismo Dios. Aunque esta virtud es en el órden la tercera de las teologales, es mayor que todas, no solo porque las supone y vivifica, sino tambien porque las otras dos terminan con la vida temporal, y esta dura eternamente. San Pablo hace un magnífico elogio de

esta virtud con las siguientes palabras: *La caridad de Dios está difundida en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que se nos ha dado. ¿Ignorais que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo que habita en vosotros?* Y el discípulo amado dice: *Dios es caridad.* Apoyado en esta verdad de fé dice San Agustin: *No enviemos lejos para que vea á Dios el que tiene caridad. Oiga con atencion la voz de su conciencia, y en ella verá á Dios. Si no mora allí la caridad, tampoco habita Dios. Quien quiera verle sentado en el cielo, tenga caridad, y habitará en él como en el cielo.*

Por lo cual enseñan los teólogos, que el Padre y el Hijo envian el Espíritu Santo á los justos, para que no solo more en sus almas santificándolas con sus gracias, sino tambien en sus cuerpos honrándolos con su presencia; y que el mismo amor divino que une dulcemente al Padre eterno con su único Hijo en la divinidad, es el sagrado vínculo que estrecha á los hijos adoptivos de Dios con su Padre celestial, mientras viven en su gracia, adornados con la estola de la caridad. Asi es que, si viendo á una persona, estuviésemos ciertos de que vive con la vida de la gracia, deberiamos respetar y adorar en ella al Espíritu divino, en quien reside la plenitud de la divinidad; al modo que el Señor San José adoraria al Verbo humanado oculto en el seno virginal de su purísima esposa; y así como los fieles católicos le adoramos en el sacramento del altar. ¡Tan grande es la virtud de la caridad! ¡Tan sublime la dicha de toda alma que la posee por la gracia! ¡Tanto nos mereció Jesucristo con su encarnacion y su muerte! Pero como esta virtud contenga dos preceptos, amor á Dios y al prójimo; y como cada uno de ellos puéde cumplirse mas ó menos perfectamente, expondré sus grados, para que se vea la heroicidad con que fray Martin practicó esta virtud, tanto con respecto á Dios, como á sus prójimos.

Su amor á Dios.—Sabemos que el precepto de la caridad con respecto á Dios que obliga á los cristianos, como obligaba á los judios, está concebido en estos términos: *Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazon, con toda tu alma, con toda tu mente, y con todas tus fuerzas.* Por cuyo mandato debemos referir á Dios, á lo menos habitualmente, todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras y todas nuestras obras. Así es que solo cumple con este precepto, segun San Bernardo, quien no lo quebranta ni por el atractivo de los halagos, ni por la seduccion del engaño, ni por la impresion de las injurias. Por lo tanto, insulta á Dios quien dice que le ama, cuando su conciencia le acusa de que está voluntariamente en su desgracia por cualquiera grave violacion de la ley. Y aunque no se haya perdido enteramente la caridad, son inútiles y nada provechosos sus

actos, si se hacen solo verbalmente por el hábito adquirido desde la niñez, sin que el alma atenta á lo que profieren los labios, se refiera á Dios, sacrificándole sus potencias y sentidos.

De la frecuencia con que se hagan estos actos, y de su rectitud y fervor depende su perfeccion. Por eso solo se consuma esta virtud en el cielo, donde, contemplando el alma á su Dios con un acto contínuo, se une inseparablemente á él por el conocimiento y el amor. Mas, como en la presente vida se halla el alma unida al cuerpo, recibiendo á cada instante las impresiones de los sentidos, y distraida muchas veces por la atencion que exige el cumplimiento del cargo que la obliga; es imposible dice Santo Tomas, que no se interrumpa á ratos la atencion de su mente á Dios, y el ejercicio de su amor. Por lo cual, entre los que aman á Dios, le aman imperfectamente aquellos que, habiéndole consagrado su corazon, y perseverando habitualmente en su amor, solo cuidan de no hacer cosa alguna que sea contraria á su divina voluntad. Mas, los que poseen y practican la caridad, segun la perfeccion compatible con las miserias y necesidades de esta vida, se desprenden escrupulosamente de toda ocupacion que no les obliga segun el órden de la Providencia en el ministerio que ejercen; y meditando todo el tiempo que pueden la ley del Señor, disipan las especies inútiles que recibieron por los sentidos, para renovar con pureza y fervor los actos de su caridad. Y conociendo á la luz de la fé que no pueden agradar á Dios enteramente, sin la desnudez y purificacion de todos los afectos terrenos, para hacerse, como lo desean, un solo espíritu con Dios por Jesucristo; procuran imitare en el odio á las vanidades del mundo, en el amor á la pobreza, las humillaciones y todo género de padecimientos.

Dios por lo comun premia aun en la vida presente á estas almas fieles, haciendo que experimenten la suavidad de su yugo, y que gusten las dulzuras de su amor. La caridad, que hasta entonces habia sido insensible y seca, es en adelante sensible y afectuosa. El alma gusta á Dios, y este espiritual sabor la embriaga y enagena: se ve á sí misma; y no hallando en sí bien alguno que no sea de Dios, este íntimo conocimiento enciende mas y mas su amor, refiriéndolo al supremo bien digno solamente de ser amado. A las veces, es arrebatada á contemplar los arcanos de la divinidad; y vuelta en sí, arde su corazon en el mas encendido amor: la abrasa el celo de la gloria de Dios y de su santa casa: desprecia y abomina los bienes de la tierra: desempeña con la mas activa y puntual exactitud los deberes de su profesion y de su estado: las llamas de su ardientísimo amor prenden muchas veces en corazones helados ó tibios;

y ahuyentando de ellos al príncipe de las tinieblas, los prepara á ser deliciosa mansion de la luz inaccesible.

Purificada de este modo el alma, y asemejada (cuanto es posible) á su amado, bañada su mente de luces celestiales, y abrasado su corazon en caridad, se une al divino Verbo con todo el afecto de su corazon: vive por el Verbo, y es regida por él en todas sus acciones. San Agustin, como tan experimentado en los efectos del amor divino, los expresa de este modo, en el capítulo 20 de su Manual: «El alma que ama á Dios, ninguna otra »cosa puede pensar ni hablar: todo lo que no es Dios, despre»cia y le fastidia: todo lo que medita y habla, le sabe y le hue»le al amor, porque la posee el amor de Dios..... El alma que »ama, renuncia todos sus afectos, y toda se anicga en el amor, »para corresponder con amor al amor de su Dios.... No tema »el alma que ama; tiemble la que no ama. El alma que ama, se »deja llevar de sus buenos deseos, disimula sus merecimientos, »cierra los ojos á la magestad, ábrelos al deleite espiritual, po»ne su corazon en su Salvador, y trata confiadamente con él. »Por el amor se enagena el alma; sale algunas veces de sí, y »de los sentidos de su cuerpo, y sintiendo á Dios, no se siente »á sí misma. Esto sucede cuando el alma, presa de aquella ine»fable dulcedumbre de Dios, se hurta en cierta manera y ro»ba a sí misma; ó por mejor decir, es arrebatada de sí misma, »para gozar suavísimamente de Dios. No hay cosa tan dulce co»mo esta, si no durase tan poco. El amor da familiaridad con »Dios; la familiaridad osadia; la osadia gusto, y el gusto ham»bre. El alma que está tocada del amor de Dios, ninguna otra »cosa puede pensar, ninguna otra desear, y á menudo suspira »y dice: así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así »Dios mio, mi alma te desea.»

Cuanto llevo dicho, es un bosquejo del amor que tuvo á Dios fray Martin. Prevenido por la desgracia desde su tierna edad, amó á Dios luego que tuvo la ventura de conocerle; y el amor crecia en él con la repeticion de sus actos. Por amor conservó ilesa su primitiva inocencia hasta el último instante de su vida; y por amor domó sus pasiones, renunció el mundo y practicó heróicamente las virtudes. Y ¿cuánto no creceria ese amor, cuando su alma enriquecida con los dones del Espíritu Santo, y unida á Dios íntimamente, gustaba sus inefables dulzuras, y recibia las tiernas caricias de su amado? ¿Con qué fuerza no atraeria el Señor á esa alma divinizada por ardientísima caridad, pues, no pudiendo desprenderse del cuerpo para volar á su amado, se llevaba consigo esa mole pesada y material, elevándola algunas varas? Y ¿qué pasaria entre Dios y fray Martin, cuan-

do quedaba invisible á todos en esos admirables éxtasis y raptos; y cuando despedia su cuerpo luminosos rayos que disipaban las tinieblas de la noche? Puede creerse que entonces le revelaria el Verbo divino sublimes verdades del tiempo y de la eternidad; y que el Espíritu Santo le abrasaria en la mas encendida caridad. A lo menos, no debe dudarse de que fray Martin fue dotado del mas alto grado de contemplacion; pues los raptos con elevacion del cuerpo, son claros signos de la mas ardiente caridad, y de la mas íntima union con Dios á que se puede llegar en esta vida, segun enseñan los teólogos con Santo Tomas. Este doctor angélico los compara al que tuvo San Pablo, y dice que en ellos se halla el alma, como en un estado medio entre la vida presente y la futura. ¡Tan grande fue la caridad de fray Martin para con Dios, y de ella dimanó la que tuvo para sus prójimos!

1.° *Su amor al prójimo.*—Aunque todos los hombres debieron siempre reputarse y amarse como prójimos, por descender de un padre comun; y aunque este precepto grabado en el corazon de todos, fuese conocido y observado por algunos paganos que, á mas de guardar la ley natural, conservaban la fé en el futuro Redentor; fue desfigurado por los judios, sin embargo de estar contenido en el Exodo, y en otros libros del antiguo Testamento. Por eso nuestro Señor Jesucristo, que vino á perfeccionar la ley, les dijo: *Habeis oido que fue dicho: amareis á tu prójimo, y aborrecereis á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* Y como este precepto pareciese tan extraño como duro á sus discípulos, les dijo en otra ocasion: *Os doy un mandamiento nuevo: que os ameis los unos á los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os ameis tambien entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros.* Llamó Jesus nuevo este mandato, no porque lo fuese en la realidad, sino porque así lo creerian los que no lo observaban mucho tiempo habia; y porque eran muchos y muy poderosos los motivos que obligaban á observarle á los fieles que creyesen en él, y abrazasen su doctrina.

A la verdad, nuestra consanguinidad con Jesucristo por la encarnacion del Verbo; su pasion y afrentosa muerte por redimir á todo el género humano; su fervorosa oracion y cruento sacrificio por sus mismos crucifixores; el que los cristianos componemos la Iglesia que adoptó por esposa; el que cada uno de los fieles es miembro del cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, y el haberse quedado en la eucaristía para ser cotidiano alimento de los que fuesen santificados por la gracia del bautis-

mo y de la penitencia; son motivos de que carecieron los hombres antes de la venida del Salvador, y que deben excitar á los cristianos al cumplimiento de la caridad fraterna en toda su perfeccion.

Jesucristo no se contentó con mandarlo expresamente. Describe en una parábola la pompa y magestad con que vendrá á juzgar á todos los hombres en el último de los dias; y como si la predestinacion estuviese vinculada únicamente á la caridad con los necesitados, y la reprobacion á la dureza para con ellos; dice á los primeros, que á él fue á quien dieron de comer y beber, y á los segundos, que le negaron esos auxilios, cuando los pidió en la persona de los pobres.

Los apóstoles en sus cartas canónicas procuraron grabar en el corazon de los fieles la doctrina de su Maestro. Sobre todos, el discípulo amado que, no solo penetró los mas sublimes misterios, sino tambien fue inflamado en la mas ardiente caridad, cuando mereció recostarse sobre el pecho de Jesus, no cesaba mientras vivió de excitar al amor mútuo, y repite lo mismo en sus epístolas. Entre muchas palabras sobre esta materia son muy notables las siguientes: «El que tuviere riquezas de este »mundo, y viere á su hermano tener necesidad, y le cerrase »sus entrañas, ¿como estará la caridad de Dios en él...? Noso»tros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte á la vi»da, en que amamos á los hermanos.—El que no ama, está en »muerte.... En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que »puso él su vida por nosotros; y nosotros debemos poner la vi»da por los hermanos.»

Sabemos que esta doctrina evangélica es el fundamento de la caridad cristiana; pero los justos imperfectos no traspasan los límites del rigoroso precepto. Cumplen con los deberes de la caridad con respecto á sus domésticos, procurando su bien espiritual y corporal; alivian si pueden las necesidades de sus prójimos, segun el órden que exige la misma caridad; desean y piden á Dios que conceda todo bien á sus enemigos, y dan á estos muestras de benevolencia y amor, en todas las circunstancias y ocasiones. Será útil á estas personas rumiar las palabras siguientes de un eclesiástico sábio y piadoso, citado por el P. Cornelio Alapide, ó para que no pierdan del todo la caridad, ó para que adelanten en ella.

«Algunos hay que, aunque no posean muchos bienes, no ca»recen de todos. Jesucristo solamente es á quien todo le falta en »la persona de los miserables. Tiembla de frio con los desnudos, »y padece con los hambrientos y sedientos. Así es que, con res»pecto á su compasion con los necesitados, sufre mucho mas que »todos ellos; pues cada uno solo siente su miseria, y Jesucristo

»las de todos... ¡Oh tú que confiesas ser cristiano, considera que »Jesucristo te promete bienes inmortales por los caducos que le »ofrezcas; y eternos castigos, si se los niegas! Y no obstante eso, »¿ni te rinden bienes celestiales, ni te conmueven penas inter»minables...? Pues en tan poco estimas al Salvador, él te reputa»ra como nada... ¡Cuánto mejor y mas saludable te habria sido »ser pobre que rico, pues por la pobreza te habrias allegado á »Dios fácilmente, y te has hecho criminal por la riqueza! Por lo »tanto, si quieres ser eternamente dichoso, distribuye gran par»te de tus bienes en los indigentes virtuosos, en los cojos, en los »ciegos y débiles. Sustenten tus bienes á los miserables, y vivi»fiquen á los pobres, para que el alivio y consuelo que reciban, »te preparen la recompensa prometida.»

Mas, no es necesario que se recuerden estas verdades á los amantes fervorosos, pues como la fé los vivifica, ella se las presenta á todo instante. En ellos es la caridad tan extensa que solo la imposibilidad limita su ejercicio; y como jamás se satisface el amor que tiene á Dios, tampoco el que tiene á sus prójimos. Desean ardientemente que Dios sea conocido y amado de todos los hombres, y no omiten medio alguno, por penoso que sea, á fin de que todos le tributen la honra y gloria que le son debidas. Este infatigable celo de caridad que encendió el Espíritu Santo en el corazon de los Apóstoles, lo enciende hasta ahora en el de muchos santos varones, que vuelan desde un extremo al otro de la tierra, por que se conviertan los pecadores, y los infieles tengan la dicha de ser lavados con la sangre del Cordero inmaculado. Solo la Iglesia Católica da á luz tan fervorosos hijos, que arrostran impertérritos todos los peligros; y que derraman su sangre y hacen el sacrificio de su vida, por convertir siquiera una alma infiel ó pecadora, cuyo precio es el de la sangre de Jesus.

Así el glorioso San Francisco Solano, llamado justamente Apóstol del Perú, tuvo la gloria de convertir con sus sermones crecido número de pecadores y muchos millares de indios bárbaros, caminando á pie mas de seiscientas leguas, desde Lima hasta el Tucuman, por entre montañas nevadas y escabrosas.

No es menor el celo de las personas fervorosas por socorrer á los pobres en sus miserias, trabajos y enfermedades. Nadie ignora que muchas repartieron todos sus bienes á los pobres, y que otras reservaron lo muy preciso para cubrir sus legítimas necesidades. Y es tambien cierto que casi todas asistieron y consolaron á cuantos enfermos podian, sin que las retrajesen de este ejercicio caritativo, ni la asquerosidad de los pacientes, ni el peligro de contagio.

No se comprende cómo Santo Toribio, Arzobispo de Lima, daba tan crecidas limosnas, que excedian en mucho las rentas del arzobispado. Y cuando tenia á la vista un pobre miserable, era tal su compasion, que lloraba y decia: «*¡Oh desnudo! tú me vistes: ¡Oh pobre! tú me enriqueces: ¡Oh hambriento! tú me satisfaces.*» Nuestra Patrona Santa Rosa pasaba muchos dias sin alimento, por repartir á los pobres su comida; y no satisfecha su caridad con visitar á las enfermas en el hospital, ni con asistir y medicinar en sus casas á las desvalidas, se llevaba á la suya muchas infelices, y colocándolas en un cuarto, las curaba y servia, aunque estuviesen cubiertas de úlceras hediondas y pestilentes.

Consideraban por la fé que Jesucristo es quien pide en la persona de los pobres el socorro en sus necesidades, y el alivio de sus males. Yo falto de toda virtud, y agobiado con el peso de culpables miserias, no puedo sentir ni expresar los vivos afectos de compasion, anonadamiento y gratitud, que excitará en el corazon de las almas perfectas la vista interior de Jesucristo necesitado, ó cubierto de asquerosas llagas, implorando humildemente su auxilio y asistencia.

Este benignísimo Señor se ha dignado algunas veces hacer sensible esta verdad de fé, para premiar, aun en la vida, la caridad de sus fidelísimos siervos, y para que sirva de recuerdo y saludable estímulo á los que no contemplan á Jesucristo en la persona de los pobres miserables. Habiendo San Martin Obispo dado á un pobre desnudo la mitad de su capa, despues de haber consumido sus rentas en los necesitados, se le apareció Jesucristo con multitud de ángeles y le dijo estas consolantes palabras: *Martin me ha cubierto con su capa.* En la vida de San Juan de Dios se refiere que, habiendo este caritativo Santo visto en la calle á un pobre que le pareció agonizante, le llevó cargado al hospital, y lo puso en cama, le lavó los pies, como lo hacia con todos, y, al tiempo de besárselos, notó que estaban taladrados, como lo están los pies de los crucifijos. Levantó entonces la cabeza para ver al pobre, y entendió que era el mismo Jesucristo. Hablóle al punto el Señor, y le dijo: «*Juan, todo lo que haces con mis pobres, lo recibo yo, como si lo hicieras conmigo. Sus llagas son las mias; y lavas mis pies siempre que lavas los suyos.*» Desapareció el Señor, y el Santo quedó rodeado de una resplandeciente llama.

Aun mas notable es el favor que hizo Dios al padre maestro fray José Figueroa, religioso del Orden de San Agustin en el convento grande de Lima, segun se refiere en el tercer tomo de la Crónica de esta Provincia, escrito por el muy reverendo padre Maestro fray Juan Teodoro Vasquez. Despues que el ve-

nerable siervo de Dios fray José Figueroa, se habia ejercitado públicamente en socorrer á los pobres desvalidos, y acreditado de muchos modos su ardiente caridad para con los miserables, sin que lo desviasen de esta práctica piadosa, ningun género de trabajos, humillaciones y desprecios; fué llamado para confesar á una morena moribunda, que vivia distante de su convento, en el barrio donde está el hospicio de Incurables. Voló el siervo de Dios á cumplir con su ministerio; y concluida la confesion, oyó en un muladar inmediato los alaridos de un pobre que lamentaba su estado. Acercósele, y viéndole tendido en ese asqueroso lugar, le dijo: *Hermano de mi alma, ¿qué hace aquí?* Respondió el enfermo acongojado: *Padre, mi gran pobreza, la incurabilidad de mis males, y el desamparo en que me hallo, no me han permitido otro lugar de reposo.* Díjole entonces el padre anegado en lágrimas: *Hijo mio, procure levantarse, y venga conmigo que, aunque pobre religioso, le proporcionaré su alivio con el socorro de Dios. Padre mio,* respondió el pobre: *Es imposible que yo me levante, por mi suma flaqueza y agudísimos dolores.* El caritativo padre al oir esta respuesta, levantó con sus brazos al enfermo, púsole sobre sus hombros, y sin sentir el peso de la carga, caminando ligeramente hasta llegar á su celda, colocó en su propia cama al afligido doliente. Quiso lavarle primero los pies, suponiéndolos cubiertos de inmundicia; paro al alzarlos con sus manos, los vió mas limpios y blancos que la nieve, y en cada pié una llaga bermeja y resplandeciente. Abrasado su corazon en las llamas de puro y ardiente amor, levantó la cabeza para ver el rostro del aparente enfermo, y este, con la mas tierna y amorosa dulzura, le dijo las siguientes palabras, de las cuales las primeras están contenidas en el Salmo 31: «*Tú eres mi refugio en mi grande tribulacion: tal es la que padecen los pobres enfermos incurables, que son los que mas vivamente representan en este mundo mis trabajos.*» Dicho esto desapareció, dejando á su siervo estático de amor, y resuelto á poner en práctica el mandato del Señor, sacrificándose con mas ardor á beneficio de los miserables.

Se constituyó al principio su limosnero, pidiendo de puerta en puerta algun socorro para los pobres incurables, que ni eran admitidos en los hospitales por su insanabilidad, ni tenian como ser auxiliados en su habitacion. Habiendo experimentado la ineficacia de este medio, proyectó fabricar un hospicio, donde tuviesen mansion permanente, y todos los auxilios necesarios los infelices incurables. La empresa era muy árdua é inverificable al juicio de los hombres; pero Dios que se la habia inspirado á su fiel siervo, facilitó los medios. El piadoso Licenciado D. Antonio de Avila, cedió al padre Figueroa un solar in-

mediato al sitio donde se le habia aparecido Jesucristo, y se dió principio á la obra, nombrándola desde entonces *Refugio de los incurables.*

Enfermó por ese tiempo el General don Domingo Cueto, que poseia mucha riqueza; y habiéndolo desahuciado los médicos, porque su mal habia terminado en una tísis pulmonar, entró de improviso á su cuarto el padre Figueroa, y sin saludarle, le dijo estas palabras: *¿Quiere usted sanar? ¿No he de querer padre mio?* respondió el paciente. Contestóle el padre, *pues amigo, piense en mis pobres incurables;* y saliose de la casa con presteza, sin hablar otra cosa. Al oir don Domingo estas palabras del padre Figueroa, cuya extraordinaria virtud era notoria, concibió que tal vez querria Dios mejorarle por la intercesion de su fiel siervo; y habiéndole este propuesto como medio para conseguir la sanidad, el socorro á los incurables, resolvió auxiliarles. Pasados tres dias, volvió á visitarle el siervo de Dios, y con semblante alegre le dijo: *Ea, buen ànimo, señor General, que de hoy en ocho dias, he de ir con usted á ver el hospital que ya corre de su cuenta.* Retiróse el padre, y el enfermo quedó tan mejorado, que á los cuatro dias sintiéndose sano, pidió su ropa, y se levantó de la cama con asombro de los médicos. Cumplidos los ocho dias prefijados, fué á verle de nuevo el padre Figueroa; y hallándole no solamente del todo libre de la enfermedad, sino tambien restablecido, partieron ambos á la casa destinada para hospicio; y el piadoso y agradecido General dió ciento y cuarenta mil pesos, con los cuales, y á mas cincuenta mil pesos que acopió el padre Figueroa, pidiendo limosna por las calles, se fabricó y rentó el magnífico hospital del Refugio, del que fué patron el mismo benemérito General don Domingo Cueto, que con tanta liberalidad habia cooperado á su ereccion. Aumentáronse despues las rentas, por la cesion gratuita que le hicieron de sus bienes otras personas piadosas; y los incurables eran muy bien asistidos por el celo de don Domingo, y por la caridad del padre Figueroa. Viviendo aun don Domingo, cedió este el patronato y rentas del hospital á fray Domingo de la Cruz, primer general de los Behtlemitas, obligándose dichos religiosos, al cuidado y asistencia de los incurables,

El espantoso terremoto que padeció esta ciudad el 28 de octubre de 746 derribó el magnífico hospital de incurables, y su suntuoso templo, los que despues se reedificaron por el celo de los religiosos, aunque no igualan ni uno ni otro al decoro y grandeza que tuvieron al principio. Sin embargo, el hospital tiene dos salas proporcionadas, una para hombres, y otra para mugeres incurables, donde les asisten y auxilian los religiosos,

y las personas piadosas, habiéndose perdido sus fondos impuestos en el Estado,desde nuestra revolucion política, así como se han perdido en esta capital los principales impuestos de todas las religiones.

Se me dispensará este episodio, por el santo fin á que se dirige. Ojalá el recuerdo de esa admirable y milagrosa fundacion, renueve en este vecindario el fervor de nuestros antepasados, para que, visitando á Jesucristo en el lecho del dolor y la miseria, contemplen sin fatigar su imaginacion, los tormentos que padeció por nosotros; y penetrados de la mas tierna gratitud y compasion, le socorran en la persona de los pobres incurables, que tan al vivo lo representan.

No se sabe si nuestro Señor Jesucristo hizo á fray Martin un favor semejante; pero es indudable que le hizo otros mayores en premio de su caridad. El que hizo al padre Figueroa, tuvo por objeto el socorro perpétuo de los pobres incurables; pero en muchos de los que hizo á fray Martin, parece que Dios se propuso dar á conocer la eminente caridad de su siervo, por lo mismo que él ocultaba, cuanto podia, el ardientísimo amor que abrasaba su corazon por el bien espiritual y corporal de sus prójimos.

Mas, no obstante su disimulo, las necesidades agenas hacian traicion á su humildad. Así es que, los hechos referidos anteriormente, para acreditar la grandeza de su fé y de su esperanza, prueban tambien su heróica caridad. Porque, como esta se dirige al bien eterno y temporal de todos los hombres, las instrucciones que daba este siervo de Dios á los ignorantes, para radicarlos en la fé,su eficaz celo por convertir á los pecadores, el consuelo que inspiraba á los atribulados, sus vivos deseos de propagar la Religion Católica en las naciones paganas, aunque fuese á costa de su vida, y sus fervorosas preces y cruentas mortificaciones por la salvacion de todos los redimidos, confirman el ardiente amor de fray Martin por el bien espiritual de sus prójimos. Pero, no solo instruia en la fé y en la moral evangélica á los párvulos, á los indígenas y negros; hacia lo mismo con los religiosos tibios, y poco versados en los caminos de Dios, y principalmente con los novicios. Procuraba que los profesos no pusiesen ni el menor obstáculo voluntario, que les impidiese adquirir la perfeccion á que los obligaba su estado; y que no renunciasen su vocacion los que aun no se habian consagrado á Dios con los votos religiosos. Exhortaba con mucha suavidad, dulzura y modestia, segun aconseja San Pablo en su Epístola á los Gálatas por estas palabras: *Hermanos, si alguno como hombre fuere sorprendido en algun delito, vosotros que sois espiritua-*

les, amonestadle con espíritu de mansedumbre; y tú considérate á ti mismo, no seas tambien tentado. Por lo cual eran tan fructuosos sus consejos, que convertian á muchos pecadores, y fervorizaban á los tibios y disipados. No disgustaba ni á los seglares ni á los religiosos el ser reprendidos por un pobre donado, sin mision ni letras; porque enseñaba mas con el ejemplo que con las palabras, y porque su humildad, modestia y los efectos que estas producian en sus corazones, acreditaban que el espíritu de Dios las inspiraba. Y como el Señor habia privilegiado á este siervo suyo, comunicándole los dotes gloriosos que solo son propios de los bienaventurados, segun despues se dirá, hacia valer este extraordinario favor, para remediar las necesidades espirituales de sus hermanos, cuando lo exigian las circunstancias. Referiré en prueba de ello dos casos memorables.

Huyeron de noche dos novicios, descolgándose de una pared vieja, estando cerradas las puertas del convento; y notando su ausencia el maestro de novicios, cuando iba la comunidad al coro para rezar maitines, los buscó, no solo en el noviciado, sino tambien en los lugares mas ocultos del convento, No hallándolos en ninguna parte, y encontrando á fray Martin, lamentó la pérdida de los novicios; mas el siervo de Dios, con mucha modestia y sonrisa, le dijo: *No tenga vuesa paternidad cuidado: están seguros, y duermen actualmente: retírese vuesa paternidad, y yo se los llevaré muy de mañana.* Despidióse el padre maestro consolado, creyendo que fray Martin tendria á los novicios en su celda. Mas este, que por revelacion divina sabia que los novicios se habian ido á una casa del pueblo que llaman el Cercado, distante un cuarto de legua del convento del Rosario, voló á media noche, estando las puertas cerradas, y tocó fuertemente en la casa donde reposaban los novicios. Abriéronle, despues de haber golpeado mucho, y poniéndose delante de los fugitivos, procuró con tiernas y eficaces exhortaciones retraerlos de su intento, y persuadirlos á que volviesen á la Religion. Mas ellos, no obstante la sorpresa que les causaba ver al siervo de Dios á esa hora y en ese lugar, no daban oido á sus saludables consejos, protestando no volver mas á su convento. Insistió el siervo de Dios en convertirlos, y al fin ablandó tanto sus obstinados corazones que, conviniendo en vestir de nuevo el hábito religioso del Patriarca Santo Domingo, salieron de la casa con el siervo de Dios, y se hallaron de improviso en la celda de este, sin saber còmo. Fray Martin los presentó en la madrugada al padre maestro, y suplicándole que no los castigase, le dijo, que esos dos novicios serian religiosos, y con el tiempo muy recomendables por su saber y conducta, lo que se verificó cierta-

mente. Reservaron este suceso algunos dias los novicios; pero despues lo descubrieron á sus compañeros, estos á su maestro, y de este modo se publicó en el convento.

D. Francisco Lopez Carabantes, tesorero mayor, tenia un hijo novicio en el convento del Rosario, y habiéndole visitado un mes, ó poco mas, despues de haber vestido el hábito, le declaró lo mucho que le disgustaba el que fuese religioso, porque el rey, en consideracion de sus muchos servicios, le habia hecho la gracia de que su hijo obtuviese el mismo empleo de tesorero, despues que falleciese. Halagado con esta noticia el novicio, resolvió dejar el hábito y complacer á su padre. Pero considerando que, por el ascendiente que tenia sobre él don Mateo Pastor, su padrino de bautismo y su bienhechor, que lo habia educado á su costa; podia este frustrar dicha resolucion, luego que se la participase su pariente, el maestro de novicios fray Juan Fernandez, convinieron padre é hijo en que nada se trasluciese en ese dia. Y sabiendo el novicio que podia bajar á la calle por una cerca vieja del convento, previno á su padre que lo esperase á la media noche en ese sitio. Mas cuando la comunidad iba para el refectorio á prima noche, salió de la sala, que llaman el Capítulo, el siervo de Dios, y acercándose al novicio que caminaba delante por ser el menos antiguo, le dijo en voz baja: *Este jovencito quiere soltar el hábito, y dejar la casa de Dios, por ser tesorero mayor: eso no está bueno: no lo haga; mejor es servir á Dios, permaneciendo en su casa, y asegurar en ella su salvacion: y créame, que si esto no hiciece por amor de Dios, lo hará por temor*. Verificóse el presagio del segundo modo; porque estando en el refectorio esa misma noche, sintió un frio tan grande que, levantándose de su asiento, pidió permiso al maestro para retirarse al noviciado. Siguióse al frio violenta fiebre, que no permitió al novicio realizar en esa noche el proyecto pactado con su padre; la cual fué una terciana doble que molestó gravemente al enfermo poco mas de un mes. Recobradas sus fuerzas, resolvió fugarse del modo dicho, y le sorprendió la fiebre en el dia destinado, como la primera vez. Luego que estuvo sano, insistió en lo mismo, y no se lo permitió la fiebre, que por tercera vez le asaltó con la misma violencia. Conociendo entonces que era voluntad de Dios el que fuese religioso, profesó, dando gracias á Dios por tamaño beneficio, y confirmando con su declaracion el concepto de santidad que merecia fray Martin.

Como era tan notorio su extraordinario mérito, y tambien la eficacia de sus saludables consejos, llegó á ser el ángel de paz que serenaba la inquietud de los ánimos, é inspiraba concordia en los enemistados. Siendo lo mas notable que, á las veces, se

le revelaba la disension secreta de alguna familia, y declarando á las personas la discordia que tenian, las reconciliaba con la dulzura, solidez y uncion de sus palabras. Entre muchos casos de esta naturaleza, referiré el que sucedió con su hermana.

Hallábase esta con sus hijos y marido en una hacienda á media legua de Lima, donde estuvieron por recreo algunos dias. En uno de ellos se disgustaron los dos esposos por un motivo leve. Al disgusto se siguieron la alteracion y el enfado, y presto participaron los hijos de la molestia y conmocion de los padres. Resolvieron al punto volverse á la ciudad, y mandáron que se ensillasen las bestias. En estas circunstancias, se presentó fray Martin en la hacienda con un báculo en la mano, llevando pan, vino, fruta y otros regalos; y saludó á la familia en estos términos: *La paz de Dios sea en esta casa. ¿Qué hay hermanos? ¿Vosotros solos queriais divertiros? Yo vengo tambien á entretenerme y regalarme.* Refirióles luego el disgusto que habian tenido, y la causa que lo habia motivado; y reprendiéndolos fraternalmente, reconcilió á los consortes, y dejó á todos absortos, considerando que, naturalmente, era imposible el que hubiese tenido noticia de la indisposicion de sus ánimos. Acompañólos hasta la noche, y se retiró diciéndoles que iba á dormir en un cerro inmediato. Volvió muy de mañana, y despidiéndose de todos les dijo que regresaba á su convento. Divulgóse despues este suceso; y habiéndose sabido por declaracion de los enfermos y asistentes de la enfermeria, que ni en la tarde en que fray Martin estuvo con sus hermanos en la hacienda, ni en la noche siguiente se habia separado de la enfermeria, habiéndole visto todos con la puntualidad acostumbrada, alabaron á Dios por tan singular maravilla.

Pero nada prueba el ascendiente que tenia este siervo de Dios sobre los corazones, como la facilidad con que pacificaba á los religiosos inquietos y discordes, cuando cumplido el período en que debe gobernar un prelado, se congregan los vocales en la sala de Capítulo, para elegir al que reputan mas á propósito, pues todos saben que en ese tiempo suele turbarse la paz en las corporaciones religiosas. Es verdad que no faltan entre ellos quienes, conociendo el enorme peso que grava sobre los prelados, se estremecen luego que tienen noticia de que pueden elegirlos; pero tambien es cierto que, por lo comun, se disputan la prelacia varios candidatos, lo que ocasiona muchas disensiones y pleitos ruidosos que escandalizan al pueblo. Fray Martin con su sagacidad, y, mas que todo, con la divina uncion de sus palabras, prevenia ó apaciguaba esas funestas divisiones, diciendo á unos, que ese cargo pondria en grande peligro

su salvacion, y que jamás debian pretenderlo; y á otros, que aun no era conveniente el que lo obtuviesen, y que lo obtendrian en tiempo mas oportuno. Y como sabian por experiencia que era un oráculo de la verdad, sus consejos tranquilizaban los espíritus, y reconciliaban los partidos. No fué menor el celo del siervo de Dios por remediar los males temporales de sus prójimos, salvándolos en los peligros, aliviando sus miserias, y sanando sus enfermedades.

2.° *Salva la vida á los que estaban en inminente peligro de perderla.*—Habiendo entrado al convento del Rosario dos reos, huyendo de la justicia que iba tras ellos para prenderlos, se acogieron en la celda de fray Martin, y le suplicaron por amor de Dios que los ocultase, para evitar el peligro en que se hallaban. Compadecido el siervo de Dios, les mandó que se hincasen de rodillas, y clamasen al Señor con humildad y confianza. Obedeciéronle, y el tambien se hincó para orar con ellos. Entraron á la celda el alcalde de corte y sus ministros, ó porque vieron entrar en ella á los fugitivos, ó porque alguno les dió aviso de que allí estaban. Registráronla con cuidado, y no viendo en ella mas que tres colchones, los alzaron, recelando que debajo de ellos se hubiesen ocultado; mas frustrada su diligencia, salieron del convento para buscar á los reos en la calle. Libres estos del peligro, conocieron que por la oracion de fray Martin, habia obrado Dios el prodigio de que los tres pareciesen colchones á la vista del alcalde y sus ministros. Despidiólos entonces de su celda el siervo de Dios, exhortándolos para que enmendasen su vida.

Pasando el mismo por una de las dos cárceles que habia anteriormente en esta ciudad, vió en la capilla de ella un reo español, llamado Juan Gonzalez, que estaba sentenciado á muerte, y debia ser ahorcado el dia siguiente. Suplicóle el infeliz que lo encomendase á Dios para morir como cristiano. Prometióselo el siervo de Dios, y habiéndose retirado á su convento, le envió á decir que se consolase, que no moriria en esa ocasion. Verificóse la profecía; pues habiéndole sacado al patíbulo, y paseádole afrentosamente por las calles acostumbradas, segun se practicaba en ese tiempo con los criminales, antes de quitarles la vida; estando al pie de la horca para subir por la escalera, salió al balcon de palacio la señora vireina, condesa de Chinchon, y sacando un pañuelo, indultó la vida al delincuente. Restituido á la cárcel, le envió fray Martin treinta pesos, una camisa y calzones de lienzo, para que remediase sus necesidades.

Estando un dia fray Martin en la hacienda de Limatambo, perteneciente al convento del Rosario, como ya dije, se desbor-

daron las acequias que la riegan, y á las chácaras vecinas, con tanto exceso que, anegando y cubriendo las aguas los caminos, solo se veia sobre ellos una laguna intransitable. En estas circunstancias, vió el siervo de Dios á una pobre indígena montada sobre una bestia en medio de aquel lago, sin poder salir de él, y sin atinar con el camino adonde se dirigía, recelando por instantes que, atollándose mas y mas el caballo, cayese de él, y se hundiese entre las aguas. Desnudóse al punto pies y piernas fray Martin, y entrando en la laguna, sacó de ella á la bestia tirándola de las riendas, hasta que puesta en seco, mostró á la indígena el camino que buscaba.

Concibió el proyecto de una casa donde se recibiesen y alimentasen los niños huérfanos de uno y otro sexo, ó porque tuvo noticia de que algunos habian perecido en las calles, ó rios, botados por sus madres, para ocultar el crímen con que los habian concebido, ó para evitar el que algunas cometiesen ese horrendo filicidio. Comunicó su deseo al piadoso y rico don Mateo Pastor, su estimado amigo, y le persuadió que fundase un establecimiento tan grato á Dios y tan benéfico á los infantes desvalidos. Convino don Mateo, y fabricó dos casas contiguas, donde se nutriesen y educasen los niños expósitos de ambos sexos. Para la subsistencia de ellos, dotacion de las niñas, luego que tuviesen edad para tomar estado, sueldos del administrador, capellan, y médico, impuso grandes capitales, y nombró patron de esta utilísima fundacion al inquisidor mas antiguo. Interesado el virey en la buena administracion de las rentas, nombró mayordomo de la casa al mismo fundador don Mateo; mas habiéndose este excusado, le obligó fray Martin á que aceptase el nombramiento. Gastó en esta obra mas de doscientos mil pesos, y ella subsiste aun como ramo de beneficencia pública, bajo la direccion del recomendable presbítero doctor don Francisco Navarrete, por haberse extinguido la Inquisicion.

De este y otros modos semejantes salvó el siervo de Dios la vida á los que estaban en súbito é inminente peligro de perderla. Pero aun admiran mas sus socorros á los indigentes.

3.° *Sus limosnas á los necesitados.*—Siendo una de las necesidades que mas afligen á las jóvenes miserables, la de no poder verificar el estado á que se inclinan, es limosna muy grata á Dios la que se hace en su nombre para tan santo fin. Las que son llamadas al estado religioso suspiran sin cesar por el venturoso dia en que, consagrándose al Señor ante los cielos y la tierra, le hagan solemne holocausto de su alma y cuerpo, de los honores y riquezas, y demas vanidades del siglo. No sufren me-

nor angustia las que desean establecerse en el matrimonio; pues debiendo reprimir sus pasiones, y tener á raya sus sentidos, temen justamente que el mundo las seduzca, y pervierta la pureza y rectitud con que deben conservar su corazon para santificarse en su estado, y recibir las bendiciones que el cielo derrama sobre los consortes inocentes.

Conociendo fray Martin el peligro en que se hallaban unas y otras, procuró socorrerlas, y suplicó á su amigo don Mateo que le diese ciento y ocho mil pesos, para dotar veintisiete jóvenes pobres y virtuosas, dándole á cada una cuatro mil pesos, de las cuales unas fueron religiosas, y otras se casaron. Fray Martin alcanzó sin duda de Dios que premiase desde esta vida la caridad de don Mateo, pues siendo simple boticario, adquirió tanto caudal, que testó antes de morir mas de cuatrocientos mil pesos, destinándolos tambien á obras piadosas.

Con el mismo caritativo celo aliviaba las necesidades de los religiosos; y en una ocasion gastó mas de seis mil pesos en hábitos, túnicas de lana y camisas de lino. Distribuyó las túnicas entre los religiosos, dando á cada uno tres, sin exceptuar á los prelados, ni á los novicios, porque habia observado que algunos vestian camisa de lino contra lo que manda la constitucion. Y como en una ocasion reconviniese á un religioso por esta falta, y él se excusase diciendo que no tenia otra, corrigió en unos y previno en otros la misma falta, proveyéndolos de túnicas. Reservaba las camisas de lino en cajones de madera numerados, para que se conociese el religioso á quien pertenecia: y como estas solo les debian servir, cuando enfermaban, llevaba á cada enfermo la suya limpia y aseada en una canasta, cada Sábado; los Lúnes les pedia las que les habian servido para lavárselas; y luego que estaban sanos y convalecidos, les sacaba sus túnicas, y recogia las camisas.

Como era ilimitada su caridad, arbitró un medio de socorrer á todos los miserables. Formó una lista de las familias pobres vergonzantes de que tuvo noticia, cuyo número ascendió á ciento sesenta. Y como pedia limosna por las calles todos los dias, destinaba lo que le daban Martes y Miércoles, para el socorro de dichas familias, cuya suma no bajaba de cuatrocientos pesos cada semana. La limosna de los Juéves y Viérnes era para los estudiantes y clérigos pobres; la de los Domingos para vestir á los indios y negros que veia casi desnudos, por la indolencia de sus patronos y de sus amos; y con la de los Sábados y Lúnes, mandaba decir misas por las almas del purgatorio.

A mas de esas limosnas, destinadas para el alivio de ciertas familias de clase necesitadas, repartia comida despues del re-

fectorio á cuantos pobres llegaban: muchas veces se privó de todo su sustento, porque no faltase á los indigentes; y en algunas, siendo muy escasa la comida con respecto al crecido número de pobres, hizo Dios por su intercesion el milagro de aumentarla, de modo que sobrase hasta para los irracionales. Deseando no omitir medio alguno para aliviar á sus prójimos, plantaba de cuando en cuando higueras y otros árboles frutales en los cerros inmediatos á la ciudad, y preguntado por algunos á qué fin emprendia este trabajo, les contestaba: pasados dos ó tres años fructificarán estas higueras; á su tiempo los demas árboles; y los que por aquí pasasen, comerán sus frutos para refrescarse, y no los tomarán de las huertas inmediatas, con detrimento de sus conciencias. Algunos de estos cerros distan solo de la ciudad un cuarto de legua, se visten de amancaes y de otras vistosas flores á la entrada del invierno, y en ellos subsisten aun algunas higueras de las que plantó fray Martin. Se ha trasplantado una de ellas, pocos años hace, en el monasterio de Santa Catalina, y está dando higos blancos y muy dulces. A mas de estos medios ordinarios, se valia el siervo de Dios de extraordinarios, para socorrer á cuantos pobres imploraban su auxilio. Y aunque no puede saberse el número de estas limosnas casuales, que sin duda fue muy considerable, constan algunas por declaraciones auténticas, y son las siguientes.

Dió á fray Martin un amigo libranza de cuatrocientos pesos, que tenia en poder de un comerciante, para que con ese dinero dotase á una sobrina que estaba para casarse. Mas el siervo de Dios llevó á la tienda del mercader muchas viudas y doncellas pobres, para que en satisfaccion de la cantidad librada, sacase cada una la ropa que necesitaba. Hízose así, y habiendo sobrado algunos pesos, los repartió á otros pobres sin reservar ni un real para la sobrina. Tal vez pareceria á muchos, imprudente é injusta esta conducta de fray Martin, asi porque la limosna habia sido destinada para dotar á la sobrina, como porque siendo esta pobre, debia ser preferida á las extrañas. Así discurre la política humana; pero los santos son inspirados y movidos por Dios; y la justicia y utilidad de sus operaciones solo se conocen por los efectos. Así se verificó en este caso; porque queriendo el Señor manifestar cuán grato le era el generoso desprendimiento de su siervo, inspiró á un sugeto sabedor de lo ocurrido, que diese á la sobrina de fray Martin cuanto dinero necesitaba para realizar su matrimonio.

Como en ese tiempo solian venir en los buques de España algunos jovencitos, ó fugitivos de sus padres, ó solicitando en esta ciudad la proteccion y fortuna de que carecian en su pais,

socorria fray Martin á estos miserables, alimentándolos y vistiéndolos, mientras lograban empleo, ó se acomodaban en alguna casa donde mejorar de suerte. Uno de estos advenedizos llamado Juan Perez, natural de Estremadura, y de catorce años de edad, acompañó al siervo de Dios por mucho tiempo, y de él se servia para enviar diariamente sus limosnas á las pobres vergonzantes.

En dos ocasiones se quitó la capa para cubrir á dos miserables; en otra, pasando sin dinero por la reja que tenian anteriormente las cárceles, empeñó su sombrero en dos reales, y compró pan para darlo á los encarcelados que le pidieron limosna. En una palabra, fray Martin era el limosnero de todos los necesitados, por lo cual le llamaban padre de los pobres; y Dios premió su grande caridad, revelándole muchas veces la oculta indigencia de algunos miserables.

Estando preso, en el presidio del Callao, un soldado cargado de familia y en suma miseria, le llevaba fray Martin dos reales todas las mañanas, sin faltar ninguna en su convento, lo que se averiguó con bastante escrupulosidad.

Varias veces vistió con su propia ropa á los desnudos, y les dió la grosera manta con que se cubria en sus enfermedades; y cuando absolutamente no tenia con qué socorrer á los indigentes, se disciplinaba á fin de que Dios le proveyese con que auxiliarlos.

Se hallaba tan necesitada una viuda con su hija, que carecian del preciso sustento, y ni salian de su casa por falta de ropa con qué cubrirse, ni podian por su calidad y circunstancias, manifestar á nadie su miseria. Reveló Dios tan urgente necesidad á su siervo, y acopiando este bastante dinero, las consoló con crecida limosna.

Angustiada cierta señora pobre, á quien socorria fray Martin, porque, necesitando con precision seis pesos, ni tenia á quién pedirlos, ni cómo ocurrir en su conflicto al siervo de Dios, confiada en su extraordinaria piedad, le clamó en estos términos: *Hermano fray Martin, tu socorro me falta, y no puedo participarte la grande afliccion en que me hallo.* Repitió sus clamores por el espacio de una hora, poco mas ó menos; y cumplido este tiempo, se le presentó el siervo de Dios, quien, poniendo en sus manos los seis pesos que necesitaba, la dijo que no se afligiese, porque Dios conocia las necesidades de sus pobres, y las remediaba cuando les convenia. Admirada la señora de un suceso tan prodigioso, lo publicó muchas veces, para que Dios fuese alabado, y se conociese la santidad de su siervo.

Se le reveló tambien en una ocasion, la mucha necesidad en

que se hallaba un sacerdote, y le socorrió enviándole gran cantidad de dinero, con el cargo de pocas misas, para que no se avergonzase si suponia que le daba el dinero de limosna.

No debe extrañarse el que un pobre donado de humilde nacimiento repartiese tan crecidos y continuados socorros, pues Lima en ese feliz tiempo, no solo era opulentísima, sino tambien piadosísima. Y, así como fundaba grandes establecimientos de beneficencia para los enfermos, suntuosos conventos para religiosos y religiosas, y magníficos templos, para que en ellos se inmolase diariamente la sagrada víctima en loor de Dios uno y trino, y para impetrar su misericordia; así tambien, y con el mismo fin, daban los ricos limosna á los pobres con piadosa profusion. Y siendo tan notoria la santidad de fray Martin, tan ejemplar su desprendimiento, y tan admirable su caridad con todos los miserables, era depositario del dinero que cada vecino destinaba para los pobres. A mas del respeto que se conciliaba por su modestia y humildad, sus peticiones, animadas del espíritu divino, hacian tanta impresion en los poderosos, que se veian dulcemente obligados á partir de sus bienes con los necesitados, como administradores de las rentas que Dios les habia confiado, para que las distribuyesen en ellos. Así es que el señor virey, conde de Chinchon, le daba cien pesos mensuales, don Mateo Pastor puso en sus manos gran parte de su ingente caudal, y á proporcion los demas ricos de Lima. Y como los prelados le daban licencia para este ejercicio de caridad, no solo se santificaba mas y mas en él, sino tambien hacia entrar en el camino de la justicia á los ricos que le daban, y á los pobres que socorria.

Siendo tan grande y continuado este ejercicio, que al parecer solo podrian desempeñar muchas personas, él lo cumplia perfectamente, sin faltar ni un momento al cuidado y servicio de los enfermos.

4.° *Su caridad con los enfermos.*—Como el mérito de cada virtud no solo consiste en la reiteracion de sus actos, sino principalmente en la intencion y fervor con que se practican, solo Dios que sondea los corazones, avalora justamente el mérito de las obras. De uno y otro modo es probada la sublime caridad de fray Martin con los enfermos: porque, si pasman sus heróicos actos, aun mucho mas los sobrenaturales portentos que Dios hizo, para que todos conociesen que aquellos le eran muy gratos y aceptos.

Nombrado enfermero luego que hizo su profesion, desempeñó exactísimamente este cargo hasta la muerte, y en él dió pruebas incesantes de su ardiente caridad. En ese tiempo, ha-

bia en el convento del Rosario trescientos religiosos, y por lo tanto, nunca estaba desocupada la enfermeria. A mas de los enfermos del convento grande, se curaban tambien en él los de la Recoleccion, titulada «Santa María Magdalena,» y en enfermeria separada los esclavos de las haciendas pertenecientes al convento, y los que servian á los religiosos. Fray Martin, único enfermero, asistia á todos, sirviéndoles con tanta puntualidad y dulzura, que admiraba á todos los enfermos. Cuando les curaba sus llagas, ponia emplastos, ó aplicaba otros remedios, siempre lo hacia hincado de rodillas, con tanta humillacion y respeto, como si cada paciente fuese el mismo Jesucristo.

Se admiró mas su caridad en el tiempo de una grave epidemia de sarampion, que se padeció en esta ciudad; pues, estando plagados de ella juntamente muchos religiosos y sirvientes, y habiendo sido tan grave, como la que observamos hace mas de cuarenta años, porque en ambas los enfermos deliraban, querian salir de la cama, y se negaban á tomar alimentos y medicinas; contraido fray Martin de dia y de noche al servicio y cuidado de cada enfermo, como si fuera el único, ocurria á las necesidades de todos, y las remediaba con su humildad, paciencia y vigilancia. Mas, como un hombre solo no podia naturalmente saber las intempestivas novedades que sobrevenian en alta noche á los pacientes que no se curaban en la enfermeria, se las revelaba el Señor, para que auxiliase á cuantos tenian necesidad de sus socorros en semejantes conflictos.

Asi es que, estando cerradas con llave las puertas del noviciado, entraba á la media noche, visitaba á los novicios, daba refrigerantes á los que estaban muy incendiados por la fiebre, mudaba ropa á los que por excesivo sudor tenian mojada la que cubria sus cuerpos, y salia del noviciado sin que nadie le abriese. De mañana referian los novicios lo ocurrido; y como su maestro guardaba las llaves del noviciado, no podia ocultarse el prodigio. Mas, queriendo Dios que en ningun tiempo se dudase de este singular favor concedido á fray Martin, como el mas irrefragable testimonio de su ardientísima caridad, renovó muchas veces el mismo portento en diversas ocasiones.

Declaró jurídicamente el padre fray Francisco Velasco que, siendo novicio, estuvo tres veces gravemente enfermo, y la última á las puertas de la muerte. Pues, habiéndolo en esta vez enviado á una villa, con el fin de que mejorase, volvió de ella al noviciado, hidrópico, con fiebre continua, y con la respiracion muy anhelosa. Su médico, el doctor Cineto, que lo era tambien del señor virey, lo desahució, diciendo á la comunidad que moriria el novicio en breves dias. Sin embargo, persuadidos

los religiosos á que el agua le perjudicaba, como se creia en ese tiempo, ya que era tan grande su sed que, segun se expresaba, beberia no solo el agua de la pila, ó pozo, sino tambien la de un albañal, ó cloaca, lo encerraron en una celda, para evitar el que bebiese. En estas circunstancias, hallándose una noche muy afligido y fatigado, vió de repente entre su celda, á la una de la mañana, al siervo de Dios fray Martin, con un vaso de lata viejo, lleno de carbones encendidos, una camisa bajo del brazo, y ramas de romero en la manga. Acercóse al lecho, levantó al enfermo, y sentándolo en un banquito, lo cubrió con la frazada, y calentó con el romero sacándolo de la manga, y poniéndolo sobre las brasas. Atónito el religioso, preguntó á fray Martin, cómo y por dónde habia entrado, siendo media noche, y estando cerradas, así las puertas del noviciado, como la de su celda. El siervo de Dios le contestó; «¿quién te mete en querer saber eso?» y dándole un bofetoncito suave, le dijo: «no seas tan bachiller, ni tan vivo.» Volteó luego el colchon, y despues de haberlo secado, hizo de nuevo la cama, puso en ella al enfermo, le enjugó el sudor, quitóle la camisa sucia, y le puso otra limpia caliente, sahumándola con romero. Preguntóle el enfermo, si moriria de esa enfermedad. Respondióle el siervo de Dios: «Muchacho, ¿tú quieres morir?» Contestóle: No. «Pues no morirás,» le dijo fray Martin, y desapareció. Quedó el enfermo consolado, y con tanto alivio que durmió toda la noche, lo que no habia conseguido en dos meses: faltó la fiebre, y desaparecieron todos los síntomas, de modo que á los cuatro dias se levantó bueno, aunque débil y flaco. Visitóle el maestro de novicios fray Andres Lizon, y preguntóle cómo se sentia. Entonces le dijo el novicio: «Padre maestro, ¿se han rezado maitines á prima, ó á media noche?» Contestóle el maestro: «á prima por ser tiempo en que lo permite la constitucion.» Díjole el novicio: «¿quién tiene las llaves de la primera y segunda puerta?» Díjole el maestro: «yo, y las pongo debajo de mi almohada. ¿Porqué me preguntas eso, hijo mio?» Refirióle entonces todo lo ocurrido, y en prueba de ello, le mostró la camisa, en cuya manga estaba la marca con que se distinguian las pertenecientes á la enfermeria. No me toma de nuevo, le dijo el maestro de novicios, porque esto sabe hacer ese mulato, cuando quiere y conviene. Hace poco tiempo que hizo lo mismo con otros religiosos: él es un santo y ama á sus hermanos como si fueran sus hijos.

Entró inmediatamente el médico citado, é instruido del suceso, despues de haber examinado al novicio, exclamó diciendo: esta curacion es milagrosa: no puede ser obra de hombres, si-

no de Dios, porque era imposible que sanase ese religioso por medios naturales. Divulgóse el prodigio; y el muy reverendo padre maestro fray Gabriel Serrate, provincial en ese tiempo, con su secretario, el padre Presentado fray Francisco Paredes, tomaron declaracion al paciente, segun lo prevenido en las constituciones de la órden dominicana.

Estando enfermo el padre fray Vicente Ferrer, de fiebre ardiente, sudó muchísimo á la media noche, y viéndose solo, sin tener quien lo auxiliase, exclamó con estas palabras: «¡Oh fray Martin! quién me dará una túnica para mudarme!» Al punto entró en la celda el siervo de Dios con túnica, brasero y sahumador. Asombrado el enfermo, porque sabia muy bien que estaban cerradas las puertas del noviciado, preguntó á fray Martin, por dónde y cómo habia entrado á esa hora. Respondióle fray Martin: «Callad, no os metais en eso.» Mudóle la túnica, y salió fuera, sin que se advirtiese cómo.

Del mismo modo auxilió al novicio fray Francisco Pacheco; pues, hallándose en cama muy molestado de otra enfermedad, noticioso de la prontitud con que el siervo de Dios socorria á los enfermos aun estando las puertas cerradas, empezó á llamarlo con su voz trémula y lánguida por lo grave del padecimiento. Apareciósele luego fray Martin, y le consoló ministrándole los auxilios que necesitaba.

En otra ocasion, sabiendo tambien por revelacion la necesidad de un novicio, llamado fray Juan Raguera, enfermo de fiebre aguda, entró al noviciado á la media noche, estando las puertas cerradas; mudóle camisa, y le dejó mejorado.

Padecia con frecuencia de sangre por la boca el padre fray Juan de Salinas de la misma órden dominicana que los anteriores; y habiendo arrojado en una ocasion mucha cantidad, quedó tan sediento, que dijo á otro enfermo compañero suyo en la celda: «Ah Señor! ¡Cómo tuviera azúcar y agua para aplacar la sed que me devora!» Apenas habia dicho estas palabras, cuando entró fray Martin con lo que pedia el enfermo, estando las puertas cerradas, porque era media noche. Atónito el paciente, preguntó al siervo de Dios, por dónde habia entrado, puesto que la celda estaba corrada con llave y con aldaba por dentro. Respondióle: que él tenia modo de entrar.

En dos ocasiones consoló de noche al padre predicador general fray Juan de Ochoa, luego que lo llamó con el deseo, hallándose solo, afligido y enfermo.

Lo mismo sucedió varias veces con el padre fray Fernando Aragones, pues en cuantas ocasiones estuvo agobiado de males,

solo con llamar á fray Martin de corazon, sin articular palabra, se le ponia por delante, y le aûxiliaba segun su necesidad.

Deseando una noche consolarse con el siervo de Dios, el novicio fray Matias Barrasa, hidrópico, por haberle sobrevenido fuerte fiebre, dijo al religioso portero que lo llamase. Obtenida licencia del maestro de novicios fray Juan Fernandez, para que abriesen las puertas; antes de abrirlas, y teniendo el padre Fernandez las llaves en su mano, entró fray Martin en la celda del enfermo, y le socorrió oportunamente.

Padeciendo una grave enfermedad el novicio fray Juan Ramirez, no tomó alimento en todo el dia, por la intensidad de la fiebre. A la media noche se sintió tan desfallecido, que á su parecer iba á morir de flaqueza. Apeteció entonces algun sustento que le reparase las fuerzas; pero, no teniéndolo en su celda, ni siendo fácil proporcionárselo á esa hora, llamó con el deseo á fray Martin, no dudando de que lo socorreria, como lo hacia con cuantos lo necesitaban. Al momento entró en la celda el siervo de Dios, estando cerradas las puertas del noviciado y de la celda, llevando consigo el alimento que apetecia el enfermo. Luego que lo tomó, y hubo recobrado sus fuerzas, se fué fray Martin del mismo modo milagroso que habia entrado.

Se hallaba en el noviciado, gravemente enfermo de fiebre ardiente, el religioso lego fray Pedro Medrano; y sintiéndose muy fatigado en alta noche con intensísima sed, llamaba á fray Martin, pidiéndole un vaso de agua, porque se abrasaba de calor. Entró luego el siervo de Dios con una taza grande de agua y azúcar con rosa. Despues de haber satisfecho su necesidad, preguntó á fray Martin cómo habia entrado estando las puertas cerradas. A lo que contestó: «No me pregunte eso, ya queda socorrido y consolado.»

Hallándose retraido y oculto por deudas en una celda del convento don Rodrigo Melendez, enfermó de grave erisipela en una pierna; y habiéndosele aumentado mucho los dolores á la media noche, dijo angustiado: «¡Cómo tuviera agua caliente para bañarme esta pierna!» Entró al instante fray Martin, estando la puerta cerrada y con aldaba por dentro; bañóle la pierna, y lo alivió al momento. Preguntóle el enfermo cómo habia entrado. «Yo tengo modo de entrar,» le contestó fray Martin, y se salió al instante.

Enfermó de hidropesía fray Diego Medrano; y estando en la enfermeria moribundo, sin esperanza de vida segun el juicio de los médicos, no se apartaban de su cama dos religiosos velándolo, como se acostumbra en los conventos con los que se aproximan á la muerte. Mas, habiendo en una noche rendido el sue-

ño á los religiosos veladores, se acostaron á dormir. A poco rato cayó el enfermo de la cama, y ni aun con el estruendo despertaron los dormidos. Reveló Dios á fray Martin lo que pasaba, y estando la puerta cerrada con llave, y aldaba por lo interior, entró con un brasero de candela, sábanas y túnica limpia. Reprendió á los religiosos por su descuido; cargó al enfermo que estaba yerto y sin habla; lo puso en la cama, y le mudó ropa.

Mientras practicaba fray Martin estos oficios de caridad, examinaban los dos religiosos la puerta de la enfermeria; y, hallándola cerrada, en la misma forma que la habian dejado cuando se acostaron á dormir, admiraron el prodigio. Pero creció su asombro, viendo á pocos dias perfectamente sano al que estaba agonizante, y que daba gracias á Dios, que lo habia salvado de tan terrible mal por los ruegos de su siervo fray Martin.

El P. Maestro fray Miguel de Villarrubia estuvo enfermo en el dormitorio de los profesos; y, en el tiempo de su convalecencia, tuvo vehemente deseo de comer sopa; y sin que á nadie hubiese comunicado su apetito, entró fray Martin, estando las puertas cerradas, con una taza llena. Al dársela le dijo: *Vaya muchacho, come la sopa, satisface tu capricho.* El religioso refirió despues este suceso, y fué reputado milagroso como los anteriores.

Atormentando mucho un agudísimo dolor de riñones, en alta noche, al padre fray Juan Vargas, deseó ver á fray Martin, para que le aplicase algun remedio. Mas, hallándose solo, sin tener quien le avisase su urgente necesidad, lo llamó con su corazon. Vió luego al siervo de Dios que habia entrado en su celda, estando la puerta cerrada y con aldaba por dentro, teniendo en sus manos un brasero de candela, y cierta medicina que probablemente seria alguna untura. Preguntóle el enfermo como habia entrado; y fray Martin le dijo: *Solamente vengo á curarlo.* Aplicóle el remedio, y se fué: durmióse pronto el paciente, amaneció mejor, y en breve estuvo sano.

Enfermó en el noviciado, el P. fray Pio Salinas; y, habiéndosele agravado su mal á la media noche con vehementes dolores, llamó interiormente á fray Martin, pidiéndole que lo socorriese, sin hablar una palabra, ni descubrir á nadie su necesidad. Desear á fray Martin, y entrar este en la celda, con carbon encendido y el remedio conveniente, estando las puertas cerradas, sucedió á un mismo tiempo. Medicinóle, y dejándole tranquilo, desapareció del mismo modo que habia entrado, sin que se supiese cómo.

Siendo lector de filosofia en este convento grande, el reve-

rendo padre maestro fray Juan de Barbarán, que despues fué provincial, y vicario general en la provincia de Quito, enfermó, de fiebre continua ardiente; y hallándose una noche muy angustiado é inquieto por excesivo calor y aumento de la fiebre, exclamó en estos términos: *Fray Martin, ¿dónde está tu caridad? Dame un poco de agua, porque me abraso.* Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando vió entrar en la celda al siervo de Dios, con una taza de agua, y una pasta de rosa. Dió de beber al enfermo, y dejándole satisfecho y consolado, salió fuera, estando cerrada la puerta de la celda, del mismo modo que habia entrado. Refirió el padre maestro este suceso á muchas personas, como prueba de la santidad de fray Martin.

Llamóle tambien, solo con su interior deseo, á la media noche, el padre Cristóbal Toro, cuando era corista, para que lo aliviase de un dolor agudísimo de dientes. Se le puso delante el siervo de Dios, estando cerradas las puertas del noviciado y de la celda; y preguntóle qué tenia: quejóse de su dolor el corista; y poniendo el siervo de Dios una mano sobre la encia adolorida, se despidio diciéndole: *Quedad con Dios, ya estais bueno,* lo que se verificó al momento.

Siendo novicio el padre fray Pedro de los Rios, enfermó de fiebre aguda. Llegó al extremo de estar en peligro de muerte; y sintiéndose una vez en alta noche muy angustiado por la vehemencia de la calentura, y por ardientísima sed, llamó en su corazon á fray Martin, para que lo refrigerase con un poco de agua. Apenas imploró en secreto el auxilio del siervo de Dios, cuando este entró con una taza de agua, estando cerrada y con aldaba por dentro la puerta de la celda, y tambien las del noviciado, cuyas llaves guardaba bajo de su almohada el padre fray Juan Guerra, que era entonces maestro de novicios. Preguntóle el siervo de Dios al enfermo, qué apetecia. Y contestóle: *Una naranja.* Entró fray Martin su mano en una manga, y sacó de ella una naranja fresca. Dijóle entonces el enfermo: *Yo la queria en conserva.* Sacó fray Martin de la otra manga una naranja cubierta de azucar, y se la dió. Despues de comida le hizo beber el agua que llevaba; con lo que faltó la fiebre, y sanó el enfermo en el instante. Salióse fray Martin, como habia entrado, y el novicio publicó en el siguiente dia el prodigio de su milagrosa sanidad.

Igual portento ocurrió con los religiosos fray Juan de Guia, y fray Fernando Valdez, pues, no solo penetró las puertas cerradas del noviciado, sino tambien les ministró á uno y otro la conserva que apetecian, en el momento en que se la pidieron, sin salir á buscarla, porque la llevaba consigo.

A mas de estos numerosos y auténticos casos, que comprueban, de un modo incuestionable, el extraordinario don comunicado á fray Martin de saber las necesidades de los enfermos, sin que nadie se las descubriese, y de entrar á socorrerlos, penetrando las puertas cerradas, con los utensilios convenientes, quiso Dios autorizarlo mas, permitiendo que fuese testigo ocular de la misma maravilla el padre maestro de novicios fray Andres Lizon. Habiéndole noticiado varios enfermos de que el siervo de Dios entraba en alta noche á visitarlos, estando las puertas cerradas, quiso acreditar la verdad por si mismo, y ordenó que le avisasen cuando estuviese adentro fray Martin. Luego que se lo dijeron, tomó las llaves del noviciado, examinó las puertas, y asomándose á la celda del novicio enfermo, de modo que ni este, ni el siervo de Dios pudiesen verle, observó á fray Martin mudando cama y auxiliando al paciente. Satisfecha en parte su curiosidad, se colocó entre la puerta de la celda y la primera del noviciado, para ver por donde salia el siervo de Dios, y quedó asombrado, cuando le dijeron que ya se habia ido, no pudiendo dudar de que las puertas estaban cerradas; de que él tenia las llaves en sus manos; de que habia visto en la celda á fray Martin; y de que este habia desaparecido sin saber cómo. En el capítulo de las gracias *gratis datas* haré algunas reflexiones sobre esta maravilla. El órden pide continuar la materia propuesta en el presente capítulo.

Como la caridad es infinita en su orígen, no se limita en su ejercicio. Por eso, no satisfaciéndose jamás la de fray Martin con los enfermos del convento, buscaba seglares desvalidos en quienes ejercitarla. Cuando estaba por obediencia algunos dias en la hacienda de Limatambo, despues de trabajar todo el dia á par de los esclavos en las obras necesarias, empleaba las horas de reposo en visitar á los enfermos de ese lugar y los inmediatos; curaba á todos los pacientes negros, indios y blancos; lavaba y limpiaba á los llagados, y les aplicaba los remedios convenientes. El fruto que recogia de tan heróica caridad, no solo era el consuelo y sanidad de esos infelices, sino tambien el socorro de sus almas; pues halagados y atraidos por el caritativo esmero del siervo de Dios, oian con agrado sus exhortaciones, y se enmendaban, no solo de sus pecados públicos, sino aun de los ocultos, luego que fray Martin era sabedor de ellos por revelacion, y se los descubria secretamente, para que no volviesen á cometerlos.

Cuando regresaba á la ciudad, ocurrian á él cuantos miserables enfermos conocian su mérito. Las puertas del convento se llenaban de pobres agobiados de sus males; y haciendo en ellos

el oficio de cirujano y enfermero, los despedia consolados. Mas, como algunos necesitasen mas prolija asistencia, los llevaba á su celda hasta que sanaban, ó iba á sus reducidas habitaciones, para consolarlos diariamente. Entre estos hubo una morena leprosa, cuya horrible y tormentosa enfermedad, no solo la afligia por la intensidad de los dolores, sino tambien por el desamparo en que se hallaba; pues, como en ese tiempo se reputase muy contagiosa dicha enfermedad, y fuese suma su indigencia, carecia de los auxilios necesarios. Pero Dios la proveyó de todo, enviándole á su siervo fray Martin. El fortalecia su alma, y la instruia en las sublimes verdades de la Religion, para que tolerase sus penalidades, como medio el mas eficaz para satisfacer á Dios por sus deudas; purificar su corazon del vano y criminal apego á los frívolos placeres que halagan los sentidos; allegarse mas y mas á Dios por la íntima union con Jesucristo, y por la infusion de su divino espíritu; y alcanzar la recompensa prometida á los que padecen con estos sentimientos. Al mismo tiempo calmaba sus dolores con los remedios que creia convenientes, le lavaba la ropa, y continuó hasta el fallecimiento de la paciente cuantos socorros le sugeria su inagotable caridad. Despues de muerta, convidó á varias personas para que presenciasen sus funerales, y asistió él mismo á ellos, ofreciendo al Padre Eterno en union del sacerdote, la divina víctima inmolada en el altar para sufragio de la difunta.

Merece tambien especial consideracion el siguiente caso. Caminando pór la calle fray Martin, vió á un pobre anciano llagado y asqueroso, á quien nadie habia socorrido. El siervo de Dios le acarició y consoló, alzándolo del suelo, llevándolo á su celda, acostándolo en su humilde lecho, y curándole las llagas. A poco rato de haber salido el paciente de la celda, entró en ella un religioso converso; y viendo sucia y que despedia mal olor la frazada, por haber estado sobre ella el pobre viejo llagado, trató á fray Martin de impertinente y necio, reputando indiscretos é ilusorios sus oficios de caridad. Oyóle el siervo de Dios, y con su habitual circunspeccion contestóle de este modo: «Hermano mio, yo quisiera veros mas caritativo con el prójimo, que cuidadoso por tener siempre limpia y aseada la ropa. Las manchas de esta, con agua y jabon se quitan; mas las que afean el alma por defecto de caridad con los pobres, solo pueden limpiarse con lágrimas de profunda humillacion y amargo arrepentimiento.»

Creciendo cada dia el número de enfermos que imploraban en la porteria el auxilio de fray Martin por el buen éxito de sus curaciones, y no faltando jamás algunos que por la grave-

dad de sus males, necesitaban reposo y prolija asistencia, llevaba estos á su celda, y los medicinaba en ella hasta su entero reparo, como ya se ha dicho. Disgustáronse los religiosos de este caritativo ejercicio, luego que percibieron, al pasar por la puerta de la celda, el mal olor que exhalaban esos miserables. Á mas de eso, como las enfermedades de algunos fuesen de las que entonces se creian contagiosas, el padre maestro fray Agustin Vega, provincial en ese tiempo, prohibió á fray Martin el que curase á ninguno en el convento. Le fué muy sensible este mandato; y, antes de despedir á los enfermos, suplicó al prelado, derramando muchas lágrimas, que le permitiese continuar auxiliando á esos pacientes desvalidos: pero, como no le relajase el precepto, hizo fray Martin el sacrificio de su caridad en obsequio de la obediencia.

Sin embargo, él supo conciliar los sagrados derechos de una y otra virtud. Pidió una pieza á su hermana casada, que vivia cerca del convento, y llevó á ella á esos desdichados, á quienes Dios consoló, dándoles un santo que, auxiliándolos en todo, suavizase sus molestias, é hiciese mas llevaderos sus trabajos.

Pero Dios quiso ejercitar de otro modo á fray Martin. Hirieron gravísimamente á un indígena en la porteria del convento; y hallándose presente el siervo de Dios, llevóle en brazos á su celda, y le aplicó hilas, venda y demas auxilios oportunos. Luego que el suceso llegó á noticia del provincial, llamó á fray Martin, y reprendiéndole ágriamente por su inobediencia, le hizo postrar en tierra, y le dió una disciplina. Recibió la penitencia con su acostumbrada humildad y modestia, y envió al herido á casa de su hermana, para que lo curase el cirujano, porque se suponia que la herida era mortal. Curóla el facultativo, y concibiendola superior á los recursos de su arte, quedó admirado cuando descubriéndola al dia siguiente, la halló perfectamente cicatrizada. El indígena corrió al convento, y dió las gracias al siervo de Dios, reputando con todos milagrosa su sanidad.

Mas, conociendo fray Martin que él habia motivado el enojo del prelado, fué á la cocina, donde asó unas sabrosas raices del pais que, segun me parece, serian yucas, y llevándolas al provincial, le dijo: «perdóneme vuesa paternidad, y coma esto, que le será tan sabroso y grato, como me ha sido su correccion.» Contestóle el prelado: «yo no me enojo con la persona, sino con la culpa.» «Yo no he pecado en eso,» le dijo fray Martin. «¿Cómo no, le replicó el superior, habiendo quebrantado mi precepto?» repúsole entonces el siervo de Dios: «verdad es que llevé ese pobre herido, y le auxilié en mi celda; pero lo hice por la urgencia del caso, puesto que, cuando la caridad obliga, debe prefe-

rirse esta á la obediencia.» Quedó suspenso el prelado; y no pudiendo contradecir al sólido juicio del siervo de Dios, le despidió tranquilo.

Arbitrando siempre fray Martin nuevos modos de aliviar á los enfermos, salia á los campos vecinos, y plantaba en ellos yerbas medicinales para los que las necesitasen, segun he referido anteriormente, y socorria á los infelices pacientes que carecian de auxilio en esos lugares. Así es que viendo, en una de esas santas peregrinaciones, un negro en el valle de Lurigancho, vecino á la ciudad, le preguntó ¿si habia en ese lugar alguu enfermo? y contestándole que estaba muriendo de flujo sanguíneo una morena, fué el siervo de Dios á visitarla, y con el remedio que le ordenó, quedó sana en el instante.

A mas de estos casos auténticos, que constan de las informaciones, se dice tambien en ellas que por el don de agilidad que Dios habia concedido al siervo de Dios, no solo volaba á la China, Japon y otros reinos de infieles, para enseñar la doctrina cristiana á los párvulos y socorrer á los menesterosos, de lo que trataré despues, sino que tambien fundó hospitales en algunos de esos paises, para los cristianos enfermos que se hallasen en ellos. Y, aunque no se hayan conservado hasta nosotros pruebas incontestables de esa maravilla; no pudiendo racionalmente dudarse de que el siervo de Dios, con el don de agilidad, volaba á los lugares mas remotos, como se verá mas adelante, no debe extrañarse el que hiciese varias fundaciones, ni es creible que se diese asenso en toda la ciudad á un suceso tan extraordinario, sin sólidos fundamentos. Lo mas pasmoso es que, ocupado fray Martin en el socorro y consuelo de los hombres, atendiese tambien á las necesidades de los brutos.

5.° *Su compasion de los animales, y medios extraordinarios de socorrerlos.*—Aunque el precepto de la caridad solo comprenda á Dios, al prójimo y á si mismo, no excluye el socorro á los irracionales, como enseña Santo Tomas, no porque se reputen prójimos, sino porque son criaturas que tienen un mismo orígen y un mismo conservador. Asi leemos en el salmo 103: *que los cachorros de los leones piden á Dios su sustento: que todos los animales aguardan de Dios la comida: que la toman cuando el Señor se la da, y que cuando él abre su mano, se colman de sus beneficios.* Segun el salmo 147: *Dios da el sustento conveniente á los hijuelos de los cuervos que se lo piden;* y en el capítulo 38 del libro de Job, se lee que: «el Señor le preguntó: *¿Quién tiene aparejado al cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman á Dios, vagueando, porque no tienen qué comer?*» Por este motivo se compadecia fray Martin de los animales necesitados, les llamaba hermanos, y aun hacia

milagros para socorrerlos, como los hicieron algunos santos por el mismo fin. En la vida de San Bernardo se refiere, que porsu mucha humanidad, no solo se compadecia de los hombres, sino tambien de los irracionales; por lo que, cuando caminaba por el campo, si veia una liebrecita huyendo de los perros, ó una pequeña ave que iba á ser cazada por los gavilanes, las libraba milagrosamente del peligro, haciendo la señal de la cruz; y en la de San Francisco de Asis, dice San Buenaventura, que era tanta su compasion de todas las criaturas, que llamaba hermanos y hermanas á los animales, considerando que todos tienen un mismo principio, y que por eso amó y protegió maravillosamente á las cigarras, alcones y faisanes.

A mas de lo dicho, la compasion á los animales ha sido un comprobante del amor que algunos santos han tenido á sus prójimos. Por eso dice San Juan Crisóstomo, en la homilia 19 sobre la Epistola de San Pablo á los Romanos, que los santos muy amadores de sus prójimos, son tambien dulces con los irracionales, y aconseja la compasion para con las bestias por estas palabras: *Conviene que seamos muy humanos y clementes con los brutos, para que, compadeciéndonos de ellos, aprendamos á compadecernos de nuestros hermanos, porque quien es suave y compasivo con los extraños, es regular que lo sea mucho mas con sus familiares y domésticos.*

De lo dicho se infiere cuán reprensible es la conducta de aquellos que persiguen, maltratan y quitan la vida á los animales inocentes, que, ni les hacen ningun mal, ni sirven para su sustento; pues, si Dios ha dado al hombre imperio sobre la naturaleza, y permitídole alimentarse de carnes saludables, no ha sido para que destruya inútilmente, y solo por vano entretenimiento, entes que testifican la omnipotencia y sabiduria del Creador, y que, á su modo, le alaban y glorifican. Pero, aun son mas culpables las personas que, poniendo su afecto en animales domésticos, abren su bolsa para sustentarlos con viandas exquisitas, y la cierran para los pobres que carecen de lo necesario. Sea cual fuese el estado de esas personas y su conducta moral, oirán del recto juez en su tremendo juicio, estas terribles palabras: *tuve hambre y no me disteis de comer.*

No declinó jamás fray Martin hácia ninguno de estos dos extremos, y, tan lejos estuvo de matar á los brutos inocentes, que los alimentaba y medicinaba para conservarlos. Pero no se servia de ninguno para su recreo, ni le ministraba otro sustento que el que le sobraba, despues de haber socorrido á los pobres de Jesucristo. Y como Dios se dignaba manifestar en todas ocasiones lo mucho que le complacia la caridad de su siervo, hizo á los brutos obsecuentes á todos sus mandatos.

Quiso un pobre, a quien habia acogido fray Martin en su celda, poner trampas á los ratones, porque le habian roido sus medias. No lo permitió el siervo de Dios luego que lo supo, y atribuyendo á descuido del pobre el daño de las medias, le dijo, que si las hubiera guardado bien, no se las hubieran comido los ratones. Mas, como esos animalillos royesen tambien la ropa de la enfermeria, pusieron al fin trampa, y cayó en ella un ratoncito. Vióle fray Martin, y nó permitiendo que lo matasen, le dió libertad diciendole: «vaya hermano, y diga á sus compañeros, que no hagan ningun daño, y que se retiren á la huerta á donde yo les llevaré diariamente el sustento que necesiten.» Así se verificó, con asombro de los religiosos que iban á la huerta, y veian salir á los ratones luego que fray Martin entraba á ella con la comida que les llevaba, sin que en adelante se hubiese visto ninguno en la roperia, ni haber hecho daño en ella.

Habiendo parido á un tiempo una perrita y una gata, las colocó fray Martin en un sótano del convento, ordenándoles que no riñeran, y que comieran juntas en el plato que el les llevaria. Obedeciéronle; y en uno de los dias, cuando comian pacíficamente los dos animales el sustento que les habia llevado el siervo de Dios, reparó este que un ratoncillo se asomaba por un agujero sin atreverse á salir, á pesar de su apetito, por el temor que le inspiraban sus dos mortales enemigos. Compadecido fray Martin, hablóle en estos términos: «hermano ratoncito, me parece que necesita alimento; venga sin recelo, que no se le hará ningun daño;» y al mismo tiempo mandó á la perra y á la gata, que dejasen comer en el plato al raton sin hacerle mal. Obedeciéronle los tres, saliendo el uno del agujero, y dejándole comer los otros dos en un mismo plato sin alteracion alguna. Llegaron á ese tiempo algunos religiosos, los que, divertidos y admirados, tuvieron un rato de entretenimiento, y otra prueba clara de la santidad de fray Martin.

Encontró á un perro gravemente herido y desangrándose mucho. Luego que lo vió el bruto, se le postró, y con ahullidos lastimeros y lágrimas pedia al siervo de Dios que le auxiliase. Lo hizo en efecto, no solo lavándole la herida, y uniéndola con suturas, sino poniéndolo tambien en una cama proporcionada. Luego que lo acostó en ella, le mandó que no se moviese; y diariamente lo alimentaba y curaba, hasta que estuvo sano, sin que en todo ese tiempo se hubiese levantado el animal del sitio en que lo puso.

Lo mismo sucedió con un perro mastin, que habia recibido dos gravísimas heridas; pues, entrando á la enfermeria, se postró á los pies de fray Martin, pidiéndole al parecer socorro con

sus quejidos lamentables. El siervo de Dios le dijo: «vea hermano perro, lo que se saca de meterse á bravo.» El mastin le lamia, y con todas sus acciones imploraba su auxilio. Tomóle de una oreja á vista de varias personas, y lo llevó á su celda, donde le lavó las heridas con vino, y le dió puntos en ellas, y lo acostó sobre unos pellejos, mandándole que no se moviese. Cumplió este precepto el animal hasta que estuvo sano con el método dicho; y cuando el siervo de Dios le permitió que se levantase, le acompañó hasta la muerte.

Tenia un perro el padre procurador del convento grande, que le habia servido fielmente diez y ocho años. Viéndole ya viejo y asqueroso, mandó á los esclavos que lo echasen fuera; mas, como volviese siempre buscando á su amo, dió órden de que lo sacasen arrastrando del convento y lo matasen. Así lo hicieron los negros, y quitaron la vida al inocente bruto. Llegó á ese tiempo fray Martin, y movido á compasion, reprendió á los esclavos, y les mandó que llevasen á su celda el perro muerto. Buscó luego al padre procurador, y le dijo: «¿por qué padre mio, hizo que matasen á ese animal? ¿Este es el pago que le ha dado, despues que le ha servido tantos años?» Despidióse y se encerró en su celda con el perro muerto. Es de creer que, puesto en oracion, pedia á Dios que restituyese la vida al perro, si era de su agrado, y que Dios se lo concedió. Lo cierto es que, al siguiente dia, le vieron todos salir de la celda con el perro vivo, perfectamente sano y rejuvenecido; y que, dándole de comer en la cocina, oyeron que le decia: «hermano, no vaya mas á la despensa, donde está su amo ingrato, pues ha experimentado lo mal que ha correspondido sus servicios.» Así se verificó, pues, habiendo sobrevivido muchos años despues, jamás fué á la procuracion, y huia de su antiguo amo, al momento que lo divisaba.

Viniendo de la Recoleta Domínica, vió en la calle que llaman de «la Amargura» á un perrillo cubierto de piedras, y al parecer moribundo por falta de alimento. Compadecióse el siervo de Dios, y volviendo al convento de donde habia salido, pidió en él comida, y la dió al animalillo, despues que lo sacó de entre las piedras.

Caminando en otra ocasion para el mismo convento, vió enterrado en una acequia inmunda á un perrillo vivo. Sacóle, y poniéndolo en la casa mas inmediata, dijo en alta voz: «laven por amor de Dios á ese animalito.» Salió de la casa una muger; y creyendo que se burlaba de ella el siervo de Dios, lo insultó del modo mas grosero y descortés. Sufrió fray Martin en silencio sus denuestos, y los correspondió pocos dias despues con el obsequio de sabrosas frutas que llevó á la casa, para que las comiese la muger.

Habiendo enterrado á un difunto en la Iglesia de Santo Domingo, no se apartaba de su sepultura el perro que le habia acompañado y servido, ahullando y arañando la tierra, aunque se empeñasen los sacristanes en echarle fuera. Notando fray Martin esa fidelidad, y que el perro, á pesar del hambre natural, no desamparaba la sepultura, le llevaba alimento todos los dias á una misma hora, hasta que, pasado mucho tiempo, se fué á la calle el fidelísimo perro.

Vió fray Martin á un gato gravísimamente herido de una pedrada en la cabeza, y le dijo: «véngase conmigo y lo curaré.» Siguióle, y se dejó curar tranquilamente. Concluida la operacion, le habló de este modo: «váyase hermano, y vuelva todas las mañanas.» Verificóse á la letra, hasta que estuvo sano.

Estando el siervo de Dios en la huerta, cayó junto á él un gallinazo gravemente herido por una arma de fuego: tomóle, y conociendo que tenia fracturada una pierna, la vendó metódicamente; y acostándole despues sobre un poco de alfalfa, le mandó que no se moviese. Permaneció quieto el animal, y comia diariamente el sustento que le llevaba su bienhechor. Luego que estuvo sano, le mandó fray Martin que volase. Así lo hizo; pero el agradecido animal venia con frecuencia á visitarle; le halagaba, y permitia que lo cogiese. Fray Martin le daba algun alimento, y volvia á volar luego que lo despedia.

En otra ocasion vió en un muladar á una mula, á la que su amo habia botado, porque á mas de ser vieja, tenia rota una pierna. Llegóse á ella y la dijo con imperio: criatura de Dios: levántate sana. Se levantó el moribundo animal, y siguió sin cojear al siervo de Dios hasta el convento. Recobró sus fuerzas por el cuidado de fray Martin, y sirvió despues al convento muchos años.

Como los españoles comunicaron á la América la bárbara costumbre de lidiar toros; no pudiendo verlos en la plaza los religiosos, traian algunos de Limatambo en tiempo de recreacion, para que se divirtieran los coristas. Descuidóse de alimentarlos el que tenia ese encargo, y los dejó en ayunas cuatro dias. Revelósele esta falta á fray Martin; y afligido al contemplar la necesidad de esos animales, entró milagrosamente en el noviciado, estándo cerradas las puertas, porque era media noche, llevándo agua y alfalfa para socorro de esos brutos. Amansó su natural ferocidad la compasion de fray Martin, y parecian acatarle, y manifestar su reconocimiento, besándole el hábito con su hocico. Fué testigo de este portento el padre predicador General fray Diego de la Fuente, quien asomándose á una ventana inmediata á ese sitio, tal vez porque sintió algun ruido, no

solo presenció lo dicho, sino tambien oyó que el siervo de Dios decia á los toros, el hermano mayor deje comer á los menores. Luego que consumieron la alfalfa y el agua, desapareció fray Martin sin que se abriesen las puertas; y el padre fray Diego publicó en el convento esta maravilla.

Cuando iba el siervo de Dios á la hacienda de Limatambo, alimentaba y curaba á los animales del mismo modo que en el convento. Pero siendo tantos los que concurrian en este, cuya multitud molestaba á los religiosos, preparóles en casa de su hermana, sitio á propósito para medicinarlos, así como tenia una pieza con camas para los hombres enfermos. Allí se congregaban perros, gatos, ratones, pájaros, y demas brutos para el alivio de sus dolencias; y muchas veces iban ellos mismos sin ser llamados por el siervo de Dios, implorando su socorro.

Fastidióse su hermana, viendo su casa continuamente inmunda por el concurso de tantos brutos, y pidió á fray Martin que los echase fuera. Entró este á la casa, y habló á los animales de esta manera: «Hermanos, no seais molestos á quien os hace bien, satisfaced vuestras necesidades forzosas en la calle, y no entreis en las piezas, que no están destinadas para vosotros.» Obedecieron puntualmente este mandato con admiracion de la familia, la que no fue molestada en adelante por ninguno.

Fue tanta la compasion del siervo de Dios para con los irracionales que, sabiendo en su última enfermedad el que iban á matar algunos por órden de los médicos, para su curacion, se afligió tanto, que dijo varias veces: «¿Para qué quitan la vida á esas criaturas de Dios, puesto que no me han de aprovechar las medicinas, porque es voluntad divina que yo muera?»

Al contemplar la constante y fervorosa caridad de fray Martin, no solo con todo género de personas, sino tambien con los irracionales; los medios extraordinarios de que se valia para el socorro de unos y otros; y la maravillosa atencion con que los brutos de toda especie escuchaban sus mandatos y los cumplian puntualmente, sin ser conocidos ni doctrinados de antemano por él; parece que su espíritu se purificó tanto de toda mancha, y fue tan renovado por la gracia de los Sacramentos y sublime ejercicio de virtudes que, habiéndose unido íntimamente con Dios por Jesucristo, y hecho un espíritu con él, participaba de sus gloriosas dotes, y dominaba á los brutos, así como Adan antes que cometiese su pecado. Pero, habiendo ya referido la heroicidad de sus virtudes teologales, expondré la excelencia de las cardinales, y de las demas que son sus dependientes.

CAPITULO IV.

HEROICIDAD DE LAS VIRTUDES CARDINALES.

Supuesta la heroicidad de las virtudes teologales, que practicó fray Martin, puede reputarse inútil tratar de las cardinales, porque estas se infunden con la caridad, que las contiene á todas. Mas esto solo debe entenderse, como ya se ha dicho, de las virtudes morales que se ordenan y dirigen al último fin sobrenatural, y que no pueden adquirirse naturalmente, como las que se practican para la consecucion de un bien temporal, de las cuales dieron muchos ejemplos los gentiles. Por eso dice San Bernardo: *Solamente deben llamarse prudentes los que nutren su alma con la doctrina de Jesucristo: solo justos, los que por su infinita misericordia han obtenido el perdon de sus pecados: solo templados, los que procuran imitar su vida; y solo fuertes, los que en las adversidades se sostienen con los ejemplos que nos dió de su admirable paciencia.* Sermon 22 sobre los Cantares.

Mas, aunque las virtudes morales infusas sean inseparables de la caridad, y ellas mismas estén tan conexas y encadenadas entre sí que, quien tiene una, posee las demas, como enseñan san Ambrosio y otros santos padres, porque no puede haber verdadera prudencia, si no es justa, moderada y fuerte, segun san Agustin, en su Epístola 161; sin embargo, conviene para mayor esclarecimiento, tratar separadamente de cada una, exponiendo las pruebas que acrediten haberlas ejercitado fray Martin.

ARTICULO PRIMERO.

Su prudencia.—Por esta virtud, no solo se conoce lo que es conforme á la recta razon, ilustrada por la fé, y lo que se opone á ella, sino tambien, en cada ocasion, los medios conducentes para practicar el bien, y evitar ó repeler el mal, segun el estado, condicion y circunstancias de cada uno. La prudencia es ó personal, ó civil. Aquella tiene por objeto el gobierno de sí mismo,

y esta, el de los demas. En una y otra sobresalió fray Martin.

Se demuestra su heroicidad en la primera, porque adornado desde sus primeros años con los dones del Espíritu Santo, tenia fija su mente en Dios, y practicaba á honra suya todas sus obras. Y como la prudencia que solo tiene á Dios por blanco de todas sus acciones, es virtud propia de los bienaventurados y de algunas almas muy perfectas en esta vida, segun enseña santo Tomas, en la 1.ª y 2.ª cuestion 61, no puede dudarse de que fué una de estas la de fray Martin. De lo que se deduce que, consistiendo la heroicidad de la prudencia, no solo en la consideracion de los medios apropiados para el fin sobrenatural que se propone, sino tambien en la aplicacion oportuna de cada uno, se conoce su heroicidad en esta virtud, por el heróico ejercicio de todas las demas.

Por lo tanto, ¡cuán sublime no seria la prudencia de este siervo de Dios, que desde su tierna edad procuró tener á raya sus sentidos, evitar asociaciones peligrosas, é implorar el auxilio divino en la oracion. ¿Quién sino Dios, ilustrando su espíritu, é inflamando su corazon, pudo inspirarle desde entonces profundo conocimiento de la humana flaqueza, y necesidad de ser socorrido á cada instante por la gracia? Esa misma divina luz le hizo abandonar el mundo, y abrazar el estado mas perfecto; y ella no le faltó jamás, pues cumplió santamente los deberes que contrajo en la religion. Pero, como aun las almas mas iluminadas están expuestas á errar, ó por ilusion de Satanás, ó por vana confianza de sí mismas, ó por precipitacion en sus juicios y deliberaciones; para prevenir estos riesgos, y acrecentar el mérito de sus obras, practicó todas por obediencia, y no hizo ninguna sin el dictámen de sus confesores, y de otros sacerdotes sábios y piadosos. ¿Qué prudencia no le notarian estos en el trato con los religiosos sanos y enfermos; qué pureza de intencion; qué amortiguamiento de pasiones, y qué dominio sobre todas ellas, pues le permitian salir de su retiro para practicar tantos ejercicios públicos de caridad? Todo esto, y cuanto se observó en la vida de este admirable varon, comprueba haber sido adornado de aquella altísima prudencia que no conoce el mundo, y que Dios concede á sus mas favorecidos.

No fué menos extraordinaria la que ejercitó con respecto á los demas. Ya se ha dicho el celo que tenia por calmar las disensiones domésticas y claustrales, y la facilidad con què lo conseguia su prudencia. Pero esta se confirma aun mucho mas, por el don de consejo con que resolvia las dudas en los casos mas árduos, y por el éxito favorable de todas sus determinaciones. Tan notorios y acertados eran sus dictámenes, que iban á su

celda para consultarle sobre diversos asuntos políticos y morales, no solo los religiosos mas condecorados y los mas ilustres seglares, sino tambien el señor virey, y el señor don Feliciano Vega, Arzobispo de Méjico, que permaneció en esta ciudad por algun tiempo, el señor don Pedro Ortega, Obispo de Arequipa, y muchos oidores de la Real Audiencia. Y como observasen todos que siempre correspondian los sucesos al concepto formado anteriormente, crecia la admiracion á par del reconocimiento, y se respetaban sus decisiones como las de un oráculo sagrado; conociendo que tan raro talento, en un hombre sin letras y retirado del mundo desde su florida edad, solo podia provenir de la infusa prudencia con que Dios le favorecia.

ARTÍCULO II.

SU JUSTICIA.—La justicia es un hábito del alma, por el cual, se dá á Dios y al prójimo lo que se les debe. Y, asi como la caridad es raíz de todas las virtudes, asi la justicia comprende á todas. Por eso, dice San Agustin en el libro 1.° de las costumbres de la Iglesia Católica: justicia es el amor de Dios y del prójimo; y San Bernardo enseña, en su Epístola 101, que: solo es justo quien, contemplando cuánto Dios le ama, corresponde á su amor, amándole con todo su corazon. La justicia se divide en universal, que consiste en la perpetua y constante resolucion de observar todos los preceptos y obligaciones que cada uno contrae como cristiano, y segun el estado que profesa; y en particular, que considera separadamente los actos de las virtudes, con respecto á Dios y al prójimo, imperados por la justicia general. Los hechos que comprende la vida de fray Martin manifiestan que cumplió exactamente los deberes de una y otra justicia.

La heroicidad de su justicia universal consta por informaciones auténticas, y por el capítulo general celebrado en Roma el año de 1656; porque, despues de un exámen detenido y circunspecto, se declaró que habia observado perfectamente hasta su fallecimiento, todos los preceptos de Dios, de la Iglesia, y de sus constituciones; y que, á mas de no habérsele notado nunca ni la mas leve imperfeccion advertida, practicó todas las virtudes en grado supremo y heróico, cuya declaracion confirmó el Sumo Pontífice el año 1762.

Cumplió la justicia particular, sirviendo fielmente á Dios y á sus prójimos. A Dios, por la virtud de la religion, y á sus prójimos, por toda clase de socorros, y por la afabilidad, sinceridad y respeto con que los trataba. Consistiendo la virtud de la

religion en el honor que se tributa á Dios como primer principio de todas las cosas, conforme á ella dirigió siempre fray Martin sus acciones á la mayor honra y gloria de Dios, segun esta doctrina del Apóstol: *Si comeis, ó si bebeis, ó haceis cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.* A mas del culto interno, sus actos externos acreditaban el homenage de honor, sumision y respeto que le tributaba. Aunque simple donado, acompañaba con el espíritu á los religiosos cuando rezaban el oficio divino, siempre que no se lo impidiesen sus principales obligaciones; y la mayor parte de cada noche velaba en la iglesia adorando al Santísimo Sacramento.

Eran tan fervorosos sus sentimientos de contricion, cuando se confesaba, y tan copiosas las lágrimas que vertia, que pasmaba y confundia á sus confesores, no advirtiendo estos jamas en su acusacion ningun pecado ni mortal, ni venial advertido, que hubiese alguna vez manchado su conciencia. Su vivísimo dolor de las faltas involuntarias, de que no carecen ni aun los mas perfectos en esta vida, penetraba íntimamente su corazon de arrepentimiento y humillacion: pues, conociendo á la luz de la verdad, que nadie es puro y limpio delante de Dios, le horrorizaba aun la sombra del pecado, contemplando la infinita santidad de Dios.

Asistia diariamente al santo sacrificio, y servia por lo comun de ayudante en muchas Misas, viéndosele algunas veces estático y con el rostro encendido en este ejercicio en que el hombre hace el oficio de ángel. Fuera de los dias en que la constitucion ordena que comulguen los religiosos, recibia el pan de los ángeles tres veces cada semana, con permiso de sus prelados y directores; y permitió Dios que se trasluciese la devocion y fervor con que recibia á Jesus Sacramentado, por los efectos que se le notaban. Acabado de comulgar se le veia siempre el rostro como una llama; y retirándose luego para entretenerse con su Dios, y darle gracias por tan incomparable beneficio, se hacia invisible, de modo que no podian hallarle en ninguna parte del convento, aunque lo buscasen en sus mas recónditos lugares. Se hizo pública esta maravilla, por reiteradas pruebas que hicieron algunos religiosos, deseando satisfacerse enteramente de ella. Y como sabian que despues de comulgar, era por lo comun la sala del capítulo el lugar donde se recogia, le acecharon en distintas ocasiones, luego que le veian entrar, quedándose en la puerta: pasado un rato, le buscaban en la sala, y no le veian en ella: poníanse otra vez á la puerta, y, pasado algun tiempo, salia fuera fray Martin á vista de cuantos lo esperaban.

El prodigio se hizo mas notable, porque no le impedia el cumplimiento de sus obligaciones; pues, aunque no se le hallase el dia que comulgaba en ninguna parte, se hacia presente al instante que lo deseaba algun enfermo, llevando consigo lo que necesitaba, sin estar prevenido de antemano; ó cuando le tocaban la campana, ó cuando el prelado, sin verle, decia que por obediencia se le presentase, como despues se dirá.

Fué tambien muy edificante el culto que rendia á la Madre de Dios. Repetia su nombre con frecuencia, manifestándose en su semblante la suavidad y dulzura que derramaba en su corazon ese suavísimo nombre. Jamás se dispensó, aunque estuviese viejo y enfermo, de subir á la torre para tocar el alba á las cuatro de la mañana, en honor de la Vírgen, como se acostumbraba en ese tiempo: llevaba de continuo en el cuello y en la mano el rosario, y lo rezaba varias veces cada dia: encendia luces, colocaba flores delante de sus imágenes, y cuando veia alguna, la veneraba postrándose en tierra. A mas de estos afectuosos obsequios á la Santísima Vírgen, rezaba todas las noches el oficio parvo con los religiosos en la capilla del dormitorio, y concluido, se retiraba al coro.

Cuánta seria la devocion con que practicaba fray Martin estos ejercicios, se puede creer por los favores que le dispensó esa Madre de misericordia. No solo le habló algunas veces, cuando reverenciaba humilde y fervorosamente sus imágenes, sino tambien mandó á sus ángeles en unas ocasiones, para que tocasen el alba por él, cuando estaba ausente en Limatambo; y en otras, para que le acompañasen con hachas encendidas, en figura de dos hermosísimos jóvenes, luego que se retiraba al coro, despues de haber rezado el oficio parvo en el dormitorio; lo que fué visto por todos los religiosos que asistieron al oficio parvo, quienes, alabando á Dios y á su Santísima Madre, testificaron favor tan distinguido. Por último, fué muy devoto de los santos, principalmente de señor san José, y de su glorioso patriarca santo Domingo; y veneró respetuosamente las reliquias é imágenes de los santos, excitando con su ejemplo á que otros las respetasen.

Con el mismo celo y fervor cumplió los deberes de la justicia con respecto á sus prójimos. Cuanto se ha escrito sobre esto, tratando de la caridad, corresponde igualmente á la justicia; pero debo añadir que, no solo servia á los sanos y enfermos, sino que tambien manifestaba la mayor sumision y respeto, asi á los superiores y demas religiosos, como á los mas ínfimos de la plebe; y que veneraba tanto á los sacerdotes, que todas las mañanas luego que salia de su celda, se ponia de rodillas delante del

primer sacerdote que encontraba, y le pedia humildemente su bendicion. Era tanta su mansedumbre, que jamás se alteraba, aunque algunos le menospreciasen con palabras groseras é injuriosas, juzgando siempre lo mejor de cuantos le ofendian, y culpándose solo á sí mismo. Fué tambien muy notable su verdad y sencillez en cuanto hablaba y decia; y le horrorizaba tanto la mentira, que reprendia á los niños y sirvientes, cuando faltaban á la verdad; mereciendo por eso, que todos diesen crédito á lo que afirmaba, aunque pareciese contrario al juicio que naturalmente habian formado ellos mismos.

ARTICULO III.

Su fortaleza.—La fortaleza cristiana consiste en una firmeza del alma para emprender á gloria de Dios aun las cosas mas árduas, tolerar las mas tormentosas, y repeler con valor y constancia las que son contrarias á los preceptos y consejos de la ley divina. Fray Martin dió hasta su muerte repetidas pruebas de su heróica fortaleza. No es pequeña heroicidad haber cumplido, tan perfectamente cuanto ordenan las constituciones de su religion, que nadie le notó jamás la mas leve falta en su observancia. No prueban menos lo que sobresalió en esa virtud, las obras de supererogacion; á saber: su caridad con todo género de necesitados, y sus extraordinarias mortificaciones de que se tratará despues.

Sobre todo, pasma su admirable fortaleza, en la tranquilidad conque sufria ágrias é injustas reprensiones de sus prelados y de los religiosos sanos y enfermos, de lo cual apunté algo en el parágrafo de la justicia, y referiré con alguna extension en el capítulo de la humildad. Pero, perteneciendo principalmente al don de fortaleza, la constancia con que toleró terribles tormentos del demonio, y la victoria que siempre reportó en los duros combates con ese enemigo comun, hasta dominarle y someterle á sus mandatos, diré sobre ésta materia lo que consta del sumario.

Habiendo permitido Dios al demonio que ejercitase á fray Martin, como le dió el mismo permiso para con muchos santos; molestó por algunos años al siervo de Dios, atormentando su cuerpo con violentos golpes, y afligiendo su espíritu con visiones horribles, sin duda para incliuarle al vicio y retraerle de los ejercicios piadosos, hasta que, colmado de méritos por continuadas y vigorosas resistencias á las sugestiones diabólicas, se le concedió dominar á los espíritus malignos, lo que comprueban dos casos auténticos.

Subiendo fray Martin de noche por una escalera angosta y lóbrega del convento, llevando brasero con carbones encendidos para socorrer á los enfermos, vió en un escalon al demonio, y le preguntó qué hacia en ese lugar. Contestóle, que por sus intereses; porque, cuando estaba oscuro ese sitio, tropezando y cayendo casi todos los que subian ó bajaban, decian con impaciencia, lleve el diablo á quien quitó la luz. Díjole entonces el siervo de Dios, que se fuese á su infernal morada. Resistióse el maligno; y poniendo fray Martin el brasero en el suelo, desató la correa con que ceñia su hábito, y azotó al demonio. Se retiraba este soberbio espíritu, no queriendo tolerar la humillacion que le causaba verse despreciado de ese modo, pero sin salir de la escalera. Quitó entonces el siervo de Dios un carbon del brasero, y tiñendo la pared, formó una cruz, á cuya vista huyó precipitadamente el tentador. Al dia siguiente colocó fray Martin una cruz de madera sobre el mismo escalon donde estuvo el demonio, y cuidó de que en lo sucesivo no faltase luz en la escalera. Despues de muerto el siervo de Dios, se pintó allí mismo al demonio, para memoria del suceso, y adoraban reverentes la cruz cuantos la veian.

Durmiendo en la celda de fray Martin, por órden de su prelado, un sargento llamado Francisco de la Torre, que se habia retraido en el convento por alguna persecucion, observó una noche lo siguiente. Despues de acostado dentro de la alcoba donde tenia su cama, sintió que entraba fray Martin á la primera pieza, y que cerraba con llave la puerta. Oyóle inmediatamente hablar con otra persona, á la que increpaba con expresiones amargas, diciéndole: «¿para qué has entrado aquí maldito? Vete al lugar donde habitas.» Extrañando este lenguage el huésped, porque siempre habia notado que el siervo de Dios hablaba con mucha modestia y dulzura aun á los inferiores; y oyendo al mismo tiempo grande estrépito en la pieza, saltó de la cama, y notó que golpeaban cruelmente á fray Martin, arrojándole con violencia de una pared á otra, como si fuera una pelota. Hizo cuanto pudo para ver quien le maltrataba, y no vió á ninguna otra persona, mas que al siervo de Dios del modo dicho. Atolondrado y despavorido con este espectáculo, y sin saber qué haria, vió ardiendo repentinamente la pieza, y que las llamas abrasaban las alacenas donde se guardaban los colchones y la ropa de los enfermos. Salió al punto de la alcoba cubierto con su cobertor, y viendo á fray Martin empeñado en apagar el fuego, le ayudó para lo mismo.

Habiéndose logrado el fin, instó el siervo de Dios á su huésped, que se acostase, para que no le hiciese daño el desabrigo.

Hízolo así; pero antes examinó la puerta, y viéndola cerrada, no le quedó duda de que no pudo haber salido naturalmente por ella quien habia maltratado al siervo de Dios, si hubiese sido un hombre. Acostóse asustado, y no pudo recobrar el sueño por el sumo temor que justamente le sobresaltaba, ni se resolvió á preguntar á fray Martin la razon de lo ocurrido. A poco rato sonó el reloj; y siendo cerca de las cuatro, encendió luz el siervo de Dios, y poniéndola á la entrada de la alcoba, se fué á tocar el alba, como lo tenia de costumbre. Levantándose luego el huésped para registrar la ropa de los enfermos y el lugar donde estaba colocada; creció su asombro, viéndola sin lesion ninguna, y sin el olor que deja el humo, despues que alguna ropa ó muebles han sido quemados por el fuego: y por lo tanto quedó plenamente persuadido á que el demonio perseguia y atormentaba á fray Martin.

En esa misma mañana comunicó el siervo de Dios á su confesor y padre espiritual fray Andres de Lizon, varon apostólico, y de mucha reputacion por su saber y piedad, el combate que habia tenido en la noche anterior con el demonio. La conferencia duró largo tiempo á puerta cerrada, y despues de concluida, y de haber salido fray Martin, dijo fray Andres á varios religiosos. «Este mulato es santo, y por tal ha de ser venerado: anoche ha combatido fuertemente con el demonio, y lo ha vencido, como otras muchas veces.» Sentimos justamente que este sábio y piadoso director no hubiese escrito una relacion fiel y prolija de este suceso, como de otros que se admiran en la vida de este siervo de Dios. Sabríamos por ella, de qué modo se le presentaba el espíritu infernal; si con figura corporal y horrible, ó si solo entendia fray Martin por luz infusa, que el demonio estaba en su presencia para tentarle y perseguirle. Sabríamos tambien cuáles eran sus sugestiones, y qué impresion hicieron en fray Martin segun las diversas épocas de su vida; y sabríamos principalmente los medios de que se valia para lograr la victoria. Pero Dios ha permitido que ignoremos lo que pasaba en su alma, y sus ejercicios interiores, asi en las operaciones del Divino Espíritu, como en las del espíritu infernal. Así es que, por los hechos auténticos, solo podemos conocer que fué enriquecido con el don de fortaleza.

ARTICULO IV.

Su templanza.—La virtud de la templanza refrena y modera los apetitos segun inspira la recta razon, y enseña la divina ley; pero su heroicidad se extiende hasta la privacion de las

cosas lícitas, que no son obligatorias, por un fin sobrenatural. Y sin embargo de que por todo lo escrito, no puede dudarse de que fray Martin practicó heróicamente esta virtud, mortificando sus pasiones, para no tener otro deseo que el de servir y amar á Dios; conviene referir los ejercicios, dirigidos principalmente á la mortificacion de sus pasiones, para adquirir la perfecta purificacion de su espíritu. Pues, asi como los vicios radicales de todas nuestras pasiones, son el amor á las riquezas, á los honores, y á los deleites sensuales; del mismo modo la pobreza, humildad, abstinencia y castidad, no solo doman esos detestables vicios, sino tambien hermosean al alma con el cortejo de la modestia, pudor, honestidad, silencio, mansedumbre, clemencia y simplicidad, que son inseparables de esas cuatro virtudes. Pero, debiendo tratar separadamente de cada una de estas, y de la perfeccion que adquirió en todas fray Martin por los medios mas conducentes, cuanto diga de ellas debe referirse á la virtud de la templanza.

CAPITULO V.

SU OBSERVANCIA DE LOS VOTOS RELIGIOSOS.

Es notorio que por lo comun no cumplen las personas religiosas los deberes que contrajeron en su solemne profesion. cuando abrazaron este sublime estado por motivos puramente humanos, sin ser llámadas por legítima y aprobada vocacion. Tambien es verdad, que aun las que han sido elegidas por divino llamamiento, faltan á la palabra que juraron ante los cielos y la tierra, si en la observancia de los estatutos y prácticas piadosas, no conservan el espíritu que las excitó á tan grandioso sacrificio. Dios concede especialísimas gracias á quien elige para que se le consagre en el estado mas perfecto; pero suspende muchas veces esos poderosos auxilios, cuando no se agradece tan grande beneficio, ni se hace el uso debido de los medios que prescribe para perpetuarle. No hay gracia que no sea don de Dios; ninguna á la que no pueda resistir la criatura, y ninguna que no se pierda fácil mente, ó por la vana confianza que desvanece el justo temor de perderla, ó por la disipacion que sin sobresalto la expone á todo riesgo, ó por el apego á los bienes terrenos y á los deleites sensuales: y aun la fé, que es la gracia mas apreciable, orígen de las demas y la base en que se apoyan, no está exenta de perderse como todas.

La experiencia ha confirmado esta verdad desde la cuna del Cristianismo; pues, asi como entonces millones de fieles fervorosos daban heróico testimonio de su fé á vista de los suplicios mas horribles, cuya sola memoria estremece al corazon mas impertérrito; tambien, por el contrario, los que en la calma de las persecuciones no se preparaban para el futuro combate con el retiro del mundo, la abnegacion de sí mismos, y el horror á cuanto halaga los sentidos, en el tiempo de la prueba, por lo comun, apostataban de su fé. Y, sin traer á la memoria esos remotos siglos, en que la fé triunfaba en unos y perecia en otros, segun la buena ó mala disposicion en que se hallaban; sabemos

que por los mismos vicios, y sin el temor del martirio, la han traicionado en todos tiempos, y la traicionan hasta el presente, muchos infelices. No debe extrañarse, por lo tanto, que aun entre las personas que profesaron con verdadera vocacion, haya algunas que, despues de haber llevado por algun tiempo con alegría y paz interior el yugo monástico, deseen y soliciten ser descargadas de él, seducidas y halagadas por las mismas causas.

Pero á ninguna le pareceria insoportable, si todas, antes de profesar, tuviesen la instruccion debida sobre las obligaciones que imponen los votos, y un afectuoso deseo de observarlos. Mas, segun lo que vemos, parece que algunas personas, antes de profesar, abstraen mentalmente alguno de los votos, sin embargo de que cada uno de ellos es tan esencial al estado religioso, como los demas. Por ejemplo: hacen voto de pobreza, no por amor á esta virtud evangélica, sino porque es indispensable hacerlo para que se les dé la profesion. Asi es que ponen ciertas trabas á la renuncia de sus bienes, á fin de conservar la propiedad y usar exclusivamente de lo que retienen para satisfacer sus legítimas necesidades, sin agregar el sobrante á los fondos de la comunidad: de lo que se deduce que, si les fuera permitido el estado que abrazan, disfrutando de los bienes que poseen en el siglo, preferirian la riqueza á la pobreza. Faltándoles, pues, el amor á esta virtud por sí misma, y no desprendiendo enteramente su corazon de todo lo terreno, como deben desprenderlo los que quieran ser perfectos, segun lo dice Nuestro Señor Jesucristo; y no siguiendo cordialmente el espíritu de los que dan cuanto tienen á los pobres, abandonándose á la Divina Providencia; no solo ponen un óbice voluntario á su aprovechamiento, y pierden gran parte del mérito ligado á la profesion, sino, tambien, dejan una puerta abierta á las ilusiones del espíritu y corazon. Estas personas, antes de hacer sus votos. debian considerar la muerte repentina de Ananias y Saphira, por haber mentido al Espíritu-Santo, segun se refiere en el capítulo 5.° de los Hechos Apostólicos; puesto que miente á Dios, quien le hace voto de lo que no renuncia con todo su corazon.

Lo mismo que se ha dicho de la pobreza, debe entenderse de la obediencia y castidad; pues hay diferencia notable entre obedecer por obligacion, ó por amor á la obediencia y al sacrificio de su propia voluntad; entre ser célibe por el estado que se abrazó, ó por renuncia á las ventajas del matrimonio, aunque no se hubiese profesado. El amor, pues, á los votos religiosos, que forman el espíritu de la profesion, es, por lo tanto, el único medio que puede perpetuar en las personas religiosas, el espíritu de su estado, purificarlas del natural apego á la propia

exaltacion, á los bienes caducos y á los placeres que halagan los sentidos. Mas no se infunde este amor hasta la privacion de los goces que, lícita y honestamente, pueden disfrutarse en el s-glo, sin que el alma se penetre de las ventajas espirituales quie se adquieren por la observancia de los consejos evangélicos, y sin que, despues de iluminada, sienta en sí los efectos de la divina vocacion, á saber: desprecio de las vanidades mundanas; sometimiento humilde de su propia voluntad á la agena, y amor de preferencia á la virginidad, sobre cuantos honores y comodidades pudiera proporcionarle el matrimonio.

Cuando se hacen los votos con esta disposicion, se profesa en espiritu y verdad; y el sacrificio es tan grato y acepto á Dios, que solo en la eternidad tiene su merecida recompensa. Pero como la víctima no se consume hasta el momento de la muerte, es necesario fomentar la llama de amor, para que sea perfecto el holocausto, y no pierda jamás los caracteres de efectivo, perpetuo y expontáneo.

Esa ardiente llama de amor, que el Espíritu Santo habia encendido en el corazon del alma fiel, rectifica todas sus obras de modo que, por suave, activa y pronta inspiracion, pide lo que debe pedir, y practica lo que mas conviene para honra y gloria del Señor. Mediante esta union del alma con el Divino Espíritu, son de un mérito indecible, no solo los oficios mas comunes de la religion, sino aun el comer, vestir, caminar y dormir. Y cuando esta alma feliz ha dado á su Divino Esposo pruebas de fidelidad, haciendo por su amor aun las cosas mas ordinarias y pequeñas, suele el Señor ostentar en ella su poder, exaltándola y fortaleciéndola, para que ejecute las obras mas heróicas. Entonces, traspasando los límites de la obligacion en el cumplimiento de sus votos, y demas ejercicios piadosos, los observa todos de un modo perfecto, sublime y pasmoso, que al parecer excede á las fuerzas naturales, como se notó en muchos santos religiosos, y en el bienaventurado fray Martin de Porres.

ARTICULO I.

Su pobreza.—Así como en los siglos anteriores censuraron con acrimonia varios hereges el voto de castidad, procurando disimular por ese medio su sacrílega y escandalosa incontinencia; así al presente, no solo los impios, sino tambien algunos malos cristianos embriagados de amor á los bienes terrenos, condenan el voto de pobreza. Si les ha quedado á estos algun vislumbre de fé y de respeto á la verdad, deben, no solo creer, sino tambien confesar, que Jesucristo dijo, segun se lea

en el capítulo 19 de San Mateo, en el 10 de San Marcos y en el 18 de San Lucas: *Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme;* que en tiempo de los apóstoles despues de la resurreccion de Jesucristo, todos los bienes eran comunes: que posteriormente aprobó la Iglesia varios institutos monásticos, con la obligacion de guardar rigorosamente ese voto; y que en ellos florecieron muchos santos y santas, que edificaron al mundo con la fiel observancia de esta virtud evangélica. Por lo cual, aunque desaten sus maldicientes lenguas muchos miserables, y aunque empapen de sangre sus plumas algunos escritores de este malhadado y tenebroso siglo, para desacreditar la pobreza voluntaria; siempre ha de haber en la Iglesia católica quienes hagan á Dios sagrado holocausto de cuanto posean y tengan esperanza de poseer. Pues, como esta Madre comun de los fieles es santa, porque su cabeza es Jesucristo, santo por esencia, y porque recibió de él mismo la doctrina contenida en el evangelio; ha de tener hasta la consumacion de los siglos, un pequeño rebaño compuesto de hijos fervorosos y perfectos que, con el poderoso auxilio de la gracia, imiten la pobreza de su divino modelo, bien sea en los claustros, bien en los desiertos, ó bien en el retiro de sus casas, como le imitaron de estos diversos modos muchísimas personas de uno y otro sexo, y de toda clase y dignidad, antes que se fundasen religiones monásticas, y se construyesen espaciosos conventos entre populosas sociedades.

Uno de estos pobres voluntarios fue sin duda el bienaventurado fray Martin. Amó la pobreza desde sus tiernos años; hizo voto de ella en la religion, y jamás dejó de amarla hasta el último instante de su vida. Se ha dicho que en su primera edad, luego que tuvo uso de razon, se privaba de lo que lícitamente podia usar; en cuyo desapropio, no solo se descubria su caridad hácia los indigentes, y un anticipado espíritu de mortificacion, sino tambien su amor á la pobreza. Este se hizo mas notorio, cuando siendo adulto, y ganando en su oficio, se abstenia aun de lo necesario, distribuyendo cuanto ganaba entre los pobres, para asemejarse á ellos. Pero en la religion creció hasta el extremo su amor á esa virtud. Habiendo renunciado efectivamente, con plena voluntad y para siempre, las esperanzas lisonjeras del siglo, se hizo pobre en lo material, así como lo era en el espíritu. Tenia por celda la roperia de los enfermos, donde no habia mueble ninguno que le perteneciese: su hábito era de cordellate, y la túnica interior de jerga gruesa y tosca: jamás tuvo dos hábitos, ni dos túnicas, ni se despojaba de ninguna, hasta que, por raida la anterior, no podia conservarse en

su cuerpo. Viéndosela un dia muy rota y sucia su hermana, quiso darle otra; mas no se la admitió el siervo de Dios, diciéndola: «Hermana, en la religion no parecen mal hábitos pobres y remendados, sino costumbres reprensibles y asquerosas. Si tuviera dos túnicas, no experimentaria las necesidades de pobre religioso. Cuando lavo la túnica, me quedo solo con el hábito, y para lavar este, me basta la túnica, y asi tengo cuanto necesito.»

Nunca calzó zapatos nuevos, y solo se servia de los usados y viejos que pedia de limosna á los religiosos. Fue tanta su delicadeza en este punto que, habiéndole obsequiado un par de zapatos nuevos un donado oficial de zapatero, á quien habia sanado milagrosamente de un brazo que se le apostemaba con frecuencia, á causa de una herida que habia recibido en él antes de entrar en la religion; no los admitió, diciéndole: que agradeciese á Dios el beneficio que le habia hecho, y que diese á un pobre esos zapatos. Su sombrero era tan ordinario, como correspondia á su túnica y hábito, y lo llevaba siempre colgado á la espalda, sin cubrir su cabeza, aun en la fuerte estacion de invierno, ó estio. No tuvo en su celda imágen ninguna, sino una cruz de madera, y el rosario, con licencia de sus prelados: tampoco fueron propios los libros espirituales que leia, sino de los religiosos que se los prestaban, habiendo antes obtenido permiso del superior.

Al parecer, no cabia mayor desprendimiento; pero Dios permitió que diese aun mas claras pruebas de su amor á la pobreza. Ya se ha dicho que, por ser notoria la extraordinaria virtud de fray Martin, le visitaban el señor virey y las personas mas ilustres de la capital. Parecia, pues, que, por consideracion á tan altas dignidades, habilitase su pobre celda de muebles, para que los ocupasen; mas ni el respeto debido á esos señores le hizo adornar su miserable habitacion; y se hizo mas notable su total desprendimiento de las cosas terrenas, por las considerables sumas de dinero que recibia con licencia de sus prelados: pues los que socorrian por su mano con tanta largueza á los miserables, podemos creer que, reputando á fray Martin el primero de todos, le instarian que destinase alguna parte para sus necesidades. Mas nada admitia para sí, y, por lo tanto, triunfó heróicamente su amor á la pobreza, aun en medio de la abundancia.

ARTICULO II.

Su obediencia.—Ningun cristiano ignora, que la inobediencia de nuestro padre comun, ocasionó su desgracia y la de su posteridad; y que Jesucristo reparó con su obediencia la ruina

espiritual de todo el género humano. Pero, no pudiendo los hombres recobrar los derechos que les mereció Jesucristo, sin imitarle; deben todos ser obedientes como él, y asemejársele todo lo posible en la rectitud de sus obras. Así es que, no solo estamos obligados á la observancia de la ley evangélica, sino tambien á obedecer, por un motivo sobrenatural, lo que nos mandan la santa Iglesia Católica, nuestros padres, ó los que hacen sus veces, y las leyes civiles, sancionadas por legítimas autoridades. Pues quien sirve á sus padres por solo el sentimiento que le inspira la naturaleza, y quien obedece á la potestad terrena por temor del castigo, y no porque su autoridad y poder son emanados de Dios, en vez de recompensa eterna, sufrirá la debida pena que merecen los que usurpan al Señor de cielo y tierra, el derecho de dirigirle con amor de preferencia todas sus acciones.

Pero, aunque este precepto no deje excusa alguna al cristiano, sea cual fuese su estado y condicion, se hace mucho mas meritorio, y se facilita su exacto cumplimiento con el voto de obediencia, á que se obligan los religiosos en su profesion. Mas meritorio: porque con el voto sacrifica á Dios la persona religiosa, lo que mas ama, esto es, su independencia y libertad; y porque aun el uso de las cosas mas necesarias para la conservacion de la vida, y la práctica de los ejercicios espirituales, son reglados por la obediencia en la persona religiosa, sujetando esta su voluntad á quien la gobierna en nombre del Señor. Facilita el cumplimiento de la obediencia cristiana: porque nada es tan pernicioso al hombre, como la propia voluntad, cuando esta no dirige todas sus operaciones á honra y gloria de Dios y bien de los prójimos. Esta inclinacion á nuestro propio querer es como una lepra en el alma, dice San Bernardo en el sermon sobre la fiesta de la Resurreccion, la cual, no solo corrompe el corazon, sino tambien ofusca el entendimiento, y es orígen frecuente de las mas groseras ilusiones. Nada, pues, debe ser tan consolador á una persona religiosa, como saber que sus juicios y operaciones son conformes á la divina voluntad, siéndolo á la de quien hace sus veces en la tierra.

Mas para que se cumpla perfectamente con este sagrado voto, conviene (segun el mismo San Bernardo), que se obedezca con voluntad, simplicidad, alegria, puntualidad, vigor, humildad y perseverancia; y que la obediencia no se contenga entre los límites de la regla que se profesó, sino que el amor la dilate sin término en todas ocasiones, y aun en las cosas mas pequeñas; porque, aunque tiene ley, no debe vivir bajo de ella, ele-

vándose por su devocion mas allá de lo que prescribe su voto.

En este cuadro está fielmente retratada la obediencia del bienaventurado Porres. Y para que nadie lo dudase, quiso Dios acreditarla con milagros, haciéndole entender el precepto de obediencia que le imponia el superior, cuando estaba ausente y no podia saberlo de un modo natural. Aunque este prodigio se repitió en muchas ocasiones, referiré solo la vez en que se hizo mas notable por todas sus circunstancias,

Hallándose en esta ciudad el señor D. Feliciano de la Vega, Arzobispo de Méjico, enfermó gravemente de pleuresia ó dolor de costado. Medicinándole los médicos de mas opinion, le hicieron sangrar repetidas veces, y le ministraron los demas remedios convenientes. Pero, observando la inutilidad de ellos, y conociendo, por los síntomas, que era inevitable la muerte del señor Arzobispo, ordenaron que recibiese el viático, y se preparase para morir. Instruido de este gravísimo peligro el padre fray Cipriano de Medina, religioso dominicano, sobrino del Arzobispo, y que despues fué Obispo de Huamanga, refirió á su tio los prodigios que habia visto obrar á fray Martin en su enfermería, y le aconsejó que lo llamase, no dudando de que, si le ponia su mano en el pecho, sanaría prontamente. Accedió á la propuesta el Arzobispo, y envió al mismo sobrino con recado en su nombre al padre provincial fray Luis de la Raga, suplicándole que le mandase inmediatamente á fray Martin. Hallábase el provincial en la sacristía, y dió órden de que lo llamasen; pero fueron inútiles las mas exquisitas diligencias, pues no le hallaron en ninguna parte del convento. Acongojado con la demora el Arzobispo, y sintiendo que el mal crecia por instantes, repitió el recado, porque su única esperanza era el siervo de Dios. Acordóse el provincial de que fray Martin habia comulgado en esa mañana; y como sabia por larga experiencia que, despues de comulgar, lo hacia Dios invisible, perdió la esperanza de que se le hallase. En este conflicto, dijo el padre fray Cipriano al provincial que llamase por obediencia á fray Martin: llamóle el provincial con precepto de que se le presentase; y, aun no habia acabado de imponerle el mandato, cuando entró en la sacristía. Mandóle que fuese á casa del señor Arzobispo, que estaba gravísimamente enfermo, y que le obedeciese en todo como á su prelado. Hízolo así fray Martin, y viéndole el Arzobispo le dijo, que extrañaba el que no le hubiese visitado, siendo pública su gravedad. Postróséle el siervo de Dios, y haciéndole levantar el Arzobispo, le pidió la mano. Sobresaltóse fray Martin, y le dijo: «¿Qué quiere hacer «U. S. I. con la mano de este pobre mulato, hijo de una esclava?

«No importa:» replicó el Arzobispo; «obedezca, pues me ha delegado el provincial su autoridad.» Alargóle la mano fray Martin, y aplicándola el Arzobispo sobre la parte adolorida, sanó repentinamente. Llegaron luego los médicos, y declararon milagrosa la sanidad.

ARTICULO III.

Su castidad.—Aunque esta sublime virtud obligue á todos los cristianos, se debe considerar en tres diferentes estados; el de la virginidad, el del celibato, y el del matrimonio, pues en cada uno de ellos es distinto su mérito. El P. Cornelio Alapide, exponiendo las palabras de S. Pablo sobre la virginidad, contenidas en su primera Epístola á los Corintios, cita un libro en elogio de la virginidad, escrito por un santo Obispo, y que está inserto en el tercer tomo de la Biblioteca de los Santos PP. donde se lee lo siguiente: *Tres estados hay en la Iglesia: la virginidad, el celibato y el matrimonio; pero, comparando el mérito respectivo de cada uno, puede decirse que la virginidad es oro, el celibato plata, el matrimonio cobre: La virginidad riqueza, el celibato mediocridad, el matrimonio pobreza: La virginidad paz, el celibato redencion, el matrimonio cautividad: La virginidad sol, el celibato farol, el matrimonio tinieblas: La virginidad reina, el celibato señor, el matrimonio esclavo.* Mas, no perteneciendo á los religiosos la castidad conyugal, hablaré solo de la que les compete, esto es, del voto que hacen de esta virtud, consagrándose á Dios, y renunciando el matrimonio, así los que tienen la dicha de haber conservado su alma y cuerpo en pureza y santidad, como los que tuvieron la desgracia de perderla. Hablando san Bernardo con las personas que hacen á Dios holocausto de alma y cuerpo, dice, en el capítulo 3.° del Oficio de los Obispos, estas memorables palabras: *¿Qué cosa hay mas hermosa que la castidad? Limpia al que tuvo origen inmundo; domestica á su enemigo, y muda en ángel al hombre. Es verdad que difieren entre sí el hombre casto y el ángel; pero la diferencia consiste en la felicidad, y no en el valor: pues, aunque la del uno es mas feliz, la del otro es mas fuerte.*

Son tantos los elogios de los Santos PP. á esta angélica virtud, que su coleccion formaria gruesos volúmenes; y todos se esmeran en alabar principalmente la castidad virginal, preferida por el Evangelio y por San Pablo al celibato y matrimonio. Así se vieron en los primeros siglos del cristianismo, cuando aun no se habian fundado monasterios de religiosas, innumerables doncellas que, habiendo consagrado á Dios su virginidad, sufrieron los mayores tormentos y la muerte, por no admitir

otro esposo. Y, posteriormente, muchas personas de uno y otro sexo, que han sido probadas de ese modo, han tolerado con invicta fortaleza un prolongado martirio, por conservar su virginidad.

De este número fué sin duda el bienaventurado Porres. Así lo declararon los confesores que examinaron su conciencia: así lo afirmaron jurídicamente varios testigos que observaron su conducta en el siglo, y en la religion; y así lo probaban, tambien, su ejemplar modestia, su constante devocion, su afectuosísimo amor á la Santísima Vírgen, el sumo hórror que tenia al pecado, y sus pasmosas mortificaciones, por lo que nadie dudaba de su virginal pureza. Los comprobantes dichos sirven para el esclarecimiento de esta materia tan difícil, segun asegura el señor Benedicto XIV en el tercer tomo, capítulo 25, de su grande obra acerca de la beatificacion y canonizacion de los santos; y en virtud de ellos, habiéndose discutido este punto en el capítulo general de la órden dominicana, celebrado en Roma el año 1656, se declaró solemnemente que fray Martin de Porres habia conservado, hasta la muerte, la pureza virginal de su alma y cuerpo.

Si se hubiera trasmitido hasta nosotros una relacion exacta de su espíritu, y de todos los sucesos de su vida, expondriamos los combates que sostuvo para reprimir la rebelion de su carne; las ocasiones que le proporcionó el demonio para que se marchitase la flor de su pureza, y los medios con que consiguió quedar siempre victorioso. Del mismo modo sabriamos, con certeza, cuánto tiempo tuvo que luchar con tan obstinados enemigos; y si por haber triunfado en algun combate mas fuerte que los anteriores, le hizo Dios la merced de que se enseñorease hasta la muerte sobre todas sus pasiones. Es muy probable que todo esto acaeciese. A lo menos, cuando estuvo adornado con los dotes gloriosos, de que se hablará mas adelante; cuando era visitado de los ángeles, y cuando todo lo que se veia en él acreditaba su íntima union con Dios, no puede dudarse de que gozaba de una paz inalterable por el sometimiento de su parte inferior á la superior, y de que recibia desde esta vida el premio de su virginidad. Justo es, por lo tanto, que nosotros celebremos su castidad virginal, con estas palabras de San Atanasio, contenidas en su libro de la Virginidad: «¡Oh virginidad, opulencia indeficiente, corona inmarcesible, «templo de Dios, morada del Espíritu Santo, margarita precio«sa, destructora de la muerte y del infierno, vida de los ángeles, corona de los santos!»

CAPITULO VI.

SU HUMILDAD.

Ninguna virtud deberia ser á los cristianos mas fácil de adquirir que la humildad, y ninguna es á todos mas difícil. Cuanto es mas admirable la construccion física del hombre, y cuanto es mas sublime su espíritu, tanto mas deben humillarle las miserias del primero, y las flaquezas del segundo. Por eso decia un pagano: «Yo veo lo que es mejor, y mi razon lo aprueba: sin embargo abrazo lo peor.» Así es que, la razon y la experiencia deberian bastar, para que, á lo menos, fuesen todos los hombres humildes de entendimiento. En los cristianos son mas poderosos estos motivos. Ilustrados por la fé, saben que su origen fue criminal; que, despues de justificados por el bautismo, subsiste en ellos la inclinacion al pecado; que á cada momento puede prevalecer la carne sobre el espíritu; que, perdida la primera gracia, tal vez no se recobrará jamás; y que sus tristes consecuencias serán la eterna separacion del bien infinito, y todo el castigo que merece quien desprecia la ley de amor, é inutiliza en su alma el derecho que le mereció Jesucristo con su encarnacion y su muerte. No obstante de que, por lo dicho, hay en todos los cristianos un manantial de miserias, que deben humillarlos de continuo, suelen los vicios enseñorearse tanto del corazon, que no solo se satisfacen las pasiones sin remordimiento, sino aun ofuscan la razon hasta el extremo de que esta procure justificar los mas monstruosos crímenes, que deberian confundirla y humillarla.

Mas en quienes la verdad, libre de las ilusiones del error, ejercita sus derechos, ella es guia segura que encamina al alma por la senda de la justicia; que la hace prever y evitar los peligros; que la ayuda á levantarse cuando tropieza; y que, si cae mortalmente, la reprende y atormenta con el recuerdo de su funesta situacion, hasta que, vuelta en sí y enderezando sus pasos, es de nuevo adornada con la estola de la gracia que

habia perdido por su culpa. De este modo, la verdad conserva humillado el entendimiento en los pecadores que conocen su criminal miseria y desean verse libres de ella, y en los justos que reprimen sus pasiones. Y como en estos la humildad no solo deprime el orgullo del entendimiento, sino tambien somete el corazon; el primer efecto que produce en el alma, es la eompasion de sí misma, la tristeza, el dolor y confusion, meditando lo que ha sido, lo que es y lo que puede ser. Pero la vista de Jesucristo crucificado modera los sentimientos de esa amarga consideracion, por la confianza que inspira al alma contrita y humillada; y porque cuanto mas se penetra de su propio demérito, tanto mas es abismada en el piélago inmenso de la infinita misericordia. Allí crece su amor al que siendo Dios se hizo hombre, y murió porque le amáse; y allí ese divino amor se difunde hácia los prójimos, compadeciéndose de sus miserias, y deseando remediarlas.

Cuando el alma, á pesar de estos sentimientos, no reposa en la persuasion de que está justificada, porque, no obstante toda certidumbre moral, puede ser objeto de ódio, y no de amor; y porque á la luz de la verdad sabe que aun el mas justo debe justificarse mas; la humildad de corazon que le abrió el camino de la justicia, para que, siendo por la culpa original ó tambien por las personales, esclava del demonio, fuese deliciosa mansion de la Santísima Trinidad; ella misma es quien la excita, acompaña y sostiene hasta el término de su dichosa carrera. La hace conocer que su mudanza es obra del Excelso: y que, si por tan grande beneficio se ha glorificado su misericordia, ella debe hacer que por su profunda humillacion, se glorifique su justicia. Procura desde entónces ofrecer continuamente al Eterno Padre, la Víctima divina inmolada en el Calvario y en nuestros altares, en satisfaccion de sus deudas, y une sus pequeños sacrificios con el de Jesus, para que le sean meritorios: vé á las criaturas racionales y á las irracionales que le sirven y consuelan, como ministros de la divina clemencia; de su justicia á las que la affigen y atormentan; y todas la excitan á bendecir y alabar á Dios, porque se digna tender una benigna mirada sobre tan despreciable criatura. Crece su humillacion, cuantas veces siente la rebelion de su naturaleza contra la ley grabada en su espíritu, como efecto de su criminal origen, y de sus pasadas ingratitudes: gime, porque no puede librarse de ese cuerpo de muerte y de pecado, y confesando que es mucho mas delincuente á los ojos de Dios que á los suyos, le pide perdon de los pecados ocultos, y de cuantos habrian cometido otras personas por su causa.

La verdad que le inspira tan santos ejercicios interiores, y que la purifica de todo afecto á lo terreno, la inflama en el amor divino, y atrae sobre ella los sagrados dones del Espíritu Consolador. Y al modo que los apóstoles, cuando fueron abrasados con el fuego del Divino Espíritu, se regocijaban en las persecuciones y tormentos, y amaban á sus enemigos, ofreciendo sus vidas por salvarlos; así el alma, en este estado, no solo se resigna en los padecimientos, sino tambien los ama, y á cuantos se los ocasionan. Penetrándola luminosos rayos del Divino Sol de Justicia, vé salir de su interior innumerables faltas que no conocia, á la manera que asquerosos insectos se anidan en un lugar inmundo y pestilente, cuya horrorosa vista la confunde y anonada, hasta el extremo de reputarse la criatura mas miserable y pecadora, objeto de la divina indignacion, y merecedora de que todos la desprecien y abominen.

Es indudable que suele Dios, de cuando en cuando, hacerles gustar á estas almas humildes las inefables dulzuras de su infinito amor, cuyo sabroso deleite las persuade, á lo menos momentáneamente, á que Dios móra en ellas por su gracia, y á que sus nombres están escritos en el libro de la vida; pero es mas profunda su humillacion, cuando son mas favorecidas, porque entónces ven con mas claridad lo que desagrada á Dios la mas pequeña falta, y cuánto le ofendieron con las suyas. Y ¿quién podrá explicar su amargo dolor y profundísima humillacion, luego que, vueltas á su estado ordinario, experimentan la aparente ausencia de ese Espíritu vivificante, que tenia á raya, no solo sus potencias, sino tambien sus sentidos? Quisieran tener alas como de paloma para volar á él y reposar en su regazo; pero, agravadas con el peso de su cuerpo corruptible, se reprenden á sí mismas, por el vehemente deseo que tuvieron de que con su amorosa presencia las consolase nuevamente el amado: y creciendo mas y mas su amor á las humillaciones y desprecios, los buscan con mas ardor, que los mundanos anhelan los honores y riquezas.

Vélas el Señor profundamente humilladas, y levantándolas del polvo en que yacian, se une estrechamente con ellas, y las coloca entre sus castas y predilectas esposas. Su vida en adelante es divina, y su humildad se asemeja á la de los ángeles y bienaventurados, quienes, contemplando al Sumo Bien, el infinito amor con que los crió y redimió sin merecerlo, y los extraordinarios medios de que se valió para salvarlos, se anonadan sin medida y le tributan eternas alabanzas.

Siendo pues la humildad la base sólida y profunda, sobre la cual debe elevarse el edificio de la perfeccion, sin ese cimien-

to, fácilmente lo desploman las pasiones que ofuscan el entendimiento y extravian el corazon. Están mas expuestas á esta ruina espiritual las personas que nunca son abatidas, calumniadas y perseguidas, sino por el contrario, alabadas y distinguidas, por el concepto que han adquirido de extraordinaria virtud; y tanto, que algunas de estas han tenido la desgracia de que el error y la miseria las precipitasen en el infierno, despues de haber brillado como estrellas del firmamento. Suelen ocasionar esta infelicidad los que, sabiendo por su autoridad, el adelantamiento espiritual de algunas personas, lo comunican á otras; y tambien las que, por indiscrecion ó ligereza, bajo vanos pretextos de buen ejemplo, y de instruccion familiar, revelan de sí mismas lo que debian ocultar, diciendo como Isaias: *Mi secreto para mi, mi secreto para mi.* Resulta de esta imprudencia que personas pobres y desconocidas, á quienes convenia vivir siempre en la oscuridad y abatimiento, viéndose visitadas por otras de la mayor gerarquia, que les encomiendan sus negocios, socorren sus necesidades, y aun exigen tal vez de ellas que les profeticen el éxito próspero ó adverso de sus pretensiones, se complazcan en la estimacion y alabanza, y desdeñen con enojo, á los que las desprecian y anonadan.

No se ocasionarian tan funestos males, si todos consideraran, que solo Dios conoce cuando el alma está bien purificada, de modo que la confundan y humillen los aplausos y honores, que por lo comun ensoberbecen á los pecadores y á los imperfectos; y que, por eso, solo Dios sabe el tiempo oportuno de exaltar á los virtuosos que elige para su mayor gloria y provecho de otras almas. Jesucristo nos dió, por treinta años, la leccion mas importante sobre esta materia, observando profundo silencio durante ese largo tiempo; y permaneciendo oculto en su retiro, siendo la verdadera luz que ilumina á los hombres, y viendo á todos cubiertos de las densas tinieblas del error. Cuando, por órden de su Eterno Padre, salió á predicar el Evangelio, privó á su cuerpo de la gloria que le era debida, aunque su manifestacion habria sido suficiente para convertir el universo: y cuando suspendió por un momento este milagro en el Tabor, para fortificar la fé de sus tres amados discípulos, les mandó que no dijesen lo que habian visto, hasta despues que resucitase prefiriendo en esta vida las humillaciones é ignominia de la Cruz, á la gloria accidental que en caso de manifestarse, le habrian tributado todos los mortales.

Conforme á este divino modelo, fue el bienaventurado Porres humilde de corazon, y amó la humillacion hasta la muerte. Sin embargo de haber conservado la gracia bautismal, se re-

putaba el peor de los nacidos, é indigno del hábito humilde que llevaba, y no perdió ocasion de humillarse, recibiendo las injurias y oprobios como beneficios, dando claras muestras de amor y gratitud á los que lo abatian, y de afliccion y congoja á los que le alababan. Y cuando se veia honrado de algunas personas, distinguidas por su clase ó dignidad, corria al lugar mas oculto, y se disciplinaba fuertemente, ó si no se le proporcionaba sitio para la disciplina, se abofeteaba con dureza, diciéndose al tiempo de castigarse: «Petro mulato, ¿cuánto mere- »ciste? No seas soberbio: pues bien conoces que eres un perro; »que naciste para esclavo de estos señores, y que, solo por la »misericordia de Dios, pueden sufrirte tantos religiosos santos.»

Como en aquellos tiempos se vituperaba comunmente á los que no tenian blanco el color de la piel, supo aprovecharse de este defecto, que no era personal, para llamarse mulato con el epíteto de perro; y recelando que pudiese recomendarle civilmente el que su padre fuese un ilustre personage, solo se decia hijo de una negra esclava, aunque ya fuese liberta, á fin de que lo tuviesen por el mas despreciable entre los de su clase. Jamás tomó asiento en la celda de ningun religioso, y cuando le instaban que lo tomase, se sentaba en el suelo. Barria los claustros y limpiaba los lugares inmundos; y diciéndole algunos que ese oficio pertenecia á los esclavos del convento, les contestaba, que él era mas ruin que todos los esclavos. En los dias que visitaba por órden de su prelado al señor Arzobispo de Méjico, lo honraban y servian los criados de este señor; y temiendo envanecerse con esas distinciones, corria prontamente al convento para barrer y asear los sitios mas asquerosos. Así es que, diciéndole un religioso corista que de su valimento con dicho señor Arzobispo esperaba se le dispensase la edad para ser ordenado, le contestó el siervo de Dios: «Hermano: bien sabe que yo no merezco el que nadie me »estime y apreeie. Solo por su mucha bondad puede el señor »Arzobispo admitirme en su palacio, siendo mi nacimiento tan »vil, y mis costumbres tan estragadas. Asi es que yo no debo »ocuparle en nada, sino solo servirle en cuanto me mande, co- »mo uno de sus criados.» De este modo se conservaba siempre humillado y abatido, y viviendo en convento grande entre una numerosa comunidad, fué tal su prudente cautela, que alcanzó la gloria de ser perfecto humilde, conversando del mismo modo con los que no creyéndolo verdadero virtuoso, le oprobiaban, como con los que, conociendo su sólida piedad, le respetaban. Y como por muchos años se notase en él fidelidad, como enfermero y religioso, hasta que Dios se dignó manifestar

parte de los dones sobrenaturales con que habia enriquecido su alma, le reputaban los mas un religioso ejemplar; otros un hipócrita; y si algunos traslucian algo de su eminente virtud, reservaban en su interior ese piadoso concepto: por lo cual no es extraño que padeciese en el convento muchas vejaciones, de las cuales apuntaré algunas.

Haciendo la barba á un religioso, le quitó el pelo de la cabeza, dejándole pequeña y baja la corona segun previene la regla. Y porque aun en esto se introducen usos profanos en los conventos, advirtiendo el religioso que no le habia cortado la corona como él la usaba, se enfureció contra fray Martin diciéndole: «Eres un perro mulato, hipócrita, engañador.» Hallábase presente fray Alonso Gamarra, celador y pedagogo de los novicios y profesos, y por esta falta de respeto, mandó al corista que se diese una disciplina, y que solo tomase en ese dia pan y agua. Fray Martin sufrió con paciencia y alegría las injurias del religioso, y pasándole un paño sobre la cabeza, y haciendo que se mirase en un espejo, le dijo: «que reparase haberle cortado bién el pelo, y estar bien hecha la corona.» A mas de esto, rogó al padre celador y á los superiores, que suspendiesen la pena impuesta, disculpando al corista de este modo: «El hermano tiene razon, y ha dicho verdad, porque soy »un perro mulato, gran pecador, pues conoció á mi madre que »era negra.» Y en el mismo dia, estando en refectorio la comunidad, envió al corista un obsequio de paltas y melocotones. Todo lo dicho declaró el religioso, despues de muerto fray Martin.

Insultóle un religioso sin motivo, diciéndole «perro mulato, tú no debias estar en el convento, sino en un presidio.» Postróse á sus pies el siervo de Dios, y besándoselos con el semblante alegre, le dijo que: «mucha mayor pena merecia por sus iniquidades.»

Habiéndole llamado un religioso enfermo, para que le ministrase el remedio conveniente á su dolencia, porque á su juicio demoró el auxilio, le increpó y vilipendió hasta el extremo, diciéndole, entre otros denuestos, que era un embustero hipocriton, que afectaba caridad sin tenerla, y que habia mucho tiempo que podia haberlo conocido. Contestóle fray Martin: «Ese es mi mayor mal, padre mio: no conocerme, despues que, »para alcanzar ese bien, trabajo muchos años hace; y, por lo »tanto, no crea vuesa paternidad que me conoce bien, pues son »pocos los dias que me está sufriendo. Poco á poco, descubri»rá vuesa paternidad otras muchas maldades en mí, porque »soy peor que todas las criaturas.»

Llamóle en una ocasion otro religioso que padecia un achaque habitual, y porque no fué prontamente, á causa de estar auxiliando á otro que estaba gravemente enfermo, cuando entró á verle, lo insultó con todo género de agravios, manifestándose sumamente indignado y ofendido. Sufrió en silencio el siervo de Dios tantas injurias, y se retiró á su celda, dando lugar á que se tranquilizase el corazon iracundo del religioso. Pasado un rato, volvió á visitarle, suponiendo que hubiese calmado su enojo; mas no fué así: pues, mas enfurecido, le maltrató de cuantos modos le sugirió su desenfrenada pasion. Postróse á sus pies fray Martin, pidiéndole perdon, con muchas lágrimas, de la imaginaria ofensa que le imputaba; pero tanto mas se encendia la ira del religioso, cuanto mas se humillaba el siervo de Dios. Viéronle en esta postura otros religiosos, que llegaron, oyendo los descompasados gritos del enfermo, y preguntaron á fray Martin qué habia ocurrido, y por qué estaba en esa postura. A lo que les respondió con modestia y tranquilidad de ánimo: «Este padre me ha dado con el polvo de mi bajeza en los ojos, »y me ha puesto la ceniza de mis culpas en la frente. Yo le »agradezco tan útil recuerdo; mas no me atrevo á besarle las »manos, conociéndome indigno de llegar adonde baja el mismo »Dios; pero estoy á sus pies, los que aun no merezco tocar, por»que son de un sacerdote. Conozco y confieso que el padre »ha procurado de este modo recordarme lo que soy por mi ba»jo nacimiento, y por mis ruines costumbres, á fin de que no me »ensoberbezca, viéndome en compañia de vuesas paternidades »y recibiendo la estimacion que no merezco.»

Toleró con alegría y humillacion otras muchas vejaciones de esta especie, no solo de los religiosos enfermos y de los sanos, sino tambien de algunos prelados que sin motivo le injuriaban, y aun le disciplinaban, como si fuera un criminal. No me corresponde decidir, si seria grata á Dios esta conducta de los superiores, con el fin de probar la virtud del siervo de Dios. Pero sé que el prelado hace oficios de padre con sus súbditos; y que ningun padre, estando en su juicio, insulta y castiga á sus hijos, cuando cumplen exactamente lo que les manda; y tambien sé, que, si á todos obliga ser mansos, humildes y caritativos, mucho mas á los que están sobre el candelero, porque deben servir de modelo á los demas, y excitarlos, con el esplendor de sus virtudes, á que sea glorificado por ellos el Padre celestial. Pero á fray Martin le fue muy útil la imprudencia de unos, la impaciencia de otros, y la soberbia é injusticia de cuantos le maltrataban; pues, postrado á los pies de cada uno, les pedia perdon; y confesándose reo de mayores castigos, rogaba á Dios, con

todo el fervor de su corazon, por el bien espiritual de cuantos le ofendian y despreciaban. Mas, entre muchísimos casos que acreditan la grande humildad de este varon admirable, merece especial consideracion el siguiente, que terminará este artículo.

Faltándole en una ocasion dinero al prior para el socorro de la enfermería, resolvió solicitar entre los comerciantes quienes le diesen al fiado lo que necesitaba. Súpolo fray Martin, y buscando al prelado, le habló de esta manera: «Padre prior, »no se aflija vuesa paternidad por la urgente necesidad del con»vento. Yo soy esclavo de la religion, y vendiéndome se socor»rerá. Es tan pequeño mi servicio, que no compensa lo que gra»vo á la comunidad en alimentos y demas auxilios. Y no solo »será remediado el convento con el dinero que reciba por mi »venta, sino que tal vez me proporcionará mayor bien, si logro »un amo, que tratándome como merezco, y no con la lenidad de »vuesa paternidad, me enseñe á vivir bien.» Enterneciose el »prior, y derramando lágrimas le dijo: «Vuélvete fray Mar»tin, porque necesitamos de tu servicio; ya Dios remedió la ne»cesidad.»

CAPITULO VII.

SU ORACION.

Hace dos siglos que el Cardenal Bona, escribiendo sobre la oracion, principió de esta manera: «Son muchos los escritores »que han enseñado lo que es oracion, sus grados y partes, sus »causas y efectos, su necesidad y excelencia. Por lo tanto, ex- »tractaré sucintamente de ellos las cosas mas notables que con- »ducen á la práctica de la oracion, remitiendo á quienes quie- »ran instruirse perfectamente sobre esa materia, á los que han »tratado de ella con la debida extension.» Yo debo decir lo mismo con mucha mas razon, puesto que, posteriormente á la época en que vivia dicho Cardenal, no solo se han publicado en lengua vulgar muchas obras ascéticas y místicas, en las que se enseña cuanto debe saberse sobre la oracion, sino tambien prontuarios manuales, que facilitan su ejercicio á las personas piadosas. Verteré, pues, solamente, en este artículo, algunas sentencias y doctrinas, diseminadas en las obras de varios santos padres, y de otros sabios escritores, persuadido á que pueden ser útiles á los que no entienden los originales, publicados en latin ó en francés. Y, considerando que la peticion, no solo constituye una parte principal de este ejercicio, sino que ella sola es una especial oracion, que obliga á todos los cristianos, los extractos que haga, se limitarán á la peticion.

Se prueba cuan interesante y necesaria sea, porque la oracion dominical enseñada por Jesucristo, quien nos dijo: *Así orareis,* y que, por lo tanto, es el modelo de toda buena oracion, consta de siete peticiones, las que han sido analizadas y explicadas por muchos sabios y santos con el mayor elogio, aunque solo el ser dictadas por Jesucristo convence de su excelencia, como lo dice San Cipriano, en su tratado sobre la oracion dominical, por estas palabras: «¿Qué oracion puede ser mas espiritual, »que la que nos enseñó Jesucristo, el cual nos envió al Espiri- »tu Santo? ¿Qué oracion mas verdadera para Dios Padre que

»la que salió de la boca de su Hijo, que es la eterna verdad? Así »es que, orar de otra manera de la que él nos enseñó, seria no »solo ignorancia, sino culpa; puesto que él mismo dijo: dese»chais el mandamiento de Dios, por establecer vuestra tradi»cion. Oremos, pues, muy amados hermanos, como nos enseñó »nuestro divino Maestro. Grata y familiar á Dios, es sin duda, la »oracion que se le hace con sus mismas palabras, y que, salien»do de los lábios de Jesucristo, ha de penetrar los oidos de su »Padre. Reconozca este, cuando le rogamos, las mismas pala»bras de su Hijo, y tengamos en la boca al que habita en nues»tros corazones.»

La oracion de Jesucristo en el huerto fué tambien una peticion, contenida en pocas palabras, las que le bastaron para su prolongada oracion. Al considerarlas, se representaron en su imaginacion la acerbísima penitencia que su Padre le imponia por la redencion del género humano, y la innumerable multitud que se habia de perder eternamente, por no querer aprovecharse de los infinitos méritos, á cuya participacion les daba derecho con su sacrificio. Suspendióse un rato el curso de la sangre en la superficie de su cuerpo, por el estremecimiento de sus músculos, angustia y agonía de su espíritu contristado con esa profundísima meditacion, hasta que, por la conformidad de su mente y voluntad humana con la divina, la sangre acumulada en el corazon y vasos mayores, se dirigió con ímpetu á la cutis, abrió las boquillas de los poros exhalantes, y derramándose por el cuerpo, humedeció la tierra. El mismo Jesucristo ofrece acceder á nuestras peticiones, y concedernos las gracias y mercedes que le pidamos, diciéndonos por San Mateo, en su capítulo 7, y por San Lucas, en el 11: *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis: llamad y se os abrirá: porque todo aquel que pida, recibe: y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.* Es tambien de notar que, por la simple peticion de los necesitados, obró Jesucristo los mas estupendos milagros; y tal vez por estas consideraciones, San Basilio y San Gregorio Niceno, citados por el Cardenal Bona, definieron la oracion: *Peticion que hacen á Dios las personas, por la concesion de algun bien.* Pero, para que sea fructuosa la peticion, no solo ha de ser conforme en todo al espíritu de la oracion dominical, sino tambien deben acompañarla deseo vehemente de conseguir lo que se pide, atencion reverente á Dios, profundísima humildad, firme confianza por los méritos de Jesucristo, y perseverancia en pedir. Citaré á algunos santos padres y maestros de espíritu, que comprueban la importancia de estas condiciones en la oracion. «Tu deseo es oracion, y tu »continuado deseo es continua oracion...... Quien desea ora sin

»intermision. Si no quieres dejar de orar, no cese tu deseo: tu »continuo deseo es una voz incesante.» *San Agustin sobre el Salmo* 37, *exponiendo el verso* 10 *que dice: Señor, delante de ti está todo mi deseo, y mi gemido no está escondido de ti.*

«Siempre ora quien conserva en su corazon eficaz deseo de »orar; porque el deseo es oracion.» *Bona, Principia vitœ christianœ, cap.* 44.

»Debe desearse principalmente la justicia, á la manera que »anhela la fuente el ciervo acosado de la ardiente sed, porque »esta sed es oracion, y de ella pende nuestra felicidad. Desear »continuamente esta justicia, es orar sin interrupcion.» *Fenelon, Entretien sur la Priere* tomo 3.°

»Orar es pedir á Dios que su voluntad se haga; es formar un »buen deseo; elevar su corazon á Dios; suspirar por los bienes »que nos promete; gemir á la vista de nuestras miserias y de »los peligros de ofenderle en que nos hallamos. Para orar de »este modo, no se necesitan muchas palabras, ni ciencia, ni mé»todo, ni discurso, ni fatigar la imaginacion: basta un instan»te de tiempo, y un buen movimiento de corazon. En ese ins»tante podemos estar ocupados en el ejercicio de nuestras obli»gaciones, ofreciendo á Dios lo que hagamos con intencion pu»ra de glorificarle, aun en las cosas mas comunes; y de esta »suerte jamás se interrumpirá nuestra oracion.» *Fenelon, ibidem.*

Según todos los místicos, este puro y ardiente deseo hace gemir el corazon, y su gemido alcanza indulgencia al pecador, consuelo y fortaleza al justo; y por él mereció la Esposa de los Cantares, que la embriagase de amor con dulcísimas caricias su Divino Esposo. A mas de esto, quien tiene tan ardiente deseo de su justificacion y adelantamiento espiritual, por lo comun, no se distrae en el tiempo que destina especialmente al sagrado ejercicio de la oracion; y si padece algunas distracciones involuntarias, no le perjudican y aun pueden serle meritorias.

«No es inútil la oracion al que en ella padece distracciones «por permision divina, si las disipa prontamente; y Dios está «con él, aunque al parecer se le ausenta. Pero mas fácilmen«te pasan las distracciones despreciándolas, que combatiéndolas; «porque se fijan mas en la imaginacion, y son mas molestas, «cuando es mucho el empeño en ahuyentarlas. Tanto mas agra«dable es á Dios la oracion árida y sin ningun consuelo, cuan«to es mas repugnante á la naturaleza.» *Bona, ibid. cap.* 48.

«Las almas fieles no deben tener escrúpulo de las distraccio«nes involuntarias que les sobrevengan; porque ellas contribu«yen á perfeccionarlas mas que las oraciones sublimes y afec-

«tuosas, con tal que procuren disiparlas, y que sufran humil-«demente su flaqueza.» *Fenelon, ibidem*.

Pero tal es nuestra miseria, que muchas veces provienen las distracciones, en la oracion, de que no tenemos la conciencia limpia de afectos terrenos; de que no nos preparamos, y de que no deseamos con ánsia lo mismo que pedimos. Para remediar tan grave mal, que inutiliza nuestras preces, consideremos las doctrinas siguientes:

«Carísimos hermanos: cuando oramos, debemos estar aten-«tos á lo que pedimos. Disípese entónces todo pensamiento «carnal y terreno, y solo se ocupe el alma de lo que pide. Ciér-«rese al adversario comun la puerta del corazon, y solo esté «abierta para Dios. Culpable negligencia es distraernos con «pensamientos inútiles y profanos, cuando rogamos á Dios, no «debiendo pensar en otra cosa, sino en el Señor con quien ha-«blamos. ¿Cómo oirá Dios á quien le pide, si este no se oye á «sí mismo? Esto es no precaverse del enemigo, y ofender á Dios «cuando se ora.» *San Cipriano, sobre la Oracion Dominical*.

«Si los que oran al Señor le claman solamente con la voz cor-«poral, sin que esté su corazon atento á Dios, claro está que «oran inútilmente. Pero si oran de corazon, aunque no hablen «nada, su oracion puede ocultarse á los hombres, pero no á «Dios. Por lo tanto, siempre que oremos á Dios, sea vocal ó men-«talmente, debemos clamar de corazon. Este cordial clamor «supone la atencion del pensamiento; y cuando se ora de ese «modo, expresa tanto su afecto el que desea y pide, que espe-«ra confiadamente el efecto.» *San Agustin, Sermon sobre el Salmo* 118.

«Todos oramos, pero no todos en la presencia del Señor; por-«que, aunque el cuerpo esté postrado en tierra y la boca ha-«ble, si el pensamiento se ocupa y entretiene en los negocios «domésticos ó públicos; ¿se dirá que quién ora de esa suerte, «ora en presencia del Señor? Solamente ora delante del Señor, «quién en la oracion recoge su alma, de modo que, no pensan-«do en nada terreno ni humano, se eleva hasta el trono del «mismo Dios.» *San Juan Crisóstomo. De Anna Homilía* 2a.

«¿Cómo podrá acercarse á Dios en la oracion, y tratar con él «el negocio de su salvacion, quien tenga su corazon disipado y «entretenido todo el dia con las frívolas conversaciones de los «mundanos? Para orar bien, conviene tener la mente limpia y «libre de todas las especies terrenas, para que pueda solamen-«te ocuparse de Dios. La mejor disposicion para orar santa-«mente es la integridad de la vida y la pureza de las costum-«bres.» *Bona, ibid. cap*. 45.

La atencion á Dios cuando se ora, debe ser acompañada de profundísima humildad á la vista del Supremo Señor, ante el cual se presenta el hombre cargado de miserias, implorando su misericordia. Así nos lo enseña Dios, tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento. *La oracion del que se humilla, traspasará las nubes y no reposará hasta que llegue: ni se retirará hasta que el Altísimo le mire.* El Eclesiástico cap. 35 vers. 21. *El Señor escuchó la oracion de los humildes, y no despreció sus ruegos.* Salmo 101, vers. 18.

En el Evangelio comprueban lo mismo, la oracion del publicano, la del centurion, y de otros muchos necesitados. Y aunque esta verdad es sabida de todo cristiano, no creo inútil traducir algunos textos que la recomiendan.

«¿Cómo no se ha de humillar el alma que se conoce á sí misma, viéndose cargada de pecados, agravada con el peso del «cuerpo mortal, embrollada con los cuidados terrenos, inficionada con las heces de los deseos carnales, ciega, encorvada, «enferma, envuelta en muchos errores, expuesta á mil peligros, azorada por mil temores, angustiada por mil dificultades, propensa á mil desconfianzas, oprimida de mil trabajos, «inclinada á los vicios, y débil para las virtudes? ¿Con qué fundamento elevará sus ojos y levantará su cabeza? Antes bien, es «justo que considere su propia miseria, sintiendo los remordimientos que, como espinas, punzan su corazon; que se vea á sí «misma, y que volviéndose al Señor con lágrimas y gemidos, «le diga con un clamor humilde: Sana mi alma que pecó contra tí. Y como el Señor es padre de misericordias, y Dios de «toda consolacion, será consolada luego que se vuelva á él del «modo dicho.» *San Bernardo, capítulo* 36 *In Cantic.*

«¿Con cuánta reverencia, temor y humildad no debe acercarse á Dios en la oracion, un vil renacuajo que sale arrastrando de su laguna? ¿Con cuánta confusion, humildad, congoja y atencion de su alma, no está obligado un miserable «hombrecillo á presentar sus humildes súplicas á la Magestad «Divina, en presencia de los ángeles, en el consejo de los justos, en la congregacion de los santos? Considérese á sí mismo, y reputándose como presentado á la Suprema Magestad, «diga con Abrahan: Hablaré á mi Señor yo que soy polvo y ceniza.» *Idem, Sermon* 35. *De diversis n.* 7. *et* 8.

«Todo cristiano debe creerse pobre y reducido á la necesidad de pedir á Dios una limosna espiritual, porque la oracion «es una especie de mendicidad, mediante la cual conseguimos «que Dios se compadezca de nosotros. Por eso, dice San Pablo «que toda criatura gime sintiéndose sujeta á la vanidad. Debe-

«mos, pues, mirar la oracion como un remedio destinado á curar «nuestras flaquezas, y á reparar nuestras faltas. Jesucristo nos «dice que pecamos todos los dias de nuestra vida; y por lo tanto, «debemos orar cada dia, para obtener el perdon. La oracion «del primer hombre era una accion de alabanzas á Dios; pues, «mientras permaneció en el Paraíso, no necesitaba gemir, por«que entónces, unido á Dios y bañado de alegria, nada turbaba «su conciencia; mas, estando sus hijos desterrados de esa tier«ra deliciosa, deben clamar al cielo para alcanzar, por su hu«mildad, que Dios se acerque á ellos, considerando que, por la «soberbia, fué abandonado el padre comun.» *Fenelon, ibid.*

A quien el Espíritu Santo enseña á orar con estos sentimientos, excitando en su corazon gemidos inexplicables, el mismo Divino Espíritu le inspira confianza de que conseguirá lo que pide, por los méritos de Jesucristo, nuestro mediador y abogado, sin que ni la menor duda inquiete y turbe su confianza, segun aconseja Santiago. Y como lo que mas desea es el bien de su alma, esto es el reino de Dios en ella y su justicia, y para el cuerpo solo pide lo que le es absolutamente necesario; su peticion es en todo acepta á Dios, y cree que le concederá lo que le pide, porque así lo promete en su Evangelio.

Es verdad que suele Dios retardar su socorro, por el mismo bien del alma que le suplica, para excitar su humildad, y para que consiga ser consolada por el mérito de orar con perseverancia; y por lo tanto, debe continuar orando sin inquietud ni impaciencia. Merece considerarse atentamente sobre esta materia, la siguiente doctrina:

«Si una alma inocente, desprendida de criaturas, y aplica«da continuamente á Dios, padeciese desamparos interiores, «deberá humillarse, adorar los designios de Dios sobre ella, «y redoblar con fervor sus oraciones. Mas, quienes tienen «que reprenderse todos los dias por sus infidelidades, ¿podrán «quejarse con razon de que Dios no se les comunique? ¿No «deben confesar que sus pecados han formado entre el cielo «y ellos una espesa nube, y que Dios se oculta justamente á sus «ojos? ¿No nos ha buscado Dios cien veces en nuestros des«carrios? ¿No nos hemos ensordecido cuando nos ha llamado? «¿Y no hemos sido insensibles é ingratos á los atractivos de su «bondad? Pues por eso quiere que sintamos ahora cuán ciegos «y miserables éramos huyendo de él. Así como anteriormente «nos prevenia, quiere al presente que le prevengamos, redu«ciéndonos á merecer, por nuestra paciencia, los favores que «nos prodigaba, cuyo precio ignoramos; y que, habiéndonos «esperado tanto tiempo, le esperemos cuando lo deseamos.

«Nuestra humilde perseverancia le suavizará, y por esta espe-«cie de importunidad, obtendremos lo que no hemos mere-«cido. Dios se oculta para avivar nuestros deseos; y siendo «Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, no en-«dulza pronto nuestras amarguras, para no fundar la obra de «nuestra perfeccion sobre una voluntad débil, impaciente y «pegada á las cosas sensibles.» *Fenelon, ibid.*

Es indudable que la oracion de fray Martin fué conforme á estas doctrinas, á lo menos en la sustancia, aunque nada sabemos de su método de orar. Solo consta que oraba en el siglo desde niño, y que en la religion no cesó de orar hasta su muerte. Oraba de dia en la sala del capítulo, oraba en la Iglesia todas las noches, oraba en su celda, en la enfermeria, en el campo, cuando salia fuera de la ciudad, en el convento de la Recoleta Domínica, cuando visitaba á su fiel amigo y compañero fray Juan Masias, y, en una palabra, oraba á todo instante; pues asistiendo á los enfermos y cumpliendo con las obligaciones de su cargo, nunca dejó de orar.

Habiéndose abstenido en su niñez de los entretenimientos comunes á los de su edad, es de creer que, desde entonces, rumiaria en su mente el alimento espiritual con que sus padres procurarian nutrir su alma, y preservar su corazon de las funestas impresiones que podrian hacer en él los objetos sensibles; y que, inclinado de este modo á la piedad desde sus tiernos años, luego que supo leer, se aplicaria á meditar profundamente las verdades de que estaba imbuido, leyendo libros espirituales. Instruido, cuanto permitia su edad, en los sublimes misterios de la Religion, y con la dicha de que en su memoria no se hubiesen grabado especies vanas del mundo, ni de objetos seductores, Dios fué el único objeto de su corazon, como lo era de su mente la fé. En una alma inocente y pura, que oye atentamente la palabra de Dios, que la estudia para penetrarse de los misterios y máximas morales que contiene, sacrificando su razon en obsequio de la infalible y eterna verdad, obedeciéndola ciegamente y consagrándola todos sus afectos, á poco tiempo de este sagrado ejercicio, cualquiera verdad, meditada, derrama en ella tanta suavidad y dulzura, que ni su entendimiento puede dejar de mirarla simplemente, ni su voluntad de amarla. En este estado, ni fatiga su imaginacion con representaciones materiales, ni su mente con reiteradas reflexiones: cree y ama, y se une á Dios por la fé y la caridad. Así me parece que sucederia en fray Martin, y que, desde muy jóven, cada punto de fé que se propondria meditar, elevaria su alma á contemplar las verdades reveladas, derritiéndose su corazon en vivos afectos de com-

puncion y de amor. De aquí su singular modestia y compostura en el siglo, su retiro y separacion de las criaturas, y la abstraccion de su alma atenta al objeto amado, para oir sus inspiraciones, al mismo tiempo que cumplia con los deberes domésticos, y con los de su caritativa profesion.

Su oracion fue sin duda mas elevada y perfecta, desde que entró en la religion y rompió enteramente toda comunicacion con el siglo; pues, contrayéndose exclusivamente á la oracion en los nueve años de su noviciado, se preparó á recibir en mayor copia los dones del Espíritu Santo, para que contemplase las verdades eternas de un modo mas sublime. Y, aunque, por las obligaciones de su cargo, no puedan numerarse las horas que empleaba en la oracion, es cierto que oraba mental y vocalmente de dia y de noche, en el coro, capítulo y dormitorio, todo el tiempo que se lo permitian sus precisas ocupaciones, sin que faltase jamás á ninguna de ellas, por continuar orando; y sin que dejase de retirarse á orar, luego que no se lo impedia el ejercicio de caridad con sus hermanos. No sabemos á cuanto tiempo de profeso fue favorecido con el don de la contemplacion, ni cuando permitió Dios que fuesen notorios y vistos de varias personas sus admirables éxtasis, elevacion de cuerpo y demas carismas de que despues trataré. Pero es indudable, que, como estos favores suponen íntima union con Dios, su maravillosa repeticion acredita, que se habia hecho habitualmente un espíritu con Dios. Así, no es extraño que su vida fuese mixta de contemplacion y de accion, viviendo con la vida divina de inteligencia y amor, al mismo tiempo que asistia y consolaba á los enfermos, y que trabajaba y se ocupaba como esclavo en los ministerios mas serviles del campo y del convento; ni tampoco lo es que, por la infusion dicha de los divinos dones, exhortase á la virtud de un modo elocuente y persuasivo, y que escribiese documentos importantes para instruccion permanente de cuantos le escuchaban, como llevo dicho. Y si entonces lamenté la pérdida de esos escritos inspirados por el Espíritu Santo, mucho mas debo lamentar ahora el que no se examinase el espíritu de este varon extraordinario, como se examinó el de nuestra patrona Santa Rosa, por siete teólogos, cuatro religiosos dominicanos, dos jesuitas, y el doctor don Juan del Castillo. Este era seglar, médico de mucha reputacion en Lima, y graduado de doctor en esta Universidad de San Marcos. A mas de haberse distinguido mucho en su profesion, era tan profundo místico y sublime contemplativo, que no solo fue uno de los examinadores de la santa, nombrado como los otros seis por la religion dominicana, sino que ellos quisieron fuese el primer exa-

minador, conviniéndose á seguir en todo su dictámen, y á suscribir lo que él decidiese. Así es que, concluido el exámen del médico, y aprobado el espíritu de la santa, lo aprobaron igualmente los seis.

Motivó este prolijo exámen, el que, habiendo consultado la santa con varios confesores las arideces y angustias que sufria, ninguno la entendia ni consolaba, reputándola unos ilusa, otros hipocondriaca, otros débil de cerebro; y ni aun el padre maestro Lorenzana, su director en ese tiempo, penetró el secreto de su espíritu; porque la Santa ocultaba lo que nó debia exponer, sin que se le preguntase. Estaba reservado al doctor Castillo, rasgar la densa y oscura nube que eclipsaba por horas al Divino Sol de justicia en el espíritu de la santa, para que, entrando en el santuario de su corazon, la viese unida con el Divino Esposo, desde la edad de doce años, sin que casi hubiese sufrido la purificacion de sentido, por su singular inocencia, pureza, y ardiente caridad desde los primeros crepúsculos de su razon.

Agradecida la santa á este sábio y piadoso consultor, no solo continuó comunicándole privadamente su espíritu, y los favores que Dios le hacia, para recibir sus instrucciones y aprovecharse de sus consejos, como del mas consumado maestro espiritual que habia en Lima en ese tiempo; sino que, despues de muerta, se le apareció cincuenta veces rodeada de resplandores, y conversando con él lo ilustraba sobre algunos misterios de la gloria, segun lo declaró el mismo doctor con juramento. Posteriormente juró, tambien, que por espacio de seis meses se le manifestaba diariamente en el cielo la vírgen Rosa; y que, pasado ese tiempo, le enviaba un ángel que en su nombre lo instruye y consolase, en los dias que ella no lo visitaba. A mas de esto, asegura el padre Melendez, cronista de la religion dominicana en el Perú, que mereció tanta consideracion en Roma el informe jurado del doctor Castillo, que por él, principalmente, se aceleró la aprobacion de las virtudes heróicas de la santa, y por consiguiente su beatificacion, y canonizacion.

Si se hubiese tenido el mismo piadoso celo con fray Martin, sabriamos mucho de su vida interior, de las desolaciones, trabajos, y demas pruebas que por lo comun preceden á la contemplacion infusa; del tiempo que toleró constantemente esas penas interiores, y de los ejercicios con que cooperó á la purificacion de su espíritu, en sus mas terribles amarguras y tribulaciones. Sobre todo, nos serviria de instruccion y consuelo el que hubiese declarado por obediencia lo que Dios le revelaba en esos portentosos raptos, cuando reflejaba su cuerpo algunos rayos de la eterna luz que iluminaba su espíritu; y cuando Dios lo

hacia invisible, para que nadie turbase el dulce reposo de su amado siervo, ni interrumpiese los íntimos y familiares coloquios con que le honraba.

Es verdad, que muchas veces no se acuerda el alma de lo que entendió, desde que es abismada en ese piélago de luz; y que, en otras, ó no se le permite comunicar lo que se le revela, ó no puede declararlo, por faltar en todo idioma palabras adecuadas para expresar lo que comprende; pero tambien es cierto que, en esos maravillosos éxtasis, suele Dios comunicarle luces especiales, no solo para ver con mas claridad y con nuevas circunstancias las verdades que fijan su atencion, sino tambien diversos objetos, infundiéndole nuevas especies, y tal vez revelándole sucesos prósperos ó adversos que deberian verificarse en el pueblo que habita, ó en otro diferente. Y, si, como es muy probable, comunicó Dios á fray Martin arcanos semejantes, no solo nos habria sido utilísima su manifestacion, sino tambien habrian comprobado la legitimidad de esos portentos. Pero Dios, que permitió tan notable descuido, porque así convendria para su gloria, nos ha dado el consuelo de que dichas maravillas fuesen visibles y públicas, para que, admirándolas, le tributemos afectuosas alabanzas; porque levantó á su siervo del polvo de la tierra, para colocarle entre los príncipes de su corte celestial, donde reinará con él eternamente.

CAPITULO VIII.

SU MORTIFICACION.

Nadie ignora que la mortificacion puede ser interior y espiritual, ó exterior y corporal. Por aquella reprime el alma todas las inclinaciones viciosas, y por esta se abstiene de cuanto halaga los sentidos. Sin la primera, no puede ejercitarse ninguna virtud; porque, naciendo todos propensos al mal y deseando satisfacer los deseos de nuestro depravado corazon, el que quiera domar sus pasiones, debe hacerse continua violencia, é implorar el auxilio de la gracia. Por lo tanto, puede decirse que no hay momento en que no deba el cristiano mortificarse interiormente; porque no hay ninguno en que no esté obligado á rectificar sus pensamientos, palabras y acciones, para conformar su propia voluntad con la divina, y vivir de la fé, resistiéndo á las instigaciones del diablo, á la seduccion del mundo, y á los halagos de la carne. Comprendiéndose pues la mortificacion interior en el ejercicio de todas las virtudes, solo debo contraerme á la exterior.

Los actos de esta son obligatorios, ó de supererogacion. Entre los de precepto, tienen el primer lugar los que hacen parte del sacramento de la penitencia, y son impuestos por el confesor; el ayuno mandado por nuestra madre la Iglesia católica, del que nadie debe dispensarse sin gravísimo impedimento; y, en las personas religiosas, las penalidades que ordenan sus respectivas constituciones. La mortificacion de consejo ó de supererogacion, tiene á raya los sentidos, no solo prohibiéndoles lo ilícito, porque eso es de obligacion, sino tambien lo inútil, que solo conduce á la satisfaccion de la propia voluntad. Tan necesaria es esta mortificacion de la vista, del oido, del gusto, olfato y tacto, que, sin ella, no solo es imposible medrar en la vida espiritual, pero ni aun conservarse en gracia largo tiempo. A mas de esta mortificacion ordinaria y comun á todo justo de cualquier estado, condicion y edad, hay otra extraordi-

naria, muy provechosa segun las circunstancias de cada uno, y de la cual no se ha eximido ningun santo canonizado entre los confesores, vírgenes y viudas. Los medios de practicarla son: los ayunos, cilicios, disciplinas, y otros instrumentos de esta especie que atormentan el sentido del tacto, á mas de los que el espíritu de mortificacion ha sugerido á muchos santos, para molestar á los demas sentidos.

Son muchos los textos de la Escritura que demuestran cuan eficaces son los ayunos extraordinarios para implorar la misericordia de Dios, y obtener el perdon de los pecados; y aunque no se refiriese en la Santa Biblia otro suceso mas que el de Nínive, despues de la predicacion del profeta Jonás, este solo bastaria para probar su importancia. Pues, habiéndose abandonado esa populosísima ciudad á todo género de placeres criminales, bajo el reinado de Sardanápalo, y dado este rey á sus vasallos el ejemplo de la mas escandalosa prostitucion; impetró la indulgencia, y el que no se verificase la próxima ruina de la ciudad, vaticinada por el profeta, luego que, por su mandato, observaron un rigoroso ayuno, no solo los hombres, sino tambien las bestias. *Jonás, cap.* 3, *verso* 71.

De los cilicios se hace tambien mencion en muchos lugares de la Escritura para el mismo fin. Por el salmo 34 y 68, y por el cap. 1.° del lib. 1.° de los Paralipómenos, sabemos que el rey David mortificaba su cuerpo con cilicios: lo mismo hizo el rey Joran cuando, en una cruel hambre, supo que cierta madre habia comido á su hijo, segun se lee en el libro de los Reyes, cap. 6: los sacerdotes cubrieron sus carnes con cilicios, luego que Holofernes sitió á Betulia, como consta del libro 4 de los Reyes cap. 1.° verso 9; y los profetas, predicando la penitencia, recomendaba, los cilicios. *Ceñíos de cilicios, plañid y anhullad, porque no se ha apartado de nosotros la ira del furor del Señor,* gritaba Jeremias, lo que puede verse en el cap. 4.° ver. 8 de sus profecias: y que Macabeo con sus compañeros de armas, viendo acercarse su enemigo, postrados en la grada del altar para que el Señor los socorriese, echaron tierra sobre sus cabezas, y ciñeron sus lomos con cilicios, se dice en el segundo libro de los Macabeos, cap. 10, ver. 215. Pero debe saberse que los cilicios de aquellos tiempos, eran un vestido áspero de pelos de cabras ó de camellos sobre las carnes, como el que usaba el precursor de Jesucristo, y que solo hace como cuatro siglos poco mas ó menos, que se inventaron cilicios de fierro ó de otro metal.

De la disciplina, como mortificacion corporal, no se hace mencion ni en la Escritura, ni en los primeros siglos de la Iglesia; pues, aunque en el salmo 2 se lee la palabra disciplina, sig-

nifica en ese lugar la enseñanza, respeto y obediencia á la ley del Señor. Tambien San Cipriano exhortando á las vírgenes, nombra la disciplina; pero entiende por ella el vestido honesto y la mosdestia que deben tener las que se han consagrado enteramente á Dios. Sin embargo, algunos autores, exponiendo estas palabras de San Pablo en su primera epistola á los Corintios, cap, 9, ver. 27: *Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, porque no acontezca que habiendo predicado á otros me haga yo mismo reprobado;* opinan que el apóstol maltrataba su cuerpo con golpes; pero San Gerónimo, en su comentario de esta epístola; San Ambrosio, exponiéndola, y San Agustin, en su tratado del nuevo cántico, dicen que el santo castigaba su cuerpo con los ayunos, los trabajos, el hambre, la sed, el frio y la desnudez, cuya interpretacion es tomada de otras palabras del mismo apóstol que se leen en su segunda epístola á los Corintios, cap. 6.° ver. 5. Lo que no puede dudarse es que, en los mas antiguos monasterios, se imponia la pena de azotes á los monges que caian en alguna culpa notable; y que, segun los cánones penitenciales, se postraban algunas veces los penitentes para que el confesor los azotase con mimbres, como se acostumbraba hasta ahora en algunas religiones. Por lo tanto, es muy probable que primero se usó la disciplina por mano agena, y despues se introdujo azotarse por la propia.

Entre las mortificaciones extraordinarias y expontáneas, el ayuno es sin duda la mas útil y la menos nociva á la salud. Sin embargo, los ayunos inmoderados destruyen las fuerzas de la naturaleza, principalmente si no se procura acostumbrarla poco á poco á una prolongada abstinencia. Los demas medios inventados para mortificar la carne, como los corpiños con puntas agudas de fierro, las cadenas, coronas y pesadas disciplinas del mismo metal, ó de otro cualquiera, estremecen y horrorizan á los que no penetramos bien, como los santos, la malicia del pecado y la santidad de Dios, ni amamos á Jesucristo de modo que deseemos imitarle, viéndole atado de pies y manos, azotado cruelmente, coronado de espinas, y clavado en una cruz.

Pero la razon y experiencia nos persuaden á que, sin una gracia extraordinaria que fortifique el cuerpo y el espíritu, son tan nocivas esas tormentosas mortificaciones si se usan con frecuencia, que pueden ocasionar una muerte prematura. Y auque no tengan siempre, en cuantos las practican, tan funesto cesultado, se han visto en todos tiempos muchas personas excesivamente mortificadas que, persuadiéndose, por falta de buena instruccion, á que no podrian continuar en el servicio de Dios sin maltratar mucho sus cuerpos; pasado su primitivo

fervor, concibieron tanto horror á la virtud, que se abandonaron á todo género de placeres ilícitos; y otras que, habiéndose inhabilitado ó adquirido males crónicos, no pudieron en lo restante de sus dias cumplir con las obligaciones de su estado y condicion, reducidas á la triste situacion de no ayunar en los dias de precepto, ni de oir Misa, ni de orar, ocupándose casi exclusivamente de recobrar la salud y reparar sus fuerzas con medicinas apropiadas y alimentos nutritivos. ¿Y qué inquietudes no causan en sus familias ó monasterios, las que son víctimas de sus imprudentes penitencias? Las hijas ó esclavas, que con la labor de sus manos sustentaban á sus padres ó á sus amos, quedaban muchas veces, por dichos excesos, en la impotencia de socorrerlos, y las religiosas ni pueden asistir al coro, ni aliviar á sus hermanas desempeñando los oficios de la comunidad. Por eso, todos los teólogos encargan la discrecion y prudencia con que deben permitirse ú ordenarse las mortificaciones expontáneas. Baste decir que, en sentir de San Gerónimo, los que se debilitan mucho por su inmoderada abstinencia y excesivas vigilias, ofrecen á Dios un holocausto de rapiña: que San Bernardo confesaba haber pecado estenuando su cuerpo y acelerando su muerte con excesivos ayunos, vigilias y mortificaciones: y que, segun Santo Tomas, peca el que enflaquece tanto su naturaleza con los ayunos, vigilias y demas austeridades, que se inhabilita para desempeñar las funciones que le obligan por su profesion ó estado.

A pesar de lo dicho, Dios ha hecho ver, en un crecido número de santos, que le son gratas esas extraordinarias penitencias, no solo excitándolos á que las practiquen, sino, lo que es mas admirable, conservándolos con vigor para cumplir con sus penosísimos cargos, y aun prolongando la vida, en algunos, mas dilatado tiempo que el que disfrutan por lo comun los inmortificados. Y aun cuando, sin intencion de dañarse gravemente, hayan abreviado sus dias algunos santos y otras personas fervorosas, no dudan los teólogos de que les haya sido lícita y meritoria su penitencia, siempre que la hayan practicado para reprimir la desenfrenada concupiscencia, para fortalecerse en los peligros á que se ven expuestos, para asemejarse á Jesucristo paciente, ó por otros motivos puramente sobrenaturales. Por eso dice Mabillon, contemplando las espantosas flajelaciones de los santos: «No es vergonzoso ni sospechoso imitarlos, por el contrario, esta imitacion es honorífica y loable.»

Aunque las doctrinas referidas parecen opuestas entre sí, es fácil conciliar su aparente contradiccion. El cardenal Belarmino dice en su libro de las siete palabras, capítulo 10: «No todos

»necesitan para domar su carne y crucificarla con sus vicios y »concupiscencia, dormir en el suelo, disciplinarse hasta derra»mar sangre, ayunar todos los dias á pan y agua, ceñirse con »áspero cilicio, ó con cadena de fierro; pero, á lo menos, son in»dispensables algunas mortificaciones extraordinarias para ad»quirir la perfeccion.»

Y si San Pablo castigaba su cuerpo para no hacerse réprobo, sin embargo de sus trabajos apostólicos, de haber sido arrebatado al cielo, y de habérsele revelado arcanos que no convenia comunicarlos; nadie será tan necio, que crea someter la ley de su cuerpo á la de su espíritu, y adelantarse en todas las virtudes, sin frecuentes y espontáneas mortificaciones.

Mas debe variar el ejercicio de estas segun la edad, temperamento, sexo, estado, empleo y demas circunstancias de cada uno, no olvidando, jamás, que es reprensible todo el que, por indiscretas austeridades, se inhabilita para cumplir con los deberes de su ejercicio ó de su estado. Y para no padecer engaño ni por demasiado amor á su cuerpo, ni por imprudente fervor de espíritu, aconsejan todos los doctores que no se haga ninguna mortificacion extraordinaria, sin el dictámen de un sábio y prudente director.

Por lo que respecta á las mortificaciones que exceden á las fuerzas de la naturaleza, es doctrina general que son para admiradas y no para que todos las imiten. Y puesto que algunos santos han comido carne y bebido vino, aunque otros se hayan abstenido de ellos, ni sea obstáculo para elevarse á la mas sublime santidad, el no privarse las cuaresmas de todo alimento y bebida, ni sustentarse por algun tiempo con otro pan que el Eucarístico, como se refiere de algunos; es indudable que la práctica de los extraordinarios ejercicios de mortificacion, debe ser reglada por la voluntad expresa de Dios. El se ha dignado ostentar algunas veces de ese modo su poder y sabiduría, inspirando á muchos de sus siervos esas espantosas penitencias, sin que nos sea permitido en esta vida, comprender los fines que se propuso al ordenarlas. Y cuando no puede dudarse de esta vocacion divina, no debe impedirse su cumplimiento, como lo enseña el sábio místico Alvarez de Paz, tratando de la perfecta contemplacion, en el capítulo 11 de su tercer libro, por estas palabras: «Algunos, dice, son llamados á un modo extraordi»nario de vida, y á practicar grandes mortificaciones, ayudados »de la gracia, superando con ella las fuerzas de la naturaleza »concedidas al comun de los hombres. No conviene someter »aquellos á las reglas ordinarias, sino dejarlos seguir á Dios, que »manifiestamente los llama, y aflojarles las riendas que sujeta-

»ban su espíritu, para que obedezcan á la divina vocacion.» Uno de esos extraordinarios penitentes fué sin duda el bienaventurado Porres.

Se ignora de qué modo se mortificaba mientras estuvo en el siglo, pero no debe dudarse de que se mortificaria; puesto que era tan dedicado á orar, y que practicaba las demas virtudes. A mas de esto, sus penitencias excesivas, desde su ingreso en la religion, suponen que á lo menos practicaba algunas de antemano. Referiré las que constan del proceso, y que Dios permitió que se supiesen fuera de las que ignoramos.

Jamás se cubrió la cabeza, y tanto en el estío como en el invierno, cuando salia del convento, llevaba el sombrero colgado sobre la espalda. Y si de este modo adoraba á Dios con el mas profundo respeto, considerándole presente á sus acciones ó implorando su asistencia, tambien toleraba la molesta impresion de las dos rigorosas estaciones. Privaba del mismo modo á los demas sentidos de cuanto pudiera halagarlos. Por eso se despreciaba con frecuencia, llamándose perro mulato, y repetia los demas improperios que le decian los religiosos impacientes á quienes servia y medicinaba; y se infiere cuál seria su atildamiento para mortificar el olfato y gusto por el siguiente suceso.

Enfermó fray Andres Ulloa de hidropesía, segun el concepto de los médicos, y resolvieron extraerle el agua contenida en el vientre, punzando la cavidad. Mas no salió líquido claro y en mucha copia, como sucede en casos semejantes; sino un material aunque fluido, pútrido y tan hediondo, que obligó á todos los circunstantes, como á fray Martin, á taparse la narices y volver á un lado el rostro; y como, á mas de la fetidez, todo el líquido solo llenase un vaso, infiero que la hidropesía seria enquistada, ó que tal vez se equivocarian los médicos, suponiendo hidropesía, lo que solo era un tumor enquistado, que por largo tiempo contenia ese material ya degenerado. Sea de esto lo que fuere, fray Martin se reprendió interiormente en el mismo momento, por su delicada inmortificacion, y bebiéndose todo el inmundo y asqueroso material, saboreó con él su lengua y paladar.

Estas pasageras mortificaciones del gusto y olfato, eran acompañadas de otra habitual y perpetua, cual era la privacion, jamás interrumpida, de toda carne y pescado, y la observancia del ayuno á pan y agua por todo el año, excepto en los dias de Pascua y grandes festividades de Jesus, de la Vírgen y santos de su órden. Comia en esos dias con suma parsimonia, una sola vez yucas ó camotes, que son raices indígenas, ú otro vegetal en caldo aguado, y un pedazo de pan. Mas desde el Jueves

Santo inclusive, hasta el dia de Pascua por la tarde, no tomaba ningun alimento. Así es que, á mas de ayunar á pan y agua las cuaresmas, adviento, témporas, vigilias y los siete meses en los que ordena su constitucion la abstinencia ordinaria, prolongaba su ayuno casi todo el año. Pasman igualmente los diversos modos con que mortificaba el sentido del tacto. Su túnica interior era de tosco sayal, y el hábito de cordellate. Ceñia su cintura con una cadena de hierro, y los muslos hasta las rodillas, con ásperos cilicios ó de hierro ó de alambres, ó de cerdas, ó de sogas con rosetas de acero, prefiriendo los que mas le atormentaban, en las grandes festividades. Tenia en un lugar oculto de su pobre celda, una cama de tablas en forma de ataud, con una jerga raida para cubrir el cuerpo; pero muy rara vez se acostaba en ella, excepto cuando hallándose gravemente enfermo, era obligado por obediencia. Por lo comun dormia un breve rato en el capítulo, echándose en el ataud que conservaba en dicha sala, para colocar en él á los difuntos antes de sepultarlos; y otras veces se recostaba sobre un escaño del mismo lugar, ó en algun banco de la enfermeria, cuando no debia separarse de algun grave doliente.

Pero su fervorosa oracion y amor á Jesucristo, no se saciaban con estas austeridades; y asi llevó su mortificacion hasta un exceso, que solo pueden justificar su extraordinario espíritu y la milagrosa proteccion del cielo.

Tres veces cada noche sufria el tormento de las mas rigorosas disciplinas, á imitacion de su Santo Patriarca Domingo, y variaba de sitios, procurando ocultarse lo posible. Así es que unas veces se disciplinaba en el coro despues que, concluidos los maitines, se retiraban á sus celdas los religiosos; otras en alguna bóveda de la Iglesia, ó en el capítulo, ó en su celda, en los claustros, ó en un sótano que habia en el convento. Antes de la primera disciplina, oraba largo tiempo, y despues se azotaba con cadenas de fierro, cuyos ramales terminaban en garfios acerados. Concluido este ejercicio, renovaba la oracion, y acabada esta, se disciplinaba segunda vez con látigo de cuero. Volvia á orar, y luego se recostaba en el ataud ó en un escaño, como llevamos dicho, hasta cerca de las cuatro de la mañana. Corria entonces á la torre, y tocaba el alba, para que los fieles saludasen á la Vírgen; oraba otra vez y, pasado un rato, se hacia disciplinar cruelmente con varas de membrillo en muslos, piernas y pies por unos negros del convento, á quienes beneficiaba y socorria con este objeto, prometiéndoles mayor recompensa, si le azotaban con todas sus fuerzas.

Con cada una de estas disciplinas, derramaba mucha sangre,

y para reprimirla y aumentar el tormento, se lavaba con vinagre y sal. Y como lùego se vestia y se desnudaba nuevamente para volverse á azotar, se reabrian las heridas, y sobre ellas se disciplinaba. Ofrecia el primero de estos tormentos por sus pecados; el segundo, por la conversion de los infieles y pecadores; y el tercero, en sufragio por las almas del purgatorio, no olvidando en ninguno de estos ejercicios, á sus bienhechores, ni á las personas que se le habian encomendado.

No pudiendo ocultarse mucho tiempo á los religiosos este cruento sacrificio que hacia cada noche de su cuerpo; y haciéndose mas notorio por la sangre con que se veian manchados los lugares donde mas frecuentemente se disciplinaba; se pusieron algunos varias veces en acecho á la media noche, y observaron lo siguiente, segun lo declarò el padre Juan de la Torre. Se disciplinaba con mucho fervor de espíritu y actos de contricion, y luego reprendiéndose á sí mismo, y despreciando sus acciones se decia: «Perro mulato vil, ¿con qué corres»pondes á Dios los beneficios que te ha hecho, haciéndote hi»jo de la Iglesia, cristiano, católico, y religioso compañero de »tantos padres nobles, doctos y santos, en vez de haberte ar»rojado al infierno por todos tus pecados y escándalos? Hasta »cuándo ha de durar tu mala vida, tu tibieza y flaqueza en el »ejercicio y ocupaciones que te se han mandado.» Diciendo esto, se daba diez y seis ó veinte golpes muy fuertes de disciplina, y sintiendo agudísimos dolores, mofándose con alguna sonrisa decia: «Vive pues bien, perro mulato, sirve á Dios con pun»tualidad y atencion: enmiéndate»: y dicho esto volvia á disciplinarse derramando muchas lágrimas, y detestando su tibieza y pecados. Se notó en otras ocasiones que oprobiándose al terminar la disciplina, se decia: «Basta: ya estas bien ajus»tado; pero dáme palabra de enmendarte y de vivir con toda »atencion, sirviendo y amando á Dios con todo afecto, y á tus »amos los religiosos que hacen las veces de Dios, porque sino »lo haces así, lo ha de pagar tu pellejo, perro mulato.» Luego decia: «Ya esto está concluido; pero ahora debo cumplir la pa»labra que he dado á nuestros buenos amigos», y se daba como cien golpes de disciplina: y por último volvia á disciplinarse cincuenta ó sesenta veces por las personas que le habian pedido las tuviese presentes en sus oraciones.

No le valia pues su industria para ocultarse, ni era posible entre tan numerosa comunidad. Asi es que, entrando á la Iglesia en alta noche algunos religiosos devotos para hacer oracion, temblaban al oir los azotes que se daba el siervo de Dios dentro de una bóveda, de lo que instruido el prelado, fué á la

Iglesia al tiempo que se oian los golpes de la disciplina, y entrando en la bóveda, mandó con precepto de obediencia al penitente, que suspendiese la disciplina, y saliese fuera. Obedecióle, mas Dios le hizo invisible al tiempo que salió de la bóveda.

Observáronle tambien varias veces, azotándose en el capítulo, y pidiendo á Dios misericordia con afectos de la misma viva compuncion; y en muchas ocasiones se oian los crueles golpes de disciplina que se daba en su celda. Habiéndolos oido en una ocasion cierto amigo suyo, le aconsejó que mitigase sus mortificaciones porque se quitaria la vida. Contestóle en estos términos fray Martin: «Amigo, mucho mas merezco por mis »pecados, y necesito hacer penitencia para salvarme.»

Cuando estaba por obediencia en Limatambo, despues de trabajar como un peon, se retiraba al olivar, y se disciplinaba con tanto fervor, que vertian sus heridas arroyos de sangre. Descubrieron al fin los negros el motivo por que veian ensangrentado el olivar; y por lo tanto, siempre que iba el siervo de Dios á la hacienda, decian, ya viene fray Martin á regar con su sangre los olivos.

Á mas de estas mortificaciones diarias, practicaba otras extraordinarias. Se ha dicho que en los cerros de los Amancaes, distantes media legua de la ciudad, solia plantar yerbas medicinales, y árboles fructíferos: fué una tarde á dicho lugar con un mozo á quien habia criado, y notando este que ya oscurecia, dijo á fray Martin, vámonos que ya anochece. Al punto empezó el siervo de Dios á disciplinarse en la espalda, piernas y pies con asombro del jóven, y quedó mas admirado, luego que se vió en el puente del rio vecino al convento de Santo Domingo, sin saber como habian caminado tanto en un momento.

Tenia íntima amistad espiritual con el bienaventurado fray Juan Masias, religioso lego de la Recoleta Dominicana, y con otro religioso de los Descalzos, que es Recoleccion de San Francisco, á quienes visitaba las Pascuas y dias de recreacion. En la Recoleta, luego que saludaba á fray Juan, se encerraban los dos en la huerta, donde despues de orar, se disciplinaban largo tiempo, excitándose mútuamente con las palabras y el ejemplo. En cuanto concluian, se echaba sobre la tierra fray Martin con las espaldas desnudas, para que los mosquitos le picasen las heridas, y antes de separarse de su amigo, se lavaba con vinagre y sal, como lo tenia de costumbre siempre que se disciplinaba. En los Descalzos se retiraban tambien los dos hermanos á la huerta, y poniendo un Crucifijo en un árbol,

oraban fervorosamente, exhalando suspiros de afectuosa y dolorida contricion, y vertiendo copiosas lágrimas. Despues decia fray Martin: «vámonos recreando, y aprovechemos el dia.» El recreo era azotarse con santa crueldad, y anegar el suelo en sangre. Acabada esta rigorosa penitencia, se despedian hasta otra ocasion en que volviesen á recrearse con su santo entretenimiento.

Quien considere que, en medio de tan horrorosas y continuadas mortificaciones, fray Martin tenia vigor para servir á la enfermeria, á todos los religiosos, y á innumerables pobres en el convento y fuera de él; que practicaba todos los ejercicios piadosos y caritativos que se han referido; y que, habiendo padecido cuartanas por un año, nunca entró en cama, ni faltó á sus obligaciones; se sentirá obligado á confesar, que lo sostenia una fuerza sobrenatural, y que, por lo tanto, eran gratas á Dios sus excesivas penitencias. Y para que jamás se dudase de que esa era su voluntad, mandó cuatro ángeles que, en figura de gallardos mancebos, acompañasen á fray Martin con hachas encendidas, cuando caminaba á media noche azotándose por los claustros; lo que aseguraron varias personas, testigos de vista en distintas ocasiones.

Supuesto todo lo dicho, no debe dudarse, ni de que es indiscreto y reprensible el fervor de muchas personas que se inutilizan para sus principales obligaciones con excesivas penitencias, por imitar á los santos en lo que no deben ser imitados por todos; ni tampoco de que Dios inspira á muchos siervos suyos de uno y otro sexo que se martiricen cruelmente, dando al mismo tiempo vigor á sus miembros, para que cumplan con el cargo á que los ligó su Providencia, como se observó en fray Martin.

En él fueron los mas poderosos estímulos de su pasmosa penitencia: purificarse mas y mas, considerando, por su profundísima humildad, que cada dia ofendia á un Dios de infinita pureza y santidad: cumplir en su carne lo que faltó á la pasion de Jesucristo, esto es, la mas copiosa aplicacion, y participacion de sus infinitos méritos, por el desprecio de sí mismo, y por la mortificacion de todos los afectos é inclinaciones viciosas que emanan del cuerpo de pecado: y su ardiente deseo de impetrar indulgencia á los pecadores, perseverancia á los justos, y sufragio á las almas del purgatorio. Pues, aunque son diversos los estados de los bienaventurados en el cielo, de los viadores en la tierra, y de las almas pacientes en el lugar de su purificacion; todos componen una Iglesia, cuya cabeza es Jesucristo, que á todos vivifica, y cuyos miembros se auxilian mútuamente. Los

que ya reposan en la patria despues de su victoria, socorren con sus preces á los que combaten, para obtener el mismo triunfo: estos les retribuyen ofreciendo á Dios el sacrificio de gracias y alabanzas, porque los asoció á su reino, y, tambien, procuran pagar las deudas que no satisfacieron cumplidamente en esta vida los miembros que padecen en la otra; los que, á su vez, recompensan á sus bienhechores, desde que poseen la gloria prometida.

Al contemplar estas verdades los que en casi nada nos parecemos al bienaventurado Porres, ni á los demas modelos de penitencia, procuremos suplir con la humildad nuestra inmortificacion; y confesando que Dios es admirable en sus santos, roguemos á nuestro paisano pida al Señor nos santifique por los medios mas conducentes á su gloria.

Por lo que respecta á la continuacion de esta historia, habiendo referido las principales virtudes que practicó heróicamente el bienaventurado fray Martin, el buen órden pide que exponga las mercedes especiales con que Dios le favoreció.

CAPITULO IX.

GRACIAS GRATUITAS DADAS A FRAY MARTIN.

Aunque toda gracia es un don gratuito que Dios concede á las criaturas racionales por su infinita bondad y misericordia, sin embargo, se han designado especialmente con el nombre de gratuitas, aquellas gracias que Dios suele conceder para bien de la Iglesia en comun, ó de algunos en particular, y que, no justificando al que las recibe, deben distinguirse de las que lo hacen agradable á Dios, y lo unen á él por la infusion de la caridad. Asi se han observado aquellas aun en grandes pecadores, como el don de profecía en Balaan, Caifás y la muger de Pilatos; y por eso dice Nuestro Señor Jesucristo, segun refiere S. Mateo, en el capítulo 7 de su evangelio, verso 22 y 23, que en el dia del juicio le dirán muchos: *Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos milagros?* Y que entonces les responderá: *Nunca os conocí: apartaos de mi los que obrais la iniquidad.* San Pablo, aludiendo á lo mismo, dice en el capítulo 13 de su primera epístola á los Corintios: *Si tuviere profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviere toda la fé de modo que traspasára los montes, y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha.* San Jerónimo, en el tom. 7, col. 41, enseña lo mismo por estas palabras: *Profetizar, hacer milagros y arrojar los demonios, no debe atribuirse á los méritos de quien obra semejantes prodigios; sino al nombre de Jesucristo que invoca el que los hace; para que en el caso de que los hombres desprecien al que obra milagros, honren á Dios por cuya invocacion se ejecutan.*

Sin embargo, cuando el que recibe dichas gracias gratuitas, al mismo tiempo practica heróicamente las virtudes teologales y cardinales, debe suponerse que Dios no se las concedió solamente para utilidad de sus prójimos, sino tambien para que

fuese notoria su santidad: pues, aunque cualquiera fiel será santo delante de Dios, y glorificado en la Iglesia triunfante, si perseverase hasta la muerte en la justicia, segun estas palabras contenidas en el capítulo 2.°, verso 10 del Apocalipsis: *Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida*, conducen mucho esas gracias, para que, á lo menos indirectamente, y supuesta la heroicidad de las virtudes, repute santo la Iglesia militante al que Dios manifiesta ser su favorecido y estar adornado de ellas.

El apóstol San Pablo en su primera epístola á los Corintios, capítulo 12, menciona estas gracias diciendo: *A uno es dado por el espíritu palabra de sabiduria: á otro palabra de ciencia segun el mismo espíritu: á otro fé por el mismo espíritu: á otro gracia de sanidad en un mismo espíritu: á otro operacion de virtudes: á otro profecía: á otro discrecion de espíritu: á otro linages de lenguas: á otro interpretacion de palabras. Mas todas estas cosas obra solo uno y el mismo espíritu, repartiendo á cada uno como quiere.* Y no pudiendo dudarse de que Dios concedió todas, ó la mayor parte, de estas gracias á fray Martin, trataré de ellas segun el órden en que las colocó San Pablo; y luego de los éxtasis y raptos, porque algunos sabios los comprenden entre las gracias gratis dadas.

ARTICULO PRIMERO.

Gracias de sabiduria y ciencia.—Al hablar de estas gracias, debe saberse que son distintas de los dones de sabiduría y ciencia que infunde el Espíritu Santo, pues estos suponen radicada la caridad en el alma, y las gracias gratis dadas, como se ha dicho, pueden recibirse sin ella para provecho de los prójimos. Los dones de sabiduria y ciencia son habituales; pero las gracias gratis dadas, son las mas veces, particulares movimientos é inspiraciones del Espíritu Santo, para instruir y excitar á otros. Por el don de sabiduria es el alma iluminada sobrenaturalmente, para contemplar los divinos misterios con firmísima creencia y seguridad de todos ellos, gustando suavísima dulzura al contemplarlos; y por el de ciencia, se eleva mediante las criaturas visibles á la contemplacion de su Criador.

No debe entenderse lo mismo de las gracias gratis dadas de sabiduria y ciencia; pues estas consisten principalmente en la eficacia y uncion de la palabra. Por eso no dice el Apóstol: A uno se da la sabiduria, á otro la ciencia, &, sino: *á uno se da palabra de sabiduria*, quiere decir, es movido y se le da facultad de instruir á otros en los divinos misterios: *á otro*

palabra de ciencia, esto es, facilidad de explicar los principios que deben dirigir las costumbres, con referencia al Sumo Bien. Sin embargo, son útiles estas mismas gracias al que las recibe, si no está en pecado mortal; porque todo coopera al bien de los escogidos.

Mas para que no pueda dudarse de que estas gracias son sobrenaturales, debe haber certidumbre de que quien las manifiesta, no se habia él mismo instruido de antemano, y de que, por la gracia de la sabiduria, hable con tanta facilidad y uncion de los divinos misterios, que se haga sentir, por cuantos le oigan, la especial mocion del Espíritu Santo, produciendo los efectos saludables de conversion en los pecadores, ó de aprovechamiento en los justos: y de que, por la ciencia no estudiada, enseñe con la palabra ó con la pluma el vencimiento de las pasiones y el ejercicio de las virtudes, segun los principios morales de la eterna justicia.

Conviene tambien examinar las costumbres de quien es favorecido del modo dicho, pues, aunque no es indispensable que esté en gracia, no es regular que Dios comunique semejantes dones á un ignorante escandaloso. Igualmente, si sus instrucciones se dirigen á la gloria de Dios y provecho de los prójimos, y si no se procura con ellas la estimacion de los grandes y poderosos; pues en tales casos, debe sospecharse ser obra del demonio y del amor propio lo que se aparenta inspiracion divina. Satanás es sapientísimo, y muchas veces habla por el órgano de las personas á quienes seduce, con el fin de engañarlas y perderlas, y por ellas á otros muchos.

Por lo que se ha escrito anteriormente, tratando de la caridad y de la prudencia, consta que fray Martin fue adornado con los dones de sabiduria y ciencia, y que, mediante ellos, no solo caminaba sin desviarse por la senda de la justicia, sino tambien procuraba apartar á otros del camino ancho que lleva á la perdicion; y que oian sus instrucciones toda clase de personas. Pero de la divina uncion con que se expresaba, y de las doctrinas sublimes que vertía, pareciendo á sus oyentes animado del mismo espíritu que inspiraba á San Pablo, se deduce claramente que, no solo se le infundieron los divinos dones, sino tambien las gracias gratis dadas de sabiduria y ciencia. Quiso Dios manifestar de ese modo cuan grato le era el caritativo, humilde y paciente celo con que se dedicaba á instruir en los rudimentos de la fe, á los negros é indígenas ignorantes, á retraerlos de los vicios, á que sufriesen con resignacion su cautiverio, y se santificasen en los trabajos. Fue tanta la ilustracion que Dios comunicó á este su siervo, y

tanta la facilidad, eficacia y prontitud con que contestaba á las preguntas que se le hacian aun sobre los puntos mas difíciles de la teología, que era reputado sublime teólogo. Y á todos, no solo admiraban su sabiduria y ciencia, siendo un pobre donado que ni entendia el latin, ni habia leido mas que algunos libros devotos que le prestaban con licencia del prelado, sino que apoyaba sus resoluciones con el sentir de los Santos PP., especialmente de Santo Tomas, citando los capítulos en que se decidian las cuestiones de que se trataba. Asi es que fueron sus consultores, y aseguraron esta verdad, los religiosos mas sabios y respetables del convento, entre los cuales se numeran en el proceso de su causa, á uno de los confesores del siervo de Dios, el P. M. Fr. Juan Arguinao, catedrático de prima de teología en esta Universidad, que fue Obispo de Santa Cruz de la Sierra, y despues Arzobispo de la Nueva Granada; á fray Cipriano de Medina, tambien catedrático de prima, y Obispo de Guamanga; y á fray Francisco de la Cruz, Obispo electo de Santa Marta.

ARTÍCULO II.

Gracias de fe, de sanidad y de milagros concedidas a fray Martin.—La gracia de fé, no es la virtud teologal, que justifica al que se le infunde con la esperanza y la caridad. La fé gratuita, de que tratamos, es, segun Santo Tomas, una sobresaliente certidumbre de todos los principios de la fé católica, que habilita al que la recibe para instruir á los prójimos. El mismo santo, con San Juan Crisóstomo y otros expositores, enseña, que esta gracia es la fé con que se da sanidad sobrenatural á los enfermos, y se obran milagros. Se apoya este sentir en el capítulo 17 del Evangelio de San Mateo, donde se lee lo siguiente: *Si tuviéreis fé cuanto un grano de mostaza, diréis á este monte: pásate de aqui allá, y se pasará, y nada os será imposible.* Y tambien en las palabras citadas de San Pablo: *Si tuviese toda la fé, de manera que traspasase los montes etc.*, De lo que se infiere la conexion que tienen entre sí las gracias de fé, sanidad de enfermedades, y toda clase de milagros.

Pero se ha de saber que á ningun hombre en esta vida se le concede habitualmente facultad de obrar milagros, pues si la tuviesen, los obrarian segun su arbitrio siempre que quisiesen. Consiste, pues, la gracia de obrarlos en que Dios excita á sus siervos para que los ejecuten, cuando es de su agrado, ó inspira á los necesitados, el que toquen su cuerpo, ó alguna cosa de su uso, ó el que los invoquen y rueguen. Y sú-

puesta, segun lo dicho, la íntima conexion que tienen entre sí las gracias de la fe, sanidad de enfermedades, y toda clase de portentos extraordinarios, las comprenderé todas con el nombre de milagros, los que, para mayor claridad y con respecto á fray Martin, serán divididos en milagros dudosos, y en verdaderos é incontestables.

1.° *Condiciones del milagro.*—Se dice milagro, todo lo que excede las leyes de la naturaleza, y los milagros pueden ser de tres modos, segun Santo Tomas: ó sobre la naturaleza, ó contra la naturaleza, ó fuera del modo y órden de la naturaleza. La Escritura ofrece muchos ejemplos de estas tres especies. La resurreccion de los muertos, sobre la naturaleza: el endurecimiento del Mar Rojo, para que pasasen los hebreos, contra la naturaleza: fuera de su órden, la sanidad del leproso Naaman, solo con lavarse siete veces en el Jordan, por mandato del profeta Eliseo, y la pronta sanidad de la suegra de San Pedro; pues naturalmente pudieron sanar, aquel de la lepra, y esta de su fiebre, aunque no del modo y con la prontitud que sanaron.

Ninguna de estas tres condiciones se hallan en muchos supuestos milagros, que se leen en las vidas de los santos, y por eso son pocos los que se han aprobado por la Iglesia. El vulgo tiene, sobre esta materia, una credulidad supersticiosa y reprensible, atribuyendo á milagro de algun santo, curaciones comunes obradas por sola la naturaleza, ó ayudada del arte. Y pues todos sabemos que solo Dios puede hacer milagros, trastornando las leyes naturales como omnipotente y libre; á Él se le debe dar toda la gloria siempre que á favor nuestro altere las leyes establecidas, del mismo modo que por los innumerables bienes que recibimos de su infinita bondad, en el órden de la naturaleza y en el de la gracia. Mas esto no se opone á la intercesion de sus fieles siervos mientras viven y despues de la muerte; pues Dios mismo los toma por instrumentos, para que propaguen la fe y conviertan á los pecadores haciendo milagros en su nombre, y tambien para honrar á los mismos santos, publicando por ese medio, que son sus predilectos.

Segun esta creencia que todos debemos tener, estamos obligados en cada momento de nuestra existencia, á dar gracias á Dios por los beneficios conocidos é ignorados; pues no hay instante en que nuestra conservacion física y moral, no sea debida á una série maravillosa de portentos, de los cuales muchos no conocemos en la vida, y que los conoceremos despues de la muerte, para excitarnos á una eterna y consolante gratitud,

ó á un inútil y amargo arrepentimiento. A lo menos cuando recibimos algun bien extraordinario, aunque hayamos puesto por intercesor un santo, debemos dar las gracias á Dios, y no atribuir la merced á su siervo, mientras de un modo claro y manifiesto no se conozca que por su intercesion concedió Dios lo que se le pedia. Por ejemplo: si un siervo del Señor, en la vida, obrase un verdadero milagro para bien de un necesitado, ó lo hiciese despues de muerto al tiempo de invocarle, ó habiéndose tocado alguna reliquia suya ó una estampa, ó apareciéndose al que lo invocó al tiempo que recibe el bien deseado, no deberá dudarse de que Dios honraba á su siervo en esas circunstancias, para que hiciese en su nombre ese milagro; en cuyo caso, sin defraudar la gloria á Dios, único principio y autor de todo bien, se podrá testificar solemne y sensiblemente, por algun símbolo, la merced recibida á ruegos de ese santo, para excitar la veneracion de los fieles, y para que estos se valgan de su intercesion con mayor confianza.

Supuesta la verdad y solidez de esta doctrina, paso á referir los milagros dudosos atribuidos á fray Martin antes de exponer los verdaderos.

2.° *Milagros dudosos.*—Acometió en alta noche al padre fray Luis Guadalupe, un dolor tan agudo en la cintura, que se creyó necesario administrarle los santos sacramentos. Entró á verle fray Martin con un brasero de carbones encendidos, y tomándole el enfermo la mano para señalarle el sitio adolorido, quedó al punto enteramente sano. Exclamó el enfermo diciendo: Bendito sea Dios! ya estoy bueno, se me ha quitado el dolor, y no necesito ningun remedio. Avergonzóse el siervo de Dios, advirtiendo que se le atribuia la sanidad, y bajando la cabeza confuso y humillado, dijo: «¿Así se burlan de un pobre mulato?» y sin hablar mas palabra salió de la celda, y fue á tocar el alba.

Enfermó gravemente, no se dice de què mal, Antonio Gutierrez que se habia hospedado en casa de la hermana de fray Martin. Habiéndolo desahuciado los médicos que le medicinaban, llamó á fray Martin su hermana, esperando lograr de un modo extraordinario la sanidad de su huésped. Llegó el siervo de Dios, y despues de hablar al paciente sobre su bien espiritual, se acostó junto á él en su propia cama. Durmióse el enfermo, y luego que recordó, se sintió perfectamente bueno.

Tambien debe numerarse entre los milagros dudosos, la súbita sanidad del señor Arzobispo de Méjico, que se hallaba

en grave peligro de dolor de costado, y que sanó aplicando á la parte adolorida la mano de fray Martin, como se ha dicho en el artículo de la obediencia: porque en las enfermedades agudas conserva por lo comun la naturaleza todo su vigor, y por sus facultades suele triunfar en un momento de la mas violenta enfermedad. A mas de eso, sabemos los efectos mortíferos ó saludables del influjo moral; y pudo contribuir mucho á la sanidad en los casos referidos, la consolante esperanza que les inspiraba la presencia de un varon reputado justamente santo. En los casos siguientes ha sido menos fundado el concepto de que la sanidad hubiese sido milagrosa.

Padecia doña Isabel Ortiz de Torres un flujo de sangre, por el que habian desesperado los médicos de su vida. Visitóla el siervo de Dios, y asegurándola por tres veces que no moriria de esa enfermedad, mandó que le diesen á comer una manzana asada. Alivióse la enferma, y á los cinco dias estuvo buena.

Hicieron á un moreno en el vientre una herida penetrante, de la que salió parte de los intestinos. Chupó la sangre fray Martin, lavó la herida con vino, cubrióla con un poco de romero mascado, y al cuarto dia se levantó sano el enfermo.

Curó tambien á un jóven de un dedo ulcerado, cuando habian resuelto los cirujanos amputársele.

Igualmente sanó á otro que tenia muy hinchada y ulcerada una pierna, untándole saliva y haciendo sobre la parte enferma la señal de la cruz. Si en estos dos enfermos hubiera sido la sanidad instantánea, habria sido sin duda milagrosa, porque úlceras antiguas y dolorosas, no pueden sanar naturalmente en un momento. Pero no expresándose esta circunstancia en la relacion, es de creer que despues de un pronto alivio, sanarian lentamente la inflamacion y las úlceras.

Disipó la fiebre que padecia una morena haciéndola beber mucha agua tibia.

En tiempo de recreaciones, un novicio de la Recoleta Dominica que tenia un cuchillo, hirió casualmente á otro novicio en dos dedos de la mano, por quitarle una manzana. Fue copioso el derrame de sangre; y contenida esta, sobrevino fiebre, y se inflamó mucho la parte. Supo el novicio que fray Martin estaba en el convento con fray Juan Masias, y lo llamó para que lo medicinase. Llegó este, y haciendo la señal de la cruz, é invocando á la Santísima Trinidad, aplicó á la mano las hojas de una yerba, y consolando al paciente, le dijo, que

sanaria con esa sola curacion. Disipóse la fiebre, y la inflamacion cedió brevemente.

Curándose con fricciones mercuriales el padre fray Lorenzo Guarnido, le sobrevinieron síntomas gravísimos, sin duda por el método bárbaro con que se administraban las unciones en ese tiempo. Desahuciado de los médicos, y despues de haber recibido los santos sacramentos, entró á verle fray Martin, y hallándole muy sediento, preguntóle, si beberia toda el agua que le trajese. Contestóle que sí, y el siervo de Dios le dió á beber grande cantidad. Durmió toda la noche el enfermo, y al dia signiente lo vieron sano las médicos.

Hallándose muy molestado de fiebres intermitentes fray Andres Martinez, y no sabiéndose en ese tiempo la eficacia de la quina, dijole un dia fray Martin, que en esa noche se bañase en la pila. Hízolo asi el enfermo, aunque desconfiando de ese desusado é irregular remedio. Salió entumido del baño, entráronle en cama, durmió hasta la tarde del dia siguiente, y no le repitió mas la fiebre.

Febricitando gravemente el padre provincial fray Miguel Correa Pacheco, le dió á beber fray Martin mucha agua fresca, y sanó luego.

A una esclava de la hermana del siervo de Dios, hirieron en la cabeza. Dióle el cirujano ocho puntos de sutura, como se practicaba entónces, y habiéndosele hinchado mucho la cabeza, llamó el ama á su hermano fray Martin, quien la consoló, diciéndola que sanaria pronto su esclava. Quitó los puntos, mojó un lienzo en saliva, y raspando la pared, echó un poco de tierra sobre el lienzo humedecido. Aplicó este lienzo embarrado sobre la herida, despues de haber hecho sobre ella la señal de la cruz, y sanó la herida brevemente.

Visitando á fray Martin un amigo suyo de vida ejemplar, se le aumentó mucho un dolor de cabeza que padecia. Salió el siervo de Dios de su celda, para preparar á su amigo el desayuno, y aquel entre tanto se acostó en la humilde cama de fray Martin. Cuando llegó este, se le habia quitado el dolor en el lado que tocaba á la jerga de la cama, y se volvió del otro lado para observar si el contacto de la jerga habia disipado en parte su dolor. No se frustró su esperanza, pues por ese medio quedo libre enteramente del dolor en ambos lados.

Semejante sanidad logró acostándose en el lecho del siervo de Dios otro amigo suyo llamado Francisco Ortiz. Estando este en la Iglesia de Santo Doningo, le sobrevino fiebre con dolor agudo de cabeza. Buscó al siervo de Dios; acostóse en su

camá, y esto bastó para que le faltasen la calentura y el dolor de cabeza.

Fué fray Martin á ver á un cirujano que se hallaba postrado en cama sin esperanza de vida, por una grave dolencia que ignoramos. Consolóle el siervo de Dios, dándole á beber un vaso de horchata, y diciéndole: «hoy es sábado, y el próximo martes irá U. á visitarme bueno:» lo que se verificó puntualmente.

Arrojando sangre por la boca el padre fray Miguel de Mejorada, buscó á fray Martin en su celda, y no hallándole, fue al capítulo, donde supuso que estaria orando. Mas antes de que entrase, y de que el siervo de Dios pudiese verle, y mucho menos saber el mal que le habia sobrevenido, le habló en estos términos: «Padre, desnúdese, báñese en la pila, y se le quitará la enfermedad que le aflije.» Arrojóse inmediatamente el padre en la pila del claustro principal que está frente al capítulo, y cesó la hemorragia.

Pidió al siervo de Dios el padre fray Laureano de los Santos, que en atencion á que doña Catalina de Acuña estaba gravemente enferma de fiebre ardiente, desahuciada ya de los médicos, y á que era bienhechora de la comunidad, y muy afecta á la religion dominicana, se interesase con el Señor, para que la librase de tan grave peligro, concediéndole la salud, si era de su divino agrado. Ofrecióle fray Martin orar por ella, é interponer la mediacion de su Patriarca. Encontró al dia siguiente á fray Laureano, y le dijo: «Ya encomendé á Dios y á «nuestro padre Santo Domingo á doña Catalina, y me dijo «nuestro padre, que no moriria de esta enfermedad.» Participó inmediatamente el religioso á doña Catalina este aviso del Cielo, y habiéndose mejorado, sanó en breves dias.

Tenia un lobanillo al pie de una oreja el capitan don Juan Guarnido, y habia suplicado á fray Martin que lo sanase. Accedió á ello un dia, y en presencia del padre maestro fray Luis Cornejo, pasando suavemente un estilete de acero al rededor del lobanillo, cayó este sin que el paciente sintiese ninguna molestia.

Mejoró tambien á otros muchos enfermos, asegurándoles su restablecimiento, y aun sanàndolos con su tacto, ó solo con el de su ropa. Entre estos es mas notable lo que pasó con doña Francisca Velez, esposa de don Mateo Pastor, intimo amigo y bienhechor de fray Martin. Padecia dicha señora, un dolor de hijada agudísimo, y estando con él, sin que la hubiese aliviado ninguna medicina, entró á visitarla el siervo de Dios. Alegróse con su vistá la señora, y diciéndole que se le acercase, porque sabia los prodigios que obraba Dios por su siervo,

tomó al descuido un canto de su capa, y aplicándolo llena de confianza á la parte adolorida, se sintió enteramente sana. Atónita al experimentar esta maravilla, exclamó de este modo: «¡Ay! gran siervo de Dios es fray Martin, pues solo el contac«to de su ropa me ha sanado. Ya estoy libre del achaque.» Confundióse fray Martin al oir estas palabras, y la dijo: «Dios «ha hecho esto señora, y el hábito de nuestro padre Santo Do«mingo. Dé las gracias á Dios, pues yo soy un mulato, y el ma«yor pecador del mundo. Dios sea bendito, que toma tan vil «instrumento para consolarla, y que no pierda su valor el há«bito de nuestro padre Santo Domingo, por vestirlo tan gran«de pecador como yo.»

Saliendo fray Martin un dia del convento grande, vió junto á sí un toro bravo que estaban jugando en la plazuela, y siguió su camino sin que el bruto le tocase.

En otra ocasion, subiendo el Puente con un amigo suyo, vieron que se les acercaba un toro, y asustado el compañero, quiso subirse al pretil del puente. Impidiólo fray Martin diciéndole, que no tuviese cuidado, y luego que el toro estuvo junto á ellos, lo ahuyentó el siervo de Dios azotándolo con su cinto.

Aunque todos los casos referidos no deben calificarse de milagros de un modo incontestable, no puede dudarse de que en ellos ha contribuido principalmente á la sanidad, la oracion del siervo de Dios. El uso y aplicacion que ordenaba de simples ineficaces para la curacion de males graves, como la manzana asada en el flujo de sangre &a., hace creer que se valia de esos inútiles socorros, para que á ellos se atribuyese la curacion; y como presagiaba un éxito feliz aun á enfermos de gravísimo peligro, sin que jamas fallase su pronóstico, es claro que Dios le revelaba la sanidad de esos pacientes, luego que le rogaba por ellos, y que por eso les aseguraba su restablecimiento.

3.º *Milagros verdaderos.*—Plantó fray Martin en Limatambo, mas de seis mil pies de olivo, los cuales al dia siguiente de plantados, tenian retoños y hojas, sin que ninguno se malograse, los que han dado copiosísimos frutos para socorro de la comunidad. Y como nuestros agricultores saben por experiencia, que cada pie de olivo no retoña hasta pasados tres meses, y que sus retoños no se ensanchan en hojas, hasta el año, es claro que fue milagroso el desarrollo en pocas horas de todos los pies plantados por fray Martin. A mas de lo dicho, sabemos que se malogran siempre muchos pies, ó por el rigor de las estaciones, ó por la estercolacion de los pájaros, lo que

no se observó en ninguno de los numerosos pies que plantó el bienaventurado Porres. Llenó de admiracion este suceso á cuantos fueron testigos de él, se probó la verdad con declaraciones auténticas, y para perpetuar su memoria, se le llamó desde entónces, el Olivar de fray Martin.

En el año de 1634, fueron tan copiosas las aguas del caudaloso Rímac, que, desbaratando el fuerte muro construido para reprimir su corriente, se desbordaron con ímpetu, y arruinaron gran parte de la Iglesia llamada de las Cabezas, que está á poca distancia del rio. Vió fray Martin este estrago desde su convento, por estar situado en el lado opuesto del rio; y corriendo inmediatamente al templo inundado, impidió que el inmenso concurso sacase las imágenes y alhajas, asegurando que el rio no haria mas daño á la Iglesia. Inmediatamente tomó en la mano tres piedras, é invocando á la Santísima Trinidad, Padre Hijo y Espíritu Santo, y arrojando las tres en el rio, una hácia arriba, otra hácia abajo, y otra en el medio, retrogradaron las aguas al momento, y se contuvieron en su lecho.

Juan Vasquez, natural de Estremadura, que habia por algun tiempo acompañado á fray Martin, estando este en Limatambo, padeció una grave y larga enfermedad, y mejorado de ella, quedó con los muslos, piernas y pies muy hinchados. Careciendo en Lima de consuelo, fue con sumo trabajo en busca de su bienhechor fray Martin. Salióle este al encuentro en la mitad del camino, tal vez sabiendo por revelacion que Vasquez iba en busca suya, para ahorrarle la molestia de caminar tanto en ese miserable estado, y para que los que se hallaban en la hacienda, no fuesen testigos del milagro que Dios le inspiraba hiciese en su nombre. Sea de esto lo que fuere, fray Martin despues de haberlo alimentado, se puso á orar por la salud del paciente, quien oyó al siervo de Dios estas palabras, al terminar su tácita oracion. «Señor mio Jesucristo, tened misericordia de este pobre, que de lejanas tierras ha venido á padecer tantas desdichas.» Acabando de pronunciar estas palabras, mandó al paciente, que extendiese las piernas sobre la tierra, y poniendo las manos sobre ellas, y haciendo la señal de la cruz, postrado de rodillas le dijo: «Levántate» y desapareció. Levantóse Vasquez con mucha agilidad, y viendose sin ninguna hinchazon, y enteramente sano, no pudo disimular su contento. Corrió á la hacienda, y refiriendo lo que habia pasado, dieron todos gracias á Dios por el milagro.

Habiendo resuelto los cirujanos amputar una pierna gangrenada al padre fray Pedro Montesdoca, estaba este tan impa-

ciente la víspera de ser operado, que entrando á visitarle fray Martin, vomitó contra él mil improperios sin motivo. Salióse de la celda el siervo de Dios con el rostro risueño, sin manifestar ninguna alteracion en su ánimo. Al anochecer volvió á visitarle, llevando una ensalada de alcaparras, y le dijo con mucha suavidad: «Padre mio, ¿está ya desenojado? Coma esta ensalada de alcaparras que le traigo.» Admiróse el enfermo, porque apeteciendo mucho en ese dia la ensalada, sin que á nadie hubiese participado su deseo, creyó que el siervo de Dios lo habia entendido sobrenaturalmente. Arrepintióse luego de sus injustos oprobios, y pidiéndole perdon, le rogó que se compadeciese de él, pues tenia que sufrir en el dia siguiente, no solo los terribles dolores de la amputacion, sino tambien los que son consiguientes á la aplicacion de los cauterios encendidos para contener el flujo de sangre. Sabido es, que en ese tiempo, aun no se habia inventado el torniquet, y ni se ligaban las arterias, y que por consiguiente no solo era dolorosísima la operacion, sino las mas veces infructuosa; pues humedecida la escara que producia la accion del fuego y de los cáusticos, se renovaba la hemorragia, y era preciso repetir la cauterizacion, hasta que aquella cesase, ó pereciese el enfermo desfallecido, gangrenado ó convulso. Enternecido fray Martin, despues de una breve oracion, descubriendo la pierna gangrenada, puso la mano sobre ella, y su contacto la sanó en el momento. Atónito y alegre el religioso, al verse bueno instantáneamente, y restituida al estado natural su pierna, publicó á gritos el milagro, y rindió á Dios las debidas gracias.

Tambien deben, á mi juicio, numerarse entre las sanidades milagrosas, las de los religiosos fray Francisco Velazco y fray Diego Medrano, hidrópicos deshauciados, cuya historia expuse en el artículo de la caridad que tuvo fray Martin con los enfermos. Me persuaden á que fué extraordinaria la curacion de uno y otro, el que, en ambos, habia resistido la enfermedad á todos los auxilios del arte, hasta poner á los pacientes en el último extremo de la vida; y el que sanaron prontamente con la visita que les hizo el siervo de Dios, penetrando las puertas cerradas. Por último referiré el caso de un religioso muerto realmente y resucitado, segun se creyó entonces, á cuyo juicio me adhiero.

Curándose un religioso lego llamado fray Tomas, muy amado de fray Martin por su notoria virtud, murió al fin, de un grave y dilatado padecimiento. Luego que falleció, empezó la comunidad á rezar en el dormitorio los salmos que mandan las

rúbricas de la órden. Entre tanto, se fué fray Martin á la celda del difunto para amortajarlo, y teniendo el hábito en las manos, suspendio el vestirle, y se puso un rato en oracion hincado de rodillas, delante de un Crucifijo que estaba á la cabecera del difunto: todo lo cual fué visto por el padre fray Fernando Aragones, quien siendo testigo ocular de muchos prodigios obrados por el siervo de Dios, acechaba de continuo sus acciones. Luego que concluyó su oracion, llamó al difunto tres veces por su nombre, y como se moviese y diese claras señales de vida, abrió las puertas, dijo á los religiosos, está vivo fray Tomas, y dándole una taza de caldo le reparó las fuerzas brevemente.

Aunque pudiera con fundamento haber numerado este suceso entre los milagros dudosos, sospechando que la muerte de fray Tomas hubiese sido aparente y no real, puesto que muchas veces se ha sepultado á los vivos, suponiéndolos muertos; me inclino á creer que no hubo equivocacion en este caso, por las razones siguientes. Fray Martin creyó que habia muerto verdaderamente el religioso, y lo creyó la comunidad, pues esta empezó á rezarle los salmos de rito, y aquel resolvió amortajarle. Al tiempo de hacerlo, cierra la puerta, se queda con el hábito en las manos, no lo amortaja, y se pone á orar. Concluida la oracion, no lo viste, sino lo llama, el difunto da señales de vida, y se recobra. De lo dicho se infiere con mucha probabilidad, que al tiempo de amortajarle fray Martin, fué este excitado sobrenaturalmente para restituirle la vida; que en la oracion se le aclaró mas este conocimiento, y procedió á manifestar la verdad, llamando por su nombre al finado. Y como por otra parte, este siervo de Dios resucitó á un perro verdaderamente muerto, de lo que no puede dudarse por todas las circunstancias que calificaron ese milagro, segun expuse tratando de la compasion que tuvo á los brutos, no debe extrañarse que resucitase á un hombre.

Tan poderosa es esta reflexion en el presente caso, que se valió de ella el padre procurador de la causa, á fin de que no se dudase de la resurreccion de fray Tomas, añadiendo para dar mas valor á la prueba, estas palabras de un teólogo respetable: *Es mayor milagro resucitar á un bruto irracional, cuya alma fenece con el cuerpo, que restituir la vida á un hombre muerto, cuya alma es inmortal, y vive despues que desamparó su cuerpo.* Tambien presumo que un hecho tan ruidoso, como la resurreccion de fray Tomas á vista de la comunidad, llamaria justamente la atencion del prelado y del confesor del siervo de Dios, y que este último á lo menos lo obligaria á declararle lo que se le habia reve-

lado sobre la muerte del religioso, y la voluntad de Dios de resucitarle. Estos motivos, ú otros semejantes, obligaron sin duda á los sabios y santos religiosos, que habia en ese tiempo, á creer la resurreccion de ese hermano por la oracion de fray Martin, y á que estampase como indudable este prodigio el padre procurador de la causa, en la exposicion que hizo al Papa sobre las virtudes heróicas de fray Martin.

ARTICULO III.

Su don de profecia.—Este don consiste, principalmente, en el conocimiento anticipado de las cosas futuras, segun San Gregorio, en su homilia primera sobre Ezequiel, y del mismo parecer son algunos teólogos. Sin embargo, muchos comprenden en esta gracia gratis dada, no solo el conocimiento y manifestacion de las cosas futuras, sino tambien el de las pasadas ó presentes, que, por lo oculto de ellas, ó por la distancia, no pueden conocerse en el tiempo y circunstancias en que se conocen y manifiestan, sin que Dios las revele, cuya doctrina se comprueba con varios pasages de la Sagrada Escritura. Sobre la profecía de cosas futuras, decia Isaias en el cap. 41, verso 23, á los gentiles enemigos de Israel y adoradores de sus ídolos: *Anunciad lo que ha de ser en lo venidero, y sabremos que vosotros sois Dioses.* Y en la primera epístola del Apóstol San Pedro, capítulo 1 versos 10 y 11, se leen estas palabras: *Los Profetas vaticinaron de la gracia que habia de venir á vosotros.... anunciando los sufrimient os que habian de ser en Cristo, y las glorias que les seguirian.* Acerca de cosas anteriores, se dice en el Evangelio de san Juan, capítulo 4, versos 18 y 19, haber profetizado Jesus á la Samaritana sucesos pasados: *Cinco maridos has tenido,* le dijo, *y el que ahora tienes no es tu marido.* La Samaritana le contestó: *Señor, veo que tú eres Profeta.* Que se extienda tambien la profecía à sucesos presentes, pero ocultos ó distantes, consta por lo que pasó en casa de un fariseo, cuando la muger pecadora, puesta á los pies de Jesus, los regaba con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, los besaba y ungía con ungüento; pues, escandalizado el fariseo, censuró este hecho, diciendo entre sí mismo, segun se lee en el capítulo 7, de San Lucas, verso 39: *Si este hombre fuera Profeta, bien sabria quien y cuál es la muger que le toca, porque es pecadora.* Conforme á esta exposicion, clasificaré las profecías auténticas de fray Martin, principiando por las que fueron de sucesos futuros.

Haciendo un dia la rasura á los novicios, le dijeron estos que afeitase primero al hermano fray Cipriano, porque era el mas feo

del convento. Éralo en verdad, así por la configuracion del rostro, como porque estaba muy poblada de pelo su barba, y á mas de eso, su cuerpo era muy pequeño y extremadamente grueso. Al oirlos el siervo de Dios, viendo que, á mas de lo dicho, mofaban al novicio, y se reian burlándose de su irregular y extraña figura, les dijo con su acostumbrada modestia: «¿Lo llamais feo, »porque es pequeño? Él crecerá, será religioso de grande esta»tura y honor de nuestra religion.» Al año de este pronóstico, estuvo enfermo el novicio con calentura cuatro ó cinco meses, y creció mas de media vara, de modo que, no pudiendo usar en adelante los hábitos que tenia, se le hicieron otros nuevos. Mas, la profecía se cumplió perfectamente con el tiempo; pues el dicho novicio fué, pasados algunos años, el señor don fray Cipriano de Medina, Obispo de Guamanga, quien honró á la religion no solo con su dignidad, sino tambien, consiguiendo del Rey que concediese al convento del Rosario, dos cátedras, fundándolas en la Universidad, porque no pudiendo haber certeza de que los religiosos de su órden obtuviesen siempre en rigorosa oposicion, las de teología, que se disputaban de antemano en la escuela, jamás la religion dominicana dejase de enseñar la doctrina del angélico doctor.

Habiendo pretendido comprar el oficio de ensayador y fundidor mayor de la casa de moneda de Potosí, el regidor don Juan de Figueroa, le negó la plaza el virey conde de Chinchon, no obstante de ser ventajosa su propuesta. Determinó por esta razon el regidor emplear el dinero en otro destino; y habiendo comunicado á fray Martin su resolucion, le dijo el siervo de Dios: «No disponga del dinero, y téngalo pronto, porque el oficio ha de ser suyo.» Verificóse la profecía, pues á los dos años llegó cédula del rey, en la que se mandaba que se rematase el oficio, y se le diese al mayor postor, y habiéndolo sido Figueroa, lo poseyó.

Sabiendo fray Martin que este mismo regidor pensaba remitir á España gran cantidad de dinero, le aconsejó que no lo hiciese. Desobedecióle, y perdió su plata, porque los conductores se quedaron con ella, y despues fallecieron.

Recelando este mismo morir antes que fray Martin, le pidió que lo encomendase á Dios luego que falleciese: contestóle el siervo de Dios: «yo he de morir primero,» y asi sucedió.

Debiendo ir prontamente al Cuzco el padre maestro fray Juan de Barbarán, por haber sido nombrado lector de teología para el convento de esa ciudad, fué á despedirse de fray Martin, quien le dijo: «presto volverá vuesa paternidad.» Extrañó mucho este anuncio, pero se cumplió á la letra; pues ha-

biendo caminado hasta el valle de Jauja, un suceso raro é imprevisto le obligó á regresar á esta ciudad.

Hallábase angustiada en un parto muy trabajoso doña María Bazan de Valdez, y noticiada de los portentos que obraba Dios por los ruegos de fray Martin, mandó que lo llamasen. Fué á su casa en compañia del señor don Francisco de la Cruz, religioso dominicano y Obispo electo de Santa Marta. Vió el siervo de Dios á la parturiente, y le dijo: «que se tranquilizase por en»tonces, pues pariria sin novedad un hijo, pero que este le oca»sionaria muchas pesadumbres con el tiempo;» asi sucedió en confirmacion del presagio.

Siendo muy rico el regidor Figueroa, de quien hemos hablado; pues su renta anual era de veinte y tres mil pesos, y á mas de eso, guardaba cien mil pesos en sus arcas, visitando un dia á su amigo fray Martin, salió este á recibirle á la puerta de su celda, y con el rostro algo severo le dijo: «Prevéngase para padecer trabajos.» Al oir estas palabras, se inmutó el regidor, y saliendo de la celda precipitadamente, se fué á casa de doña Luisa Sotomayor Melgarejo, venerada en esta ciudad por su extraordinaria virtud, con la esperanza de que lo consolase, desvaneciendo el infausto pronóstico que le habia hecho fray Martin. Sucedió lo contrario; pues, al verlo entrar la sierva de Dios por las puertas de su habitacion, le dijo lo mismo que fray Martin: «Prevéngase para padecer trabajos.» Quedó el regidor confuso y atribulado, no dudando el triste presagio anunciado en unos mismos términos. Presto le sobrevinieron muchas penas y calamidades en la honra y hacienda, y se halló atormentado con gravísimas persecuciones. Pasado algun tiempo, conversando con el siervo de Dios, recibió de su boca este consuelo: «No perderá el dinero que trajo á esta ciudad, y algo mas le quedará.» El tiempo confirmó cuanto le habia predicho fray Martin.

En otra ocasion, comunicó el mismo regidor al siervo de Dios que pensaba comprar una capilla, entierro y asiento, en la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes en esta ciudad. Contestóle fray Martin, compre el asiento, mas no el entierro, porque aquí (señalándole el suelo de su celda) nos han de enterrar á los dos. Cumplidos dos años, murió el siervo de Dios, y pasados diez y seis de su muerte, resolvieron los religiosos que se fabricase una capilla en su misma celda, para que se trasladasen á ella sus venerandas cenizas: y sabiendo el padre maestro fray Gaspar Saldaña actual prelado del convento grande, la estrecha amistad que habia tenido el regidor Figueroa con fray Martin, le participó lo resuelto por la comunidad, y le ofreció el Patronato y entierro en la capilla para él y sus herederos. Conoció

al instante el cumplimiento de la profecía, publicándola por todas partes; agradeció la oferta del prelado, y mandó que se diese principio á la obra, costeándola con su dinero. Concluida la capilla con la bóveda que habia construido el regidor, fué sepultado en ella luego que murió, y habiéndose trasladado posteriormente á dicha capilla á fray Martin, se le enterró al lado de su amigo, como lo habia predicho.

Habiendo venido del puerto del Callao á la ciudad doña Bernarda de Sierra, con un hijo muy enfermo, que era el mayor de cinco que tenia, encargó á fray Martin que rogase á Dios para que le concediese la salud. Contestóle, «que lo haria, pero que »supiese era voluntad de Dios, por sus ocultos juicios, el que »muriesen cuatro de sus hijos, y que solo se conservase don »Pedro Quijano el menor de ellos.» Dentro de muy pocos dias murieron los cuatro, y solo quedó á la señora el referido Quijano.

Siendo religioso lego el padre fray Fernando Aragones, sufrió una humillacion del prelado, la que le molestó sobremanera. Y pareciéndole que si fuera sacerdote, lo trataria con mas consideracion, meditaba los medios con que podria ser elevado al sacerdocio. Pensando en esto, entró á su celda fray Martin, y le dijo: «¿Por qué está tan triste? Consuélese, de aquí á ca»torce años cesarán los motivos que le afligen.» Replicóle el padre: «Eso será porque ya entonces habré muerto.» «No será »por eso, sino porque el hermano desea tener corona, y enton»ces lo conseguirá, mas cuando vuelva no me hallará en este »mundo.» Así se verificó, pues cumplidos catorce años, fué ordenado de presbítero fray Fernando en Santiago de Chile, y cuando volvió á Lima, habia muerto fray Martin.

Hallándose este mismo padre fray Fernando Aragones moribundo de dolor de costado, y tan próximo á la muerte, que habiendo recibido la Extremauncion, esperaba la comunidad que se hiciese señal para encomendarle el alma; entró fray Martin y le dijo: «Aliéntese hermano, que, aunque los médicos de la »tierra lo han desahuciado, no así el médico celestial. Ahora no »morirá, pero pasado algun tiempo le repetirá este mismo mal, »y al fin morirá de él.» Dióle á beber un vaso de agua, aplicóle al dolor cogollos de alfalfa, y se quedó esa noche en su celda. Durmióse el enfermo hasta por la mañana, y recordó sano.

Declaró este padre que, despues de algunos años, viniendo de Arequipa para Lima, le repitió el mismo mal en un valle donde no habia ni médico, ni medicinas, ni barbero, ni confesor, y temiendo que se cumpliese con su muerte, la profecía de fray Martin, imploró la proteccion de los santos patriarcas Domingo y Francisco, suplicándoles, con muchas lágrimas, intercedie-

sen con Dios, para que no muriese sin los santos sacramentos, y para que, si era de su divino agrado, le prolongase la vida para servirle. Fueron oidas sus preces; pues llegó un sacerdote franciscano quien lo confesó y administró el viático. Sanó de la enfermedad, y habiendo llegado á Lima y recibido la bendicion del prelado, visitó á fray Martin, y refiriéndole el peligro de muerte en que habia estado, le dijo el siervo de Dios: «De »buenos padrinos se valió: quiera mucho á nuestro padre San»to Domingo, que es buen amigo, y cumpla lo que le prome»tió.» Quedó atónito fray Fernando, oyendo que se le decia lo que habia pasado en su interior, y que nadie podia saberlo sin revelacion divina.

Despues de lo referido, habiéndose retirado este religioso á la Recoleta, le repitió el dolor de costado, y ocho dias estuvo delirante haste que falleció. Declaró esto quien le asistió en esta última enfermedad, asegurando con juramento, que fray Fernando le habia dicho que, aconsejándole fray Martin se emplease enteramente en el servicio de Dios, no solo le habia pronosticado que moriria de dolor de costado, si tambien turbada su razon, lo que se verificó siendo el declarante testigo ocular de lo dicho.

Estando para partir de Lima á Tierra Firme el jóven Juan Vasquez, que habia acompañado algunos años al siervo de Dios, al despedirse en el puerto del Callao, le dijo fray Martin: «adios hijo mio: ya no nos volveremos á ver en este mundo, y »si nos viésemos, dudáras de lo que vieses.» Asi sucedió; pues apareciéndosele el siervo de Dios despues de muerto, dudó que fuese él, no obstante que lo tenia por delante, y lo veia con sus ojos como despues se dirá.

A causa de una epidémia que grasaba en la ciudad, se aumentó mucho en el convento el número de enfermos, por lo que, curándose en una celda dos religiosos, de los cuales uno era novicio y se llamaba fray Francisco Martinez, en el que no parecia grave la enfermedad como en el otro, se observó lo siguiente. Viendo el novicio delirando á su compañero, y que hablaba sin concierto, le mofaba con mucha risa en presencia de fray Martin, quien le dijo entonces. «Hermano, encomiéndese á Dios »porque breve morirá. Su hermano sanará, aunque parece de »mayor peligro.» Cumplióse la profecía; pues en breves dias falleció el novicio y sanó el profeso.

Con dicho motivo de haber muchos enfermos, se fingió un corista estar malo, y obtuvo con este fraude licencia del prelado para curarse en su casa. Vióle fray Martin con capa en la porteria para salir del convento, y le dijo con la autoridad de en-

fermero, que no fuese, pues estaba bueno, y que, si insistia en salir, le daria parte al prelado del ardid con que lo habia sorprendido para que le suspendiese la licencia. Enojóse el corista, é insultó groseramente al siervo de Dios, quien le contestó con mansedumbre compasiva: «Vaya hermano, Dios le castigará porque se finge enfermo.» Así sucedió; pues habiendo enfermado verdaderamente en su casa, murió en ella, y muerto lo llevaron al convento.

Aconsejaba varias veces fray Martin á un jóven de diez y ocho años, que se habia educado en el convento del Rosario, el que fuese religioso dominicano; mas, como él no tenia vocacion para ese estado, y le molestaban los consejos del siervo de Dios, le dijo últimamente, que no le hablase mas sobre eso, porque no se hallaba en ánimo de hacerlo. Díjele entonces fray Martin: «Serás religioso de mi órden antes que yo muera.» Salió de Lima el jóven ejercitándose por algunos años en viajar por el Alto-Perú, y en una ocasion en que llegó al Cuzco, quiso asistir á la salve que se canta los sábados. Apenas la oyó cuando, sintiéndose conmovido interiormente, entró al convento, pidió al padre maestro fray Agustin Valverde, catedrático de prima de teología, que lo confesase é interpusiese su mediacion para con el padre prior y predicador general, fray Jacinto Arias Montano, á fin que se le admitiese en la religion. Accedió el prelado, y se le vistió el hábito ocho dias despues de haber salido el correo del Cuzco para Lima. A pocos dias recibió el prior carta de fray Martin, recomendándole al novicio, y felicitándole porque lo habia incorporado entre los religiosos. Mostró el prelado la carta al novicio, y acordándose este entonces de que algunos años antes le habia asegurado que seria religioso, no solo admiró el cumplimiento de la profecía por este respecto, sino tambien por el conocimiento de haberse cumplido sin que naturalmente hubiese habido quien se lo comunicase, porque el correo habia salido despues de haber tomado el hábito, y porque ninguna otra persona habia venido en esos dias del Cuzco para Lima. Escribió el novicio al siervo de Dios, agradeciéndole su recomendacion, y ya habia muerto cuando llegó el conductor de la carta, con lo que se verificó en todas sus partes la profecía, pues el jóven fué religioso antes que falleciese fray Martin.

Encontrando un dia el siervo de Dios á doña Catalina Gonzalez con una jóven hija de doña Juana Bazan, difunta, conocidas de fray Martin, preguntó á la señora ¿por qué no le daba estado á la niña? Y habiéndole contestado que por su pobreza, pues habiéndose presentado para que la sorteasen en la cofradia del

Rosario, en siete añós que habia entrado en suerte, ninguna vez habia salido: dijóle entonces fray Martin, que hiciese su peticion otra vez, y que en ese año lograria el dote, y se casaria. Cumplióse la profecía, pues de doce agraciadas, la jóven fué la segunda, y en ese mismo año se casó.

Repartiendo cocos fray Martin á los novicios y estudiantes, para que se entretuviesen en un dia de recreacion, se halló presente, siendo entonces lector, el reverendo padre maestro fray Martin Melendez, y diciéndole este que le diese algunos cocos, porque queria tambien jugar, le contestó el siervo de Dios: «No son para los hombres grandes, sino para que jueguen »estos angelitos.» Enojóse el lector, y le insultó en estos términos: «Perro mulato, hipócrita hablador, cuando yo sea pro»vincial, te he de mortificar y castigar, y entonces me la paga»rás.» Sonrióse fray Martin, y le dijo: «Padre lector, no quiera »ser prelado, porque no le conviene para su salvacion, y si lo »fuese, no le irá bien.» Grabáronse estas palabras en la memoria del padre con tal firmeza, que jamás las olvidó; y mucho mas se conservaron en su mente, desde que experimentó, muy á costa suya, el cumplimiento de la profecía, por haber resistido á este aviso del cielo aspirando á la prelacía y demas honores de que cada religioso debe reputarse indigno. Habiendo, pues, sido electo provincial por el fallecimiento del reverendo padre maestro fray Juan Lopez, pasados muchos años de muerto fray Martin, lo depuso el Gobierno á los cuarenta dias de su eleccion. Se embarcó para Roma con el fin de alegar su derecho, y fué nombrado por el general de la órden, Rector del colegio de Santo Tomas. Tomó posesion del rectorado, y, á poco tiempo, recibió patente de Vicario General, á la que no le dió su pase el virey conde de Lemus. Muerto este, le dieron posesion del empleo, los religiosos del convento del Rosario, de la Recoleta y Santo Tomas, é inmediatamente se le condujo preso al convento de San Francisco, por decreto del real acuerdo; y á pocos dias, se le intimó la órden de que fuese al convento de Huánuco, sin permitirle salir de él, ni entrar al del Rosario, antes de partir al convento adonde era confinado. Allí permaneció hasta su muerte, publicando la santidad de fray Martin, y llorando contrito los injustos improperios con que lo habia vejado. Fueron tambien muchas sus profecías de cosas presentes pero ocultas.

Viendo una señora acolitando misas en la Iglesia del Rosario á su hijo fray Andres de Ulloa, corista recien profeso, le preguntó, ¿si necesitaba alguna cosa? y contestándole que zapatos, porque eran viejos y estaban rotos los que tenia, ordenó la

madre á una criada, que comprase zapatos en la tienda mas inmediata, y habiéndolos llevado y entregado á su ama, los dió esta á su hijo, quien los ocultó bajo de su ropa sobre el pecho. Acabadas las misas, se retiró el corista al noviciado á las once del dia, al mismo tiempo que salia fray Martin de la celda del reverendo padre maestro fray Miguel de Leon, que estaba frente al noviciado, y llamando al corista fray Andres le dijo; «Los »zapatos que lleva en el seno, no son de la religion.» Nególo el corista, y entrando entonces el siervo de Dios la mano en el pecho de fray Andres, se los sacó. Disculpóse el corista, diciendo que se los habia dado su madre, porque estaban rotos los que se habia puesto. Sacó fray Martin al momento de su manga un par de zapatos de suela, acomodados á los pies del corista, diciéndole al mismo tiempo: «Póngase estos, que á mas de »estar proporcionados para sus pies, son los que debe calzar co»mo religioso profeso. Con los otros será socorrido algun po»bre.» Al ver esto otro corista que estaba presente, y que habia acolitado misas con fray Andres, dijo al siervo de Dios: «Mulato brujo, ¿cómo supiste que mi compañero tenia los zapa»tos en el seno?» fray Martin sin contestarle se fué riendo, y celebrando el insulto del corista.

Asistiendo una sobrina de fray Martin á su primer marido, en compañía de su madre, ocurrió un motivo leve por el que se disgustó la suegra con el yerno, y tambien con su hija, porque esta se declaraba á favor de su esposo contra el parecer de la madre. Habiendo sido solo entre los tres esta doméstica disension, recibieron luego un papel de fray Martin, en el que les decia, haber sabido el disgusto que habian tenido, porque su sobrina habia defendido á su esposo contra el dictámen de su madre: que habia obrado bien su sobrina, y que lo hiciese así siempre; lo que dejó á todos admirados del prodigio.

Viviendo un hombre, amigo de fray Martin, mal amistado con una muger, salió por la tarde de su casa, para ir á la de ella, con el fin de satisfacer su brutal apetito. Encontróle en la calle el siervo de Dios, y lo detuvo mucho tiempo hasta cerca de la noche, haciéndole varias preguntas, hasta que por último le dijo: «vaya usted y conocerá que Dios lo ha librado, no solo de la muerte temporal, sino tambien de la eterna.» Llegó el hombre á la casa, y vió en ella muerta á su cómplice por el techo de la habitacion interior, que se habia desplomado, despavorido y confuso, buscó á fray Martin, y le refirió lo sucedido; quien, exhortándole á que arreglase su vida, tuvo el consuelo de que en adelante viviese como verdadero cristiano.

Siendo muy íntima la union espiritual de fray Martin de Por-

res con fray Juan Masias, necesitando fray Martin enviar una carta á su amigo fray Juan Masias, se la remitió con un niño de doce años de edad, poco mas ó menos, que frecuentaba el convento del Rosario y la enfermeria, como otros varios niños, porque fray Martin les daba diariamente pan, pasas y otras golosinas. Recibió el niño la carta cerrada, pero sin oblea, y abriéndola en la calle, la volvió á cerrar despues de haberla leido. Luego que llegó á la Recoleta Domínica, vió á fray Juan en la porteria, quien, antes de recibir la carta, dijo al conductor: «Muchacho, »¿por qué has abierto y leido la carta que te dió para mi el her»mano fray Martin de Porres? No lo hagas otra vez, porque es »pecado.» Al oir esta reprension, se atemorizó tanto el niño, que empezó á retirarse de fray Juan; mas este lo contuvo acariciándole y dándole frutas. Entrególe luego otra carta para fray Martin, encargándole que no la leyese, porque pecaria. Mas, recelando el niño que fray Juan avisase en su carta á fray Martin, que habia sido violada su confianza, abrió en el camino la carta de fray Juan, y satisfecho por su lectura, de que no se le acusaba, cerró la carta, y la entregó á fray Martin en su convento del Rosario. Al recibirla el siervo de Dios, le dijo: «¿No »te bastaba haber abierto y leido mi carta, sino que has hecho »lo mismo con la de fray Juan Masias, sin embargo de haberte »él encargado que no la abrieses porque pecarias? no seas cu»rioso é incorregible.» Avergonzóse tanto el niño, que se retiró precipitadamente, y por largo tiempo no visitó al siervo de Dios. Despues que este murió publicaba el suceso, para comprobar la santidad de fray Martin, y pasados muchos años, declaró él mismo este caso que consta del sumario. (*)

Cuando el señor don fray Cipriano era corista, fué con otros de su edad, una tarde despues de vísperas á la celda de fray Mar-

(*) El padre Melendez en el tercer tomo de su obra titulada, «Tesoros verdaderos de las Indias,» hablando del don de profecía, concedido á fray Martin, dice que la carta fué dirigida á fray Juan Gomez, religioso lego del convento grande de San Francisco, cuya ejemplarísima vida se lee en la Crónica de dicha órden franciscana en el Perú. Sin duda se equivocó el corresponsal del padre Melendez, cuando este imprimia su obra en Roma; y como esta se publicó en el año 1682, y la declaracion judicial del mismo conductor de la carta, fué hecha en 1686, cuando tendria mas de sesenta años de edad, y habiendo corrido cuarenta y siete despues de muerto fray Martin; es evidente que el yerro del padre Melendez fué ocasionado del que le comunicó este suceso. Y para que no pueda dudarse de la persona á quien escribió la carta, debo decir teniendo á la vista dicha declaracion, que cuatro veces nombra en ella el declarante á fray Juan Masias, religioso de la Recoleta Dominicana, añadiendo que los dos conventos el del Rosario y el de la Recoleta, están en una misma direccion del septentrion al medio dia.

tin, y le pidieron que les diese una merienda. Recibiólos con agasajo, y les dijo que se esperasen, mientras les preparaba lo que apetecian. Los coristas, con la inquietud de niños, registraron la celda, abrieron un cajon donde habia alguna fruta, y la comieron. Uno de ellos vió tambien un peso de plata, que no habian reparado sus compañeros, y sin que estos lo advirtiesen, sacó el peso, y lo ocultó dentro de su zapato. Volvió fray Martin con muchas golosinas, y dándolas á los coristas, les dijo: «Ea hijos, merendad: hicísteis bien de comer la fruta, pues »era para vosotros.» Volvióse luego al corista que habia sacado el peso, y hablóle en estos términos: «Poned aquí el peso que »tomásteis, pues no es vuestro y tiene dueño.» Quedaron todos sorprendidos; pero negó el corista haber tomado la plata. Sonrióse el siervo de Dios, y le dijo: «Sacad el peso del zapato, »que no está bien ahí la cruz de Jesucristo.» No pudo resistir mas el religioso, y sacó inmediatamente el peso, lo que asombró á todos como era regular.

Pidió un seglar enfermo á fray Martin que lo sangrase en su celda. Hizólo asi caritativamente, y habiendo salido afuera un rato, viéndose solo el sangrado, tomó unas sábanas, y las ocultó dentro de sus calzones. Despidióse el siervo de Dios luego que este entró en la celda; mas apenas habia salido de ella, cuando lo llamó fray Martin y le dijo: «Vuelva á la celda, y pon»ga en su lugar las sábanas que lleva en los calzones, porque »los enfermos tienen mucha necesidad, y poca ropa.» Ejecutólo así el seglar, sintiendo que se hubiese descubierto el hurto.

Necesitando algun dinero una hermana de fray Martin, casada, y no queriendo pedirlo á su esposo, mandó hacer una llave para abrir el escritorio donde estaba la plata. Encontró el siervo de Dios á su hermana al dia siguiente de tener la llave, y la reprendió de esta manera: «Hermana mia, ¿cómo ha hecho »una cosa tan mala, cual es tener llave para sacar el dinero de »su marido? Arroje la llave, y cuando tenga necesidad, ocur»ra á mí, que la socorreré mientras viviere.» Quedó atónita la hermana, porque no podia naturalmente haberse descubierto su secreto.

El doctor don Baltasar Carrasco de Orozco, muy amado del siervo de Dios, y de quien recibia saludables consejos para el gobierno de su casa, y para que tolerase con paciencia las molestias que le ocasionaba su familia; habiendo tenido un gravísimo disgusto, se fué al convento del Rosario, para serenar su ánimo bastantemente irritado. Al entrar por la porteria, lo vió el siervo de Dios, y sin que Carrasco le dijese nada, lo llevó al capítulo, y mostrándole la imágen de Cristo crucificado, le dijo

lo siguiente: «¿Cómo alcanzó este Señor la gloria y la exalta»cion de que goza? ¿No sabe que por los tormentos sufridos en »la cruz? Imítelo en sus trabajos, si quiere participar de sus »glorias.»

Estando para celebrarse una fiesta muy solemne en esta ciudad, deseó una sobrina de fray Martin tener un manto nuevo para asistir á ella. Apenas habia dos horas de concebido este deseo, entró un moreno á la casa de parte de su tio, llevando ocho mantos, para que escogiese su sobrina el que le agradase, y se lo pusiese el dia de la fiesta. Recibió el obsequio, asombrada, pues no habiendo comunicado á nadie su deseo, solo pudo saberlo, porque Dios se lo hubiese revelado.

Siendo catedrático de artes en el convento del Rosario, el señor doctor fray Francisco de la Cruz, experimentando, despues de una penosa tarea literaria, dolor y mucha flaqueza de estómago, le pareció que se aliviaria tomando una mazamorra de chuño. Se la puso delante fray Martin, y le dijo: «¿Comerá vuesa paternidad un poco de chuño?» Contestóle que sí, admirado del prodigio, porque á nadie habia comunicado su apetito.

En una visita que hizo á fray Martin el presbítero don Pedro Quijano, despues que este se despidió, y habia caminado como veinte pasos, lo llamó el siervo de Dios y le dijo: «¿Cuándo lo veremos con bonete?» y al decir esto, alzó el brazo, y lo inclinó hácia la Iglesia de los jesuitas, titulada el Colegio de San Pablo. No entendió en ese momento lo que significaba esa pregunta: pero acordóse despues que, habiendo estado anteriormente casi moribundo, resolvió en su corazon ser religioso en la Compañía de Jesus; y como á nadie habia participado su propósito, creyó que Dios se lo habia revelado á fray Martin.

Estudiando el mismo don Pedro en la Compañía de Jesus, se dejó dominar de pasiones juveniles, y no aprovechaba en las letras por su disipacion y el desafecto que las tenia. Considerando un dia el peligrosísimo estado de su alma, se afligió interiormente, y prometió á Dios mudar de vida, al tiempo que pasaba por la calle donde está la Iglesia de Santo Domingo. Al mismo tiempo le salió al encuentro fray Martin, y dándole una palmada en el pecho le dijo: «Estudie mucho, y lleve adelante sus propósitos, porque eso le ha de valer.» Quedó absorto don Pedro, al ver manifestado su pensamiento, y aprovechándose de los consejos del siervo de Dios, enmendó su vida, y adelantó en las ciencias.

Se habia establecido en esta ciudad un holandes, aparentando ser cátolico, siendo infiel, pues no estaba bautizado. Enfermó gravemente, y fué á medicinarse al hospital de San An-

dres. Agravóse tanto su mal, que pasó tres dias en agonias de muerte, sin acabar de morir. El tercer dia en que continuaba agonizante, salió fray Martin del convento á media noche, sin que nadie le abriese las puertas, y entrando en el hospital, habló de esta suerte al enfermero: «¿Como es estó? ¿Queriase morir ese enfermo, sin estar bautizado?» Examinósele, y en realidad no lo estaba. Tomóle á su cargo el siervo de Dios, y le habló con tanta claridad, y fuerza de uncion sobre la verdad de nuestra Religion, que, cooperando la divina gracia, se convirtió, pidió el bautismo, y despues de haberlo recibido, murió cristianamente. En este suceso deben admirarse tres portentos: saber que habia un moribundo en el hospital, y entender que no estaba bautizado: salir en alta noche del convento, estando las puertas cerradas; y convertir al infiel obstinado, á nuestra santa fé. Concluiré este artículo con algunas profecías de sucesos anteriores.

Manifestándose disgustado al siervo de Dios el regidor don Juan de Figueroa, porque, habiendo pretendido ser familiar de la Inquisicion, y oblado el dinero correspondiente, no le habian llegado los despachos despues de tres ó cuatro años corridos desde su solicitud; consolóle fray Martin, diciéndole: «La gracia está concedida, y muy presto llegarán los despachos.» Verificóse el presagio à los quince dias.

Trajeron de España cuentas de rosario, diciendo que eran de una religiosa llamada la madre Luisa Carrion, las que se acreditaron prontamente en el vulgo ignorante, suponiendo que no se condenaria quien tuviese alguna. Consiguió tres el regidor don Juan de Figueroa, amigo de fray Martin, y le llevó una con grande encarecimiento; mas aunque diez veces le instó para que la admitiese, no quiso tomarla. Despues de algunos dias llegó órden de la Suprema Inquisicion, para que se recogiesen todas las cuentas; y el regidor infirió que Dios habria revelado á fray Martin el resultado de las cuentas, y que por eso no habria admitido ninguna. Mas yo creo que, sin revelacion habria hecho lo mismo el siervo de Dios, porque no era crédulo supersticioso como el regidor y otros muchos que dan crédito á esas patrañas, no obstante ser enteramente opuestas al Evangelio y á la divina ley, sin cuya fiel observancia hasta la muerte, ninguno se salvará.

A su don de profecía deben tambien referirse los extraordinarios sucesos de los novicios que fugaron al Cercado, y otros semejantes, de que he hablado en el artículo de la caridad. Y se le comunicó esta gracia en tanto grado, que anunciaba la muerte de algunos enfermos desde el principio de su

mal aun cuando los médicos no conocian el peligro: en cuyo caso no se apartaba del paciente; y por el contrario aseguraba la salud de otros que habian sido desahuciados, de los cuales se separaba muchas veces. Se observó esto entre otros muchos, con el padre maestro fray Hernando Valdez, siendo novicio, y con el señor Obispo don fray Cipriano de Medina, cuando era lector de teología; pues miró con desprecio la grave enfermedad de cada uno, aunque el primero no tuviese esperanza de vida, segun el juicio de los médicos.

Luego que moria alguno, si estaba en el purgatorio, lo daba á entender encargando que lo encomendasen á Dios, y del que no necesitaba de sufragios por estar ya glorificado, era indicio cierto la alegría de su rostro.

Por último, parece que para él no habia nada oculto. Conocia á los que robaban alguna cosa en la roperia, y los sitios donde guardaban el hurto, y á muchos, mas de los que se han referido, profetizó muy anticipadamente los sucesos prósperos ó adversos, que habian de sobrevenirles.

ARTICULO IV.

Su discrecion de espíritus, don de lenguas é interpretacion de palabras.—Por discrecion de espíritus se entiende: la penetracion é inteligencia de los pensamientos agenos, cuyo conocimiento es reservado á Dios, y á quien se digna comunicarle. Tambien consiste esta gracia en la rectitud con que juzga, el que la tiene, de todas las impresiones y movimientos, pertenecientes á la doctrina ó á las costumbres, cuando se puede dudar si son inspirados de un buen ó mal espíritu. Pero, como puede adquirirse esta discrecion, por el estudio y lectura de los santos padres, y de los escritores ascéticos y místicos, dicho don adquirido no es la gracia gratuita de que hablamos. Consiste esta en que, no por propio trabajo, sino por una luz infusa, quien la ha recibido, discierna fácilmente y sin peligro de errar, el principio bueno ó malo de que provienen los pensamientos é inspiraciones, así propias como agenas, para acertar en la eleccion de unas, y en el desecho de otras, y para que igualmente las adopten ó desprecien los demas.

Quien tiene don de lenguas, ó habla las de diversas naciones ó pueblos, para instruccion y provecho de los que le escuchan; ó hablando en su propio idioma, se hace entender de su auditorio.

Por gracia de interpretacion de palabras se entiende: no solo la de verter en un idioma lo que se ha hablado ó escrito en

otro, sino tambien la de exponer y explicar con claridad el sentido oculto y misterioso de las palabras, que no penetran todos, aunque entiendan el idioma en que se hablan, ó en que están escritas.

No puede dudarse de que fray Martin fué dotado de la discrecion de espíritus; pues, como se ha dicho tratando de su caridad y de su don de profecía, penetraba los pensamientos, deseos y resoluciones secretas de sus prójimos. Tambien discernia de qué espíritu provenian las inspiraciones impresas en la mente propia y agena; puesto que frustraba siempre los ardides del demonio, aun cuando este le sugiriera alguna cosa con la apariencia de bien, y que, del mismo modo, resolveria, con acierto, lo que debian practicar cuantos le consultaban sobre algunos casos oscuros y dificiles, como ya dije, elogiando su prudencia.

Que poseyese el don de lenguas, lo comprueban declaraciones auténticas. Conversando un dia con el siervo de Dios, don Francisco Ortiz, muy amigo suyo, le refirió que en Manila, metrópoli de las Islas Filipinas, habitaba un religioso lego del órden de Santo Domingo, muy estimado del Arzobispo y de todo el pueblo, por su notoria virtud, y extraordinaria vida: que jamás salia del convento, ni sabia las calles de la ciudad; y que solamente se ocupaba en ejercicios piadosos, y enseñar la doctrina cristiana, y á leer y escribir á veinte y cuatro niños huérfanos, para cuyo sustento, le llevaban crecidas limosnas. Oyendo fray Martin la relacion de su amigo, quien habia conocido y tratado al referido lego en Manila, mostróle mucha alegría por las virtudes que practicaba, y un vivo deseo de conocerle. Pasados tres dias, volvió el mismo don Francisco Ortiz á visitar á fray Martin, y lo halló muy gozoso, hablándole en el idioma de la China, que el mismo Ortiz sabia perfectamente, por haber residido en Manila largo tiempo, y tratado á muchos chinos. Admirado Ortiz del regocijo que le manifestaba el siervo de Dios conversando con él en la lengua de los chinos, infirió que Dios, no solo le habia concedido volar milagrosamente á Manila para conocer al religioso lego, de quien le habia hablado, sino tambien al mismo imperio de la China, inspirándole el idioma de ese pais para sus ocultos designios.

Don Francisco de Vega Montoya declaró, con juramento, que conoció en esta ciudad de Lima á un hombre, el cual le refirió que, estando cautivo en Berbería, vió muchas veces al siervo de Dios fray Martin de Porres, religioso donado del órden de Santo Domingo, que, con suma dulzura y caridad, curaba á los cautivos enfermos, sustentaba á los miserables, vestia á los desnu-

dos, y á todos servia y consolaba con la esperanza de su próxima libertad, dándoles al mismo tiempo sólidas instrucciones, para que no desfalleciese su fé combatida con los trabajos y necesidades. El cautivo que aseguró lo referido, y que fué uno de los beneficiados y socorridos por el siervo de Dios, no sabia la patria de este en el tiempo de su cautiverio; mas habiendo logrado su libertad, y pasado á España, vino ultimamente á esta ciudad de Lima, donde volvió á ver al siervo de Dios. Pues visitando los conventos por curiosidad, encontró en el de Santo Domingo á fray Martin, y juzgándo que hubiese llegado de Argel, le abrazó tiernamente, y le preguntó: ¿cuándo habia venido? Mas el siervo de Dios le dijo, con señas, que callase, á fin de que no supiesen los circunstantes que iba á Berbería: luego que estuvieron solos, suplicó al cautivo que no hablase con nadie sobre ese asunto, porque importaba mucho que quedase oculto entre los dos, é ignorado de los demas. Obedeció al principio; pero, sabiendo posteriormente que fray Martin solo habia salido de Lima algunas veces para ir á Limatambo ó al Callao, conoció el motivo por que le habia encargado que no hablase sobre lo ocurrido con él y con los demas cautivos, y admirado del portento, rompió el silencio, declarando á muchos esa maravilla, para que alabasen á Dios y honrasen á su fiel siervo.

A mas de estos dos auténticos comprobantes de que el siervo de Dios era favorecido con el don de lenguas, declaró el padre presentado fray Francisco Arce, haberle asegurado un religioso antiguo de conocida virtud, que fray Martin iba con frecuencia al Japon á propagar en esas dilatadas islas la fé de Jesucristo. No sabemos si el religioso que aseguró este hecho, no solo de palabra, sino tambien en la vida que escribió de fray Martin, fuè instruido de esta maravilla por el mismo siervo de Dios, ó por alguno de sus confesores. Pero habiéndose probado, por dos declaraciones, que hablaba el idioma chino, y el de los cautivos de diferentes pueblos en Argel, no debe extrañarse que hablase tambien el del Japon y aun el de otras naciones salvages, de quienes no tenemos noticia.

Persuadidos los religiosos, y algunos seglares, á que Dios habia concedido á fray Martin la gracia de anunciar el Evangelio y socorrer á los necesitados, aun en los paises mas lejanos del Perú, creyeron que Dios lo transportaba á ellos, principalmente en los dias que comulgaba. Motivó esta creencia lo siguiente. Cuando el siervo de Dios estaba en Limatambo, despues de haber recibido el Santísimo Sacramento, iba á la panadería, que habia en ese tiempo en la Hacienda, donde se amasaba pan

para proveer al convento, y pedia al religioso panadero que le llenase de pan las mangas de su hábito, lo que verificado, desaparecia, sin que se le volviese á ver ese dia en la hacienda, aunque lo buscasen. Y como el siervo de Dios apenas comia, presumieron, con fundamento, que la provision de pan fuese destinada para repartirla entre los miserables que milagrosamente visitaba.

No es tan evidente que interpretase las palabras, como lo es la posesion de las demas gracias gratuitas segun se ha expuesto; pero es muy probable que la obtuvo, así por la íntima conexion que tienen algunas de ellas, como tambien porque resolvia el siervo de Dios varias cuestiones teológicas, y citaba á Santo Tomas, comó se ha dicho, sin saber latin, y vertia en el idioma vulgar no solo las sentencias literales, sino tambien el sentido místico contenido en ellas.

ARTICULO V.

Sus éxtasis, raptos y elevacion de cuerpo.—Estos son tres grados de oracion sobrenatural y sublime, en los que el alma, iluminada por una luz infusa, y abrasada en puro y ardiente amor, sale como fuera de sí, y se enagena de tal modo, que ni percibe ninguna impresion de los sentidos exteriores, ni de la imaginacion, ocupada únicamente en contemplar al divino objeto que la excita y atrae. Mas, aunque esta definicion convenga á cada uno de estos grados, difieren notablemente entre sí por otros respectos. En el éxtasis, el alma es atraida suavemente en el ejercicio de la contemplacion, sin que padezcan tormentos los sentidos, aunque no reciba ninguna impresion de los objetos: en el rapto, al contrario, la atraccion es violenta, y el alma, sorprendida por el poderoso impulso que de improviso la arrebata, cuando menos lo esperaba, se espanta y estremece, ignorando si es llevada á poseer en el cielo perpetuamente á su amado, aunque su cuerpo permanezca sobre la tierra; pero cuando este se eleva sobre ella, ni sus miembros padecen, antes bien se vigorizan y adquieren mas expedicion para el trabajo, ni el alma se turba y agita, como en el simple rapto. Pero debe saberse que esta maravillosa y rara elevacion del cuerpo, solo se verifica en almas perfectas, que han sufrido grandes pruebas con fidelidad, y que, purificadas como el oro en el crisol, están unidas íntima y habitualmente con Dios, cuyo feliz estado llaman los místicos matrimonio espiritual, que es como un preludio de la eterna bienaventuranza.

A tanta dicha fué elevado fray Martin de un modo incon-

testable. Varias veces se le vió suspenso en el aire algunas varas sobre la tierra, y es creible que, antes de ser exaltado de ese modo, tendria muchos éxtasis y simples raptos, y recibiria otros muchos favores de esa especie, puesto que estos no suponen, como la elevacion del cuerpo, que el espíritu de quien los recibe, se habia hecho habitualmente uno con el de Dios. Referiré lo que consta sobre esta materia en el proceso de su beatificacion.

Dos veces lo vió suspenso en el aire, haciendo oracion con las rodillas dobladas y juntas las manos, un hombre á quien caritativamente habia hospedado en su celda, porque lo perseguia la justicia. La primera vez que lo vió del modo dicho fué en la Iglesia, con la cara vuelta al altar mayor, y es de creer que seria de noche. La segunda, en su celda; y, aunque lo llamaba en alta voz, no le respondia palabra ninguna, pareciéndole insensible á sus repetidos llamamientos.

Entrando en su celda, á las dos de la tarde, otro hombre que acompañó algun tiempo al siervo de Dios, lo vió hincado de rodillas delante de un crucifijo, puestos los brazos en cruz, los ojos fijos en la imágen, y elevado en el aire. Salió de la celda asombrado, y habiendo encontrado á fray Fernando Aragones, le refirió lo que habia visto. Díjole entonces fray Fernando que no se admirase, que de ese prodigio habia sido testigo muchas veces, como él lo seria en lo sucesivo. Serenóse con esto el hombre, y tuvo el consuelo de ver muchas veces á fray Martin suspenso en el aire, del modo dicho. Entre estas, merece especial consideracion lo que observó en una de las lomas inmediatas á la ciudad, donde lo llevaba con frecuencia fray Martin para sembrar yerbas medicinales. Pues habiéndole oido rogar á Dios que bendijese su sementera, lo vió elevarse en el aire mas de tres varas y media, en cuya altura permaneció hora y media, hasta que, habiendo anochecido, se volvió al convento con su compañero.

Buscóle en su celda un religioso que lo necesitaba, y no viéndole en ella, al tiempo de salir sintió que le tocaban la capilla que tenia sobre la cabeza. Alzó los ojos y vió á fray Martin suspenso en el aire sobre la puerta de la celda, y apretó con sus manos los pies del siervo de Dios, que tocaban la capilla que llevaba sobre su cabeza.

Orando en alta noche fray Pedro de Mendoza ante el altar del Rosario, se sacudió la tierra con un temblor espantoso. Atemorizado fray Pedro, y levantándose para salir de la Iglesia vió delante de la imágen del Patriarca Santo Domingo al beato fray Martin, hincado de rodillas con los brazos en cruz, ele-

vado en el aire, de cuya barba salia un globo de fuego que le cubria el rostro y terminaba en la cabeza. Fijó mas la vista, y notó que la imágen se habia inclinado hácia el altar mayor, volviendo su espalda al cuerpo de la Iglesia. Este prodigio le hizo entender que, pues su Patriarca y fray Martin rogaban á Dios, no debia suspender su oracion, sino unirse á ellos; y volviendo al lugar donde estaba, se hincó de nuevo, y continuó orando, hasta que el siervo de Dios bajó de su rapto, que duró mas de una hora.

Necesitando unos religiosos á fray Martin, le buscaron en su celda y no hallando en ella mas que á un hombre que lo acompañaba, salió este á buscarle. Y acordándose de que solia ocultarse en un lugar secreto sobre el techo de la Iglesia, se fué á ese sitio, y vio en el á fray Martin orando de rodillas, elevado en el aire, y con el rostro vuelto al altar mayor, donde se reserva el Santísimo Sacramento. Llamóle tres veces, y no le respondió; hasta que, pasado un rato, al bajar la escalera, le preguntó fray Martin, qué se le ofrecia. Contestóle que lo buscaban unos religiosos; y el siervo de Dios le dijo: «Díles que me esperen.»

Se le vió tambien elevado en el aire, delante del Santo Cristo que está dentro de la porteria principal, donde solia hacer oracion.

En la sala del capítulo parece que fué mas favorecido con esa elevacion de su cuerpo; á lo menos, fué visto muchas veces en ese respetable lugar.

Al encender luz de noche en el capítulo un moreno del convento, viendo elevado en el aire á fray Martin, salió asombrado, y llamó al cirujano don Marcelo Rivera, que se hallaba en el convento, para que fuese testigo de esa maravilla. Entraron inmediatamente á la sala, no solo dicho cirujano, sino tambien el padre maestro fray Antonio Arce, y el padre fray Pedro Loayza, quienes observaron atentamente al siervo de Dios que se hallaba de este modo. Tenia elevado su cuerpo cerca de cuatro varas, puesto en forma de cruz frente al crucifijo que está colocado en el altar del capítulo, y notaron que se encogia para proporcionarse al tamaño de la imágen. Despues de mucho tiempo, descendió tranquilamente, y saliendo del capítulo, se fué para su celda.

Estando gravemente enfermo el padre maestro fray Antonio Arce, de quien acabamos de hablar, mandaron al religioso donado fray Martin Cabezas, para que buscase al siervo de Dios, á fin de que, como enfermero, auxiliase al doliente. No habiéndole hallado en su celda, ni en otras partes del conven-

to, lo vió ultimamente en la sala del capítulo, suspenso en el aire, abrazado con la imágen del Santo Cristo, y puesta la boca en la llaga del costado. Atónito el donado Cabezas, salió al claustro principal, y viendo al padre presentado fray Diego Barrionuevo, á fray Jerónimo Bravo, y á fray Francisco Mariano, les dijo: «Miren VV. PP. ese mulato que, endiosado y abrazado con Jesucristo, no oye la campana con que lo están llamando, para que cumpla con su ejercicio.» Entraron los tres religiosos al capítulo, y vieron lo que les habia referido el donado. Delante de los cuatro bajó fray Martin, y habiéndole Dios revelado la situacion del padre maestro Arce, y su próxima muerte, dijo: «Decid al padre maestro, que no se apure por auxilios temporales, sino que disponga sus cosas para el camino que todos hemos de andar.» Cumplióse el pronóstico, pues murió el padre Arce á las catorce horas.

Noticioso el padre presentado, fray Cristoval de San Juan, de que el hermano Ignacio de Santo Domingo, habia visto varias veces estático y elevado en el aire á fray Martin, le preguntó, si era cierto lo que le habian asegurado. Contestóle el hermano Ignacio: «He visto, en mas de seis ocasiones, elevado y suspenso en el aire al hermano fray Martin.» Creyólo el padre Cristoval, porque el hermano era de ejemplar vida; mas estando este, despues de pocos meses, próximo á la muerte, quiso dicho padre presentado que se ratificase en lo dicho, y se lo preguntó otra vez. Respondióle el donado: «Padre, ¿para qué «le he de decir tantas veces, que tomé el hábito de nuestro pa«dre Santo Domingo, y me acogí á su religion renunciando mi «estragada vida, por la impresion que hizo en mi corazon el ha«ber visto al hermano fray Martin, estático, elevado en el aire, «y abrazado con la imágen de Cristo crucificado, que se vene«ra en el capítulo? No me pregunte mas, y sepa que es un gran «siervo de Dios el hermano fray Martin.»

Un niño, que vivia con sus padres cerca del convento de Santo Domingo, entraba á él con frecuencia por visitar á varios religiosos sus parientes; y, con este motivo, conocia mucho á fray Martin, quien solia darle algunas golosinas. Teniendo mas de nueve años, entró al convento huyendo de su familia, que queria castigarle, y se escondió en la sala del capítulo. Alzó la cabeza, y vió á fray Martin elevado mas de cuatro varas sobre la tierra, é inmediato al Santo Cristo que está en el altar. Acercóse para reconocerlo bien, y no dudando de que él era, salió despavorido, y refirió á varios religiosos lo que habia visto.

Para que no se dudase en ningun tiempo de este favor concedido á fray Martin, quiso Dios que lo autorizasen mas testigos.

Permitió, sin duda por eso, que, habiendo salido de maitines un religioso sencillo, llamase en alta voz á tódos los coristas, para que viesen en el capítulo á fray Martin, elevado en el aire y abrazado con el crucifijo. Y del mismo modo elevado cuatro varas de la tierra, y abrazado con el Santo Cristo del capítulo, lo vieron claramente el padre maestro fray Jerónimo Flores y otros religiosos, luego que salieron del refectorio.

A mas de los casos referidos, aseguraron el presentado fray Cristoval de San Juan, fray José Rueda, fray Laureano de los Santos, fray Francisco de Guzman, fray Gonzalo Garcia, fray Fernando Aragones, fray Juan de La Torre, y otros muchos religiosos que, en varias ocasiones, se elevó el siervo de Dios mas de cuatro varas en el capítulo, en la Iglesia, en su celda, y en otros lugares, y no solo del modo dicho, sino tambien con el rostro muy resplandeciente: y, en algunas de las veces, que fué arrebatado en el capítulo hasta nivelarse con el santo crucifijo, se le oyó hablar con el Señor, y que este le contestaba por la imágen, aunque nadie entendia lo que cada uno expresaba en esos divinos coloquios.

CAPITULO X.

SUS DOTES DE SUTILEZA, AGILIDAD, CLARIDAD E INVISIBILIDAD.

De los hechos referidos anteriormente se deduce, que Dios concedió al beato Martin, en su vida mortal, los dotes de sutileza, agilidad, invisibilidad y claridad, con que serán glorificados los cuerpos de los justos, luego que se unan á sus venturosas almas el dia de la resurreccion general. Pero, habiendo referido en el artículo de la caridad, que ejercitó este siervo de Dios con los enfermos, muchos hechos que comprueban su don de penetrar los cuerpos sólidos, confirmaré sus otras prerogativas de agilidad, claridad é invisibilidad con varios casos auténticos.

ARTICULO PRIMERO.

Su don de agilidad.—Se ha dicho que solia ir, por órden de sus prelados, á la hacienda de Limatambo, en cuyo tiempo trabajaba con los esclavos del convento. No pudiendo entonces naturalmente tocar el alba, como lo hacia todos los dias, encargó que la tocase, en su ausencia, á un religioso lego, quien, habiendo enfermado, ofreció un real á un moreno para que supliese su falta. Desempeñando este su comision, se demeró una noche, y oyendo sonar el reloj á las cuatro de la mañana, y que la campana de la torre tocaba el alba, apresuróse para ver quién se le habia adelantado. Sorprendióse viendo á fray Martin con el badajo en la mano; y preguntándole, cómo habia venido, le dijo el siervo de Dios: «Cobra tu real y no digas á nadie que me has visto.» Desapareció al instante, y el moreno publicó el prodigio. Habiéndose averiguado por los religiosos si fray Martin habia faltado de la hacienda, se supo que, en ese dia y á la misma hora, estaba trabajando con los negros en el campo.

Queriendo viajar á Méjico un comerciante amigo de fray

Martin, á quien habia medicinado el siervo de Dios las veces que habia estado enfermo, fué á despedirse de él, antes de embarcarse, y á pedirle que lo encomendase á Dios para que fuese próspero su viage. Llegó sin novedad á Nueva España; mas, hallándose de repente en peligro de muerte, por una grave enfermedad, acordándose una noche de la caridad y acierto con que el siervo de Dios lo habia mejorado en varias ocasiones, exclamó en estos términos: «Mi amado fray Martin, «mi enfermero, véme gravemente malo en esta ciudad. Dios «sabe la pena y congoja que padezco: pídele que me libre de «esta enfermedad.» Diciendo estas y otras semejantes súplicas, vió entrar por la puerta de su dormitorio al beato fray Martin, quién, despues de haber dicho: «Alabado sea Jesucristo por todos los siglos,» se acercó al enfermo, y le habló de esta manera: «Hermano flojo, tenga buen ánimo, confie en Dios, y sepa que de esta enfermedad no morirá.» Quitóse al momento la capa y sombrero, y aplicó algunas medicinas al paciente. Atónito este, viendo al siervo de Dios en ese lugar, le preguntó donde estaba. Respondióle, «en el convento.» Díjole, entonces, qué cuándo habia llegado, y le contestó, «ahora.» Alivióse mucho el enfermo con los remedios aplicados, y el siervo de Dios se despidió dejándolo consolado. Fué tanta su mejoria, que se levantó de la cama al siguiente dia, y luego que se repararon sus fuerzas, salió á buscar á su bienhechor en los conventos y posadas de la ciudad. No hallándole en ninguna parte, ni teniendo noticia de él, ni aun de su nombre, confundido y admirado, se decia á sí mismo: «¿Cómo es posi«ble que no esté fray Martin en esta ciudad, habiéndolo vis«to, y estado largo tiempo conmigo, curándome con sus me«dicinas?» Perplejo y asombrado, resolvió buscar al siervo de Dios en el convento del Rosario, luego que volviese á Lima, y asi lo verificó; pues, antes de ir á su casa, entró á mula en la puerta falsa del convento. Mas, apénas habia entrado, cuando salió á recibirle fray Martin, y hablándole en baja voz, le dijo: «Muy enfermo estuvo U. y muy desconsolado; pero Dios «es muy misericordioso, y socorre en las necesidades mas ur«gentes: séale agradecido, y sirvale con todo el afecto de su «corazon.» Se apeó de la mula el hombre, asombrado del suceso, sin saber qué contestar al siervo de Dios, y antes de despedirse, lo abrazó tiernamente, y fué correspondido del mismo modo. Volvió el hombre al convento para informarse, si fray Martin habia hecho viage fuera de la ciudad; y habiéndole asegurado muchos religiosos que solo iba por pocos dias á Limatambo, cuando se lo mandaban sus prelados, cre-

ció su admiracion; y dando gracias á Dios, porque favorecia á su siervo con el don de agilidad, y el de penetrar las necesidades de sus prójimos, publicó el portento en todas partes.

Enfermó de peligro en la ciudad de Portobelo, un hombre nacido en ese mismo lugar, y amigo de fray Martin, porque habiendo estado anteriormente en Lima, lo habia curado el siervo de Dios en la enfermería del convento. Hallándose solo en su cuarto, muy agravado de calentura, sudando, y con intensísima sed, se acordó de la caridad con que lo habia socorrido y medicinado el siervo de Dios, y confiado sin duda en el modo extraordinario con que auxiliaba á los enfermos, de lo que tendria tal vez noticia en Lima, imploró su asistencia de este modo: «Padre mio, fray Martin, mi amado, socór«reme en esta afliccion que tengo: múdame esta camisa que «está muy mojada, y dame un vaso de agua para mitigar la sed, «así como me consolaste en la enfermería de tu convento.» Al punto vió entrar en su cuarto al siervo de Dios, llevando en una mano una camisa, y en la otra una jarra de agua. Acercósele, y habiéndolo consolado, lo hizo sentar: le mudó la camisa, le dió á beber agua, y despidiéndose desapareció. Asombróse el paciente, no solo de lo ocurrido, sino tambien de sentirse muy mejorado en el instante; y habiendo á pocos dias recobrado sus fuerzas, partió de Portobelo á Panamá, donde se embarcó para el Callao y llegó á Lima felizmente. Entrando por la cuadra de Belen, encontró á fray Martin, quien le dijo lo siguiente: «Hermano, sobre lo que pasó en Portobelo, no «hable U. ni una palabra: sepa U. que importa mucho el secre«to; y procure olvidarse de lo que le sucedió.» Reconoció el hombre la humildad de su bienhechor, y cumplió su encargo, no refiriendo el prodigio, hasta despues que murió el siervo de Dios.

Sanó tambien á una muger gravemente enferma de erisipela en la cara, poniéndole paños mojados en agua rosada y sangre de pichon. Extrañó la medicina un hombre que se hallaba presente; y diciéndole á fray Martin que no creia oportuno ese remedio, le contestó haberlo visto aplicar, para esa enfermedad, en el hospital de Bayona de Francia, y que él lo habia usado con buen suceso. La enferma sanó solo con ese auxilio, de lo que se infiere que el siervo de Dios, visitaba con el don de agilidad, á los necesitados aun en los paises mas lejanos. Y para probar que en Francia se ha creido, hasta ahora poco tiempo, que tenia esa virtud la sangre de pichon en esa enfermedad, debo decir que verdaderamente se usaba como remedio anodino en las inflamaciones, y que, como tal, se recomienda su eficacia, en la cirugía de Monsieur Lafaye.

ARTICULO II.

Su don de claridad.—Tembló tanto la tierra en Lima una noche, que hizo levantar á todos, recelando ruina. Uno de estos fué un español, que acompañaba á fray Martin, y yendo á dispertarle suponiéndole dormido, vió grande luz en la celda, sin que hubiese vela encendida, y á fray Martin hincado de rodillas, con el rostro inclinado á la tierra, los brazos en cruz, y el rosario en una mano. Llamóle en alta voz, y como no le respondiese, intentó alzarle con sus brazos; mas sintiéndolo muy pesado é inmoble, llamó á fray Miguel de Santo Donmingo, religioso donado, diciéndole que le parecia muerto fray Martin. Entró fray Miguel á la roperia, y viendo al siervo de Dios, rodeado de resplandores, infirió que estaba estático, y se fué sin decirle nada. Mas el español atemorizado, porque tal vez seria esta la primera vez que fué testigo ocular de ese prodigio, salió de la celda, y no quiso continuar su sueño esa noche en ella. Luego que lo vió por la mañana fray Martin, le dijo, que si queria proseguir viviendo en su compañia, no habia de decir á nadie lo que viese. Obedecióle el hombre, pues, habiéndolo visto en otra ocasion postrado del mismo modo, y rodeado de luz, guardó silencio mientras estuvo vivo.

Habiéndose sentado en el claustro principal un religioso de gran virtud, esperando la hora de tocar á maitines, cansado del mucho trabajo que habia tenido entre dia, se quedó dormido. Dispertóle un rayo de luz, que hirió sus ojos; y levantándose pesaroso, creyendo que era de dia, vió claramente que la luz salia del cuerpo de fray Martin, quien volaba desde el capítulo hasta el dormitorio de los conversos, sobre un globo de fuego, y con una cruz en la frente, que despedia muchos resplandores. Siguiéndole para saber adonde iba, le vió entrar en la celda de otro religioso converso, llamado fray Martin Barragan, al cual reprendió severamente fray Martin de parte de Dios, porque hacia trabajar á los pobres que llegaban á la porteria pidiendo socorro; porque de ese modo no se les daba limosna, sinó se les pagaba su trabajo.

Viéronle tambien varias veces algunos religiosos, que despues de haber orado largo tiempo y disciplinádose en el capítulo, volaba despidiendo muchos rayos luminosos, desde la puerta de dicha sala hasta el coro alto, cuya distancia es de ciento cincuenta varas, y la altura de diez y seis á diez y ocho; y que, luego, desaparecia haciéndose invisible.

Por último, al tiempo que se cantaban una noche maitines

solemnes, vió toda la comunidad bajar de lo alto de la Iglesia, una brillante luz, la que rodeaba á un bulto situado en el prebisterio del altar mayor. Fueron varios religiosos á ver lo que era, y hallaron al siervo de Dios estático, y coronado con esa luz celestial.

ARTICULO III.

Su invisibilidad.—Se han referido algunos casos que acreditan haber recibido fray Martin este don, al modo que los bienaventurados, despues que resuciten, podrán á su arbitrio manifestarse ú ocultarse, segun enseña Santo Tomas. No puede dudarse de que le fué comunicada esta gracia como las demas; puesto que por su agilidad estuvo por algun tiempo volando todas las semanas al presidio del Callao, para socorrer á un soldado preso cargado de familia, y en suma miseria, sin faltar en su convento, lo que no pudo ser sino por los dotes de agilidad é invisibilidad. Tambien se ha dicho que se hacia invisible despues que comulgaba, para gozar de su amado Dios sin que nadie interrumpiese su oracion en ese feliz tiempo, que saben apreciar, como es debido, los verdaderos y fervorosos siervos del Señor. Pero la hostil curiosidad de los religiosos en el tiempo que se disciplinaba, probó muchísimas veces su invisibilidad; pues, oyendo los golpes de la disciplina, se asomaban para verle, y no lo conseguian; y en algunas desaparecia, no obstante de que lo acechaban en la única puerta del sitio en que se maceraba.

A mas de estas repetidas pruebas, no debo omitir otra muy notable. Estando gravemente enfermo el padre fray Diego Ulloa, y asistiéndole fray Martin con otro religioso compañero, avisaron á los dos que un enfermo inmediato á la habitacion de fray Diego, llamaba á fray Martin, para que le mudase túnica, sin duda porque estaria muy mojada de sudor. Salió inmediatamente el otro religioso, para auxiliar al paciente, y vió, con admiracion, que fray Martin le estaba mudando la túnica, habiéndolo dejado en el aposento anterior, sin que este tuviese otra puerta, y sin que el religioso le hubiese visto salir, lo que no pudo verificarse sino haciendo uso el siervo de Dios de su agilidad é invisibilidad, puesto que los dos cuartos estaban contiguos, y el compañero habia salido primero, dejando en él á fray Diego y á fray Martin.

Pocos hechos extraordinarios se leen en las vidas de los santos tan autorizados, como los dotes de bienaventurado que se admiraron en el beato Martin de Porres. Considérese que de casi todos

fueron testigos una comunidad de trescientos religiosos por dilatado tiempo, y que se repitieron muchas veces, ya á la vista del mayor número, ya á cada uno en particular. No pudieron engañarse los enfermos necesitados de su auxilio, que en alta noche le llamaron, ó solo con el deseo, ó tambien con la palabra, y que fueron socorridos por el siervo de Dios, estando las puertas cerradas, llevando consigo los utensilios y medicinas que le pedian los pacientes; ni tampoco es creible que padeciesen ilusion cuantos le vieron, muchas veces, elevado mas de cuatro varas de la tierra. ¡Qué maravilla la de los novicios que huyeron al pueblo del Cercado! ¡La del que habia convenido con su padre en dejar los hábitos para ser tesorero! ¡La del holandés moribundo en el hospital, sin haber sido bautizado! ¡Qué portento el de entrar con las puertas cerradas para socorrer al moribundo fray Diego Medrano, caido en el suelo, porque los religiosos veladores se habian dormido á pierna suelta! ¿Cómo podrá dudarse del privilegio que gozaba de hacerse invisible, despues de comulgar, habiéndose hecho reiteradas pruebas para asegurarse de esta maravilla, y constando por todas ellas su realidad? Y ¿cuánto mas no debe crecer nuestra admiracion, al considerar que asi como, no solo penetraba los cuerpos sólidos, sino tambien hacia que los penetrasen las sábanas, camisas, brasero y demas utensilios que llevaba para socorrer á los enfermos necesitados en alta noche; del mismo modo se hacia invisible y hacia igualmente á otros, como sucedió cuando, por haber tomado la apariencia de colchon, y haciendo por su virtud, que la tomasen dos criminales perseguidos por la justicia, que entraron á su celda implorando su proteccion, no pudieron conocerlos ni el juez, ni sus ministros, porque solo veian en ellos tres colchones?

Reflexiónese que el don de penetrar los deseos de otras personas, y sus acciones reprensibles, se extendia hasta las cosas pequeñas y de menor importancia. Tales fueron haber entendido el deseo que tuvo su sobrina de un manto nuevo; el conocimiento de que los novicios habian comido la fruta que estaba en su cajon; y de que, habiendo tomado uno de ellos un peso de plata, sin que los demas lo advirtiesen, lo tenia guardado dentro de su zapato; el del sitio donde escondian algunos rateros la ropa que robaban de los enfermos &a. &a.

Merece tambien consideracion, que muchos de los novicios auxiliados del modo extraordinario que se ha dicho, eran maestros, predicadores generales, prelados ú Obispos, cuando se tomaron las informaciones, los que por su virtud y dignidad merecieron toda fé. Y, á mas de que muchos seglares fueron

testigos oculares de esos prodigios, ¿qué interes podian tener los religiosos faltando á la verdad en materia tan grave? Por el contrario, debemos creer que su conciencia los obligó á unas declaraciones que los hacian reprensibles por el desprecio con que algunos habian visto al siervo de Dios, insultándole, é imponiéndole penitencia sin causa legítima, y permitiéndole trabajar en la hacienda á par de los esclavos. Todos estos hechos maravillosos, que pasaron á la vista de una numerosa y respeble comunidad, comprueban lo que aseguraron cuatro personas fidedignas, por lo que les sucedió y observaron ellas mismas, una, de que volaba á la China, otra á Berbería, otra á Méjico y otra á Portobelo, puesto que, quien tenia poder para volar desde el convento hasta el Cercado y hasta San Andres, estando las puertas cerradas, lo tendria tambien para ir rápidamente á los paises mas distantes. Pero, como ningun cuerpo puede estar á un mismo tiempo en distintos lugares, y á fray Martin se le veia en el convento en los mismos dias y horas que estaba en otras partes; es creible, ó que, por el don de agilidad, volaba á otros lugares, y volvia de ellos invisible, con tanta celeridad que no se extrañaba su ausencia; ó que un ángel, tomando su figura, se hacia visible en la enfermeria, luego que el siervo de Dios se ausentaba del convento, como tomaba la de San Isidro Labrador, cuando este oraba en la Iglesia. De este modo, pues, el mas extraordinario, quiso Dios manifiestar la sublime virtud de fray Martin en el curso de su vida, y de otro tambien raro, la hizo conocer en su muerte y despues de ella.

CAPITULO XI.

DICHOSA MUERTE DEL BIENAVENTURADO FRAY MARTIN DE PORRES.

Despues, que, por muchos años, fué purificado fray Martin en el crisol de las humillaciones y desprecios, permitió Dios que fuese tambien probada su humildad de un modo mas temible. Generalizado el concepto de su extraordinario mérito, tributaban el debido homenage á su virtud, Vireyes, Arzobispos, nobleza y pueblo, y no solo en el Perú, sino en toda la América católica, se divulgaban su ejemplarísima vida, sus milagros, y los especialísimos favores que recibia del cielo. No pudo ocultársele este comun aprecio y, por lo que dijo antes de morir, podemos creer sin recelo de engaño, que sobresaltado su humilde corazon, no cesaba de rogar á Dios le librase de un enemigo mas formidable cuando elogia y exalta, que cuando vilipendia y abate; y que, oyendo el Señor las preces de su fiel siervo, se dignó revelarle que breve se cumplirian sus deseos.

Manifestó fray Martin el júbilo de su alma por tan consolante anuncio, no solo con la alegria de su rostro, sino tambien vistiendo un hábito nuevo, aunque de tosco y áspero cordellate, como todos los que habia usado en la religion. Viéndole el padre maestro fray Juan de Barbarán, sin el hábito raido y viejo con que se cubria de continuo, le dijo: «fray Martin hoy se ha vestido de gala.»—Contestóle el siervo de Dios: «con este hábito me han de enterrar;» y así sucedió.

Acometióle á poco tiempo aguda fiebre; y aunque al principio pudo continuar desempeñando su cargo, le fué al fin preciso acostarse en su penitente lecho, sin cubrirse con sábanas de lienzo, hasta que el prelado se lo mandó con precepto de obediencia. Dijo luego á varios religiosos, no solo que estaba cercana su muerte, sino tambien el dia y la hora en que habia de morir, y lo mismo aseguró al doctor don Francisco Navarro, médico del convento, despidiéndose de él, porque sabia ser esa la últi-

ma vez que le curaria. Habiendo ordenado dicho médico que matasen unas aves, y se las aplicasen á la cabeza, esperando que por ese medio, calmaria la irritacion que padecia su cerebro, luego que lo supo fray Martin, impidió que quitasen la vida á esos animales, diciendo á los religiosos, que no lo hiciesen; puesto que su mal era irremediable, como está dicho anteriormente.

Se confesaba muchas veces, repitiendo actos de contricion, de fé, esperanza y caridad: gemia y derramaba copiosas lágrimas, lamentando su vida pasada, y el tiempo que habia perdido, reputándose el mayor pecador del mundo: pedia á cada religioso en particular, perdon del mal ejemplo y escándalo que habia dado con sus acciones, rogándoles que lo encomendasen á Dios, y repetia lo mismo á toda la comunidad, cuando se reunia en su celda. Pero al mismo tiempo que lloraba amargamente sus culpas, dándose muchos golpes de pecho, manifestaba tener grande esperanza en Dios de que lo perdonaria y salvaria, por los méritos de Jesucristo, para lo cual imploraba el patrocinio de la Santísima Vírgen María, de su gran padre Santo Domingo, de San Vicente Ferrer, y de todos sus abogados.

Se enternecian los religiosos, que le auxiliaban por turno, al ver y oir sentimientos de tan profunda humildad, despues de una vida inculpable y penitente, y se edificaban observando la paz y tranquilidad de su ánimo, al mismo tiempo que sufria agudísimos dolores en su cuerpo extenuado por continuados ayunos y espantosas maceraciones.

Reparando el siervo de Dios al religioso fray Antonio Gutierrez, entonces jovencito, que estaba muy afligido y lloroso, le preguntó el motivo.—«Padre mio, le respondió, lloro y me aflijo, porque le oigo decir que su muerte es cierta; y como le tengo en lugar de padre, siento mucho que me falte en el mejor tiempo.»—«No llore, hermano, le dijo fray Martin, porque es voluntad de Dios que muera, y tal vez le será mi muerte de mayor provecho que si viviese.»—Poco despues se cumplió este pronóstico, como se dirá mas adelante.

Conociendo la proximidad de su término, pidió que se le administrasen los sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion, los que habiendo recibido con mucha ternura y afectos de corazon, dijo á un religioso que le alcanzase la túnica con cilicios, que usaba en salud, para morir con ella. El religioso tuvo la imprudencia, no solo de llevársela delante de varias personas, sino tambien de decir, con voz clara y perceptible, al señor doctor don Pedro de Ortega, que estaba á la puerta, *«suelen los siervos de Dios apreciar los instrumentos que les ayudaron á merecer.»*

Oyendo esto fray Martin, no quiso admitir la túnica, y al dársela el religioso le dijo que la arrojase al lugar mas inmundo. De este modo cerró la puerta á la vanidad, que podia excitársele por la presencia de los circunstantes, y se despreció á sí mismo, pidiendo que se echase en un sitio asqueroso la túnica que habia tocado inmediatamente á su cuerpo de pecado.

Publicado su peligro de muerte, concurrian á visitarle, no solo el pueblo, sino tambien la respetable nobleza, prelados de las religiones y dignidades eclesiásticas, entre las cuales se numeraban el señor doctor don Pedro de Ortega Sotomayor, que despues fué Obispo del Cuzco, y el ilustrísimo señor don Feliciano de la Vega, Arzobispo de Méjico.

Visitóle tambien varias veces el Excmo. señor Virey D. Luis Fernandez de Bobadilla, conde de Chinchon; y en una de ellas, habiendo entrado á la celda algunos religiosos para avisarle que estaba á la puerta dicho señor Virey, vieron al siervo de Dios estático, de lo que instruido su excelencia, no quiso pasar adelante, hasta que el siervo de Dios volviese en sí; lo que se verificó despues de un cuarto de hora, en cuyo intervalo conversaba el Virey con el Prior, que lo era el padre maestro fray Gaspar Saldaña, sobre la virtud de fray Martin, suponiendo que estaria recibiendo algun favor extraordinario. Entró pues el Virey, y puesto de rodillas delante del pobre lecho, formado de tablas ásperas y mal colocadas, besó la mano á fray Martin, suplicándole que cuando estuviese en la presencia de Dios, pidiese á Su Magestad las luces necesarias para acertar en su gobierno, y la gracia de amarle y servirle en la vida, para gozarle despues de la muerte. Contestóle fray Martin, humildemente, que cuando Dios hubiese usado misericordia con él, dándole su santa gloria, como firmemente lo esperaba, confiado en los méritos de Jesucristo, de su Santísima Madre y de sus santos protectores, no dejaria de rogar por él. Despidióse el Virey, y habiéndole acompañado la comunidad hasta la porteria, volvió el prelado á la celda de fray Martin, y reprendióle con severidad, porque no habia permitido que entrase prontamente el Virey. No le contestó el siervo de Dios; y el prelado, para indagar si el motivo habia sido deliquio natural, ó éxtasis extraordinario, le mandó por obediencia declarar lo que pasaba en su espíritu, á la llegada del señor Virey. Respondióle entonces fray Martin lo siguiente:—«En aquel altar donde pusieron al «Santísimo Sacramento, para dármelo por viático, se me apare«ció mi patrona y abogada la Santísima Virgen María, con mi «padre Santo Domingo, San Vicente Ferrer y otros santos, con «muchos ángeles, por lo que estando con tan santa visita, no me

«hallaba en disposicion de recibir otra ninguna.» La misma declaracion hizo á un religioso que le decia llamase á Santo Domingo, para que lo asistiese en esa hora; pues le contestó el siervo de Dios: «No necesito llamarlo, porque lo tengo presen«te, en compañia de la Vírgen Nuestra Señora, de su Esposo «San José, de Santa Catalina vírgen y mártir, y de San Vicen«te Ferrer, que vienen á favorecerme en este trance.» Comunicó esto mismo el prior al señor Virey, para confirmarle en el concepto que tenia de fray Martin.

Aconsejando los religiosos á un seglar, amigo de fray Martin, que se acostase, porque, desde que se habia puesto en cama el siervo de Dios, no se apartaba de su lado; antes de acceder á las instancias de los padres, se acercó al lecho, y queriendo despedirse de su amigo, por si acaso falleciese en esa noche estando él dormido; viéndolo con la espalda hácia fuera, le dió un ósculo en la cerviz. Alzó entonces fray Martin el brazo, y tendiéndolo sobre la cabeza y cuello del amigo, lo estrechaba tanto, que le excitaba copioso sudor; y, al mismo tiempo, percibia el seglar que exhalaba el cuerpo del siervo de Dios un olor suavísimo y fragante, que jamás habia olido, lo que le consoló sobremanera.

Mandóle tambien el prior, con precepto de obediencia, que le respondiese á cuanto le preguntase. En primer lugar le dijo: «dígame, para gloria de Dios y edificacion de los prójimos, si es verdad que se ha disciplinado tres veces cada dia, á imitacion de nuestro padre Santo Domingo?» Tembláronle al siervo de Dios todos sus miembros, y obligado por la obediencia, declaró que era cierto lo que se le preguntaba; pero que era grande pecador, por lo que suplicaba á su paternidad supendiese el precepto que le habia impuesto de obediencia. El prelado se habia propuesto exigir de él una fiel relacion de las mercedes que habia recibido del Señor; pero, viéndole tan afligido y conturbado por la primera pregunta, se abstuvo de hacerle las demas que pensaba, conociendo precisamente que no convenia reparar en ese trance, tal vez con peligro del moribundo, la omision de no haberle sometido á un rigoroso exámen, mucho tiempo antes de su fallecimiento.

A la verdad, quien se halla en esa última hora, decisiva de su eterna suerte, no debe traer á consideracion sus ejercicios piadosos, porque ignora si han sido aceptos á Dios; y porque su voluntario recuerdo puede inspirarle una vana confianza.— Por eso fray Martin, sin embargo de que se le habia revelado la hora de su tránsito, y tal vez el feliz anuncio de unirse eternamente con su Dios, por lo que vistió un hábito nuevo, mani-

festando en su rostro el júbilo que inundaba su corazon, como se ha dicho; antes, y despues de recibir los santos sacramentos, se ocupaba únicamente en hacer actos de fé, esperanza y caridad, en pedir á todos perdon de sus malos ejemplos, y que lo encomendasen á Dios, ofreciendo, al mismo tiempo, al Padre Eterno el espontáneo sacrificio que hacia de su vida, en union del que hizo Jesucristo en la cruz, para alcanzar, por sus infinitos méritos, la perseverancia final, que ninguno merece, y que es un don gratuito de Dios.

Despues de lo dicho, se notó que sus miembros se convelian con crugido de dientes y sudor frio, por lo que, recelando un religioso que el demonio lo estuviese tentando en esa última hora contra la fé y esperanza, como lo habia hecho con otros santos, le dijo: «fray Martin, no dispute con el demonio, por»que sabe mucho, y es muy astuto. Confie solo en la sangre »de Jesucristo, y como católico, muera confesando la fé de la »Iglesia, y esperando en la misericordia del Señor.» Respondióle el humilde fray Martin: «Padre maestro, los teólogos de»ben temer esas disputas y argumentos con el demonio, por»que, como á sabios, se valdrá de su angélica profundidad para »tentarlos; pero Satanás es tan soberbio, que no se servirá de »agudezas para turbar y combatir á un pobre donado barbero.» Pasado poco tiempo, se le quitó el habla, conservando su razon; y notando el religioso asistente, que se estremecia de nuevo, con el mismo sudor, parecióle que su muerte estaba muy próxima, y le preguntó si haria señal para que se reuniese la comunidad, y le encomendase el alma.—Contestó con la cabeza, que no. Despues de un rato, se agitó por tercera vez con los mismos síntomas, quedando, por último, tranquilo y placentero, como quien se ve libre de un gravísimo peligro en que habia estado. Preguntóle otra vez el religioso, si tocaria para que se juntase la comunidad, y con la cabeza hizo señal de que sí, no cesando de besar con tierna devocion las manos, pies y costado, del Santo Cristo que tenia consigo. Llegaron todos los religiosos con el señor Arzobispo de Méjico, y otros respetables eclesiásticos seculares y regulares, para encomendarle el alma. Cantáronle el credo; y al entonar las palabras *Et homo factus est*, aplicándose al pecho el crucifijo, sin hacer gesto ninguno, sino solamente cerrando los ojos, como quien duerme tranquilamente, entregó su bendita alma al Criador, el dia 3 de Noviembre del año mil seiscientos treinta y nueve, entre ocho y nueve de la noche, á los sesenta años de edad, cuarenta y cinco de religion, y treinta y seis de profeso. Lloró todo el concurso la pérdida de un varon que edificaba tanto con su

ejemplo; y el Arzobispo, derramando copiosas lágrimas, dijo: «Aprendamos todos á morir, pues esta leccion es la mas importante y dificultosa.»

ARTICULO PRIMERO.

SUCESOS NOTABLES DESPUES DE SU MUERTE.—Luego que falleció el siervo de Dios y empezaron á vestirle, se le vieron las espaldas y costados con muchas llagas, causadas por los cilicios y cruentas disciplinas; y despues de vestido, le llevaron, en el féretro, los padres mas respetables para ponerle en la Iglesia delante del altar mayor; donde se pone á todos los religiosos antes de sepultarlos.

Apenas se divulgó su muerte en la ciudad, cuando todos sus habitantes se penetraron de los mismos sentimientos que acongojaban á los religiosos. Y aunque se gozaban contemplándole glorioso en la mansion de los bienaventurados, sentian la falta irreparable de un varon que excitaba á la piedad con sus ejemplos, auxiliaba con sus oraciones, y socorria á los necesitados con sus limosnas. Agitados con dichos afectos de pena y contento, que se alternaban en el corazon de cada uno, ansiaban, porque la aurora disipase cuanto antes las tinieblas de la noche, á fin de tributar los homenages de gratitud y respeto al difunto cuerpo, que habia sido por tantos años morada deliciosa del Espíritu Santo.

Mas un extraño é inesperado suceso aumentó la consternacion de los religiosos. Examinaron estos el cuerpo en alta noche, y le notaron tan rígido, que cada miembro parecia un palo. Confundido y pesaroso el señor don fray Cipriano Medina, muy amante suyo, y de cuya extraordinaria virtud habia tenido reiteradas pruebas, inspirado sin duda por Dios, habló de este modo á fray Martin difunto en presencia de muchos religiosos: «Hermano mio, fray Martin, ¿cómo se muestra tan »yerto é intratable, cuando se acerca el dia, y toda la ciudad »espera veros de otro modo, para alabar al Señor por las ma»ravillas que hace á favor de sus siervos muy amados? Pedid»le que ostentando su poder, ponga dócil y flexible vuestro »cuerpo, para que le demos en comun rendidas gracias.» Apenas habia dicho estas palabras, cuando el cuerpo difunto se puso mas suave y flexible que cuando estaba vivo, de modo que lo sentaban y permanecia en la actitud en que le colocaban.

A este prodigio siguió otro bien notable. Empezó á exhalar el cuerpo tanta fragancia, que la percibieron no solo los religiosos, sino tambien varias personas que estaban afuera de las

puertas cerradas de la Iglesia; pues aun no las habian abierto, porque era muy de mañana. Aclarado el dia fué tan numeroso el concurso de toda clase, que no cabia en la Iglesia; y como á mas de la reputacion que se habia merecido en vida el siervo de Dios, notaban la flexibilidad de su cuerpo, y el suavísimo olor que despedia, no dudaron de que era bienaventurado. Se registró toda la Iglesia, para ver si habia flores ó sahumerio en algun altar, y no hallando en ellos cosa alguna fragante, mas que el cuerpo difunto, se disipó la duda y se aumentó la devocion. Entraron al mismo tiempo en la celda del finado varios religiosos y seglares, y percibieron la misma fragancia que en la Iglesia. De modo que, exhalando esta casi siempre fetor desagradable, porque se enterraban en ella los difuntos seglares, y siendo la celda de fray Martin roperia de enfermos, fueron una y otra perfumadas con las virtudes que en ellas habia practicado. El mismo olor exhalaba un jubon del siervo de Dios, cuya fragancia celestial, que no se parecia á la de ninguna flor, percibieron muchas personas.

A vista de estas maravillas, observadas en una misma mañana, estando el cuerpo muerto en la Iglesia, no debe extrañarse que todos le honrasen con el epíteto de santo; ni que, como á tal, besasen sus manos y pies, destrozasen sus vestiduras para conservarlas como reliquias, y tocasen á su cuerpo rosarios, cruces y medallas. Por lo tanto, fué necesario cubrirle muchas veces con nueva ropa y hábitos, para conservarlo con decencia, y custodiarlo con guardias para reprimir el desórden. Mas como nada bastase, porque cada instante se agolpaba mas gente, resolvió la comunidad sepultarle en la misma tarde, lo que no pudo practicarse hasta el siguiente dia. Hiciéronselas exequias con mucha solemnidad, y no habiéndose convidado á nadie, asistieron á ellas el señor Virey, conde de Chinchon, el señor Arzobispo de Méjico, la Real Audiencia, el cabildo secular y eclesiástico en sede vacante, por haber muerto el Ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo don Fernando Arias Duarte, los prelados de las religiones, y toda la nobleza, y se dió asiento en medio de la audiencia, á un cuñado del siervo de Dios.

Concluida la Misa, estando presente el cadáver, cargaron el féretro sobre sus hombros, el señor virey, el señor don Feliciano de la Vega, Arzobispo de Méjico, el señor don Pedro Ortega Sotomayor, que fué Obispo del Cuzco, y el señor don Juan de Peñafiel, oidor de la real audiencia; y pascándole por el claustro con mucho acompañamiento, lo llevaron al capitulo, donde se enterraba á los religiosos, hasta que se hizo el Cementerio General. En esa sala habia lugar destinado para sepultar á los

sacerdotes, y otro para los legos y donados. Pero en atencion al mérito de fray Martin, se le sepultó en el primero, eligiendo sitio donde ninguno habia sido colocado.

Abrieron la sepultura y pusieron el cadáver sobre la desnuda tierra; á los lados enterraron unas tablas, formando con ellas como un cajon, y pusieron encima ladrillos azules, sobre los que se grabó el nombre del siervo de Dios, y no se echó sobre el cadáver cal ni ninguna cosa aromática. Pero á poco de bajado el cuerpo, se hizo pedazos la anda ó féretro, de modo que el pueblo tomó trozos de las tablas para guardarlas como reliquias, y fué necesario hacer nuevo féretro, para los religiosos que falleciesen despues. Es muy probable que el féretro no se rompiese por sí solo, sino por el numeroso concurso que queria ver el cuerpo antes que lo sepultasen; pero aunque se hubiese roto el féretro naturalmente por este suceso, como es muy probable, es cierto que no sirvió á otro difunto el anda donde habia dormido muchas veces este fiel siervo del Señor, y en la que se habia conducido, como en triunfo, el cuerpo que, por tantos años, estuvo unido á una alma inocente, que ya era bienaventurada.

Así la reputaban todos por el heroismo de sus virtudes, y porque, á su juicio, el cielo beatificaba el alma de fray Martin por la flexibilidad de su cuerpo, y por la fragancia que se percibió constantemente por algunos dias, aun despues de sepultado. Pudiera un cuerpo muerto estar flexible, naturalmente por alguna especial enfermedad que hubiese relajado mucho los músculos y tendones; pero debe reputarse milagrosa la flexibilidad de un cadáver, despues de haber estado rígido, como el que mas; porque su extenuacion y la fiebre de que falleció debieron secarlo y endurecerlo mucho. Y como esa maravillosa y singular mudanza fué debida á la obediencia con que se sometió fray Martin aun despues de muerto, dicha flexibilidad fué mas portentosa por uno y otro respecto.

No lo fué menos la fragancia; porque, aunque pudiera no heder un cuerpo muerto por alguna circunstancia, es imposible naturalmente que exhale olor grato y constante, como lo dice Pablo Zaquías, y deben decirlo todos los físicos. Por eso siempre se ha reputado milagroso el olor que despedian los cuerpos difuntos de Santa Teresa, de San Luis Beltran, de San Pascual Baylon, de nuestra patrona Santa Rosa, y de otros muchos santos; y, como extraordinario, se refiere en las actas de su canonizacion. Mas el cielo empeñado en publicar la gloria que gozaba fray Martin, repitió en honor suyo los portentos.

En la misma noche que murió el siervo de Dios, sobrevino á

un religioso agudísima inflamacion en lugar secreto, con dolores tan agudos que daba alaridos, despertando con ellos á los demas pacientes de la enfermeria. Ocurrieron varios religiosos, y viéndole en ese estado, le aconsejaron que implorase el auxilio de fray Martin. Hízolo así el enfermo, y quedándose dormido á poco rato, despertó de mañana, sano enteramente, sin que jamás le hubiese repetido esa molesta y peligrosa enfermedad.

Estando el cadáver en la Iglesia sanaron muchos enfermos que, acercándose al féretro, suplicaron á Dios les concediese la salud por intercesion de su fiel siervo fray Martin; y entre estos debe numerarse con especialidad á doña Catalina Gonzalez, cuya sanidad tuvo todos los caractérès de milagrosa. Tenia esta señora impedido el uso de un brazo el largo tiempo de doce años, sin que la hubiese aliviado ninguna medicina, hasta que, declarada incurable por los médicos, habia perdido la esperanza de sanar. Muerto fray Martin, corrió á la Iglesia para implorar su auxilio. Acercóse al féretro, tocó el cadáver, y al instante quedó sana, restableciéndose del todo el uso del brazo que, segun la relacion del portento, estaba paralítico ó atrófico.

La misma fiebre de que murió el siervo de Dios, acometió á los ocho dias de su muerte al religioso fray Antonio Gutierrez, á quien, como dije antes, habia contestado el siervo de Dios, que le seria mas ventajoso el que muriese. Agravóse tanto, que en el dia sexto mandó el médico, doctor don Miguel Meneses, que recibiese los santos sacramentos, asegurando, por los síntomas, que en el dia siguiente moriria. Acordóse esa noche el enfermo de la promesa, que le habia hecho el siervo de Dios poco antes de morir, y tomando en la mano una cruz que tenia pendiente del cuello, y que fray Martin llevaba siempre consigo, á quien se la habia quitado al tiempo de espirar, invocó con mucha confianza al siervo de Dios, reconviniéndole con la palabra que le habia dado antes de morir. Durmióse luego, y vió, entre sueños, que entraban en su celda fray Martin acompañado de la Vírgen Santísima, de Santo Domingo y Santa Catalina vírgen y mártir, y que, situándose en el lugar donde habian puesto al Santísimo Sacramento el dia anterior, se acercaba fray Martin á su cama, y abriendo las cortinas le decia: «Hermano fray Antonio, no se desconsuele, porque con esta visita quedará sano,» y que, cerrándole las cortinas, habia desaparecido la vision. Recordó el religioso á las seis de la mañana, y, sintiéndose sano y con gana de comer, refirió á los religiosos lo que le habia pasado. Llegó el médico, y viendo perfectamente bueno

al que creyó hallar muerto ó agonizante, instruido del suceso, dijo á los padres que debia haberse repicado por tan grande y manifiesto milagro. Así lo creyó toda la comunidad, y cuantos seglares supieron el caso; pues la profecía de fray Martin moribundo, la enfermedad mortal del religioso, la aparicion entre sueños asegurándole en ella el siervo de Dios quedaba sano, y el recordar enteramente libre de tan peligroso mal, son circunstancias que persuaden de la realidad del prodigio. Despues de algunos años sucedieron dos casos semejantes al anterior, y son los siguientes:

Habiendo enfermado gravemente de fiebres, en la ciudad de Trujillo, el padre fray Jacinto de los Olivos, dominicano, se agravó tanto una noche, que temiendo no amanecer con vida, imploró el auxilio del cielo. Y acordándose de la ardiente caridad de fray Martin con los enfermos cuando vivia, y de lo que socorria despues de muerto á los que le clamaban; le suplicó lo auxiliase en su conflicto. Durmióse; y se le representó el altar mayor de la Iglesia, delante del cual oraba fray Martin hincado de rodillas, que, elevándose este en el aire hasta igualarse con el sitio donde se coloca la custodia, continuaba su oracion por un rato; que bajando despues hasta el presbiterio, se le acercaba y decia con mucha dulzura: «No se aflija, Dios le dará salud;» y que, dichas estas palabras, habia desaparecido. Despertó luego, y quedó sano.

Enfermó de muerte fray Cipriano de Medina, antes de ser Obispo, y habiéndole deshauciado los médicos, le aconsejaron los religiosos que ocurriese á la proteccion de fray Martin, y el padre maestro fray Gaspar Saldaña le dio un rosario que siempre habia llevado consigo el siervo de Dios. Colgóselo al cuello fray Cipriano con mucha devocion y confianza, y hallándose de noche muy molestado de un agudísimo dolor, volvio la cara á la pared, y vió con sus ojos corporales al siervo de Dios á los pies de su cama, con las manos dentro de las mangas del hábito, como lo acostumbraba cuando estaba vivo; y que mirándole se sonreia. Al verle el enfermo, cobró aliento y le dijo: «fray «Martin ¿dónde está su caridad? Embriagado con Dios en la otra «vida, se olvida tanto de mi, y me deja en esta sin amparo, sa«biendo lo que padezco, y que no me dan mas término de vida, «que el dia de mañana?» Fijó entonces fray Martin los ojos en el enfermo; y sonriendose otra vez, le hizo señas, con la cabeza, de que no moriria de esa enfermedad. Oyendo hablar al enfermo los religiosos que le asistian, y, no entendiendo lo que decia, porque no estaban inmediatos á su cama, creyeron que deliraba; pero se asombraron, viendo que, despues de haber dor-

mido con tranquilidad toda la noche, habia amanecido mejor, y que los médicos le hallaron fuera de peligro.

Como era notoria la extraordinaria virtud del siervo de Dios, la publicacion de estas maravillas, y de otras semejantes, dilataron su credito de tal modo en la América y parte de la Europa, que se encomendaban á su patrocinio todos los enfermos graves, y que de todos los lugares, en que era conocido, se pedian sus reliquias. Entre los enfermos que creyeron haber sanado por su intercesion, se numeraron los que voy á referir.

Doña Isabel Astorga, sanó prontamente de tercianas diarias y rebeldes, aplicándose una túnica del siervo de Dios.

Un moreno con fiebre lenta continua por mucho tiempo, se libró de ella, luego que bebió un vaso de agua en la que se habia desleido un poco de tierra del sepulcro de fray Martin.

Padeciendo fiebre continua doña Isabel Ortiz de Torres, se privó enteramente de sentido. Vuelta en sí, se encomendó á fray Martin, teniendo en las manos su retrato; y le faltó la calentura.

Una preñada febricitante, esclava de la misma Ortiz, no pudiendo naturalmente dar á luz su feto, parió felizmente encomendándose al siervo de Dios. Logró el mismo beneficio doña Maria Beltran, casi moribunda por no poder parir, aplicándole su madre al vientre un retrato de fray Martin, y encargándole que se encomendase á él, para que la salvase en su conflicto. Otra muger, en la ciudad de Huánuco, muy angustiada en un parto trabajoso, se libró del peligro, luego que aplicó á su vientre una imágen del mismo bienaventurado Porres. Y en Arequipa salvó la vida otra parturiente, desahuciada de los médicos, solo con haberle puesto una carta del siervo de Dios, que le dió un religioso dominicano, aconsejándole que con devocion rogase á Dios, interponiendo la proteccion de fray Martin.

Abortó doña Graciana Farfan de los Godos, estando preñada de tres meses, y no habiendo arrojado las pares pasados cuarenta y ocho dias, extenuada con fiebre continua y agudísimos dolores, echó las secundinas sumamente podridas, y quedó sana, luego que se encomendó á fray Martin, por el consejo de un religioso.

Envió de noche una muger á una indígena, preñada de meses mayores, que tenia á su servicio, para que practicase lo que le ordenaba. Tropezó en la calle, y dió tan grande caida, que, contundiéndose el vientre, arrojaba sangre con mucho exceso. Habiendo experimentado sin provecho alguno diversas medicinas, le puso sobre el vientre su ama, la imágen de fray Martin, suplicándole socorriese á esa miserable; y al momento cesó el flujo, y sanó la paciente.

Doña Maria Villarroel, se libró de varias indisposiciones graves aplicándose una túnica del siervo de Dios.

Desahuciada de cuatro médicos, acreditados en Lima, doña Maria Rivera, por una fuerte caida que le ocasionaba agudísimos dolores, y grande tumefaccion en la parte contusa, se vió súbitamente buena, encomendándose á fray Martin por el consejo del predicador general, fray Antonio José Pastrana.

Afligida por una grande apostema, doña Maria Beltran, sin mas recurso que el de una dolorosa operacion, segun el dictámen de los cirujanos, logró que se le abriese y sanase, clamando al siervo de Dios á la vista de su retrato. Se ignora si esta señora es la misma que se acaba de mencionar, ú otra de su mismo nombro y apellido.

Fray Antonio Vega, religioso lego del órden de predicadores, tenia una grande apostema en la espalda, fiebre y dificultad de orinar. Aconsejóle el hermano fray Matias de San Vicente, que pidiese al siervo de Dios le alcanzase la salud, mediante su intercesion, y le dió una estampa para avivar su devocion. Hízolo así, ofreciendo á fray Martin suplir su falta con todo esmero en la enfermeria, segun se lo permitiese la obediencia. Resolvióse al punto el tumor, quitóse la calentura, y la molestia de orina, y al tercer dia empezó á cumplir su promesa.

Próximo á morir el médico doctor don Diego Zevallos por gravísima angina, complicada con disentería, y habiendo recibido los santos sacramentos, se puso sobre el pecho una reliquia de fray Martin. Durmió ocho horas seguidas, y recordó enteramente libre de ambas enfermedades.

Doña Luisa de Cerda y Zavala encendia luz todos los viernes á un crucificado, como lo hacen actualmente varias personas devotas. Colocaba la vela sobre un taburete, cubierto con lienzo, y habiendo caido sobre este la pavesa encendida, sin estar presente la señora, ardió el lienzo, y no tocó á una estampa de fray Martin que estaba al pie del crucifijo. No advirtió doña Luisa este suceso; y repitiéndose en otro viernes el incendio, por la misma causa, subió tan alto la llama, que abrasando y dejando ahumado todo el sitio que ocupaba la estampa del siervo de Dios, respetó tanto el fuego la imágen, que se conservó ilesa y sin ningun vestigio del humo.

En el tiempo que se tomaban declaraciones sobre las virtudes y milagros de fray Martin, enfermó de una llaga en el pie, con grande hinchazon en la pierna y agudos dolores, el notario encargado del proceso, llamado don Francisco Blanco. Avisáronle que fuese al siguiente dia á recibir informacion del señor Arzobispo de Santa Fé, don fray Francisco Juan de Areguinao,

del órden de predicadores, que habia sido confesor de fray Martin, y que inmediatamente partia para su diócesis. Perplejo el notario, porque no podia caminar, ni aun ponerse un zapato viejo, y porque estaba muy distante de su casa la del señor Arzobispo; al acostarse en la cama, clamó á fray Martin de esta manera: «Bien sabes, siervo de Dios, el estado en que me hallo, »imposibilitado de ir á casa del señor Arzobispo, testigo de to»da excepcion en las informaciones sobre tu admirable vida: »pues esta causa es tuya, alcánzame de Nuestro Señor la salud »que necesito, para practicar la diligencia.» Durmióse al momento, despues que por los agudos dolores habia pasado insomne muchas noches, y recordando de mañana, se halló bueno, sin hinchazon, ni dolor, y con la llaga perfectamente seca y sana, sin que se hubiese aplicado ningun remedio; por lo que, dando gracias á Dios y á su siervo fray Martin, fué á tomar la informacion á dicho señor Arzobispo.

Entre las sanidades referidas, no puede dudarse de que fue milagrosa la de este notario, porque la úlcera é hinchazon de la pierna no pudieron sanar súbitamente y sin ninguna medicina: tambien lo fue la de doña Catalina Gonzalez, que teniendo un brazo paralítico el largo tiempo de doce años, sanó de él instantaneamente, solo con tocar el cadáver de fray Martin, como llevo dicho: y parecen tambien extraordinarias las sanidades de fray Antonio Gutierrez, fray Jacinto de los Olivos y fray Cipriano Medina, á quienes se apareció fray Martin, luego que clamaron en el conflicto de su padecimiento, asegurándoles que entonces no moririan. Y aunque no pueda asegurarse lo mismo de los demas pacientes que acabo de referir, porque sus enfermedades no eran absolutamente incurables; todos los que como el notario, no pudiendo naturalmente sanar en un momento, se vieron buenos luego que se encomendaron al siervo de Dios, sanaron por su intercesion, de un modo extraordinario, como se dijo tratando de los milagros que hizo fray Martin estando vivo.

Tambien debe numerarse entre los portentos obrados despues de muerto, el que se observó en la tierra de su sepulcro. Se sacaban casi diariamente grandes porciones para satisfacer la devocion y necesidad de los fieles afligidos por enfermedades ó trabajos. Y no solo para los de esta ciudad y Estado, sino tambien para los de otras naciones que la pedian con instancia; y sin embargo, jamas se disminuia la tierra, reproduciéndose ó multiplicándose milagrosamente. Y para que no se dude de la realidad de este prodigio, copiaré dos de las muchas declaraciones que se leen en el proceso sobre esta materia.

«1.ª Antes de declarar sobre el prodigio de la tierra que se «saca del sepulcro de fray Martin, para el consuelo de muchas «personas de esta ciudad y de fuera, habiendo primero dicho «Misa, pedí al reverendo padre presentado fray Francisco del «Arco, procurador general de esta causa, abriese el picaporte «de los balaustres con los cuales está cercado el sepulcro, para «reconocer y ver si era cierto ó no lo que decian los religiosos «de su órden, de que, aunque se sacaba mucha tierra, jamás se «disminuía. Abrió la sepultura dicho padre, y la ví llena has-«ta arriba, como si no se hubiese sacado de ella ni un grano de «polvo. Hallóse presente el alferez don José Robles, quien ha-«bia anteriormente cavado la sepultura, y sacado mucha tier-«ra de ella, y que tambien habia visto á otras personas sacando «sacos llenos del mismo sepulcro, despues de haberlo cavado. «Al ver dicho alferez tan grande prodigio, alzando las manos «al cielo, dijo: «Admirable es Dios en sus santos.»

«2.ª Es tanta la tierra que se saca de la sepultura donde fue «enterrado fray Martin de Porres, que dificilmente se creeria, «si no lo testificasen muchas personas de esta ciudad, que se «valen de ella en sus trabajos, aflicciones y enfermedades, co-«mo tambien muchos necesitados, de diferentes lugares, que la «piden para aplicársela, implorando el auxilio del siervo de «Dios; siendo lo mas notable, que extrayéndose continuamen-«te tierra del sepulcro, está siempre lleno de ella. Es de tal «consistencia la tierra, que al siguiente dia de haberla tomado, «se necesitan picos de canteros y azadas para romperla; y los «terrones se endurecen tanto, que me admiraron luego que los «ví, y asombran á cuantos los examinan. Han palpado este mi-«lagro todos los religiosos del convento, y muchísimas perso-«nas seglares, que continuamente lo refieren, y es por lo tanto «de pública voz y fama.»

ARTICULO II.

Tómase, por mandato del señor Arzobispo, informacion de las virtudes y milagros del siervo de Dios, y se traslada su cuerpo á la capilla del Santo Cristo.—Habiendo sido tan ejemplar la vida de fray Martin, y tan incontestables sus milagros, el capítulo provincial del Perú, celebrado en el año de 1641, extendió una acta en su elogio; y lo mismo hicieron el de Valencia, en 1647, y el de Roma, en 1658. No debia retardarse por mas tiempo la formacion del proceso que jurídicamente comprobase los hechos mas notorios; por lo que, habiéndose principiado por el Ordinario, en 1660, con setenta y cinco tes-

tigos fidedignos, se remitió á Roma, para que se presentase á la Sagrada Congregacion de Ritos. Y como cada dia creciese mas y mas la reputacion de santo, que habia merecido este siervo del Señor, concurriendo los fiéles al capítulo donde estaba sepultado, para implorar su auxilio, y no cesase el cielo de obrar, por su intercesion, innumerables maravillas, creyó el padre maestro fray Juan de Barbarán, vicario general, que no debia retardar por mas tiempo la traslacion de los huesos de fray Martin. Todo concurria al cumplimiento de la profecía que habia hecho fray Martin al regidor don Juan de Figueroa, de que los dos habían de ser enterrados en la ropería donde habitaba; pues ya habia muerto, y se habia sepultado dicho regidor en la capilla dedicada á Cristo crucificado, y los enfermos oian las Misas que se celebraban en ella, porque estaba inmediata á la enfermeria.

Habiéndose, pues, resuelto dicha traslacion á los veinte y cuatro años cuatro meses de muerto el siervo de Dios, se hizo en un dia del mes de Marzo, del año 1664, entre ocho y nueve de la noche, para evitar bullicio. Se reunieron en la sala del capítulo, donde estaba sepultado fray Martin, el señor Virey don Diego Benavidez, conde de Santistevan, el padre maestro fray Juan de Barbarán, vicario provincial, el vicario prior, el médico don Rodrigo Enriquez, un cirujano, varios religiosos respetables y dos legos. Uno de estos padecia, desde muy atrás, fuerte y continuo dolor de cabeza, y creyendo que, cavando la sepultura y sacando el cuerpo del siervo de Dios, sanaria por su intercesion de ese padecimiento, habia conseguido de los prelados, que se le prefiriese para hacer la excavacion.

Hízola á vista de los concurrentes, sirviéndose de un azadon; y despues de trabajar mucho, descubrió las tablas que contenian el cadáver. Patentizóse este, y besándolo el lego, se le quitó el dolor de cabeza que le afligia sobremanera. Percibieron todos, al instante, un olor suavísimo, como de rosa, que exhalaba el cadáver, y se vió este sin ninguna señal de corrupcion, con los huesos cubiertos de carne tan fresca, como si se hubiese sepultado en ese mismo dia. Mandó el prelado que se sacase el cuerpo, para lo cual puso el lego su mano izquierda bajo de la cabeza, y la derecha sobre la cintura; y notando que se desencajaban los huesos, volvió á tender el cadáver sobre las tablas. Quedó pegado á su mano siniestra un trozo que presumió fuese tierra del sepulcro, mas, comprimiéndolo, advirtió que era sangre coagulada, y que su mano estaba teñida de ella. Admiráronse todos, y para certificarse de la realidad, limpiando el padre maestro Barbarán la mano del lego con un pa-

ñuelo blanco, quedó manchado de sangre, por lo que, así el prelado como los demas religiosos, pidieron la mano al lego y la besaron. El cirujano asistente, arañando y punzando la cutis, observó, no solo que la carne cubria los huesos, sino tambien que la cutis se coloreaba, como cuando se comprime, ó punza un cuerpo vivo.

Sacáronse luego todos los huesos, por órden del prelado, y antes de colocarlos en una caja preparada para esto, besaron cada hueso el señor Virey y todos los que asistieron. Despues, se puso la caja sobre el féretro que se habia hecho nuevamente para los religiosos difuntos; y se puso en la Iglesia delante del altar mayor, para hacerle al dia siguiente las exequias.

Queriendo el vicario provincial que se hiciesen con decencia, pero sin bullicio, á nadie convidó; mas, fué tan numeroso el concurso, que no cabia en el templo, aun siendo tan espacioso. Movidos de su devocion y del concepto que tenian del siervo de Dios, asistieron el señor Virey, conde de Santistevan, la Real Audiencia, los demas tribunales, nobleza, religiones é inmenso pueblo. Concluida la funcion, llevaron á la capilla nueva del Santo Cristo, el féretro que contenia la caja, cargándola sobre sus hombros el señor Virey, los oidores y demas personages, disputándose todos la dicha de conducir los venerandos huesos de fray Martin. Sacóse del féretro la caja, y, sin darle ningun culto, fué colocada en una bóveda subterránea, que se habia abierto de antemano en la capilla. Mas, aunque los religiosos procurasen distraer del pueblo todo acto de veneracion, el cielo mismo parecia excitarla; pues, percibiéndose en la capilla la misma fragancia que se habia percibido en la Iglesia y en el capítulo, nobleza y pueblo, á una voz, le proclamaban santo.

Antes de colocar el cadáver en la caja, separó secretamente el lego una costilla, y la ocultó dentro del hábito. Inmediatamente sintió un excesivo ardor en la parte de su cuerpo que tocaba el hueso, y no lo declaró luego, porque no se descubriese el hurto. Retiróse á su celda, y se incrementó tanto el ardor con continuos tremores, que buscó esa misma nóche al prelado llevando la costilla. Mas, creyendo que no le molestaria del mismo modo una pequeña parte del hueso, quitóla antes de entregárselo al vicario; pero se engañó; pues, estando en su celda, creció mucho el ardor, y se le estremecia tanto el cuerpo, que de nuevo se delató al prelado, y luego que se dió el pedacito de hueso, cesaron del todo el ardor y los tremores. Su piadoso hurto fué penado de un modo milagroso; pero tuvo, al mismo tiempo, el consuelo de ver la costilla cubierta

de carne fresca y roja, exhalando la misma fragancia que todo el cuerpo.

ARTICULO III.

Aparécese dos veces el siervo de Dios, acompañado de un sacerdote tambien difunto.—Para que no se olvidase la memoria de fray Martin, ni se dudase de que habian sido aceptas á Dios sus obras, ni de que por ellas recibia en el cielo la merecida recompensa; renovaba Su Magestad de tiempo en tiempo los prodigios, entre los cuales deben numerarse sus apariciones.

Se ha dicho que por caridad acogió en su celda á un jóven español, que, recien llegado de Europa, no tenia donde habitar ni cómo subsistir. Este jóven, llamado Juan Vasquez, su compañero cuatro años, y testigo ocular de muchos portentos obrados por su bienhechor, habia declarado algunos cuando se principiaron las informaciones sobre las virtudes del siervo de Dios; pero, no habiendo expuesto cuanto sabia, ó por olvido, ó por temor de faltar á la verdad, lo reprendió fray Martin de esta manera.

Vivia frente al monasterio de las Descalzas de San José, y estando en su habitacion inmediato á la puerta de la calle, cerca de la oracion, con un hijo suyo en los brazos, cuatro años despues de haber hecho su declaracion, oyó que lo llamaban por su nombre y apellido. Salió á la puerta, y vió parados juntos á ella á dos religiosos dominicanos: mas como estos no le dijesen nada, se entró adentro, creyendo haberse equivocado. Pero oyéndose llamar de nuevo, salió segunda vez, y preguntó á los religiosos, si lo buscaban. Hablóle entonces uno de ellos, y le dijo: «Juan Vasquez, ¿no me conoces?» Fijó inmediatamente la vista, y observó que era fray Martin quien le hablaba. Sobresaltóse viendo al que habia muerto muchos años antes; y aun dudaba de lo mismo que veia, como se lo habia profetizado el siervo de Dios cuando fué á despedirse de él, segun se ha dicho. A pesar de sus dudas y temores, no solo conoció á fray Martin, sino tambien al religioso que le acompañaba, el cual era un sacerdote, muerto tambien anteriormente, y á quien veia y trataba en el convento, cuando estaba vivo. Díjole entonces fray Martin: «¿Por qué has andado corto?» Respondióle Vasquez: «¿En qué negocio he sido corto?» «*Declara todo lo que viste y supiste en el tiempo que me acompañaste,*» añadió el siervo de Dios, y dicho esto, le mandó que se recogiese, y él obedeció, temblando por lo que le habia pasado.

A pesar de esta clara aparicion, no cumplió Juan Vasquez

el mandato de fray Martin, ó porque en ese tiempo no se tomaban informaciones, ó porque titubeaba sobre la verdad de lo que habia visto con sus mismos ojos, y escuchado con sus oidos. Así es que, pasado mucho tiempo de este suceso, estando para imprimirse la vida del siervo de Dios, escrita por el padre presentado fray Bernardo de Medina, regente de estudios del convento del Rosario, envió á llamar al mismo Juan Vasquez, para que, ó se ratificase en lo que antes habia declarado, ó añadiese lo que no hubiese dicho por olvido. Fué al convento luego que lo llamaron, y entrando por la Iglesia, se le aparecieron de nuevo fray Martin con el otro religioso sacerdote difunto, y hablándole el primero, le dijo: «¿Cómo has sido tan protervo y tenaz, no haciendo lo que te encargué? Anda prontamente, y declara cuanto sabes.» Verificólo: é insistiendo siempre Dios en acreditar las virtudes de su fiel siervo, aun despues de escrita y publicada su vida, hizo por su intercesion nuevos milagros que constan del proceso.

ARTICULO IV.

Nuevos milagros por intercesion de fray Martin.—1.° Llevando en la mano doña Elvira Moriano, una vasija de barro llena de leche, topó con una ventana, y habiéndose roto el vaso, se le entró un tiesto en un ojo con tal violencia, que rotas las membranas, vertieron los humores contenidos en ellas. Su dolor era tan intenso, que daba alaridos, y el ojo se le inflamó de modo, que parecia haber salido de la cavidad huesosa, que naturalmente ocupa, dejándose ver al mismo tiempo trozos de las membranas dislaceradas. Llamóse á un cirujano, y conociendo este que el ojo gravemente herido no podria en lo sucesivo ejercer su funcion, procuró únicamente calmar los síntomas, y prevenir las convulsiones á que estaba muy expuesta por la intensidad de los dolores. En este conflicto, le envió un religioso dominicano una reliquia de fray Martin, encargándole que se encomendase á él con viva confianza. Atóla doña Elvira al ojo, durmióse luego, y despertando sin dolores, sintió mucho consuelo y firmeza en el ojo, como si estuviera sano. Llegó de mañana el profesor, y quitando el apósito, reparó que sobre él estaba el ojo herido é inflamado, y en el sitio natural otro ojo sano, cristalino y hermoso, criado milagrosamente, con el que veia doña Elvira cuantos objetos se le presentaban. Veinte y un testigos declararon este portento que consta del sumario; y se asegura que la señora conservó por mucho tiempo su antiguo ojo, para manifestar á todos el milagro.

2.° Estando moribundo de una fuerte apoplegía, con los labios torcidos, don Francisco Maldonado, y sabiendo su esposa que una parienta suya tenia una estampa de fray Martin, se la pidió, y aplicándola á la cabeza del enfermo, sanó este en el instante. Seis testigos lo declararon.

3.° Cayó del techo de una casa, que tenia treinta y seis palmos de altura, un niño de cerca de dos años, llamado Melchor Varanda. Fracturóse el cráneo, y privado el niño enteramente de sentidos, derramaba sangre en mucha copia, por ojos, boca y narices. Reputándole sin remedio el cirujano, invocó su familia el auxilio de fray Martin. Solidóse al punto el hueso roto, y se le reconoció sano en el siguiente dia. Cinco testigos comprobaron el suceso.

4.° Al montar una mula doña María Tovilla, fué arrojada por ella con tanta violencia, que no solo le contundió la cara, sino tambien le dislocó la quijada en sus dos extremidades. Como á las veces es dificil la reduccion de ese hueso, no debe extrañarse que no pudiesen colocarle en su sitio dos profesores; pero es muy de admirar que, poniéndose una estampa de fray Martin con devocion y confianza, se introdujese la quijada en sus propias cavidades, como se verificó con asombro de los concurrentes. Siete testigos lo aseguraron jurídicamente.

5.° Despues que, por mucho tiempo, padecia de una molesta estrangurria don Diego Aguilara Fuentes, llegó al extremo de no poder orinar sino por un tubo de plomo que se le introducia en la uretra, cuya extremidad superior sujetaba con un hilo. Sin duda el tubo no tenia asas para que no se escurriese adentro, pues casualmente se introdujo, habiéndose roto el hilo que lo contenia. Llamó varios profesores, y diciéndole estos que su mal no tenia remedio, clamó á fray Martin, aplicándose una estampa suya á la parte afecta, por cuya extraordinaria virtud, no solo tuvo la dicha de que se le saliese el tubo por sí mismo, sino tambien de sanar perfectamente de su inveterada dolencia, con admiracion de todos, y especialmente de los médicos. Así lo declararon diez testigos.

6.° Aplicándose igualmente una estampa de fray Martin, sanó en el momento doña Juana Centellas, de un agudísimo dolor de costado, habiéndola desahuciado los médicos que la medicinaban, como lo afirmaron siete testigos.

7.° Cuando se preparaba el paramento para sepultar á un niño de dos años, llamado José Taboada, que, á juicio de sus asistentes, habia fallecido de una fiebre maligna insuperable á todas las medicinas, pidió su familia al siervo de Dios fray Martin que lo resucitase, y al instante se levantó el niño de la ca-

ma enteramente bueno. Por cinco testigos consta este prodigio.

8.° En los momentos de agonizar don José de los Reyes, por un agudísimo dolor de costado, le hicieron pasar un poco de tierra del sepulcro de fray Martin, implorando su auxilio, y sanó prontamente, cuya milagrosa sanidad aseguraron cinco testigos.

9.° Semejante beneficio logró doña Juana del Prado, cuando estaba agonizando de dolor de costado, mediante una estampa de fray Martin, cuyo auxilio imploró devotamente. Se comprobó el suceso por seis testigos.

10.° Habiéndosele retenido la orina á doña María Caballero Falcon, y entumecídosele el vientre, tomó tierra del sepulcro de fray Martin, y al instante descargándose la vejiga del líquido detenido, quedó buena. Consta por cinco testigos.

11.° Estando gravemente enfermo, de fiebre maligna, un niño de seis años, llamado Francisco Remigio Rivera, llegó al extremo de quedar casi muerto, con los ojos cerrados, y sin sensible pulsacion de las arterias. Se invocó al auxilio de fray Martin, é inmediatamente abrió los ojos, desapareció la fiebre, y se le vió sano, con admiracion de cuantos le habian visto en tan deplorable estado. Asi lo juraron tres testigos.

12.° Llegó al extremo de la vida doña Antonia de Lamos, consumida de una fiebre héctica y ya con la diarrea colicuativa, que en esa enfermedad es el síntoma precursor de próxima muerte. En ese tan deplorable estado, desahuciada de todo socorro en la tierra, ocurrió al cielo, pidiendo á fray Martin que rogase á Dios por ella; y fué tan fervorosa su oracion, que tuvo el grande consuelo de que el siervo de Dios se le apareciese y la sanase en el instante con su celestial visita. En estos doce casos ha sido al parecer extraordinaria la sanidad de los enfermos: y, á lo menos, ninguno de sano juicio podrá dudar del milagro en el primero y tercero. A mas de estos dos, yo califico tambien de milagrosa la sanidad de doña Antonia Lamos, no solo porque de una fiebre héctica antigua, nadie puede sanar naturalmente en un momento; sino tambien por la circunstancia de haber invocado á fray Martin, y de que este se le apareciese, y la sanase.

ARTÍCULO V.

Llega a Lima el Rótulo de Roma, y se celebra con devotísima pompa.—Examinada en Roma la portentosa vida del siervo de Dios, y oida la relacion que hizo de ella el eminentí-

simo y reverendísimo cardenal Vidoni, no omitian diligencia alguna los procuradores de la causa, el padre presentado fray Lorenzo Muñoz, religioso del Rosario, y el abogado don Claudio Bovilland, para el mas pronto y favorable despacho. Con el mismo fin se recibieron en Roma cinco cartas del Rey de España, el señor don Felipe IV, á mas de las que enviaron de Lima el Virey, Arzobispo, Cabildo eclesiástico y secular, la Universidad de San Marcos, las ordenes de Santo Domingo, San Francisco, San Agustin, la Merced, la Compañía de Jesus, San Juan de Dios, y otras muchas, de los procuradores de varias provincias de la India oriental y occidental, y del embajador del rey católico, pidiéndose en todas al Sumo Pontífice, la beatificacion y canonizacion de fray Martin.

Por tan justas y repetidas instancias, se despacharon á Lima por la Sagrada Congregacion, con autoridad del Papa Clemente X, letras de Rótulo y Remisoriales, y el nombramiento de jueces apostólicos, para que formasen el proceso solemne. Tan plausible advenimiento excitó el júbilo mas religioso en todos los habitantes de Lima, y el dia 27 de Octubre del año de 1678, por la tarde, principió su celebracion del modo siguiente:

Colgada la Plaza Mayor y las calles principales de la ciudad, salió del palacio arzobispal un paseo á caballo de todos los religiosos del convento del Rosario, Recoleccion dominicana, Colegio de Santo Tomás; de muchos sacerdotes seculares, caballeros cruzados, ministros del Cabildo eclesiástico, alumnos de los colegios, y muchos honrados ciudadanos. Delante del paseo iban músicos, tambores y clarines marciales, y le precedia el doctor don José de Lara Galan, promotor fiscal y notario mayor, llevando en su mano sobre una salvilla dorada y un rico paño, las letras apostólicas Remisoriales, acompañándole á sus lados el padre maestro fray Gaspar Saldaña, prior y vicario provincial del convento del Rosario, y el padre maestro fray Agustin Valverde; y continuando con órden su paseo hasta las siete de la noche, volvieron al palacio arzobispal. La plaza y calles por donde iba el lucido acompañamiento, estaban cubiertas de yerbas olorosas, se echaban de los balcones y ventanas exquisitas flores; y un repique general de todas las iglesias, que habia principiado á las doce del dia, no cesó hasta las nueve de la noche. En esta, de órden del Gobierno, publicada por bando en la mañana, se iluminó toda la ciudad; en los balcones de los dos palacios y en la casa municipal, se pusieron hachas encendidas; y en la plaza se quemaron fuegos artificiales, rebosando todos en su semblante el gozo que inundaba sus corazones.

En el dia siguiente, cantó en la Iglesia Catedral, Misa solemne de accion de gracias, el señor doctor don Juan Santoyo, su dean y comisario de la Santa Cruzada, y predicó el reverendo padre maestro fray Gaspar Saldaña, prior y vicario provincial. Asistieron á la funcion, el excelentísimo señor doctor don Melchor de Liñan y Cisneros, Virey Arzobispo, la Real Audiencia, el Tribunal de Cuentas, Cabildo eclesiástico y secular, la Universidad, colegios, religiosos de todas las órdenes, y toda la nobleza y pueblo; y despues de cantado el evangelio, subiendo al pulpito el notario de la causa, leyó en alta voz el sobrescrito del pliego que contenia las letras Remisoriales. Al oirle, derramó el concurso copiosas lágrimas de gozo, porque se acercaba el tiempo de ver beatificado y canonizado á fray Martin; y unos á otros referian la heroicidad de sus virtudes, y los milagros obrados por Dios, para confirmar el concepto de santo, en que todos le tenian.

Despues de celebrada esta solemnísima fiesta, se dió principio, en el mismo año, al proceso apostólico, y habiéndose concluido con ciento sesenta y cuatro testigos el año de 1686, se cerró el pliego que lo contenía en la Iglesia Catedral á vista del señor Arzobispo y de los jueces: y sellado el cajon, lo puso su Ilustrísima sobre el altar mayor. Entonóse luego el *Te Deum laudamus*, con música y repique de campanas, en accion de gracias; y al ver el señor Arzobispo el numeroso concurso que no cabia en la Iglesia, derramando muchas lágrimas, dijo: *Así honra Dios á un pobre mulato, que supo servirle y amarle de corazon*. Consideraría entonces su ilustrísima la vanidad del nacimiento, de las riquezas y honores mundanos, y comparando la muerte de los potentados soberbios con la de fray Martin; el total olvido, ó la execrable memoria que se hace de aquellos despues que fallecieron, y el plausible recuerdo de este, prorumpió su corazon en esas expresiones que humillaban á los concurrentes orgullosos, y exaltaban al siervo del Señor.

Acabada esta solemnidad, se retiró el señor Arzobispo, y acompañaron hasta la puerta de la Iglesia, á la comunidad del Rosario, los jueces, Cabildo, nobleza y pueblo. Tomaron luego el cajon el prelado y maestros del convento; mas no le llevaron estos á la Iglesia del Rosario, sino algunos señores del Cabildo y otros personages respetables, que quisieron honrarse llevando sobre sus hombros el cajon que contenia las informaciones; por lo que los religiosos les cedieron su derecho. Habiendo entrado á la Iglesia, se puso el cajon sobre el altar mayor, para ofrecer á Dios las virtudes de su amante siervo; despues sobre el altar de la Virgen Santísima, can-

tándole su antifona, y lo mismo en el del patriarca Santo Domingo.

Repitióse en ese dia el mismo regocijo que hubo por la llegada del Rótulo. Se repicaron las campanas en todas las iglesias; música armoniosa resonaba en las calles por donde pasaba la procesion; el suelo estaba cubierto de flores, y el aire aromatizado con exquisitos olores. Llegada la noche, se iluminó toda la ciudad; hubo tambien fuegos artificiales, salva de artillería, y la notoria santidad de fray Martin avivaba los ardientes deseos, que tenian todos de verle, cuánto antes, numerado en el catálogo de los santos.

Pero como los juicios de Dios son inescrutables, permitió que embarcasen las informaciones de fray Martin y las de fray Juan Masias, en un buque que habia de padecer tristísimo naufragio, lo que retardó mucho el exámen del proceso. Pero sabiéndose en Roma esa desgracia, expidió bula el Papa Inocéncio XII para que, con su autoridad, se copiasen los originales que estaban en Lima. Así se hizo, y llegaron á Roma con el acta del Capítulo general peruano, que se habia celebrado antes, en el año de 1685, en loor del venerable fray Martin.

ARTÍCULO VI.

Apruébanse por el Sumo Pontífice las virtudes en grado heróico de fray Martin.—En el año de 1763 fueron aprobadas sus virtudes en grado heróico, y las de fray Juan Masias; y los decretos pontificios, que aprobaban unas y otras, llegaron á Lima despues de algunos años. Celebróse, como era debido, con la pompa acostumbrada; pero hasta el dia 5 de Abril del año de 1775, no se contestó á Roma por el Metropolitano, pidiendo humildemente al Papa la beatificacion de esos dos venerables siervos del Señor.

Vivia entonces el presbítero doctor don Gregorio Cano, natural de Lima, médico del hospital de la Caridad, excelente teólogo y canonista, de nacimiento y color pardo, y uno de los mas sabios que habia en la capital. Y como en la mañana de dicho dia 5, en que debian caminar las preces, aun no se hubiesen escrito, eligió el señor Arzobispo al doctor Cano, para que las hiciese á su nombre, como tambien se le encomendaron posteriormente, en el año de 1784, las que se remitieron á la Sagrada Congregacion de Ritos, contestando á las letras Remisoriales sobre las informaciones, tomadas por el Ordinario, de las virtudes y milagros del siervo de Dios fray Francisco Camacho, religioso profeso de la órden hospitalaria de San Juan de Dios.

Las preces, en que pedia el señor Arzobispo la beatificacion de fray Martin, fueron estas:

BEATISSIME PATER:

Cùm Martinus Porres, tertiarius dominicanorum vulgo donatis; Limæ in Peruntino regno ortus, à primordiis adeo perfectæ vitæ régimen sanciverit, ut omnium virtutum genere, liquidò viguisset perfectioni se xemplar, religionis decus: Sanctitas Vestra rigida disquisitione expletis omnibus causæ actis, quæ ad præscriptum peragenda erant, Martini heroicas virtutes in trutinam appossuit; et præhabitis Congregationibus, pro renata præparatis, Sanctitas Vestra sub Decreto secundo Kalend. Februarii anno elapsi 1762 promulgato, cum theologalibus virtutibus, fide scilicet, spe, et charitate, nec non cardinalibus, prudentia, justitia, fortitudine ac temperantia, inclitum ac in gradu heroicò possidentem declaravit."

Quæ res huc patefacta, conterranei Martini erga quem in dies eorum accressit benevolentia, utpote qui charitate flagrans, jugi pietatum munere, eos huccusque dulciter allicuit; fibris laxis, summoque gaudio, D. O. Vestræ qui piisimæ Sanctitati in tanti muneris solutionem gratias agere: in quorum ac nostrae Metropolitanæ Ecclesiæ Spirituale solatium, poplite summisso Vestram deprecor Sanctitatem, ut Martinus qui inclyta fide, spe fidisima, charitate fervida prudentia præscia, justitia illesa, fortitudine invicta, temperantia dulci, vita cœlibè, et Deo et proximo uberem segentem præstans, omni virtute clarus eniluit, á Vestra Sanctitate quæ ponit humilis in sublimi, quamprimum inter beatos collocatus, Ecclesiæ denuntietur. Sic rogo: sic peto futurum in solamen istius Diœcesis, cui quò major spes est, hoc magis illa cupit.

D. M. O. in Ecclesiæ augmentum, Beatitudinem Vestram in ævum feliciter. Limæ, Nonis Aprilis anno 1775.—*Didacus Antonius de Parada—Archiepiscopus Limensis.*

TRADUCCION LIBRE.

SANTÍSIMO PADRE:

Instruida Vuestra Santidad de que Martin de Porres, natural de Lima capital del Perú, y religioso de la Tercera Orden de Santo Domingo, á cuyos hermanos llaman comunmente donados, habiendo resuelto, desde su niñez, observar la vida perfecta, adelantándose cada dia con el ejercicio de todas las virtudes, honró la religion haciéndose vivo ejemplar de la perfeccion evangélica. Vuestra Santidad sometió á un rigoroso exámen las

virtudes heróicas de Martin, despues de concluidas las actuaciones de la causa, que deben hacerse conforme á lo que está ordenado por decretos apostólicos. Y precedidas las Congregaciones acostumbradas con los reverendísimos cardenales de la Santa Iglesia Romana, preparadas para este asunto; declaró Vuestra Santidad en su segundo decreto, promulgado en primero de Febrero del año de 1762, ínclito á Martin, y que poseia en grado heróico las virtudes teologales, fé, esperanza y caridad, y las cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Luego que llegó á Lima tan plausible noticia, como los paisanos de Martin le han tenido siempre en el mejor concepto, y cada dia se aumente la estimacion á su persona, porque hasta ahora los atrae dulcemente con el recuerdo de su inflamada caridad, y de sus piadosos y continuos socorros; ensanchando sus corazones por el júbilo interior que rebosan, dan afectuosas gracias á Dios y á Vuestra piadosísima Santidad, por corresponder de algun modo á tan grande beneficio. Para su consuelo y el de nuestra Iglesia Metropolitana, puesto de rodillas, ruego á Vuestra Santidad, que, pues Martin, glorificando á Dios y aprovechando mucho á sus prójimos con su fé constante, esperanza firme, caridad ardiente, prudencia prevenida, justicia inmaculada, fortaleza invicta, templanza grata y vida casta, sobresalió y se hizo célebre practicando todas las virtudes, Vuestra Santidad, que ensalza á los humildes, denuncie, cuanto antes, á la Iglesia que debe numerarse entre los bienaventurados.

Esto ruego y espero que así sea, para consuelo de esta Diócesis, que tanto mas lo anhela, cuanto es mayor la esperanza que tiene de que se realice.

El Señor conserve y prospere muchos años á Vuestra Santidad para incremento de la Iglesia.—Lima, 5 de Abril de 1775. —*Diego Antonio de Parada*—Arzobispo de Lima.

ARTÍCULO VII.

Obra Dios en Lima, por intercesion de fray Martin, un portentoso milagro, con motivo de haberse aprobado la heroicidad de sus virtudes.—Confirmó Dios la aprobacion de las virtudes de fray Martin, haciendo en honor de este su fiel siervo, un estupendo milagro en doña María Fuentes y Galvez, muger legítima de don Severino Ceballos, residente en la ciudad de Guayaquil. Se le formó á esa señora, en el año de 1780, una apostema en sitio vergonzoso, la que se extendia hasta la

parte superior é interna del muslo derecho. El natural pudor, y la vana esperanza que concibió de mejorarse con apósitos comunes, no le permitieron llamar un cirujano que la medicinase; por cuya omision, se abrió naturalmente la apostema y se le formaron varios senos fistulosos, que al fin tocaron al extremo de ser irremediables por el arte. Así es que se abrieron sucesivamente varias boquillas en el espacio intermedio de las dos vias naturales, las que, vertiendo sanies icorosa y fétida, ocasionaba á la paciente agudísimos dolores. Por último, penetrando la materia acre de fístulas hasta lo interior de ambos conductos, llegó á corroerlos y desorganizarlos de tal modo, que salia dicha materia á un mismo tiempo por la uretra y por el ano, y tanto los excretos como la orina, por una y otra via natural, hasta que, dilacerado enteramente el septo que las divide, se formó de ambas una sola boca.

Habiendo doña María perdido la esperanza de mejorarse con los socorros vulgares, y atormentada hasta lo sumo por la copia y hediondez del pus fétido y acre, y por la acerbidad de los dolores, cedió á la necesidad y á los ruegos de su esposo, y convino en que la medicinasen los profesores del lugar; á cuyo fin fueron llamados el doctor Ruiz, protomédico, el doctor Carrasco, y tres cirujanos. Recetáronle estos facultativos los remedios internos y externos que juzgaron oportunos; y por último, dilató uno de los cirujanos, con el bisturí, los senos fistulosos, hasta donde pudo sin peligro; mas todo fué en vano, pues se formaron nuevos senos, con otras bocas rodeadas de callosidades.

Pasado un año de este tratamiento infructuoso, salió doña María de Guayaquil para Piura, por consejo de los profesores, que creian podria mejorarse por la sequedad del temperamento y salubridad de las aguas; pero, como no hubiese ningun facultativo en la ciudad, á pocos dias se fué á Lambayeque. Allí dos cirujanos resolvieron que se diese baños generales tibios y las fricciones mercuriales; y concluidas estas, se le hizo nueva operacion, separando en ella las callosidades, y dilatando los senos. Mas la enfermedad era insuperable á la medicina, y los medios practicados solo sirvieron para aumentar su angustia y exacerbar sus dolores por el espacio de otro año.

En tan tristísimo estado, deseando algun alivio y consuelo, vino á Lima el año de 1783, en cuya capital ha habido siempre excelentes médicos y cirujanos. Informándose de los que tenian mayor opinion, llamó sucesivamente al cirujano francés, don Felipe Box, á don Francisco Mendoza, á don Miguel Utrilla, á don Francisco Navarro, á don Mariano Villarroel y á don

José Escolástico Sanchez, entre los cuales los cuatro primeros habian adquirido grande reputacion. Pero, como cada uno en su vez, experimentando la inutilidad de los remedios radicales, la prescribiese únicamente un método paliativo, y la dijese que su mal era absolutamente incurable, desahuciada de todos, perdidas sus fuerzas, y extenuada hasta lo sumo, esperaba la muerte en su triste y desamparado domicilio.

Hallándose en este infeliz estado el año de 1785, supo, por el alborozo general, que habian sido aprobadas por el Papa las virtudes en grado heróico de los siervos de Dios, fray Juan Masias y fray Martin de Porres, y diciéndole una comadre suya que se encomendase á cualquiera de los dos, porque los siervos de Dios hacian milagros cuando estaban para canonizarse, se inclinó solo á fray Martin, tal vez por limeño y haberse educado en Guayaquil, país de ella. Al instante cobró aliento su corazon abatido; y avivando la confianza en la intercesion del siervo de Dios, salió de su casa, sita abajo del Puente, y caminó doce cuadras hasta la Recoleta Domínica, para encomendarse á fray Martin, y pedir á los religiosos tierra de su sagrado sepulcro.

Habiendo llegado á la porteria, vió un retrato de fray Martin de Porres, y pidiéndole á Dios fervorosamente que le concediese la salud por intercesion de este su fiel siervo, cayó desmayada; mas recobróse luego bebiendo agua fresca, que le suministró un religioso, quien la dijo que en el convento del Rosario estaba el sepulcro de fray Martin. Volvió á su casa sin el cansancio y fatiga que eran regulares; pues, aunque continuaban los dolores, no eran tan intensos, y habiendo conseguido á pocos dias tierra del sepulcro de fray Martin, la puso sobre el apósito acostumbrado, y la contuvo con una venda.

Como cesasen al instante los dolores y la emanacion purulenta, se levantó doña María el apósito hasta el tercer dia, en el que, viendo cerradas las fistulas y reparada enteramente la parte afecta, llamó al marido y á las amigas que la acompañaban. Registráronla, y aunque comprimian fuertemente el sitio, no vertia la menor gota de pus, notándose solo en la parte una pequeña cisura. Fervorizada mas la paciente á vista del prodigio, se aplicó otro poco de tierra que le habia quedado; y al siguiente dia se vió, no solo enteramente cerrada esa pequeñísima abertura, sino que, en vez de quedarle cicatriz y fruncimiento en dicha parte, solo se veia una leve mancha que designaba el sitio del anterior padecimiento. Presto recobró perfectamente sus fuerzas, y habiendo contraido segundo matri-

monio con don Francisco de Paula Garcia, por el fallecimiento de su primer esposo, logró ver el fruto de sus segundas nupcias.

No pudo quedar en silencio tan claro y estupendo milagro. Publicáronle la señora, su esposo, y cuantos pudieron testificarle. Pidió luego la religion del Rosario al señor Arzobispo, que se comprobara el hecho, y por mandato de su Ilustrísima declararon la verdad de cuanto se ha referido, la señora, sus asistentes y amigos, y el religioso que habia sacado la tierra del sepulcro. Juraron, por la misma autoridad del Ordinario, todos los profesores que habian medicinado á la señora, declarando que su mal habia llegado al término de incurable, y que se hallaba perfectamente sana de un modo extraordinario. Nombráronse luego tres profesores ilustrados, distintos de los que la habian curado, á saber, el doctor don Cosme Bueno, el doctor don Domingo Egoaguirre y don Agustin Perez, para que la examinasen y viesen si estaba sana, y los tres, no solo aseguraron que se hallaba buena, sino tambien que era nuevo milagro la leve mancha que se notaba en vez de una cicatriz desigual, áspera y profunda, y el que hubiese concebido en su seno. (*) Probado el milagro por los médicos y cirujanos, eligió su Ilustrísima cuatro teólogos y otros tantos canonistas, para que dictaminasen sobre la realidad del portento, teniendo á la vista lo actuado. Ninguno disintió en la comprobacion del milagro; pero el padre maestro Larrea, de la órden de San Agustin, uno de los teólogos, exigió que se buscase al religioso que habia socorrido á doña María en la Recoleta, para que se esclareciese, si acaso habia sido el mismo fray Martin. Se examinaron todos los religiosos, y ninguno dió noticia de lo ocurrido; se tomó razon del lugar donde se hallaban los que habian dejado el hábito, y se escribió á las ciudades y pueblos donde se supo que habitaban; pero todo fué en vano.—Se perdió mucho tiempo en estas diligencias, y entre tanto fallecieron el maestro Larrea y el señor Arzobispo. Asi es que ignoro si se remitió á Roma el sumario de las declaraciones, y dictámen de los sabios sobre la realidad del milagro, ó si habiéndose remitido se perdió por las convulsiones políticas de la Europa, y guerra dectructora de la España, primero con Francia y despues con Inglaterra.

Compete al señor Arzobispo electo ver si hay constancia en su archivo de haberse remitido el proceso.

(*) Tengo á la vista el dictámen de esos sabios médicos, del que he extractado cuanto refiero de esta historia y milagrosa sanidad.

ARTÍCULO VIII.

CELÉBRASE EN LIMA LA PRÓXIMA BEATIFICACION DE FRAY MARTIN.—Despues de aprobadas las heróicas virtudes de fray Martin, pasaron muchos años sin que tuviésemos noticia del estado en que se hallaba su causa, porque la revolucion de Europa y América suspendieron la comunicacion de esta con aquella. Finalmente, en el año de 1835, recibió el muy reverendo padre maestro fray Lázaro Balaguer y Cubillas, prior del convento del Rosario, una comunicacion del muy reverendo padre maestro provincial de la religion dominicana en Chile, en la que participaba la próxima beatificacion de los siervos de Dios Masias y Porres, y la órden del General, de que remitiese algunas reliquias de los cuerpos de uno y otro. Posteriormente el ilustrísimo señor Arzobispo finado, doctor don Jorge Benavente, dió al mismo reverendo padre maestro fray Lázaro Balaguer y Cubillas un decreto pontificio, que se le habia remitido de Roma, en el cual se declaraba solemnemente que se podria proceder á la beatificacion de fray Martin, cuyo tenor es el siguiente, vertido del latin al castellano.

DECRETO

DE LA BEATIFICACION Y CANONIZACION DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS FRAY MARTIN DE PORRES, TERCERO PROFESO DE LA ÓRDEN DE PREDICADORES EN LIMA, ACERCA DE LA DUDA DE, SI HABIÉNDOSE APROBADO LAS VIRTUDES Y LOS MILAGROS DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS, SE PODRIA PROCEDER Á SU SOLEMNE BEATIFICACION.

Habiendo entrado el venerable Martin de Porres, en su edad juvenil, á la esclarecida religion de Santo Domingo, y asociádose á los legos que sirven bajo las banderas del mismo patriarca, logró, por disposicion de la Divina Providencia, tener por compañero al venerable Juan Masias, entre los que componian la ínfima congregacion de legos. Pasando uno y otro su larga vida en los conventos de la ciudad de Lima, capital de la region Peruana, y estrechados con los vínculos de un mismo instituto y de una cordial amistad, se ejercitaron mútuamente y á porfia en las sublimes virtudes, y dieron insignes ejemplos de la vida perfecta, así en los claus-

tros como fuera de ellos. Pero, así como estos excelentes varones fueron celebrados en todas partes, y elevados con las bendiciones de los pueblos, asi en las cercanias de la muerte, como despues que consumaron su carrera, y tanto por su humildad, como por su observancia religiosa y su piedad, así tambien parece que la Divina Providencia quiere que á un mismo tiempo reciban juntos los honores y el culto que merecen los bienaventurados.

Pues así como el Papa Clemente XIII declaró solemnemente, en el día 2 de Febrero del año 1762, ser constantes las virtudes en grado heróico del venerable Juan Masias, así tambien declaró solemnemente por dos decretos públicos en el dia 27 del mismo Febrero, que eran evidentes las virtudes en grado heróico del venerable Martin de Porres. Como, á mas de esto, fuesen confirmadas las virtudes en grado heróico de uno y otro siervo de Dios, mediante muchos milagros que hizo Dios por intercesion de ellos, se examinaron antes por tres veces, segun es costumbre, los milagros que se decian hechos por intercesion del venerable Juan; y pareciéndole bien aprobarlos á Nuestro Santísimo Papa Gregorio XVI, se allanó el camino para que se diesen al venerable Juan los honores del altar, mediante un decreto, publicado el 31 de Enero del año que corre, 1836.

Y así como Su Santidad habia recomendado los milagros obtenidos por intercesion del venerable Juan, así tambien aprobó rectamente, por decreto dado á luz el 20 de Marzo próximo pasado, los milagros que se decian haberse obtenido invocando al venerable Martin, habiendo precedido igualmente las consultas acostumbradas.

Nada, pues, faltaba para que se decretase tambien al venerable Martin el culto de los bienaventurados, sino el que, segun es costumbre, se discutiese la última duda, á saber: si habiéndose aprobado las virtudes y los milagros del siervo de Dios, se podria proceder con seguridad á su beatificacion. Por lo tanto, habiéndose convocado las juntas generales el día 26 de Abril próximo pasado, concurrieron en el Palacio Apostólico del Vaticano, no solo los reverendísimos cardenales encargados de los Sagrados Ritos, sino tambien los demas padres, y se resolvió, por el sufragio unánime de todos, acerca de dicha duda, que se podia proceder con seguridad.

Pero el Santísimo Señor demoró su resolucion, hasta que con fervorosos ruegos se implorase el auxilio de la eterna Sabiduría, para concluir tan árduo negocio. Aproximándose entre tanto la anual festividad del santo patriarca Domingo, juz-

gó que este tiempo era el mas oportuno para decretar los honores de bienaventurado al venerable Martin de Porres, hijo de Santo Domingo, para colmar de este nuevo gozo á la ilustre familia de Domingo, que alegre celebra la gloria de su Padre.

Por lo cual en este dia, Dominica diez despues de Pentecostés, y primera de Agosto, habiéndo nuestro Santísimo Señor procurado tener á Dios propicio con santos sacrificios, mandó que concurriesen en el Palacio Quirinal, los reverendísimos cardenales, Carlos María Pedicini, Obispo de Palestrina, vicecancelario de la Santa Iglesia Romana, y prefecto de la Congregacion de los Sagrados Ritos, Carlos Odescalqui, Obispo de Sabina, vicario de la ciudad y relator de la causa, el reverendo padre Virgilio Pescetelli, promotor de la Santa Fé, y yo tambien el infrascrito secretario, y estando reunidos, pronunció Su Santidad, en presencia de todos, que se podia proceder con seguridad á la beatificacion del venerable Martin de Porres.

A mas de esto, ordenó que se publicase este decreto, que se inscribiese en las actas de la Congregacion de los Sagrados Ritos, y que se expidiesen letras apostólicas, en forma de breve, para la beatificacion, que se concluiria en la basílica Vaticana á su debido tiempo.

C. M. Obispo de Palestrina, vice-cancelario, prefecto de la Santa Iglesia Romana y de la Congregacion de los Santos Ritos.—En el lugar del sello.—*José Gaspar Patani*—Secretario de la Sagrada Congregacion de Ritos.—En Roma, año de 1836.

Se celebró tan plausible noticia con un repique general, y en el dia siguiente habiéndose adornado mucho la Iglesia del Rosario por el reverendo padre prior fray Lázaro Balaguer y Cubillas, se cantó en ella el *Te Deum* y una Misa solemne, con asistencia de la nobleza y de inmenso pueblo.

A pocos dias se descubrió, en presencia del señor Arzobispo, el sepulcro de fray Juan Masias, que estaba en la Recoleta Dominicana, á cuyo cuerpo, que se notó incorrupto, íntegro y seco, se le cortó un brazo para remitirlo á Roma. A pocos dias, con asistencia del mismo señor Arzobispo, se practicó igual diligencia en la capilla del Santo Cristo, situada en lo interior del convento del Rosario, donde estaban sepultados los huesos de fray Martin con la debida seguridad. Faltaban algunos que se habian dado á personas distinguidas, en las diversas traslaciones que se habian hecho de ellos, temiendo que los hurtasen algunas personas que los pedian con celo imprudente y piadoso. Separáronse tres huesos, los que, con

el brazo de fray Juan Masias, fueron encerrados y sellados por el reverendo padre prior fray Lázaro Balaguer y Cubillas, en una rica caja para remitirlos á Roma, adònde llegaron felizmente: y al mismo tiempo, escribió dicho padre prior á Su Santidad, una carta latina, en la que, con las expresiones mas tiernas y afectuosas, ruega al Santo Padre que cuanto antes declare, no solo beatos, sino tambien santos, á los dos venerables siervos de Dios, fray Juan Masias y fray Martin de Porres, para consuelo de su religion y de esta República Peruana.

El dia 8 de Agosto de 1837, se publicó en Roma la Bula de Beatificacion del venerable fray Martin de Porres; el 29 de Octubre del mismo año, se solemnizó en la basílica Vaticana, y en Mayo del año siguiente, la religion dominicana en su Iglesia de Santa María Super Minervam, celebró por tres dias, con mucha magnificencia, la beatificacion de fray Juan Masias, y por otros tres, la de fray Martin de Porres, venerando y osculando en ellos el pueblo romano las reliquias remitidas de los dos bienaventurados, las que sucesivamente se llevaron á todas las ordenes religiosas en el mes de Julio próximo, para que, cada una participase del mismo consuelo espiritual, rindiéndoles el debido culto.

Llegaron por fin á Lima las dos bulas deseadas por tanto tiempo, en las que el Soberano Pontífice declara bienaventurados á los dos siervos de Dios, fray Juan Masias y fray Martin de Porres, y se avisó al público tan plausible suceso, con un repique general. En ese mismo tiempo estaba reunido en Huancayo el nuevo Congreso Constituyente, y aun no se habia instalado el Consejo de Estado, que segun la Constitucion debia dar curso á las bulas; pero habiéndose reunido en el mes de Enero inmediato, se ha puesto el *exequatur*. Esperamos que las autoridades civil y eclesiástica y el muy reverendo padre maestro fray José María Luna, actual prior del convento del Rosario, solemnicen con toda la pompa posible á estos dos bienaventurados que florecieron en Lima, y de los cuales uno nació y murió en este privilegiado suelo. Y si tanto el Virey como el Arzobispo, clero regular y secular, nobleza y pueblo, celebraron con grandiosa fiesta y demostraciones de religioso júbilo, la llegada del Rótulo y letras Remisoriales, para que se formase, con autoridad apostólica, el proceso sobre las virtudes de fray Martin, como llevo dicho en el artículo 5.° de este último capítulo, ¡cuánta no deberá ser la solemnidad el dia que se coloque en el altar! Es verdad que la guerra devastadora ha arruinado todos los fondos y medios de subsistencia, y que la miseria se ha sostituido en Lima á

su antigua opulencia; pero asi como al vicio no le faltan recursos, mucho menos á la piedad. Y siendo esta característica del pueblo limeño, no dudo de que se esforzarán todas sus clases para cooperar á un acto tan justo, y que perpetuarán de este modo la memoria de su corazon tan fiel como piadoso.

Pareciéndome conveniente concluir esta historia con la Bula de la Beatificacion, la hice reimprimir fielmente, teniendo á la vista el original.

ARTÍCULO IX.

BULA DE LA BEATIFICACION DE FRAY MARTIN DE PORRES.

GREGORIUS PP. XVI

AD PERPETUAM REI MEMORIAM.

Cum semper in Catholica Ecclesia tuenda, ejusque Sanctitate illustranda admirabilem Dei Optimi Maximi potentiam tot tantisque ostentis fulgere conspicimus, tum in insignibus gloriosisque sanctorum hominum gestis, ita ea omnibus aperte declaratur, ut cœlestis illa vis, qua Deus Ecclesiæ suæ perpetuo sese ad futurum promisit, numquam aut manifestius apparere, aut magnificentius agere videatur. Ipsi enim adspirante divini numinis aura, humanæ naturæ infirmitatem prætergressi, et spectaculum facti mundo, angelis atque hominibus, cum egregiarum virtutum copia, et miraculorum fama longe multumque antecellant, summam Dei potentiam, ejusque Ecclesiæ sanctitatem, majestatemque mirandum in modum predicant, atque testantur. Splendidissimum divinæ hujus potentiæ testem habemus VENERABILEM SERVUM MARTINUM DE PORRES, quem ex inclyta Sancti Dominici familia sodales inter operarios tertii Ordinis adlectum, post vitam sanctissime exactam, omnimque virtutum splendore mirisque prodigiis illustrem, nunc in cœlesti Jerusalem triumphali inmortalis gloriæ corona circumdatum esse lætamur. Nam ipse parentibus nobili viro Joanne de Porres et Anna Velesquez quinto idus decembris anno à reparata salute MDLXXVIII Limæ in America meridionali natus, simul atque in lucem editus, in eo ipso salutari fonte, ubi sexennio post admiranda illa ac penitus dilecta Virgo Limana Rosa baptismate fuit abluta, mystico regenerationis labacro rite expiatus, vel ab ipsa infantia illustria humilitatis, mansue-

tudinis, modestiæ, pietatis atque effusæ in pauperes naturæ specimina præbere visus est. Ineunte vero adolescentia chirurgicam artem edoctus, qua semper in ægenis potissimum ulla absque mercede curandi usus, ab omnibus oblectamentis abhorrens, illud unum in deliciis habebat Deum ex animo colere, Virginem Matrem mirabili amore prosequi, precationi instare, templa adire, ad pœnitentiæ sacramentum frecuenter accedere, cœlesti sæpe refici dape, calamitosis omni ope et opera auxilium ferre, et corpus quotidianis afflictare jejuniis. Cum autem decimum quintum ætatis annum ageret majore semper in dies desiderio flagrans, se totum Deo devovendi, eumque vitæ statum ineundi, in quo ab mundi illecebris periculisque semotus, Deum unum quærere, eique uni omnino adhærere posset, oblitus generis, domus, parentum, voti compos factus, religiosæ Sancti Dominici familiæ nomen dedit, ibique sodalibus operariis tertii ordinis adscriptus, quemadmodum enixis præcibus affligitarat, omnigeno virtutum apparatu instructus, communi omnium admiratione tirocinium exegit. Mirum profecto est quo studio virtutes quasque magis magisque colendas, amplectendasque susceperit, ubi suam fidem eidem ordini perpetuo obstrinxit. Humilitatem enim firmissimum virtutum omnium fundamentum ita dilexit, ut nihil ei tam gratum, tamque jucundum esset, quam abjectiora, et viliora quæque cœnobii ministeria obire, se maximum peccatorem appellare, et summissis genibus illorum pedes deosculari, qui eum contumelliis, conviciis, ludibriis consectari solebant. Etsi vitam innocentissimam ageret, tamen suum corpus quotidianis attritum jejuniis, diu noctuque flagris cædere, cilicium ferreasque catenas gestare numquam destitit, dici ut rectissime possit, quod *mortificationem Jesu in suo corpore* circumferret. Qui vero in eo humanarum rerum contemptus! quæ mira paupertas! quæ fida intaminatæ pudicitiæ inviolatique pudoris custodia! Tanta in Deum charitate æstuabat, ut vel levissimæ culpæ speciem horreret atque defugeret, dies noctesque precando traduceret, sermones non de aliis umquam nisi de Deo, rebusque cœlestibus frecuentes haberet, omnes ad Dei amorem inflammaret, acerbissimos Jesu Cruciatus continenter recoleret, in sacro Corporis, et Sanguinis Christi mysterio contemplando diu immotus consisteret, pro Deo vitam profundere tum maxime optare, cum præsertim in Sinarum, et Japoniæ imperiis effrænatum ethnicorum furorem in christianorum cæde crudelissime debacchari cognosceret, et quam sæpissime ad pœnitentiæ sacramentum, ac divinum convivium eo pietati sensu accederet, ut cœlestis ardor toto ex ejus ore emicaret videretur. Hic tam

incensus in Deum amor, egregiam in eo charitatem fovebat, qua singulos quosque mirifice complectebatur homines. Itaque singulari studio pauperes præsertim, quos in oculis semper gerebat, non modo christianæ fidei rudimentis imbuere, atque ad salutis iter omni ratione deduceret nitebatur, verum etiam de cujusque molestiis, et angoribus vehementer sollicitus eo potissimum spectabat, ut adversis hominum rebus perfugium, ac solatium præbere posset. Hinc et aliorum opem implorare, et stipem cogere consuevit, quo miseris puellis dotem, aliisque calamitosis de pristino præsertim dignitatis ac splendoris gradu dejectis vestes, cibaria, pecuniam, et cujusvis generis adjumenta conferret. Ægrotos vero, et præcipue morientes vel in cœnobio, vel extra, vel in publicis valetudinariis frequenter invisere, omnia illis charitatis officia exhibere, eorum commiserari miserias, eosque consolari, ac simul juvare studebat, quo pie religioseque in osculo Domini ex hac vita migrarent. Eodem charitatis igne succensus cum vehementer doleret puerulos patrum nescios, et liberos parentibus orbatos maximis obrui malis, ut eorum saluti succurreret, Limæ Collegium excitandum curavit, ubi illi et alii, atque ad omnem pietatem honestatemque intitui possent. Mirabantur quidem omnes quomodo unius homunculi religiosæ disciplinæ legibus adstricti opera, atque industria tot rebus agendis, tot laboribus obeundis, tot subsidiis comparandis sufficere umquam posset. Omnes humanitatis sensus indutus ea benignitate præstaba, ut vel bruta ipsa animalia salutarem illius operam curamque continenter fuerint experta. Hanc tam eximiam cumulatamque virtutem iis cœlestibus donis ornatam voluit Deus, quæ in MARTINUM congessit. Etenim quamvis ipse optimarum artium, ac disciplinarum omnino rudis, tamen de sublimioribus fidei misteriis tam apte loquebatur, ac tanta doctrina gravissimas quasque theologicas quæstiones dirimebat, ut doctissimi viri summopere admirantes illiterati hominis sapientiam, eam divinitus haustam una voce prædicarent. Neque id solum, nam et futura prædicere, et cordium abdita penitus cognoscere, et dœmonis insidias atque impetus detegere, et salutaria documenta præbere, et prodigia edere, et cœlestibus colloquiis perfrui solebat. Jam vero MARTINUS tot tantisque cumulatus virtutibus cœlo maturus, diutino morbo conflictatus, intermissis nunquam charitatis operibus, postquam suam mortem pluries prædixit, sexagesimum ætatis annum agens, omnibus Ecclesiæ sacramentis rite sancteque munitus, tertio Non. Novembris anno MDCXXXVIIII serena fronte, hilarique vulto efflavit animam, in Domini sinum, am-

plexumque advolans, quem unum in tota vita quæsierat, ac tantopere dilexerat.

Cum autem ejus sanctitatis fama multis probata prodigiis in dies percrebuerit, causa de more ad Congregationem VV. Fratrem Nostrum S. R. C. Cardinalibus sacris ritibus præpositorum de virtutibus delata, rec. mem. Clemens PP. XIII Prædecesor Noster solemni decreto tertio Kalend. Martii anno MDCCLXIII emisso, eas heroicas esse sancivit. Postmodum vero de miraculis quæ ad illius sanctimoniam hominibus significandam, eo suffragante á Deo patrata dicebantur, actum est, quorum duo præ cœteris ab eodem sacrorum rituum conventu iterum, ac tertio consueta lance librata, perspecta atque discussa, Nos decreto decimotertio Kalendas Aprilis MDCCCXXXVI ad probanda censuimus. Nos itaque omnibus Christi fidelibus, iis præcipue, qui religiosæ vitæ legibus sese obstrinxerunt, tot illustria virtutum exempla palam proponere cupientes, rebus omnibus iterum dilligentissimo examine perpensis, tanti viri honorem, et venerationem, hisce potissimum asperrimis atque luctuosissimis christianæ, et civilis reipublicæ temporibus ad majorem Dei gloriam quantum in Nobis est promovere decrevimus. Etenim eadem Congregatio coram Nobis quinto Kalendas Maii MDCCCXXXVI coacta, auditis etiam Consultorum suffragiis uno spiritu, unaque voce censuit posse, cum Nobis videretur, commemoratum Dei servum beatum declarari omnibus cum indultis, donec solemnis ejus peragatur canonizatio. Nos igitur piis enixis que totius inclytæ Dominicæ Familiæ precibus, atque in primis dilecti filii Tomæ Hyacinthi Cipolleti ejusdem Fratuum Predicatorum Ordinis supremi Moderatoris, seu Magistri Generalis hic in Urbe hujus causæ Postulatoris permoti, ex commemoratæ cardinalium Congregationis consilio et assensu auctoritate Nostra apostolica harum literarum vi facultatem facimus, atque impertimur, ut idem Dei servus Martinus de Porres sodalis operarius tertiarius professus Fratuum Ordinis Predicatorum, beati nomine in posterum nuncupetur, ejusque corpus, et lypsana seu reliquiæ (non tamen in solemnibus supplicationibus deferendæ) publicæ fidelium venerationi exponantur, imagines quoque radiis seu explendoribus exornentur. Præterea eadem auctoritate Nostra concedimus, ut de eo recitetur quotannis Officium, et Missa de communi confessoris non pontificis cum orationibus propiis á Nobis adprobatis, juxta rubricas Missalis, et Breviarii Romani. Ejusmodi vero Officii recitationem Missæque celebrationem fieri concedimus duntaxat Limæ, atque in ejus diœcesi, itemque omnibus in templis ubi

Fratrum Predicatorum Ordo institutus reperitur, die quinta Novembris ab omnibus Christi fidelibus tam sæcularibus, quam regularibus, qui horas canonicas dicere tenentur. Et quantum ad missas attinet, etiam ab omnibus sacerdotibus, ad ecclesias, in quibus festum peragetur confluentibus. Denique concedimus atque indulgemus, ut anno ab hisce literis datis primo, solemnia beatificationis servi Dei MARTINI DE PORRES in templis diœceseis, et Ordinis de quibus habita mentio est, celebrentur cum Officio, et Sacris seu Missis duplicis majoris ritus, quod quidem fieri præcipimus die ab Ordinariis sacris Præsidibus indicenda, ac postquam ea solemnia in Basilica Vaticana fuerant expleta, cui Nos sacræ pompæ diem vigesimum nonum mensis Octobris hujus anni statuimus. Non obstantibus Constitutionibus et Ordinationibus apostolicis, et Decretis de non cultu editis, cæterisque contrariis quibuscumque. Volumus autem ut harum literarum exemplis etiam impressis dummodo manu Secretarii prædictæ Congregationis subscripta sint et sigillo Prefecti munita, eadem prorsus in disceptationibus quoque judicialibus fides habeatur quæ Nostræ Voluntatis significationi hisce literis ostentis haberetur.

Datum Romæ apud Sanctam Mariam Majorem sub annulo Piscatoris die octava Augusti anno MDCCCXXXVII Pontificatus Nostri anno septimo.

Loco signi.—Pro DOM. CARD. DE GREGORIO
A. PICCHIONI—Substitutus.

TRADUCCION DE LA BULA

POR EL PADRE MAESTRO FRAY ANGEL VICENTE DE ZEA DEL ÓRDEN DE PREDICADORES EN ESTA CIUDAD, PUBLICADA EN EL PERIÓDICO TITULADO «EL PERUANO,» EL DIA 5 DE FEBRERO DEL PRESENTE AÑO.

GREGORIO XVI PAPA

PARA PERPETUA MEMORIA.

Siempre vemos resplandecer el admirable poder del Maximo y Optimo Dios en tantos y portentosos prodigios, así en el cuidado de la Iglesia Católica como en el lustre de su santidad, de tal suerte que á todos es constante que aquella fuerza celestial, con la cual Dios prometió á la Iglesia su perpetua asistencia, nunca aparece mas manifiesta ni mas magnífica que en los insignes y gloriosos hechos de los santos.

Estos, pues, inspirando el soplo del divino Númen, sobrepujaron la debilidad de la naturaleza, y hechos el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres, con la copia de sus heróicas virtudes y milagros, se aventajaron mucho, y con admirable modo predican y testifican la omnipotencia divina y la santidad y la magnitud de la Iglesia. El esplendidísimo testigo que tenemos de este poder divino, es el venerable siervo de Dios Martin de Porres, quien, asociado entre los terceros sirvientes de la ínclita familia de Santo Domingo, despues de una vida santísimamente ocupada, é ilustrada con el esplendor de todas las virtudes y admirables prodigios, nos regocijamos de que ahora esté en la celestial Jerusalen adornado con la triunfante corona de la inmortalidad. Sus padres fueron el noble varon Juan de Porres y Ana Velasquez. Nació el 5 de los Idus de Diciembre (que es el dia 9) año de la Encarnacion del Señor 1578 (*) en Lima, ciudad de la América Meridional, y fué dado á la luz de la gracia en la misma fuente bautismal donde seis años despues fué lavada la admirable y muy amada de Dios virgen limeña Rosa. Despues de su bautismo, y desde su misma infancia, empezó á dar pruebas ilustres de su humildad, mansedumbre, modestia, piedad y natural inclinacion al socorro de los pobres. Llegando á la adolescencia, estudió el arte de la cirugía, el que ejercitó graciosamente con los pobres. Aborreciendo todas las diversiones, todo su deleite era adorar á Dios, encomendarse á la Santísima Vírgen con admirable ternura, instar en la oracion, visitar los templos, acercarse frecuentemente al sacramento de la penitencia, alimentarse con el celestial pan de la Eucaristía, dar todo auxilio á los necesitados, y domar su cuerpo con cuotidianos ayunos. Llegando á los quince años de su edad, ardiendo siempre en mayores deseos de entregarse todo á Dios y de tomar aquel estado en que, apartado de los atractivos y peligros del mundo, pudiese buscar solo á Dios y dedicarse á su servicio, olvidando su casa, padres y familia, se acogió á la religiosa comunidad de Santo Domingo, y fué agregado á los terceros sirvientes, como lo pidió con esforzados ruegos. Adornado con la gala de todas las virtudes, pasó el noviciado con admiracion de todos. Maravilloso en verdad fué el cuidado que puso en cultivar y abrazar mas y mas to-

(*) Sin duda por yerro del que imprimió en Roma la Bula, se puso el año 1578 por 1579, en que nació el beato Martin de Porres, segun consta de la partida de bautismo y del sumario. No pudo ignorar esto el padre maestro Zea, pero, sin embargo, tradujo literalmente lo que leyó en el original.

das y cada una de las virtudes con que se obligó perpetuamente en el mismo órden. De tal suerte amó la humildad, firmísimo fundamento de todas las virtudes, que nada le era mas grato y deleitable que desempeñar los mas despreciables y viles oficios del convento: que el llamarse el mayor pecador, y, dobladas las rodillas, besar los pies de los que le solian llenar de oprobios, contumelias y escarnios. Aunque llevaba una vida inocentísima, no cesaba de mortificar su cuerpo con ayunos cuotidianos, y de macerar dia y noche la carne, ensangrentándola con cadenas de hierro, cilicios y otras penitencias, de modo que podia decir que llevaba en su cuerpo la mortificacion de Jesucristo. A la verdad ¡qué desprecio de todas las cosas humanas, qué admirable pobreza, qué fiel custodia de la pura castidad y del inviolable pudor! Ardia en tanta caridad de Dios, que se horrorizaba y huia de toda especie de culpa, aun la mas leve, y pasaba los dias y noches en continua oracion: sus conversaciones frecuentes, no eran mas que de Dios y de las cosas celestiales: á todos los queria inflamar en el amor divino: incesantemente recordaba los acerbísimos dolores de Jesucristo, y contemplaba el sagrado misterio de su cuerpo y sangre, y se mantenia inmoble dia y noche en esta contemplacion: deseaba grandemente dar la vida por Dios, especialmente en los imperios de la China y el Japon, donde los gentiles con furor daban cruelísimamente la muerte á los cristianos: y cuando continuamente se acercaba al sacramento de la penitencia y al divino convite de la Eucaristía, era con tanto sentimiento de piedad, que todo su ardor celestial se veia resplandecer en su boca. Este tan encendido amor de Dios fomentaba la excelente caridad con que admirablemente amaba á todos y á cada uno de los hombres. Asi, pues, con singular cuidado, especialmente con los pobres, á los que siempre tenia á la vista, no solo se empeñaba en doctrinarlos en los rudimentos de la fé cristiana, y atraerlos al camino de la salud espiritual, sino que en sus molestias y angustias fuertemente solícito, atendia principalmente á poderles servir de refugio y consuelo. De aquí era que siempre estaba implorando la ayuda y limosnas de otros, logrando dotes para las vírgenes miserables, y á otras calamitosas, especialmente á aquellas que estaban destituidas de su antiguo esplendor y dignidad, les proporcionaba vestidos, comida, dinero y todo género de alivio. A los enfermos del convento, ó de afuera, ó de los hospitales, y principalmente á los moribundos, visitaba frecuentemente, ejercitando con ellos todos los oficios de caridad, condoliéndose de sus miserias, consolándolos y

ayudándolos de modo que pudiesen salir de esta vida en el ósculo del Señor. Abrazado con el mismo fuego de caridad acerca de los párvulos de padres no conocidos, ó de hijos de padres muertos, condoliéndose de sus miserias, para socorrer su salud, cuidó de que en Lima se fundase un colegio de huérfanos, donde se mantuviesen, y fuesen educados en piedad y honestidad. Todos, á la verdad, admiraban cómo un pobre hombrecillo, sujeto á las leyes de la disciplina religiosa, pudiese bastar jamas para emprender tantas obras, asistir á todos esos trabajos, y contribuir á todos esos gastos. Revestido de todos los sentimientos de humildad, extendia su benignidad aun á los animales brutos, que experimentaban continuamente la curacion de sus enfermedades y el alimento. Esta eximia y colmada virtud la quiso Dios adornar con dones celestiales en Martin. Este aunque rudo, y enteramente destituido de estudios, trataba de los mas sublimes misterios de la fé con tanta elocuencia, y dirimía con tanta doctrina las cuestiones mas difíciles de la teología, que los varones doctísimos, admirando la sabiduría de un hombre iliterato, á una voz la confesaban infusa divinamente. No solo esto: porque tambien pronosticaba los sucesos futuros, conocia las cosas mas ocultas de los corazones, las insidias del demonio, y sus tentaciones, dando documentos saludables: hacia milagros, y continuamente gozaba éxtasis y coloquios celestiales. Estando ya, pues, Martin enriquecido de virtudes, y bien sazonado para el cielo, atormentado con una larga enfermedad, sin nunca dejar por esto sus obras de caridad, despues de haber pronosticado muchas veces su muerte, caminando en el año sesenta de su edad, y fortalecido con los sacramentos, exhaló el alma en manos del Señor con frente serena y rostro alegre el dia 3 de Noviembre de 1638, y voló al abrazo que toda su vida habia solicitado y amado tanto.

Como la fama, pues, de su santidad, probada con tantos prodigios, creciese de dia en dia, presentada la causa de sus virtudes, segun costumbre, á nuestros venerables hermanos cardenales de la Congregacion de Ritos, nuestro Predecesor de feliz memoria Clemente XIII, Papa, por solemne decreto librado el dia 27 de Febrero del año 1763, declaró que eran heróicas sus virtudes. Pero despues, tratándose de los milagros que, para significar á los hombres su santidad, habia Dios obrado por su mano, de los cuales dos, principalmente, fuera de otros, la misma Congregacion de Ritos, una hasta tres veces, como se acostumbra, los discutió, y mirados y pesados en fiel balanza, Nos, por decreto de 20 de Marzo de 1836, fuimos de

sentir que debian aprobarse. Deseando, pues, presentar á los fieles cristianos, especialmente á aquellos que se han ceñido con las leyes de la vida religiosa, tan ilustres ejemplos de virtudes; otra vez con diligentísimo exámen, determinamos para mayor gloria de Dios, cuanto está de nuestra parte, en estos tiempos tan calamitosos y lamentables de la civil y cristiana república, darlos á luz. Así es que la misma Congregacion, reunida en nuestra presencia el dia 27 de Abril de 1836, oidos tambien los votos de los consultores, á una voz y con un mismo espíritu, fué de sentir que cuando Nos pareciese declarásemos á este siervo de Dios por beato con todos los indultos, hasta que se haga su solemne canonizacion. Nos, pues, movidos de los esforzados y piadosos ruegos de toda la ínclita familia dominicana, y principalmente de nuestro amado hijo Tomas Jacinto Cipolletti, prelado ó ministro general de la órden de los hermanos predicadores, y procurador de esta causa en esta ciudad, con el asenso y consejo de la enunciada Congregacion de Cardenales, por nuestra autoridad apostólica, en fuerza de estas nuestras letras, ordenamos y damos facultad para que al mismo siervo de Dios Martin de Porres, hermano tercero profeso y servicial del órden de Predicadores, se le dé en lo sucesivo el nombre de beato, y que su cuerpo y reliquias (menos en las solemnes procesiones) se expongan á la pública veneracion de los fieles, y que sus imágenes se adornen con rayos y resplandores. A mas de esto, con nuestra misma autoridad, concedemos que todos los años se reze el oficio y Misa de él, del comun confesor, no pontífice, con las oraciones propias por Nos aprobadas, segun las rúbricas del Misal y Breviario Romano. Pero, el rezo de este oficio y celebracion de su Misa, concedemos se practique el dia 5 de Noviembre solo en Lima y su diócesis, por todos los fieles cristianos seculares y regulares que están obligados al rezo de las horas canónicas, y en todos los templos donde esté instituido el órden de los hermanos predicadores. Y en cuanto toca á las Misas, que las celebren todos los sacerdotes que concurran á las Iglesias donde se hace esta fiesta. Finalmente concedemos é indultamos que el primer año, despues de dadas estas nuestras letras de la beatificacion del siervo de Dios Martin de Porres, y despues de solemnizada esta en la basílica del Vaticano, que determinamos que se haga el dia 29 del mes de Octubre del presente año, en los templos diocesanos, y en los del órden de que va hecha mencion, el dia que señalen los prelados ordinarios, se celebre la fiesta con oficio y Misa del rito de doble mayor, No obstante

constituciones, ordenaciones apostólicas, ni decretos expedidos acerca del no culto, ni cualquiera otras contrarias. Queremos tambien que los ejemplares de estas letras, aunque esten impresos, siempre que se hallen suscritos de la mano del secretario de la Congregacion, signados con el sello del prefecto, tengan aun en las contiendas judiciales que hubieren, la misma fé que tendrian si estuviese en ellas significada nuestra voluntad.

Dado en Roma, en Santa Maria la Mayor, signadas con el anillo del Pescador el dia 8 de Agosto de 1837, de nuestro pontificado el año séptimo.—Lugar del sello—Por el señor Cardenal de Gregorio—A. Picchoni—Sostituto.

Acaba de solemnizarse la beatificacion de los dos siervos de Dios, con toda la pompa y devocion que se deseaba. (*)



(*) Edicion de 1840.

ELEGIA

DEL DIRECTOR DEL MUSEO LATINO DON JOSÉ PEREZ VARGAS,
EN ELOGIO DEL BEATO MARTIN DE PORRES.

De præcipuis á Divo Martino editis portentis.

Obstupeas, si tanto legas miracula Divi
  Martini e Porres, quem pia Lima tulit.
Parvus adhuc, manibus junctis, in genua volutus,
  Continua orabat supplice corde Deum.
In victu parcus, sic ut superesset, ægenis
  Quem daret infirmis, pauperibusque, cibus.
Sprevit opes, sprevit fallacia gaudia vitæ,
  Corda soli Dei gloria, solus amor.
Cumque domus Domini divino arderet amore,
  Divini cultus maxima cura fuit.
Idque adeo, ut gentes quæ numina falsa colebant,
  Ad veræ attraheret Religionis opem.
Adstitit auxilio, dedit ægrotisque salutem,
  Quis nullum medicæ profuit artis opus.
Præscia mens illi; nam divinante futura,
  Exitus ulterior prævia dicta probat.
Vix equidem credas, rata sed quando omnia perstant,
  Testibus est certis certa adhibenda fides.
Sæpius á terra suspensus in aere visus,
  Sæpius in multa luce coruscus ovans.
Sæpius, ægrotis ferat ut medicamina, clausas
  Cœnobii penetrat nocte silente fores.
Aligeri quatuor, lacerat dum verbere terga,
  Effundens noctu claustra per alta preces,
Accensis facibus visi illuxisse precanti,
  Splendore et circum quæque nitere diu.
Nocte alia, precibus rite in commune peractis
  In cella ante piæ Virginis effigiem,
Jamque chorum repetens, magna spectante caterva,
  Se comites illi constituere duo
E cœtu aligero radianti lumine tædis,
  Quali non fuerit clarior ulla dies.
Dissito in orbe procul, vacuum super aera vectus,
  Adstans afflictis cura salutis erat.

Depositis odiis, mures, felesque, canesque
Inter se alterno fœdere jussit ali.
Prospera et adversa, olim quæ eventura fuissent
Sæpius externis, civibus atque suis
Prædixit prudens, animo noscente futura,
Quo fore indubio mors subeunda die.
Quum quidam sontes meritas ob crimina pœnas
Effugerent, iras judicis atque minas,
Martini cellam, qua sese abscondere possent
Intrantes, veniam præsidiumque petunt.
Turba ministrorum properat, sequiturque fugaces,
Cellan intrat, quærit, nil tamen illa videt;
Nam culcitrarum in speciem mutaverat illos
Martinus; sontum culcitra quisquis erat.
Quid plura hic referam? Nam si comprehendere coner,
Stellarum numerum dicere coner ego.
Denique post tantas res et portenta, supremum
Tempus jam vitæ sensit inesse sibi.
Quumque erga Dominum ingenti flagraret amore,
Illi præsidium præstitit Alma Parens,
Ipse Pater Princeps, ipsius et Ordinis Autor
Adstitit, hinc placido funere parta quies.
Nec solum, dum vita fuit, miracula mille
Prodidit, ast etiam post sua fata vigent.
Pauxillum terræ quæ contegat ora sepulcri
Adjuvat infirmos, incolumesque facit.
Fictile vas, mulier properans percurrere gressu.
Lacte ferens plenum, contigit ore solum,
Frustaque perfracti vasis figuntur ocello,
Dilacerant tunicas, eruiturque liquor;
Tanta fides miseræ, Martino ut corde vocato,
Surgens mane oculum sensit inesse novum.
Altera jam, morbo, sequior quo sexus inhorret,
Excruciata diu, labe minante necem,
E Guayas Limam se confert, unde vocatis
Egregiis medicis, ars sibi nulla juvat.
Credite posteritas. Martini effossa sepulcro.
Terra dedit vitam cui prope funus erat.
Pro meritis igitur, pro tot virtutibus olim
Cœlicolas inter connumerandus erat.

COELI HÆRET; TERRIS LUXIT; POST FUNERA VIVIT

HYMNUS

In B. Martini de Porres honorem et cultum.

Pauper oh felix, humilisque dives!
Te magis non est opulentus alter,
Nostra qui large cumulet supernis
Pectora donis.

Ergo jam, Martine, simul voceris
Pauper et dives; bene pauper atque
Dives in primis nitido potentis
Munere Regis.

Regis, olim qui populo libenter
In loco se plus humili videndum
Carne sub nostra dedit, en fidelis
Sistis imago.

Cum prius sedes humilis, decore
Plenus insigni thronus inde surgat,
Stetque culmen sic humili, coruscam
Incolis aulam.

Tanta virtus, tot meritis adaucta,
Luce te multum radiante, cœlo
Inserit, dignum velut ejus amplo
Urbis honore.

Sola dum sit quæ satis, ut pusilli
Semper in cœlis Patris ora cernat
Angelus, spargis nimis auctus, ingens
Lumine cœlum.

Pauper en dis stas, humilisque celsus,
Nam bonis te pauperies adauget
Sors ubi non invida, nec rapacis
Cura latronis.

Tu sed expugnas violenter altas,
Vique estellati rapis axis oras,
Quas tenes, prædam veluti valentis
Jure rapinæ.

Pauperis quod mens humili sit una,
Qua profecto duplice vi latescis
Pressior, longe fugiens inanes
Laudis honores.

Despicis luces citius fugaces,
Nocte quærens sub tacita perennes,
Ceu pius de nocte latro, nitentes
Subripis arces.

Pauper oh dis, ac humilis superstans!
Astra qui calcas pedibus, beate!
Hic tuos, te suppliciter colentes
Respice cives.

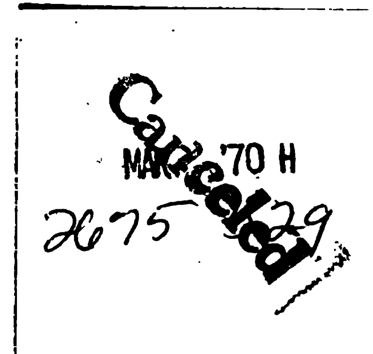
Laus tibi, Lumen, Pretiosus æque
Quod Lapis, nec non et Jaspis Inda,
Ac simul Crystallus Eoa signant
Ex tribus Unum.

Caramba de Chápparra, Marzo 19 de 1863.

Juan Manuel de Neira Valbuena
Presbítero.

INDICE.

das y cada una de las virtudes con que se obligó perpetuamente en el mismo órden. De tal suerte amó la humildad, firmísimo fundamento de todas las virtudes, que nada le era mas grato y deleitable que desempeñar los mas despreciables y viles oficios del convento: que el llamarse el mayor pecador, y, dobladas las rodillas, besar los pies de los que le solian llenar de oprobios, contumelias y escarnios. Aunque llevaba una vida inocentisima, no cesaba de mortificar su cuerpo con ayunos cuotidianos, y de macerar dia y noche la carne, ensangrentándola con cadenas de hierro, cilicios y otras penitencias, de modo que podia decir que llevaba en su cuerpo la mortificacion de Jesucristo. A la verdad ¡qué desprecio de todas las cosas humanas, qué admirable pobreza, qué fiel custodia de la pura castidad y del inviolable pudor! Ardia en tanta caridad de Dios, que se horrorizaba y huia de toda especie de culpa, aun la mas leve, y pasaba los dias y noches en continua oracion: sus conversaciones frecuentes, no eran mas que de Dios y de las cosas celestiales: á todos los queria inflamar en el amor divino: incesantemente recordaba los acerbísimos dolores de Jesucristo, y contemplaba el sagrado misterio de su cuerpo y sangre, y se mantenia inmoble dia y noche en esta contemplacion: deseaba grandemente dar la vida por Dios, especialmente en los imperios de la China y el Japon, donde los gentiles con furor daban cruelísimamente la muerte á los cristianos: y cuando continuamente se acercaba al sacramento de la penitencia y al divino convite de la Eucaristía, era con tanto sentimiento de piedad, que todo su ardor celestial se veia resplandecer en su boca. Este tan encendido amor de Dios fomentaba la excelente caridad con que admirablemente amaba á todos y á cada uno de los hombres. Asi, pues, con singular cuidado, especialmente con los pobres, á los que siempre tenia á la vista, no solo se empeñaba en doctrinarlos en los rudimentos de la fé cristiana, y atraerlos al camino de la salud espiritual, sino que en sus molestias y angustias fuertemente solícito, atendia principalmente á poderles servir de refugio y consuelo. De aquí era que siempre estaba implorando la ayuda y limosnas de otros, logrando dotes para las vírgenes miserables, y á otras calamitosas, especialmente á aquellas que estaban destituidas de su antiguo esplendor y dignidad, les proporcionaba vestidos, comida, dinero y todo género de alivio. A los enfermos del convento, ó de afuera, ó de los hospitales, y principalmente á los moribundos, visitaba frecuentemente, ejercitando con ellos todos los oficios de caridad; condoliéndose de sus miserias, consolándolos y


Cancelled
'70 H
2675


C 388.5
Oida admirable del fray Martin de P
Widener Library 003759786
3 2044 081 712 838